

De la tiza y de la tinta

Memorias de un maestro y periodista



Compiladora: María Victoria Prado Ramírez



De la tiza y de la tinta

Memorias de un maestro y periodista



Compiladora: María Victoria Prado Ramírez



EDICIÓN Y CORRECCIÓN: JORGE FERNÁNDEZ ERA
DISEÑO INTERIOR, DE CUBIERTA Y MAQUETACIÓN: OTANE GONZÁLEZ MARTÍNEZ
EDICIÓN ELECTRÓNICA: ALEJANDRO DE JONGH

© INSTITUTO CUBANO DE INVESTIGACIÓN CULTURAL JUAN MARINELLO, 2019
ISBN:978-959-242-211-7

Estimado lector: le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar por escrito su opinión acerca de este libro y de nuestras publicaciones.



INSTITUTO CUBANO DE INVESTIGACIÓN CULTURAL JUAN MARINELLO
AVE. RANCHO BOYEROS NO. 63,
PLAZA DE LA REVOLUCIÓN, LA HABANA, CUBA.

COMUNICACION@ICIC.CULT.CU

A papi, por ser, por estar siempre.

A mami, la imprescindible, la tesorera de todos los recuerdos familiares.

A José Luis, dueño también de estos recuerdos.

A Laura, José Alejandro y Dariel Alejandro, el futuro soñado de su abuelo.

AGRADECIMIENTOS

A Tubal Páez, Bárbara Doval, Débora Rodríguez y Eduardo Yasells, quienes desde la Upec atendieron a papi en sus últimos años de vida dando una vez más muestras de profesionalidad, sensibilidad y profundo humanismo.

A Élida Izquierdo López, por su persistencia en el empeño de publicar este libro.

A Ana Vera Estrada, por su lectura concienzuda, sus atinados consejos y su experticia indiscutible.

A Elvira Eduardo Vázquez, por el corazón con que leyó este texto.

A Alberto Núñez Betancourt, director del periódico Trabajadores, y a Yainelín Martínez Toca, Mayrín Sánchez Rassi y Tamara González Mayor, especialistas de su Centro de Documentación, por la solícita colaboración.

A todos aquellos que me han escuchado hablar con pasión de este proyecto durante varios años, y han esperado pacientemente y con cariño por su publicación.

La vida debiera ser una historia solamente de amor, pero no lo es. El amor y el odio, aunque son sentimientos antagónicos, andan frecuentemente de la mano. Un acontecimiento a veces intrascendente puede empañar y terminar por destruir la mayor felicidad. Al recordar ahora a personas y acontecimientos que dejaron sus huellas en mi memoria, los vivo de nuevo, y como he vivido ya más de ocho décadas, son muchos los recuerdos. Los cuento tal como los viví, y todos, o casi todos, encierran alguna enseñanza. Si es así, habrá valido la pena contarlos.

JOSÉ PRADO LABALLÓS

Presentación

Cuando mi papá, José Prado Laballós, falleció el 13 de mayo de 2012, el mundo cambió para mí. Verlo morir en el hospital, vivir los intentos del médico que trató infructuosamente de sacarlo del paro cardiaco en que entró mientras trataban de entubarlo para poder alimentarlo artificialmente, es una de las escenas más terribles que he vivido. Sin embargo, haberlo acompañado en ese postrer momento me permitió cerrar el ciclo de su vida, una vida que, por común, pudiera ser la de millones de seres humanos en el mundo; una vida ejemplar en el ámbito de los afectos, de los principios, de la pasión.

Mi padre nació en el seno de una familia pobre de emigrantes españoles: mi abuelo Pedro, gallego; mi abuela Esperanza, leonesa. Vinieron a Cuba como tantos otros en busca de un sueño que nunca se cumplió. Aquí se casaron, en Guantánamo, y tuvieron a sus cinco hijos: Cristina, tempranamente fallecida de tuberculosis a los 21 años; y en orden consecutivo Esperanza, José (mi papá), Carmen y Dora. Las penurias y desgracias los persiguieron siempre, pero —según testimonios de mi padre— fueron unos niños felices, se conformaban con poco.

Los azares de la vida hicieron que con el tiempo todos vinieran a vivir a La Habana y aquí desarrollaran gran parte de sus vidas. Mi tía Carmen se fue de Cuba con su esposo y cuatro de sus cinco hijos durante el éxodo de Camarioca. Mi tía Dora le siguió los pasos cuando el Mariel, con su esposo, su hija y su nuera embarazada. En ambos casos, mis primos varones, que no pudieron irse en los respectivos viajes, lo hicieron tiempo después. En Cuba quedaron mi tía Esperanza y sus cinco hijos (cuatro de los cuales igualmente emigraron con posterioridad a Estados Unidos) y mi papá, mi mamá, mi hermano, mi hija, mi nieto y yo, así como mi primo Rogelio (el único de los hijos de mi tía Esperanza que no emigró) y su familia. Tía Dora murió en Miami a los 81 años; tía Esperanza falleció en La Habana a los 90 apenas unos meses antes que mi papá; después él, a los 88 y finalmente tía Carmen, con 87, también en Miami. De modo que esa generación de los Prado Laballós desapareció por completo, quedando sus

historias solo en la memoria de los descendientes a ambos lado del estrecho de la Florida.

Mi papá fue maestro y periodista, pero por sobre todas las cosas fue maestro hasta el fin de sus días. Puedo asegurar que con él estuve aprendiendo todo el tiempo durante los cincuenta y un años en que convivimos, porque si algo me satisface mucho es haber podido vivir junto a él y a mi mamá —que murió el 5 de julio de 2015— durante toda mi vida. Era un conversador ameno que gozó siempre de una memoria envidiable; un lector furibundo y un escritor prolífico. De ello dan fe los múltiples comentarios, crónicas, artículos y entrevistas realizados en su carrera periodística, muchos de ellos transmitidos por las ondas internacionales de Radio Habana Cuba y otros publicados en el semanario *Trabajadores* durante los últimos cinco años de su vida profesional. Igualmente escribió poesías, algunas de amor, para mi mamá, y otras humorísticas, en las cuales hizo gala de su indiscutible veta cómica. Pero dejó también inéditos dos proyectos de libros con las orientaciones precisas (era también minuciosamente organizado) para una posible publicación. Este es uno de ellos. Se trata de sesenta y nueve crónicas acerca de personajes y acontecimientos con los que se tropezó durante sus 88 años de vida y que expresan vívidamente las diferencias entre la vida antes y después de la Revolución. Sí, mi padre fue un hombre de fe, de fe infinita en Fidel y en una revolución que marcó pautas en el destino de millones de cubanos y de muchos seres humanos en el resto del mundo. Murió ostentando orgullosamente su condición de militante del Partido Comunista de Cuba y la confianza en que a pesar de errores, imperfecciones y desaciertos, la Revolución resurgiría con más fuerza y mantendría exitosamente la senda de beneficio popular que hizo de ella un faro de esperanza para todo el continente.

Durante los últimos años de su vida mi padre leyó y escribió mucho. Su quebrantada salud no le permitía ya asumir otras funciones y puso toda su lucidez, experiencia profesional y recuerdos en el empeño de escribir. Por razones de orden práctico en primer lugar (no tenía computadora personal en aquel momento) y en segundo lugar, porque necesitaba distancia emocional para poder enfrentarme a esta tarea, no fue hasta agosto de 2016 que saqué a la luz la caja de su papelería y comencé el arduo trabajo de

transcribir todo lo que atesoraba en agendas, libretas y cuartillas, a menudo mecanografiadas en su vieja máquina de escribir y en otras tantas ocasiones manuscritas, ya al final con letra temblorosa y apenas legible.

Y aquí está el resultado. Es un libro modesto, como lo fue él, pero para mí es un tesoro que revela la personalidad de mi padre en su total magnitud. Si alguien ríe, llora, se indigna o se conmueve me doy por satisfecha. Habré cumplido con sus expectativas.

MARÍA VICTORIA PRADO RAMÍREZ

CRÓNICAS DE OTRO TIEMPO

ANITA¹

Un gran amor de mi niñez acude ahora a mi mente, el amor a Anita, mi primera maestra, la que me enseñó a sentir y que mucho tiene que ver con mi posterior formación espiritual. Nunca la olvidé. Si fuera pintor la podría plasmar en el lienzo ahora con absoluta precisión, tal como era ella en aquellos remotos tiempos.

Cuando cumplí los cuatro años, en 1928, decidieron mis padres enviarme a una escuelita próxima a mi casa, allá en Guantánamo. Confieso que aún siento una sensación de nostalgia al recordar aquella época en que cada mañana, con un pequeño banco en una mano y una pizarrita en la otra marchaba hacia la escuela. No era esta una escuela propiamente dicha. Tampoco era maestra quien nos enseñaba a leer y escribir por veinte centavos a la semana. Lo hacía con mucho amor y se llamaba Ana Frómeta. Cuando llegábamos a nuestra escuela —éramos quizás unos veinte párvulos— situaba cada uno de nosotros su banquito en el lugar que se nos había asignado, y comenzaban las clases. No puedo precisar ahora exactamente cuánto tiempo duró aquello, pero sí puedo afirmar que no fue mucho.

Recuerdo a Anita como se recuerda siempre lo que mucho se ha querido. Ella era pobre y le tocó vivir en aquella época en que teníamos que desertar de la escuela para comenzar a trabajar a fin de ganarnos el sustento. Por eso no pudo concluir sus estudios de magisterio, su sueño de adolescente.

Aunque han transcurrido más de ochenta años desde entonces, todavía sigo pensando que no era absurda la angustia que sentí cuando mi padre me dijo que tenía que ir a otra escuela mayor, que tendría otra maestra. A partir de entonces pasaba por casa de Anita cada día y ella siempre me enseñaba algo. Cuando hablábamos de lo mucho que quería a mis padres siempre me decía: «Pero no solo hay que quererlos, también hay que respetarlos, como se debe querer y respetar a las demás personas, especialmente a los maestros».

Yo bien sé ahora que Anita nunca fue totalmente feliz. Su rostro reflejaba muchas veces el sufrimiento que le provocaba la extrema pobreza, la

carencia de cosas necesarias y la imposibilidad de ayudar a los demás. Pero ¡cómo se iluminaba su rostro cuando nos veía, ya adolescentes o adultos, si seguíamos siendo como ella quería que fuéramos, como ella nos había enseñado: educados, estudiosos, amables, respetuosos y patriotas!

Un día aciago nos enteramos que había fallecido, aunque aún era joven. Dudé si iba a verla por última vez. Temía enfrentarme a esa despedida. Pero finalmente fui. Cerca de su féretro nos encontramos tres o cuatro de aquellos primeros alumnos de Anita. Juntos recordamos sus enseñanzas. Y nos dimos cuenta de que la recordábamos más por cuanto nos había enseñado sobre normas de conducta que por los conocimientos de otro tipo que inculcó en nosotros. Porque Anita nos enseñó a ser seres sociales, capaces de amar y respetar a los demás. Tuve después otros maestros, la mayoría de ellos competentes, pero a Anita la recuerdo siempre como algo especial. No solo nos instruyó; hizo más que eso: nos educó.

Andando el tiempo estudié magisterio y tuve profesores y asesores muy competentes que me enseñaron muy técnicamente cómo dar una clase. Sin embargo, cada vez que me paraba ante mis alumnos para impartirles clases me inspiraba en primer término en Anita, en sus inolvidables enseñanzas, en sus extraordinarias dotes pedagógicas.

CATORCE PATADAS POR UN ERROR

Seguramente a los muchachos de hoy les parecerán muy naturales los modernos sistemas de enseñanza. Pensarán que siempre ha sido así. Pero en realidad mucho hubo que andar desde la época del *magíster dixit*, cuando la regla de oro de la enseñanza era «la letra con sangre entra». Y no era esta una simple frase, sino una ley aplicada por los maestros de entonces y aceptada y secundada por los padres. Era la época en que a los desaplicados y los torpes se les imponían castigos tan inhumanos como flagelaciones, encierro en cuartos oscuros o arrodillarse sobre granos de maíz. Y como los métodos de enseñanza no eran precisamente los más eficientes, el aprovechamiento académico era bajo y, en consecuencia, abundaban los castigos.

En etapas posteriores —digamos en el siglo pasado— los castigos eran más «civilizados», aunque continuaban siendo abusivos. Aún en la primera mitad de este siglo se utilizaban en las escuelas públicas procedimientos que hoy nos parecerán medievales.

Recuerdo que cuando mi padre decidió que yo asistiera a una escuela pública, fui matriculado en una de las mejores que había en Guantánamo en lo que se refiere al edificio: una casa amplia y bastante bien cuidada, con aulas espaciosas donde se impartían clases desde el primero hasta el sexto grado de instrucción primaria. Allí, con seis años, fui ubicado en el aula de primero, con la maestra María, la cual, más que respeto, nos infundía terror. No puedo decir si pedagógicamente era buena o mala maestra, pero a la hora de los castigos era feroz. Yo le tenía terror desde un día en que le tiró un trozo de palo a un alumno y le rompió la cabeza. El niño lloraba desconsolado y ella, mientras le secaba la sangre que le corría por la cara, continuaba regañándolo a gritos.

A los alumnos más disciplinados aquella maestra «distinguía» poniéndolos a su lado, de pie, para que le echaran fresco con un abanico. A los que cometían alguna indisciplina los sancionaba a recibir una cantidad de patadas cuyo monto estaba en dependencia de la gravedad de la falta cometida. En esos casos, a la hora de la salida, con los niños formados en el

patio, María se ponía en el centro y comenzaba a darle puntapiés al sancionado, quien tenía que contarlos en voz alta hasta el total cumplimiento del castigo.

Este tipo de sanción, que a todos nos asustaba, provocó una vez un lance que nos hizo reír. A uno de los alumnos castigado a recibir cuarenta patadas se le ocurrió tratar de ahorrarse parte del castigo, y de la patada dieciséis saltó a la diecinueve. Y la maestra, que se percató de la estratagema, dijo simplemente: «Hubo un error; es preciso comenzar de nuevo por el número uno».

Es decir, que el castigado, lejos de evitarse dos patadas, recibió dieciséis de más.

Como yo le tenía miedo a la maestra y, además, era realmente un niño disciplinado, cuando salía al recreo me paraba en un rincón y no intervenía en ninguno de los juegos de mis compañeros. Sin embargo y a pesar de mi buena conducta, yo también fui víctima inocente de la maestra María, pues cuando regresábamos del recreo, ella tenía por costumbre pararse en la puerta del aula y nos daba un manotazo a cada uno, según decía, por las «diabluras» que podíamos haber hecho durante el recreo.

Una señora que vivía al lado de la escuela y era amiga de mis padres le contó a estos el injusto castigo que nos aplicaba cada día la maestra María, y mi padre decidió que no fuera más a esa escuela, aunque no solo fue esta la causa de la determinación, a ella se unió la grave situación económica por la que atravesaba mi familia. Yo tenía entonces aproximadamente siete años, ya sabía leer y escribir, y mostraba especial predilección y facilidad por las matemáticas.

Como consecuencia de esta decisión, no volví a asistir a una escuela hasta los doce años de edad.

MI PRIMER PAPALOTE

Aunque han transcurrido muchos años, aún recuerdo un episodio de mi niñez que tuvo un desconcertante final inesperado, es por ello que cada vez que veo a alguien empujando un papalote (o cometa, como le decíamos en Guantánamo), las manecillas del reloj de mis recuerdos giran vertiginosamente hacia atrás, hasta detenerse en esa aciaga tarde, cuando se me fue a bolina el primer papalote que había tenido en mi niñez. Aquello fue tan dramático para mí como debe haber sido para Raúl Roa comprobar que la Revolución del 30 se había ido a bolina.

En dicha remota época yo tenía pasión por los papalotes. Veía con envidia a varios niños, inclusive hasta hombres, que los empujaban en una colina cercana al lugar donde vivía allá en Guantánamo. Pero, aunque entonces un papalote costaba entre tres y diez centavos, ese precio representaba algo así como el almuerzo de una familia, razón por la cual nunca había podido mi padre comprarme uno. Hasta ese punto llegaba la pobreza de la época. Confieso que muchas veces hubiera dejado de comer con tal de empujar un papalote de mi propiedad.

Por eso me sentí tan feliz aquel día en que un amigo de mi padre me regaló un medio, y yo, sin pensarlo mucho, corrí a comprarme aquella cometa verdecita que había visto por la mañana en el «ventorrillo» de la esquina. Ya tenía mi cometa, pero para empujarla había que tener también hilo, y una bola de hilo costaba cinco centavos. No podía aspirar al milagro de que otro amigo de mi padre nos visitara y me regalara otros cinco centavos.

Solo mi desmesurada pasión por los papalotes podía impulsarme a hacer lo que hice después de pensarlo mucho: sustraje un carretel de hilo de los grandes de la máquina de coser de mi mamá, donde ella confeccionaba o remendaba nuestras ropas. La emoción de pensar que iba a empujar mi primer papalote, borraba por completo de mi mente la indisciplina cometida.

Con mi cometa en la mano, el carretel de hilo escondido en un bolsillo y mi inocultable emoción reflejada en el rostro me fui junto al puente para

comenzar aquella aventura tantas veces acariciada y soñada. Existía allí un terraplencito ideal para saciar mis ansias y completar mi felicidad.

Aproveché el primer golpe de aire y vi cómo mi papalote ascendía y se alzaba vertiginosamente como los de los demás niños. No podría describir la emoción que me embargaba.

¡Qué lindo mi papalote verde brillante cada vez más alto! De pronto vi, con un desconsuelo que todavía me pesa cuando lo recuerdo, cómo el papalote se zarandeaba en el aire como si tuviera convulsiones y se alejaba a gran velocidad sin que yo pudiera detenerlo. Ya el hilo no rozaba más mis manos y el carrete vacío reposaba en la tierra. En medio de mi emoción, yo no me había dado cuenta de que la punta del hilo no estaba atada al carretel, y mi papalote se había ido a bolina después de proporcionarme solo unos segundos de placer, un placer que había soñado inútilmente durante muchos años.

Fue tal mi desesperación que lloré amargamente no solo por la pérdida de mi juguete preferido, sino porque pensaba que era un castigo por haberle sustraído el carretel de hilo a mi mamá.

Mucho sufrí aquella tarde. Y años después supe que en ese mismo momento millares de hombres y mujeres de mi país habían sufrido también porque se iba a bolina la Revolución del 30.

DUQUE

Cuando era niño tuvimos —mis cuatro hermanas y yo— un perro. Lo llamábamos Duque y lo tratábamos como a un hermano más. Entonces (1930) la situación económica era dramática. La miseria era mucha y la comida era poca, pero nosotros compartíamos con él nuestra escasa ración. Duque era mi mejor —puedo decir que mi único— juguete. Muchas veces, a escondidas de mis padres, lo metía en mi cama cuando nos acostábamos por la noche. Era un perro sato, pero no lo habríamos cambiado por el de más encumbrado «pedigrí».

Vivíamos entonces a unos doscientos metros del río Guaso, en cuyas aguas nos bañábamos casi todos los días nosotros y Duque. A pesar de nuestra pobreza éramos felices.

Pero a los pobres les está vedada la felicidad permanente. Llegó un momento en que ya casi no había qué compartir, y entonces aconsejó mi padre entregar a Duque a una familia amiga que tenía mayores recursos económicos y vivían a unos quince kilómetros de nuestra casa. Todos lloramos amargamente aquel día en que se lo llevaron. Solo nos contentábamos al pensar que al menos Duque comería en abundancia.

Recuerdo que a cada rato me parecía escuchar los ladridos de Duque, pero una mañana, quince días después de que se lo llevaran, esos ladridos me parecieron más reales y casi mecánicamente fui a abrir la puerta de la calle. El corazón se me quería salir del pecho cuando vi allí a Duque. Pocas veces en mi niñez fui tan feliz. Mis hermanas y yo llorábamos de alegría y sin pensarlo dos veces decidimos quedarnos con Duque y seguir compartiendo con él nuestra escasa ración. Era lo menos que podíamos hacer si él había renunciado a la buena comida y había andado —sabe Dios cómo— quince kilómetros para estar con nosotros.

MARTICA²

Al seguir recordando amores, no puedo olvidar a Martica, la de los pichoncitos, a quien quise cuando aún éramos niños, pero con corazones ya palpitantes. Yo tenía entonces once años de edad y ella uno menos, pero algo me empujaba hacia aquella carita de muñeca que siempre me miraba con un aire que a mí se me antojaba de ternura. La vida nos separó muy pronto. Mi familia cambió de domicilio y la distancia entre ambos se fue agrandando con el tiempo. Nunca la olvidé definitivamente.

La vieja Marcela me gritaba en tono de reproche que no lo hiciera, porque «eso Dios lo castiga»; y yo, que en realidad no era un niño desobediente, casi le hacía caso. Pero Martica —solo 10 años, unos ojos azules como cuentas y un pelo que parecía flor de maíz— me insistía en que ella nunca había tenido un pichón y me juraba que lo soltaría enseguida. Y las coquetas súplicas de Martica pudieron más que las amenazas y reprimendas de la vieja Marcela.

Fue así que, haciendo alarde de valentía y agilidad para complacer a Martica, trepé lo mejor que pude por el grueso tronco del algarrobo hasta asirme a las primeras ramas. Después las cosas fueron más fáciles. Algunos años escalando árboles me habían permitido desarrollar habilidades suficientes para ello.

Llegué hasta unos dos metros de donde estaba el nido de aquella pareja de palomas rabiches que se columpiaba en el extremo de una rama delgada. En su interior, dos pichones tan pequeños como feos piaban incesantemente en ausencia de la madre, que había salido en busca de comida. Los contemplé un rato; calculé con cierto escalofrío la distancia desde donde estaba hasta el suelo y, claro, contemplé también a Martica, quien por señas me conminaba para que hiciera el último esfuerzo y llegara hasta la ansiada presa.

Y no lo pensé más. Tuve que hacer una contorsión tan grotesca como peligrosa para asir la base de la ramita, atraerla hacia mí y apoderarme del nido. Tomé los dos pichoncitos en una mano y solo entonces me di cuenta

de que el descenso, con una sola mano desocupada, iba a ser mucho más trabajoso que la subida. Pero la suerte estaba echada. Ya tenía los pichoncitos y Martica estaba abajo, esperándome como una madre que aguarda impaciente la llegada de la cigüeña. No podía defraudarla.

No quiero recordar las angustias del descenso, las veces que estuve a punto de caer a tierra; pero al fin llegué hasta las primeras ramificaciones. Estaba en el punto más difícil, sin ramas que ocultaran mi aterrorizado rostro, los temblores de mis piernas y el sudor de mis pies descalzos; y también sin ramas que me permitieran asirme para llegar suavemente a tierra. Una suplicante mirada de Martica, acompañada de un gesto labial, me dieron el impulso final. Con los pichones suavemente apretados en una mano me lancé al vacío. Recorrí en el aire aquellos tres o cuatro metros en fracciones de segundo, pero a mí me pareció un siglo. Y al final, un terrible dolor en un pie, la exclamación —más bien chillido— de Martica y la voz enérgica de la vieja Marcela, que repetía una y otra vez: «Te lo dije, que eso Dios lo castiga».

Treinta días con el pie enyesado, sin poder caminar, resultaron una tortura solo atenuada por la inquietante sensación que me producía ver a Martica, arrinconada junto a mi cama, unas veces lloriqueando y otras sonriendo, mientras me mostraba coqueta sus pichoncitos, que ya casi no me cabían en las manos.

MR. LANGO

Aquel hombre tan alto, tan flaco y tan negro casi nunca salía a la calle de día, y cuando lo hacía de noche, virtualmente solo podíamos verle el blanco de los dientes, si sonreía. En el lugar donde yo vivía todos los niños le teníamos un miedo incontrolable. Sobre él se contaban historias truculentas, principalmente que era ñañaigo y, para realizar alguno de sus ritos, les sacaba el corazón a los niños. Nadie sabía su nombre. Pedro, uno de mis amigos, que tenía algunas dificultades con el habla, dijo que aquel siniestro personaje era jamaiquino y «lango» en vez de decir largo, y lo bautizamos con el nombre de Mr. Lango.

Con esos antecedentes cabe imaginarse el susto que me llevé aquel amanecer cuando iba a comprar el pan para el desayuno y casi choqué con Mr. Lango, que llevaba en una mano una cazuela y dentro de esta un pavoroso cuchillo. El temor de que mi corazón pudiera ser el próximo que usara Mr. Lango en sus ritos le imprimió tal velocidad a mis piernas, que en unos segundos llegaba a la panadería sin que pudiera articular palabra alguna. Finalmente compré el pan, pero no me atreví a salir del establecimiento hasta que mi padre, preocupado por mi tardanza, me fue a buscar. Le conté lo ocurrido, pero él no le dio importancia. Sabía cuánto le temíamos a Mr. Lango.

Todavía no había olvidado aquel susto cuando tuve otro encuentro con Mr. Lango. Estaba yo entonces en la cocina de mi casa, que tenía una ventana que daba a la calle, y de pronto en ella se apareció la terrorífica figura de este personaje, que me decía: «Sal, sal».

Le tiré la ventana en las narices y salí corriendo hasta donde estaba mi madre, quien comprobó después que lo que Mr. Lango quería era un poco de sal para su comida.

No sabíamos dónde él residía, aunque suponíamos que fuera en una destartalada casa abandonada en los suburbios del barrio guantanamero donde vivíamos.

Un día me puse de acuerdo con un amiguito, que como yo tenía ocho años, para acercarnos a aquella casa misteriosa a fin de comprobar si vivía allí Mr. Lango. En un alarde de valentía mi amiguito llegó hasta la puerta, que estaba entreabierta, pero ahí terminó su golpe de audacia y regresó hasta donde yo estaba. Ya nos retirábamos cuando un sujeto que pasaba por la calle la emprendió a golpes sorpresivamente contra nosotros, y no sé qué habría pasado si no fuera porque Mr. Lango salió apresuradamente del caserón y ahuyentó al agresor, que resultó ser un loco. Entonces nos acompañó hasta nuestros domicilios.

Aquel incidente y las posteriores visitas que nos hizo Mr. Lango para interesarse por nuestra salud terminaron con nuestro miedo, y muchas veces lo visitamos en su vieja casona, donde nos contó historias de su vida, tan apasionantes, que terminamos por ir a verlo todos los días para escuchar sus relatos.

Fue inmensa la pena que sentimos aquel día en que lo hallamos muerto en la sala de su casa. Un fulminante infarto acabó con su vida.

Nunca olvidé a aquella persona que tanto quise después de haberle temido tanto.

MIGUEL, MURIÓ COMO YANQUI

A mi amigo Miguel, cuando éramos unos niños, siempre le tocaba ser «yanqui» cuando jugábamos a «los buenos y los malos». La proximidad de la base naval norteamericana de Caimanera y sus consecuencias habían generado en la población un fuerte sentimiento antiyanqui al que no escapábamos los muchachos. Por eso, en vez de jugar como en otras partes del país a los policías y ladrones, jugábamos a «los cubanos y los yanquis». Y como a ninguno nos gustaba ser yanqui, teníamos que hacer un sorteo en el que la suerte siempre determinaba que Miguel fuera yanqui. No recuerdo que alguna vez ocurriera de otro modo. Miguel, que era bastante resabioso para su edad (12 años), protestaba, pero finalmente no le quedaba más remedio que acatar lo que la suerte había decidido.

El juego era igual que el de los policías y los ladrones. Los cubanos éramos los policías, que más temprano que tarde capturábamos o matábamos a los ladrones, que no por casualidad eran los yanquis.

Cuando alguno de nosotros localizaba en su escondrijo a Miguel, este siempre se resistía y, por lo tanto, teníamos que matarlo. Quedaba así fuera de juego largo rato, lo que acentuaba su incomodidad.

Por aquella época todos los fines de semana centenares de marines yanquis que estaban acantonados en la base de Caimanera viajaban a Guantánamo a emborracharse, buscar prostitutas y otras diversiones por el estilo.

Era frecuente que ocurrieran incidentes trágicos con aquellos prepotentes visitantes. En más de una ocasión el saldo final fue un marine muerto o herido. En nuestro juego copiábamos esos incidentes.

En el año 1936 vine para La Habana a vivir con unos tíos y pasaron muchos años —cincuenta— hasta que volviera a encontrarme con varios de aquellos amigos guantanameros.

Ocurrió ese agradable encuentro durante mi visita a la inolvidable ciudad del Guaso en 1987. Nos reunimos en la casa de uno de ellos y durante horas

conversamos alegremente sobre el pasado y sobre los éxitos y perspectivas de la Revolución. A uno de los presentes se le ocurrió decir: «Ahora no tenemos más aquí a aquellos marines yanquis». Y fue entonces que, recordando nuestros juegos de niños, me di cuenta de que allí no estaba Miguel y pregunté por él al tiempo que recordaba entre carcajadas sus berrinches porque siempre le tocaba en suerte ser yanqui y morir como tal.

La respuesta que me dieron mis amigos no pudo ser más sorprendente: años después del triunfo de la Revolución emigró Miguel a Estados Unidos. Allí se hizo ciudadano norteamericano, fue enviado como soldado a la guerra contra Vietnam y murió a mano de los patriotas vietnamitas. Era su destino. Lo que ocurrió cuando era un muchacho y jugábamos a los buenos y los malos resultó ser una premonición: murió como yanqui, pero esta vez de verdad, definitivamente.

LOS FERNÁNDEZ³

Mis recuerdos de los Fernández están asociados al derrocamiento de la tiranía de Gerardo Machado, el 12 de agosto de 1933, y a unos pantalones largos. La casa de los Fernández, como verán, era muy especial.

En agosto de 1933 la tiranía de Machado entraba en su crisis final, que sobrevino el día doce. Días antes se produjo una huelga general. Mi familia, como la inmensa mayoría de las familias cubanas, no tenía recursos para acumular alimentos, y mi padre optó por distribuir temporalmente entre familias amigas de mayores recursos a sus cinco hijos. A mí me tocó ir para la casa de los Fernández hasta que terminara la huelga. De esos días guardo recuerdos inolvidables. La «casa» de los Fernández era muy especial: se trataba de varias casillas ferroviarias de carga, acondicionadas como viviendas, con todas las comodidades. El jefe de la casa era capataz de una cuadrilla de linieros, todos alojados en esa vivienda especial.

Cuando se producía alguna rotura en la vía férrea, una locomotora trasladaba la casa ferroviaria para ese lugar o uno cercano donde hubiera un ramal, y permanecía allí el tiempo necesario. Era una casa viajera.

Aunque allí comí como nunca antes lo había hecho, dos días después me escapé y regresé a mi domicilio en Confluentes. Extrañaba mucho a mi familia. Cuando los Fernández descubrieron mi ausencia, suponiendo lo ocurrido fueron hasta mi casa, distante unos cuatro kilómetros. Allí me encontraron e hicieron todo lo posible para que regresara con ellos. Solo acepté cuando me prometieron comprarme unos pantalones largos. Sabían que yo anhelaba esa prenda de vestir, pues hasta entonces solo había usado los pantalones cortos que mi madre confeccionaba con las piernas de los pantalones viejos de mi padre, que no eran muchos, por cierto. Dos días después caía Machado, y al siguiente me compraron y estrené mis primeros pantalones largos. Creo que fue ese el único cambio en nuestra vida de entonces. La situación económica siguió siendo pésima.

Tres años después de esa historia mi padre me trajo a vivir a La Habana con unos tíos, y no volví a saber de los Fernández hasta cincuenta años más

tarde, por cierto, de manera curiosa.

En 1986, laborando en el periódico *Trabajadores*, escribí una crónica sobre ese tema y algún tiempo después se recibió en la redacción la carta de unas personas que, desde Guantánamo, querían saber si yo era colaborador del periódico. Se trataba de Inés y Carmen, dos de las hijas de Jesús Fernández y Aurora Vicente, los dueños de aquella casa ferroviaria de mis recuerdos infantiles.

Y la forma en la que dieron con mi paradero no pudo ser más fortuita y desconcertante.

Resulta que un día Carmen se encontraba planchando acompañada por su hija Hortensia, quien por encontrarse con una pierna enyesada se hallaba de reposo relativo. Hortensia tomó al azar un periódico *Trabajadores* —no tan reciente— y al leer la crónica «Mis primeros pantalones largos», notó que las coincidencias entre lo por mí descrito y los recuerdos de la casa de sus abuelos resultaban notables, y así se lo comentó a Carmen, quien después de leer el trabajo llamó a su hermana Inés para comentarle el hecho y ambas compartieron la misma duda: ¿quién sería ese tal José Prado?, ¿acaso el Pepín Prado que recordaban de sus días de infancia y juventud? ¿Cómo corroborar todo esto sino escribiendo al periódico *Trabajadores*? Y así lo hicieron. Confieso que la carta resultó una muy grata sorpresa para mí y me proporcionó una inmensa alegría. Había recuperado el contacto con una familia de la que no había vuelto a saber por alrededor de cincuenta años, y a quienes recordaba muy especialmente por aquella curiosa casa ferroviaria.

Finalmente, las Fernández me invitaron a visitarlas. Así lo hice un tiempo después, en un muy emotivo viaje que realicé acompañado por mi esposa Silvia y mi hermana Esperanza. Pepe y María Aurora Blanco (Nena), los hijos de Inés, fueron unos anfitriones exquisitos con nosotros. Nos llevaron, inclusive, a todos aquellos lugares donde vivimos cuando mis hermanas y yo éramos pequeños. De esa manera restablecimos nuestras relaciones de amistad y hemos recordado con frecuencia la historia de la casa ferroviaria.

CUCHO⁴

Cucho, Pitirre, Negro y yo (Güin), éramos, como diría Alejandro Dumas, «todos para uno y uno para todos». Vivíamos, allá por el año 1933, en Confluentes, en el batey de un central azucarero de Guantánamo, que años antes había sido totalmente destruido por un incendio. En el lugar solo habían quedado algunas casas de madera, las vías férreas, dos o tres decenas de carros-jaula, algunas planchas, una vieja locomotora en buen estado y un montón de hierros retorcidos. Era un suburbio de Guantánamo atravesado por el río Guaso y cuajado de árboles frutales. No era en realidad un panorama muy poético, pero para nosotros —niños de 10 a 12 años— era un paraíso.

Cucho, Pitirre, Negro y yo habíamos hecho una liga o yunta, una especie de asociación que debía mantenernos unidos en cualquier circunstancia. Ninguno asistía a la escuela, pues la más cercana estaba a unos tres kilómetros de distancia, y, además, carecíamos de ropa y zapatos como «para gastarlos en aquellas caminatas». Por eso, desde las primeras horas de la mañana, nos reuníamos y dábamos inicio a las aventuras del día, planificadas o no. Unas veces cazábamos una lechuza en el campanario de una vieja iglesia abandonada, desafiando las amenazas de la anciana Tomasa (102 años según su cuenta) que se albergaba en aquella edificación de madera que siempre nos parecía que se iba a derrumbar. Otras veces nos íbamos con nuestras trampas a tratar de capturar alguna de las guineas jíbaras que tanto abundaban por aquella zona. Con frecuencia se nos podía ver encaramados en las ramas de los árboles frutales (mangos, chirimoyas, anones, guayabas, guanábanas...) arrancándoles sus frutos pintones para llevarlos a madurar en nuestra «mina»: un claro abierto en la maleza que, por supuesto, ocultábamos al conocimiento de otros muchachos que no formaban parte de nuestra liga. Aunque carecíamos de muchas cosas materiales, éramos felices allí, disfrutando el placer de bañarnos en las turbias aguas del río, comiéndonos un mango madurito aún colgando de la rama, descubriendo en medio del monte un impresionante nido de huevos de gallinas jíbaras o echando a andar sobre sus rieles a la vieja y trepidante locomotora que parecía un bicho prehistórico.

Vivíamos en aquel paraje porque nuestros padres no disponían de recursos para alquilar una casa en la ciudad, pero nosotros nos alegrábamos de eso, porque en ningún otro lugar habiéramos sido tan felices.

Cuando hallábamos un nido de guineas jíbaras nos distribuíamos, a partes iguales, los huevos. Un día en que Cucho andaba solo por aquel paraje, se encontró un nido con diecisiete huevos y, olvidando la palabra empeñada sobre la equitativa distribución, se tragó nueve y solo entregó ocho para repartir, sin que nosotros sospecháramos la verdad. Pero ocurrió que aquella ingestión de huevos le produjo una tremenda indigestión y tuvo que confesar su traición.

Nosotros —claro está— le recriminamos su deshonesta acción y a él no se le ocurrió otra justificación que: «Eran diecisiete huevos, y eso no es divisible por cuatro. Ocho sí».

PITIRRE

La traición de Cucho con el nido de diecisiete huevos no fue la única que sufrí en mi adolescencia. Rota la liga a causa del incidente con él, decidimos Pitirre y yo crear una nueva asociación, bipartita, regida por los mismos principios que la anterior.

Del grupo original era Pitirre el integrante con el cual estaba más identificado. Además, tenía una hermanita —Martica— que me gustaba, aunque mi amigo no lo sospechaba. Y fue precisamente ese precoz enamoramiento lo que me condujo a la situación equívoca que puso en tela de juicio la honestidad de Pitirre... y la mía.

Durante varios meses después que hicimos nuestra liga fuimos Pitirre y yo protagonistas en Confluentes de algunas aventuras. Un día tomamos «prestado» temporalmente el caballo del mayoral del batey, quien con frecuencia nos hacía la vida imposible. Al mayoral por poco le da un infarto cuando nos vio pasar frente a su casa cabalgando en su alazán, que él creía que estaba en el corral donde siempre lo dejaba.

Nuestras andanzas estuvieron a punto de ganar categoría de drama cuando un día se nos ocurrió encender una hoguera de tales proporciones que el fuego se fue extendiendo por los matorrales sin que pudiéramos controlarlo. Fue necesaria la urgente intervención de varios vecinos adultos para impedir que las llamas llegaran hasta las proximidades de las viviendas de madera. Sin embargo, el incidente de aquella época que dejó en mi memoria una huella más profunda, imborrable, fue el descubrimiento de que Pitirre me había traicionado.

Todo comenzó una tarde en que Martica dijo en mi presencia que ella daría cualquier cosa por un anón bien madurito, y yo pensé inmediatamente en los que Pitirre y yo teníamos en la mina, hecha en medio de los matorrales, bien disimulada para que no la descubrieran otros muchachos del barrio. Recordé que dos o tres días antes la habíamos enriquecido con varios anones pintones arrancados de una mata que envejecía en la vieja iglesia abandonada. Ya debían estar maduritos, como los quería Martica.

Y lo que antes no pudieron el hambre y los deseos lo pudo ahora el amor infantil que me inspiraba aquella niña. Claro que pensé también en el juramento, pero pudo más mi deseo de complacer a Martica, y adoptando las precauciones del caso, me dirigí solo a la mina. Me pareció perfectamente justificado y moral. No esperé para luego; corrí hasta la disimulada entrada del trillo abierto hasta la mina, distante unos veinticinco metros de la orilla. La emoción por que iba a poder complacer a Martica crecía en la medida en que me acercaba a mi objetivo, pero llegó al punto del estallido cuando vi a Pitirre, en medio de la mina, banqueteadose con las frutas que ya habían madurado y que eran de propiedad común.

Nunca pude definir bien cuál fue el sentimiento que predominó en mis sentidos: ¿decepción?, ¿odio?, ¿sorpresa?, ¿furia? Sorprendido in fraganti en su traición no atinaba Pitirre a darme una explicación valedera. Tampoco yo se lo permitía, pues lo insultaba y lo acusé de traidor. «Yo —terminé diciéndole— jamás habría hecho esto».

Cuando había agotado mi repertorio de improperios hice una leve pausa, que aprovechó Pitirre para hacerme, entre intrigado e irónico, una pregunta que me dejó petrificado y sin poder decir más nada: «¿Y tú qué viniste a hacer aquí solo?».

¿Puedo calificar de traidor a Pitirre? Para mis ojos de entonces, sí; al recordarlo hoy me doy cuenta de que no puedo ser tan drástico. ¿Qué hubiera hecho yo, me pregunto, en similar situación? ¿Cómo me habría calificado Pitirre si yo hubiera actuado como él lo hizo?

El hecho de que siga recordando este remoto episodio demuestra que dejó en mí una huella profunda.

DOMINGO

No éramos nosotros los únicos niños de Confluentes. Había muchos más, que también se habían agrupado por afinidades. Y aunque frecuentemente surgían divergencias entre las ligas, en algo siempre estábamos de acuerdo: ir todos los domingos a un parque cercano, donde esperábamos a Domingo, un gran cuentista que tanto nos deleitaba con sus anécdotas, casi siempre fantásticas, pero invariablemente apasionantes.

Domingo es una de las personas que siempre recuerdo con nostalgia. Era un hombrecito menudo, sesentón, dinámico, de palabra fácil, cariñoso y... también bastante mentiroso.

Lo conocí cuando, en unión de varios amigos adolescentes de la misma edad, nos encontrábamos con él para que nos contara algunas de aquellas encantadoras anécdotas de su vida. Nunca podíamos precisar en ellas dónde terminaba la realidad y empezaba la fantasía. Sin embargo, nosotros jamás poníamos en duda la veracidad de sus cuentos.

Desde muy temprano aguardábamos ansiosamente la llegada de Domingo, que invariablemente ocurría a las diez de la mañana. Bastaba entonces el más insignificante comentario nuestro para que Domingo diera rienda suelta a su imaginación y no parara hasta el mediodía. Cuando se despedía nos quedábamos pensando en la próxima semana.

Alguien del grupo comentó un día sobre el enorme batazo conectado la noche anterior por cierto pelotero, y eso bastó para que Domingo tomara la palabra: «Ustedes no saben —comentó— lo que es un batazo gigantesco. Tendrían que haber conocido a Jorocón, que solía jugar a la pelota en un terreno cerca de mi casa. Una tarde —añadió— golpeó una pelota con tal fuerza que esta no paró hasta veintiséis kilómetros de distancia». Y como notó que nuestros rostros mostraban incredulidad, remató su cuento afirmando que la pelota había caído en un tren que pasaba por las proximidades del terreno y su próxima parada fue en un pueblecito ubicado a veintiséis kilómetros de allí.

No siempre Domingo hacía aclaraciones similares, aunque sus cuentos fueran fantásticos. Lo que no fallaba era que él siempre había sido protagonista o testigo presencial de los hechos relatados.

El béisbol no era el único deporte de la preferencia de Domingo. Un día le pregunté si no le gustaba el boxeo, y me contestó que no solo le gustaba, sino que durante algún tiempo —no mucho, porque no le gustaba aguantar golpes— había practicado esa disciplina.

Quizás un poco por lucirme ante los demás muchachos de aquella peña deportiva comencé a relatar un poco atropelladamente una historia que había leído unos días antes sobre el tope de boxeo entre el campeón mundial de los pesos completos Jack Dempsey y Luis Ángel Firpo, encuentro que se recordaba como el del «conteo largo».⁵

A Dempsey, que era un fogoso y fenomenal boxeador, lo llamaban «El asesino de Manasa» (Manasa era la localidad donde había nacido). A Firpo, que era muy fuerte, le decían «El toro de las pampas». La pelea comenzó como ocurría casi siempre, con poca acción, pero minutos después Firpo, haciendo honor a su apodo, embistió a Dempsey, lo engrampó con un potente derechazo y lo lanzó entre las cuerdas. El cuerpo de «El asesino de Manasa» fue a caer pesadamente sobre la mesa donde trabajaban los periodistas. Los testigos presenciales dijeron siempre que los periodistas habían ayudado a Dempsey a regresar al cuadrilátero, y que el árbitro, sorprendido o por mala fe, no comenzó la cuenta inmediatamente, y después lo hizo tan lentamente que dio oportunidad al campeón a volver al ring antes de que llegara el fatídico décimo segundo. Recuperado Dempsey del golpe, se abalanzó contra su rival con tanta furia, que le propinó una paliza que lo puso fuera de combate.

Apenas había terminado yo mi relato cuando Domingo levantó un dedo índice en gesto negativo y exclamó: «Yo fui testigo presencial de una cuenta más demorada que esa».

«La pelea a la que me voy a referir —dijo Domingo con un tonito que nunca podíamos determinar si era circunspecto o burlón— se produjo en la ciudad de Guantánamo. Los contendientes eran el guantanamero Kid Pantera, a quien también le decíamos Patada de Mulo, y un muchachón a

quien nadie conocía, pero que por la necesidad de ganarse unos pesos había aceptado escalar el cuadrilátero para enfrentarse al ídolo local.

»Apenas comenzó el primer asalto, Patada de Mulo soltó uno de sus característicos "suinazos", que hizo diana en pleno rostro de su infeliz oponente. Este salió disparado como un fardo hacia la lona, pero se encontró en el camino con el árbitro, que observaba atentamente las acciones, y también lo arrastró hacia el tapiz. Fue como a los siete u ocho segundos que el árbitro logró incorporarse y, medio aturdido, se dirigió hasta donde estaba, aún noqueado, el oponente de Kid Pantera, y le contó los diez segundos reglamentarios. Pero en realidad aquel infeliz hacía más de veinte segundos que estaba en la lona.

»Por supuesto —concluyó Domingo— que habría podido contarle como diez mil, porque no recobró el conocimiento hasta muchos minutos después».

«Acabo de ganar el campeonato nacional de quimbumbia», nos dijo Domingo con alegría en otra ocasión, e hizo una pausa, quizás esperando nuestras felicitaciones. Pero nosotros estábamos demasiado sorprendidos para pensar en ello. Primero, porque no sabíamos que Domingo jugara a la quimbumbia, y segundo porque ignorábamos que hubiera un campeonato nacional de ese «deporte».⁶

La quimbumbia era un juego muy popular en la época de mi niñez. Se jugaba con un trozo de palo de escoba de unos treinta y cinco a cuarenta centímetros de largo, que servía de bate, y la quimbumbia, otro trocito del mismo palo, pero de unos diez centímetros, y aguzado por uno o los dos extremos.

A uno de los jugadores le tocaba estar al bate, lo cual se decidía a la suerte, y los demás servían al campo como fildeadores. La quimbumbia se ponía en un cuadrado dibujado en la calle o en la tierra donde jugábamos, y al cual llamábamos «jon». Con el batecito se daba un golpe sobre una de las puntas de la quimbumbia, y esta se elevaba en el aire, momento que el bateador aprovechaba para golpearla con el bate, tratando de llevarla lo más lejos posible y burlando a los fildeadores. Si lo lograba, calculaba la distancia entre la quimbumbia y el jon y pedía una cantidad de palos: cincuenta,

sesenta, setenta, etc. Los adversarios podían acceder, y entonces esa cantidad iba a la cuenta del bateador de turno en busca del total que se había acordado como meta: mil palos, por ejemplo. Si el adversario pensaba que no había los palos que el bateador pidió, procedía a medir, y si efectivamente no los había, el bateador era out, y pasaba a ocupar el turno de bateador el primer fildeador. Y así proseguía el juego.

En esa ocasión, Domingo nos dijo que había conquistado el campeonato nacional al lograr los mil palos con un solo batazo.

Todos estábamos convencidos de que nadie podría enviar la quimbumbia a tal distancia de un solo batazo, pero por respeto a Domingo disimulamos lo mejor posible los gestos de incredulidad, que poco después cambiamos por risa cuando dio la explicación final:

«Cuando fui la primera vez al bate conecté con fuerza la quimbumbia, y esta fue a encajarse firmemente entre dos cables de alta tensión en un poste del tendido eléctrico. Sin pensarlo ni un segundo pedí los mil palos, que era la meta de la competencia. Y aunque todos sabían que entre el jon y el lugar donde estaba la quimbumbia no había más de cien palos, a nadie se le ocurrió tratar de medir, poste arriba y en medio de cables de dos mil voltios, para confirmar que yo era out. Ante esa situación, el árbitro me declaró vencedor y, por lo tanto, campeón nacional».

Personalmente creo que de aquella manera Domingo hubiera podido ser también campeón mundial.

A Domingo no había que pincharlo mucho para que nos contara una de aquellas historias fantásticas. Por eso bastó que uno de mis amigos hablara sobre un fondista mexicano, creo que de apellido González, que acababa de ganar la carrera de veinte kilómetros en los IV Juegos Centroamericanos, que se efectuaban a la sazón en Panamá.⁷

Con su habitual forma pausada de hablar, Domingo exclamó: «¡Y pensar que yo derroté a ese González hace menos de un año!». «¿En el dominó?», preguntó mi amigo Luis, no sé si por ingenuidad o con picardía.

Domingo le dirigió una mirada de reproche y enfatizó:

«Sobre la pista de La Tropical [actualmente Pedro Marrero], muchacho; cincuenta vueltas al óvalo, y le gané por casi cinco minutos de ventaja».

Nunca habíamos imaginado siquiera que nuestro héroe fuera corredor de distancias largas, y por eso no sé qué nos causó más sorpresa: si el hecho en sí o la amplia ventaja sobre el campeón centroamericano. Pero esa no sería nuestra última sorpresa del día.

«Yo sabía que González era un magnífico corredor, pero también sabía que podía ganarle», continuó Domingo.

«Aproveché que dio un viaje a Cuba para entrenarse, y lo reté. Al principio ni él ni otras personas allí presentes, en La Tropical, me hicieron caso. Después de mucha insistencia le hice una provocación. Le dije que seguro que tenía miedo de que yo lo derrotara, y propuse que se hiciera una bolsa de quinientos pesos para el ganador entre él y yo. Esa vez sí me hicieron caso y quedamos citados para la carrera de veinte kilómetros, al día siguiente, a las nueve de la mañana.

»Esa noche en mi casa —añadió Domingo— me quedé atónito cuando escuché por radio un anuncio de la carrera, lo que me hizo suponer que habría público en las gradas.

¡Ahora sí tendría que ganar de todas maneras!

»Al día siguiente, diez minutos antes de que comenzara la competencia, salí a la pista, y entonces estaba absolutamente seguro de la victoria. Inclusive anuncié que ganaría por casi cinco minutos de ventaja. Dos horas, trece minutos y cuarenta y tres segundos después cruzaba la meta, exactamente cuatro minutos y treinta y nueve segundos antes de que lo hiciera mi adversario, para asombro suyo y de los espectadores, periodistas y especialistas allí presentes. Fue un día inolvidable para mí», concluyó Domingo.

Repuesto del asombro que me causó aquel relato le pregunté por qué él había estado tan seguro de su victoria, e inclusive con ventaja de casi cinco minutos.

«En realidad —dijo— el día anterior yo no estaba tan seguro de que ganaría. Esa seguridad la tuve el día de la carrera, solo dos horas antes de que esta comenzara. Aquel día me levanté a las cuatro de la madrugada, me fui para La Tropical y probé a ver en cuánto tiempo podía correr los veinte kilómetros, y lo hice en cinco minutos menos que el mejor tiempo registrado por el campeón centroamericano, mi contrincante». Y remató: «Claro, al correr esa distancia por segunda vez en la mañana, estaba un poco cansado».

Otro domingo nos llegó Domingo con una sonrisita burlona que no era habitual en él, y casi sin saludarnos nos preguntó: «¿Qué creen ustedes que es más difícil en un juego de pelota: robarse el jon o la primera?». Casi al unísono exclamamos todos: «¿Robarse la primera?!».

«¿Entonces ustedes tampoco conocen ese caso?», preguntó, y sin esperar respuesta comenzó el relato:

«Pues ese récord le corresponde a Arturo González, integrante de una de las millares de novenas, que principalmente los domingos topan en cualquier solar yermo que tenga las mínimas condiciones para ello. Y en uno de esos encuentros "manigüeros" que siempre comenzaban como juego de pelota y frecuentemente terminaban como tope de boxeo, Arturo González se robó la primera.

»Arturo estaba al bate con un corredor en tercera base, y el pitcher le hizo el primer lanzamiento: una bola bajita que picó sobre el jon, pero que el árbitro cantó "estrái". El bateador y el resto del equipo orquestaron una airada protesta que duró como cinco minutos.

»Restablecida la calma, se produjo el segundo lanzamiento. La pelota pasó exactamente por el centro del jon y a la altura de la cintura del bateador, pero el árbitro —quizás para compensar su falla anterior— cantó a voz en cuello: ¡Bola!

»La protesta, ahora de los integrantes del otro equipo fue tan airada, amenazadora y prolongada como la anterior, aunque cada jugador finalmente ocupó su posición.

»Cuando el monticulista iba a hacer el siguiente disparo contra Arturo, el árbitro cantó "bolk", y le concedió el jon al corredor que estaba en la tercera base.

»En esta ocasión la protesta del equipo afectado fue más escandalosa y prolongada que las dos anteriores. Y fue entonces que al bateador Arturo González se le ocurrió la feliz idea de irse para la primera base e instalarse allí tranquilamente.

»Cuando por fin se reanudó el juego, diez minutos más tarde, en realidad ya nadie pensaba en la situación que existía antes de que se formara la bronca, excepto el bateador que estaba en turno, quien se percató de la jugada de Arturo y se paró inmediatamente en el cajón de bateo sin que nadie lo objetara.

Cuando el defensor de la primera base miró a Arturo instalado allí, le preguntó entre confundido e incómodo: «¿Y cómo fue que tú llegaste hasta aquí?».

Arturo le dirigió una mirada tan candorosa como suplicante y le dijo: «¡Compadre!, ¿vamos a comenzar otra discusión?, ¿por qué provocar otra bronca que puede terminar de mala manera?».

Quizás confundido o convencido por la súplica de Arturo, o tal vez porque su equipo tenía amplia ventaja en el marcador, el primera base optó por dejar las cosas así. De esa manera contribuyó a que Arturo González se convirtiera en el único jugador que en la historia del béisbol se ha robado la primera base.

Según Domingo, una vez jugando en un campeonato provincial de dominó tiró un tranque en la primera data de un partido, y «se fue» por tres tantos.

Con cierta timidez le pregunté a cuántos tantos se jugaba, y él, sin inmutarse, me contestó: «Como en todos los campeonatos de este juego ciencia, se jugaba a quinientos tantos».

Desde luego, a mí me parecieron muchos tantos (quinientos tres) para una sola data, pero por respeto no le dije nada. Sin embargo, esa noche estuve

como media hora sacando cuentas hasta comprobar que las cincuenta y cinco fichas del dominó valen, de conjunto, cuatrocientos noventa y cinco tantos. Por supuesto que si en cada data quedan «durmiendo» quince fichas y generalmente para que se tranque hay que jugar varias fichas, es absolutamente imposible coger en un tranque quinientos tres tantos.

Sin embargo, no fue esa la única mentira que nos contó Domingo aquel día, pues después de decirnos lo del tranque, remató su relato con el siguiente dato: «Ese día, en esa data, le di quince pases al contrario que estaba debajo de mí».

En una ocasión comenté que había leído en el periódico una noticia sobre un mexicano que ostentaba el récord de haberse comido en dos horas nada menos que sesenta huevos hervidos. No esperó más Domingo para contarnos una de sus más fantásticas historias. Luego de decir que ese mexicano había estado en Cuba, añadió: «Yo me topé con él un día en el Parque Central de La Habana mientras contaba sus proezas a varios simpatizantes y lo reté a una competencia asegurándole que me comería más huevos que él. Aceptó el desafío y apostó a su favor quinientos pesos. Nos citamos para el día siguiente a las ocho de la mañana, hora en que comenzaría la competencia.

»Al día siguiente —continuó Domingo— llegué al parque con cinco minutos de atraso y, después de disculparme, comenzó el match. Los primeros cincuenta huevos no fueron problema para ninguno de los dos, pero el mexicano, cuando llegó a sesenta, dijo que no podía más, aunque confiaba en ganar la apuesta, porque yo iba todavía por el huevo cincuenta y cinco. Pero llegué a los sesenta tres minutos después y seguí hasta haberme devorado diez más. Y no continué porque se habían acabado los huevos».

Cuando me repuse de mi asombro le pregunté por qué estaba tan seguro de que ganaría, y me respondió con la mayor seriedad: «El día anterior tuve mis dudas y por eso el día de la competencia me levanté a las cinco de la mañana y, para probar mi capacidad, me comí setenta huevos, el último de ellos a las siete y cuarenta y cinco minutos. Por eso llegué un poquito tarde a la competencia».

Domingo se había perdido durante dos semanas dejándonos con las ganas de escuchar sus historietas que tanto nos divertían. Por eso nos dio tanta alegría cuando reapareció y, luego del intercambio de saludos, se sentó allí, en el contén, como de costumbre.

Nadie le preguntó por qué había estado tanto tiempo sin venir. En el fondo pensábamos que nos daría una explicación fantástica: por ejemplo, que se había muerto.

Uno de los muchachos que era entonces nuevo en aquella peña deportiva le pidió que hiciera el cuento del jonrón más largo de la historia. Pero Domingo le respondió que ya eso era muy viejo, y que, sin embargo, no nos había hablado del jonrón más corto, del cual también había sido protagonista. Y sin darle más vueltas al asunto comenzó así:⁸

«La cosa ocurrió allá en Pinar del Río, durante un partido entre dos equipos que se preparaban para participar en un campeonato provincial. Yo tenía entonces una vista de águila y pegaba unos batazos tan fuertes que la bola virtualmente no se veía. Aquel día saqué uno de aquellos toletazos por la línea de primera, tan violento, que nadie vio pasar la bola. Bueno, nadie no: solo la habíamos visto yo y el árbitro de primera, quien inmediatamente decretó que era buena bola. Pasé como una exhalación por primera, donde di un traspies que por poco me caigo; volé sobre segunda hacia tercera y llegué felizmente al jon sin que ninguno de los adversarios ni los demás árbitros se dieran exacta cuenta de lo que había sucedido».

Domingo tomó aire y continuó su relato: «El juego estaba empatado y la carrera que acababa de anotar nos daba la victoria. Y entonces se armó la de San Quintín. El director del equipo adversario salió a reclamar, ni él mismo sabía qué, y solo entonces el árbitro de primera levantó la almohadilla de esa base, debajo de la cual se había incrustado la pelota. Por supuesto, la reclamación no prosperó.

»Sin embargo, la discusión no paró ahí, pues los contrarios alegaban que el traspies mío sobre la primera se debió a que yo había pisado la pelota, y por lo tanto, por haber hecho contacto con ella, debía ser declarado out.

»Hubo una junta de árbitros, pero tampoco esa reclamación prosperó, mi carrera resultó válida y para la historia aquello quedó como el más corto batazo de jonrón, pues la pelota no había ido más allá de noventa pies del jon, sin que nadie pudiera sacarme out».

Cuando una semana Domingo faltó a la cita, lo fuimos a buscar y recibimos la noticia de que había fallecido. Tanto lo extrañamos que durante meses continuábamos yendo los domingos al parque y allí, en silencio, le rendíamos tributo a su memoria.

MI MADRE Y LOS GRILLOS

Los más vívidos recuerdos de mi niñez están relacionados con los ojos de mi madre, que eran azules como el cielo de Cuba en verano. «Como las mañanas veraniegas de mi aldea allá en España», decía ella. Pero más que por azules los recuerdo por la ternura que reflejaban.

Vivíamos en los suburbios de la ciudad de Guantánamo y de allí datan los más remotos recuerdos que tengo de mi madre, cuando yo solo contaba cuatro años de edad y padecía de unos raros ataques que me hacían perder el conocimiento. Entonces mi madre no se apartaba ni un minuto de mi cama. La recuerdo como una persona muy cariñosa, dulce y bella.

Otros recuerdos datan del año de 1932, cuando yo contaba con ocho años de edad y, como la mayoría de los niños de entonces, acababa de dejar de asistir a la escuela para poder ayudar al sustento familiar.

Mi padre en aquel entonces carecía de un trabajo estable y se dedicaba a la fabricación casera de caramelos y turrónes de leche que vendía en bodegas y otros establecimientos de la ciudad. Mis cuatro hermanas (dos de las cuales eran menores que yo) y yo mismo, también colaborábamos en esa tarea. Unas veces envolvíamos los caramelos y otras tantas ayudábamos en su confección.

Con un maletín de madera salía mi padre todos los días a la calle con los caramelos y los dulces de leche que se habían elaborado algunas horas antes. Toda la carga de aquel maletín no valía más de cinco pesos, de los cuales el treinta por ciento era ganancia. De modo que si vendía cinco pesos de caramelos y dulces de leche se ganaba un peso y cincuenta centavos. Recuerdo que muchas veces regresaba mi padre a la casa con su carga intacta. Luego de caminar varios kilómetros por calles guantanameras visitando establecimientos, no había logrado vender ni un centavo. En esos casos no había actividad «fabril» en las horas siguientes, porque tanto los caramelos como los dulces de leche se echaban a perder en unos días y, por lo tanto, no se podían almacenar.

Ocurrió que un día —tenía yo entonces nueve años de edad— mi padre enfermó de sarampión y yo tuve que sustituirlo en la venta. La ganancia promedio era de unos sesenta centavos diarios, de donde debíamos pagar el alquiler, la ropa, los zapatos y la comida de los siete. No había margen para mucho, y comerse un postre una vez al mes era casi un milagro. Y a mí me apasionaba el arroz con leche.

Salí aquella mañana, pues, muy orondo, con la maletica en cuyo interior había acomodado mi madre solo dos pesos de turrónes, para que no llevara «tanto peso». Si lo vendía todo, ganaría cuarenta centavos. De más está decir que yo me sentía como un personaje importante del cual dependía en esos momentos toda una familia. Aunque no hubiera vendido ni un solo centavo ese día, yo no hubiera dejado de sentirme importante. Pero las cosas sucedieron de otra manera. En las tres primeras bodegas que visité vendí todos los dulces que llevaba, y apenas veinte minutos después de mi salida regresaba a la casa. Llevaba en la mano izquierda la maletica vacía, y con la derecha acariciaba las monedas que tenía en el bolsillo del pantalón. Pienso que ni el más rico de los millonarios podría sentirse tan satisfecho con sus negocios como me sentía aquella mañana. Mis hermanas y mi padre me miraban fijamente con admiración, pero lo que más recuerdo de ese episodio es la ternura con que mi madre me miraba. Se produjo entonces otro acontecimiento que guardo igualmente en lugar preferente de mis recuerdos. Mi madre me dio una peseta para que fuera a comprar el arroz y la carne que nos servirían de almuerzo. Y me dio otra peseta para mí, para que me comprara lo que yo quisiera. Era la primera vez que tenía una peseta mía. Convencido de mi «riqueza» y mi «heroísmo» salí a cumplir mi segunda misión de importancia en ese día memorable. Compré los encargos que me había hecho, y con mi peseta un par de cutaras (chancletas) para mi madre, y regresé a la casa. Lo hice con la mayor naturalidad, pero mi gesto causó una conmoción general en mi casa, sobre todo en mi madre, que me miraba con aquella ternura que era realmente una caricia.

Durante varios días, hasta que mi padre se restableció, me ocupé de la venta de los caramelos y turrónes. Hubo días en que vendí más que el de mi debut, pero aquel quedaría en mi memoria como algo especial. Hubo otros en los que regresé a la casa con la misma cantidad de mercancía con que había salido.

Pero en ese verano cayó como una tromba el sarampión en mi casa. Primero fueron mis padres (aunque curiosamente esa enfermedad es más frecuente en los niños) y continuó por mis cuatro hermanas. Por aquella época a los pacientes de sarampión se les sometía a una rigurosa cuarentena durante la cual no debían salir al aire libre y tenían que observar una dieta especial, sin grasa.

Cuando mis padres y hermanas se recuperaban, me tocó el turno a mí, y como nuestra dieta especial se componía casi exclusivamente de arroz con leche, a partir de entonces estuve nada menos que cuarenta días comiendo mi dulce preferido, pero que no era frecuente que en mi casa se pudiera hacer. Y eso significó para mí que disfrutara felizmente el sarampión, que durante muchos años deseaba que me volviera a dar, que por el resto de mi vida haya asociado inevitablemente el sarampión con el arroz con leche, y que ahora yo les cuente esta historia.

Poco después del fallecimiento de Domingo (mi personaje de la crónica anterior) se produjo otro fallecimiento mucho más doloroso para mí: el de mi madre. Tardé mucho en recuperarme del dolor tan hondo que me dejó su pérdida cuando tanto la necesitaba.

Llevo aún prendida en mi recuerdo, como un valioso tesoro, la última mirada que me dirigió mi madre el día de su muerte.

En aquella época nos mudamos para el batey del ingenio azucarero Confluentes, que se había quemado algunos años antes. Era frecuente en ese entonces que nos mudáramos. Cada vez que mi padre encontraba desocupada una casa más barata cambiábamos de domicilio. El pago del alquiler era nuestra mayor dificultad económica. En fin de cuentas comer mejor o peor, o comer un día sí y otro no, era un problema que se podía sobrellevar. Pero tener un techo, aunque fuera precario, resultaba imprescindible. Fue en el batey del Confluentes donde se enfermó mi madre. Entonces tenía yo 8-9 años y ella 37-38. En ese bienio padeció dos enfermedades que finalmente la causaron la muerte cuando apenas había cumplido 38 años. Primero el paludismo y después una afección renal.

Había entonces en Guantánamo un viejo hospital cuyos cuartos mugrientos, sus camas desvencijadas y su carencia total de medicinas eran más bien un

presagio de la muerte. Solo ingresaban allí los indigentes. Hasta las más pobres familias hacían descomunales esfuerzos para que sus enfermos fueran atendidos por algún médico privado antes que llevarlos al hospital.

Como éramos pobres y vivíamos entonces en el batey del ingenio adonde era difícil entonces que fuera un médico si no se le pagaba bien, mi padre la llevó para la casa de unos parientes, cerca del centro. Entonces iba yo diariamente a verla y, aunque solo tenía 9 años de edad, me daba cuenta de que mi madre languidecía por días, aunque ella tratara de disimularlo ante nosotros.

De esa época datan los últimos recuerdos que guardo de ella, especialmente el día de su fallecimiento. Cuando el 4 de abril de 1933 fui a verla, había en la casa de mi tía más personas que de costumbre. Al acercarme a ella, me miró fijamente, me besó repetidas veces con la misma ternura de siempre, me dijo algunas cosas que no recuerdo, y vi, no sin cierta extrañeza, que sus ojos azules se llenaban de lágrimas. Yo no sabía por qué. Ella sí. Sin lugar a dudas, presentía el final.

Alguien en ese momento comentó que el mejor remedio para el cólico nefrítico era un cocimiento de patas de grillos. Son muchos los casos en que un animal se convierte en un personaje inolvidable para alguien. El emperador romano Calígula quería tanto a su caballo Incitato, que lo nombró Cónsul. Alejandro Magno atribuía a su corcel Bucéfalo gran parte de sus muchos éxitos en batallas militares. Y Androcles nunca olvidó al león que en el circo romano le perdonó la vida. En mi caso ocupa un lugar destacado en mis recuerdos el grillo. Ese saltarín insecto aparece con harta frecuencia en mis recuerdos más remotos.

No lo pensé ni un minuto y salí corriendo hasta aquel lugar donde había visto decenas de grillos entre un montón de tablas podridas. Luego de una febril cacería, con varios de aquellos animalitos aprisionados en mis manos, regresé a donde estaba mi madre. Apenas habían transcurrido veinte minutos de mi partida. Sin decir palabra mostré a mi tía los grillos que llevaba en mis manos. Ella me miró con ternura, me abrazó, y llorando me dijo: «Ya no hay nada que hacer». Había fallecido. Y entonces yo también rompí a llorar.

Fue muy profunda mi tristeza, más amarga aún porque durante mucho tiempo me culpaba de no haber corrido más rápidamente aquel día de los grillos.

Sé que la pésima situación económica que existía en Cuba antes de 1959 contribuyó en mucho a la temprana muerte de mi madre.

A partir de entonces hubo cambios fundamentales en nuestro régimen de vida. Mi padre salía por las mañanas temprano a tratar de vender los caramelos y los dulces de leche. Nosotros —mis hermanas y yo— quedábamos a cargo de la casa. Mis dos hermanas mayores tenían en aquel entonces 11 y 13 años.

Un poco porque yo era el único varón y quizás fundamentalmente porque mostraba una formalidad superior a la que debía corresponder a mi edad cronológica, mi padre determinó que fuera yo quien «gobernara» la casa durante su ausencia. De ese modo era quien decidía cada día qué se haría de comer —si había—, cuál de mis hermanas debía cocinar, cuál debía limpiar la casa y cuál se encargaría del lavado de la ropa o de la atención a las hermanas menores. Por supuesto que yo no solo dirigía la casa, sino que también participaba en todas las labores que en ella se realizaban.

Los últimos meses que vivimos en el batey fueron particularmente críticos. Estábamos en los momentos finales de la tiranía de Gerardo Machado y la situación del país era caótica. No menos caótica era la situación política.

POTAJE⁹

Caminaba por el contén de la acera con andar inseguro, daba la impresión de que podía caerse en cualquier momento, pero no, por un prodigio de equilibrio, siempre se mantenía en pie. Lo vi varias veces con ese mismo andar errático entre nubes y sobre el asfalto de una improvisada pista. Sí, porque Potaje caminaba, volaba o corría para ganar el sustento de la familia.

Un amigo me habló un día de «el bárbaro que pinta Coca Cola en el aire» y despertó mi curiosidad, no solo por el significado real de esa frase, sino también por el hombre que le había dado vigencia. No tuve que esperar mucho para satisfacer mi curiosidad, porque, sin titubear, mi amigo me conminó a que lo siguiera por aquel angosto camino que desembocaba en Santa María, una improvisada pista de carreras donde Potaje se presentaría esa mañana. No fuimos los primeros, ni tampoco los últimos, en llegar a ese suburbio guantanamero que muchos años atrás había formado parte de la hacienda de un rico terrateniente.

Nunca supe de qué medios se valía Potaje para hacerle propaganda a sus actos prodigiosos, pero allí en Santa María había centenares de personas en torno a una pequeña vía asfaltada no mayor de quinientos metros. En uno de sus extremos se veía un extraño vehículo, tan desvencijado como colorido, que tiempos atrás había sido un automóvil de lujo. Y en su único asiento, frente al timón, nuestro héroe.

Cuando arrancó, la máquina parecía que iba a estallar y desintegrarse, pero echó a andar, fue ganando en velocidad y pasó frente a nosotros dando brincos más que corriendo, soltó uno de los guardafangos unos metros más adelante y llegó a la meta. Todos corrimos hacia allá, donde nos esperaba Potaje con una sonrisa en los labios, y su sombrero de yarey en una mano. Sin que él lo pidiera, fuimos depositando monedas en el sombrero como premio a la hazaña. Yo no salía de mi asombro al contemplar de cerca aquel artefacto que más que un automóvil parecía un monstruoso grillo metálico. Me acerqué a él para hacerle una pregunta, pero no me dio tiempo. Acababa de contar las monedas depositadas en el sombrero y con evidente

satisfacción me dijo: «Veintiséis pesos y cuarenta y cinco centavos; esta semana mis hijos tendrán almuerzo y comida». Uno de los espectadores le preguntó cuándo volaría y en alta voz, para que todos lo oyeran, respondió: «El domingo próximo tengo la avioneta».

Fue por eso que al siguiente domingo estaba en Santa María desde muy temprano para ver el nuevo show de Potaje. Esta vez en el extremo de la improvisada pista se veía una avioneta tan desvencijada y colorida como el automóvil de la semana anterior y en el asiento (ante el timón), como siete días antes, Potaje. El aparato comenzó a desplazarse por la pista, primero lentamente, después más acelerado, y al pasar por donde yo estaba, levantó vuelo y fue tomando altura ante el asombro de unos, la incredulidad de otros y la admiración y el temor de todos los presentes. Cuando había trepado unos quinientos metros, comenzó a hacer unas piruetas mientras dejaba un rastro de humo negro que parecía presagiar una tragedia. Todos estábamos expectantes, temerosos de un precipitado descenso a tierra, tanto, que casi no nos dábamos cuenta de que continuaban las piruetas de la avioneta, mientras el humo que despedía iba dibujando en el aire Coca Cola, el nombre del famoso refresco. Completada la escritura, descendieron Potaje y su avioneta sobre la pista con la misma naturalidad con que habían ascendido. Y una vez más el héroe nos esperaba con su sonrisa en los labios y su sombrero en la mano.

Sin salir de mi asombro le pregunté cuánto había recibido por arriesgar su vida, y me llamó la atención que no parecía satisfecho cuando me dijo: «Cuarenta pesos y diez centavos, pero tengo que pagar veinticinco pesos por el alquiler de la avioneta».

Potaje había aprendido a volar cuando era miembro de la Fuerza Aérea de Cuba, pero aún era joven cuando lo licenciaron y le pagaban una pensión de veintitrés pesos. Entonces comprendí. Así era Potaje, cada domingo jugaba con la muerte para ganarse la vida.

Después del triunfo de la Revolución dejé de ver esas cosas en Cuba, pero en mis viajes de trabajo por países de América Latina vi muchos espectáculos semejantes de infelices hombres y mujeres que no tenían otra manera de ganar el sustento de la familia.

Me impresionó mucho aquel equilibrista que sobre un cable tendido entre dos altos edificios de Río de Janeiro, caminaba una y otra vez de un lado a otro de una ancha avenida.

Nunca olvidé a aquella infeliz mujer que en Santiago de Chile sostenía sobre sus huesudos hombros una barra de acero de cuyos extremos se colgaban cuatro de sus hijos ¿Cómo puede hablarse de derechos humanos mientras haya cientos de millones de personas en todo el mundo que carecen del elemental derecho al trabajo?

SEVERINO, EL PADRINO

Cuando me refiero al padrino no estoy pensando en el excelente filme protagonizado por el carismático actor Marlon Brando. Ese personaje venía a ser una especie de súper jefe, respetado y temido por todas las familias mafiosas que proliferaron en Estados Unidos en la primera mitad del siglo XX.

El padrino del cual escribo hoy tenía en el fondo la misma esencia que aquel, pero actuaba en el ámbito de otra mafia menos espectacular pero también dañina: los politiqueros de nuestro pasado capitalista. Entonces no había uno, sino muchos padrinos, tantos como senadores, representantes, alcaldes, concejales, ministros y otros funcionarios que conformaban el gobierno.

La influencia de esos padrinos dependía de la jerarquía del cargo que desempeñaban o la prominencia del partido político en que militaban.

Por influencias políticas se podía conseguir un empleo o perderlo; se podía sacar de la cárcel a un criminal o meter a ella a un inocente; aprobar una ley impopular o rechazar una positiva.

Para ingresar en un hospital y hasta para enterrar a alguien en un lugar preferente de los cementerios se necesitaba la influencia de algún partido político. Frecuentemente los padrinos se apoyaban en los llamados «sargentos políticos», que eran sujetos que en determinadas zonas urbanas o rurales hacían propaganda a favor de un candidato a cambio de promesas casi siempre incumplidas.

El partido gobernante era el que designaba a los secretarios (ministros), que en su mayoría eran los más influyentes políticos. Otros eran apadrinados, pero una vez en el cargo se convertían también en padrinos.

Es decir, que si en Estados Unidos existía el padrino de la mafia, lo que había en Cuba antes de 1959 era la mafia de los padrinos.

Pero quiero referirme hoy a un padrino muy especial que tuve cuando contaba con solo once años de edad, y mi familia, como la mayoría de las familias cubanas, estaba en la miseria. Fue un padrino accidental. El asunto ocurrió así.

La mayor parte de mi infancia, concretamente desde que tenía cinco años, atravesaba mi familia una difícilísima situación económica. Por esa razón jamás me empataba yo con un peso de mi propiedad; pero no digamos un peso: ni una peseta o un medio. Fueron entonces muchas las veces que me quedé con las ganas de tomarme un helado, comerme un dulce o ir al cine por no tener cinco centavos. Por eso quedó tan grabado en mi memoria aquel día, aquel incidente ocurrido en algún mes de 1935, en que me regalaron un peso.

En un suburbio de la ciudad estaba el aeropuerto (campo de aterrizaje le decíamos nosotros), de donde salían los vuelos para Santiago de Cuba. Y al lado había una extensa explanada, donde lo mismo se montaba una feria que una carrera de automóviles. En esas ferias se vendían los más variados artículos: refrescos y cervezas, comidas, etc. Todos los muchachos de las cercanías íbamos a esas ferias, porque siempre se nos pegaba algo.

Uno de esos días en que, como de costumbre, no teníamos ni un centavo, mis amigos y yo nos paramos junto a un quiosco donde cuatro hombres mayores, aparentemente españoles, tomaban cerveza. En un momento determinado, yo me agaché para coger una tapita de una botella, y a uno de los hombres se le ocurrió echarme un chorro de cerveza en la cabeza, mientras exclamaba estruendosamente: «¡Te bauticé!, ¡te bauticé!».

Cuando me incorporé, sorprendido y furioso, estuve a punto de decirle un disparate, pero se me ocurrió una idea mejor; puse la mejor cara de niño bueno que tenía y con mucha humildad le dije: «Bueno, ya que me bautizó, y por lo tanto es mi padrino, ¿por qué no me regala una peseta?».

Riendo a carcajadas, y evidentemente sorprendido, Severino metió la mano en un bolsillo y dijo a toda voz: «Una peseta no, un peso, que bien vale la pena tener un ahijado tan inteligente y educado».

No había terminado de darle las gracias cuando mis amiguitos y yo salimos corriendo para el quiosco donde vendían helados y saciamos allí nuestros deseos de varios años. Todavía me quedaron cuarenta centavos, que luego entregué a mi padre como primera contribución a los gastos de la casa.

ISABEL

La tuberculosis es una enfermedad endémica en muchos países. Es una de las consecuencias del hambre y la carencia de una adecuada salud pública. Antes de 1959 se registraban en Cuba decenas de miles de tuberculosos cada año, y esa enfermedad era una de las principales causas de muerte. Actualmente en Cuba se han incrementado los casos nuevamente. Recuerdo entonces a Isabel.

Era una bella adolescente de 15 años que vivía como yo, hace mucho tiempo, en un barrio periférico de la ciudad de Guantánamo. Su familia, como la inmensa mayoría de las familias de entonces, era muy pobre. Nuestra alimentación era precaria, pero ella conservaba su esbeltez, que adornaba con su simpatía y clara inteligencia. Era una flor en un pantano. Por eso yo no pude entender que menos de un año después hubiera perdido su hermosura y falleciera. Todo comenzó con un simple catarro que, mal cuidado, degeneró en pulmonía y finalmente en una tuberculosis galopante. La falta de medicamentos y la escasa dieta hicieron el resto.

La tuberculosis era entonces en Cuba una enfermedad muy frecuente. No era necesariamente mortal; se podía controlar con un buen tratamiento médico y una dieta reforzada, que estaban fuera del alcance de los más pobres. Recuerdo que en aquella época la prensa publicaba sistemáticamente informaciones sobre la cantidad de personas que morían de tuberculosis, y también de tifus, poliomielitis, gastroenteritis y hasta de sarampión, males que se incrementaban en la temporada de lluvias.

Después del triunfo de la Revolución comenzó a desarrollarse en Cuba un sistema de salud pública que actualmente abarca a toda la población y la inmuniza contra más de una decena de enfermedades infecciosas.

Hace poco tiempo me detectaron una lesión tuberculosa y a partir de ese momento y durante siete meses el consultorio médico de mi área de residencia me tomó en sus manos. Día a día la enfermera me traía a la casa las pastillas que debía tomar y recibía cada semana la visita de un

especialista que valoraba el resultado del tratamiento. Una placa hecha a los siete meses confirmaba que las lesiones habían sanado, y fui dado de alta.

Entonces yo pensé en Isabel, en mi hermana Cristina y en miles de personas víctimas de esa enfermedad y de otras que han sido erradicadas. Y pensé también en la crueldad de los gobiernos de países desarrollados, que gastan miles de millones de dólares en armamentos para matar seres humanos, mientras otros muchos en el mundo mueren por carecer de un simple medicamento.

JAIME Y LA BASE NAVAL DE GUANTÁNAMO¹⁰

Además de ser una ofensa a nuestra soberanía, la Base Naval de Guantánamo nos ha causado daños de otra naturaleza en su más de un siglo de existencia en contra de la voluntad del pueblo cubano. Uno de esos me viene a la memoria.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, en 1939, el gobierno de Washington decidió ampliar sus instalaciones militares en la Base Naval. Necesitó entonces miles de trabajadores, especialmente de la construcción. En cuestión de semanas fueron contratados todos los desempleados de Guantánamo y como en la totalidad el país se contaban por miles los desocupados, estos viajaban en masa a esa ciudad oriental en busca de trabajo en la Base. En poco tiempo la población guantanamera casi se duplicó, y como todos tenían trabajo, se produjo una fiebre de construcción de viviendas, comercios y servicios para satisfacer la creciente población. Era una danza de los millones. Pero a medida que se iban terminando las obras en la Base Naval, los trabajadores eran despedidos en masa.

En 1942 quedaron sin empleo más de diez mil trabajadores. En consecuencia, cerraron muchos comercios, y de un día para otro cayó Guantánamo en un verdadero caos económico con miles de desempleados que no tenían la menor oportunidad de encontrar un trabajo. La miseria, con todas sus secuelas, perduró en Guantánamo hasta el triunfo de la Revolución.

Por otra parte, y ya después de 1959, desde la Base se han organizado muchas provocaciones y han sido asesinados guardafronteras nuestros.

A raíz de la caída del gobierno del tirano Gerardo Machado (1925-1933) mi familia se mudó para San Justo, otro barrio guantanamero, más al centro de la ciudad. De esa época tengo varios recuerdos relacionados con la Base Naval. Jaime es uno de esos recuerdos.

Por aquella época cada fin de semana arribaban a la ciudad de Guantánamo centenares de los infantes de marina emplazados en la base naval y virtualmente la tomaban por asalto. Apenas descendían del tren en que eran transportados, aquellos indeseables visitantes invadían la ciudad en busca de prostíbulos y bares donde gastaban su paga y paseaban su prepotencia e insolencia por las calles guantanameras enfundados en sus blancos trajes, rematados por sus no menos blancas gorritas.

Cuando estaban borrachos —casi siempre poco después de que llegaban— compraban cualquier cosa: maracas, dulces, caramelos y otros artículos generalmente artesanales que les ofrecían centenares de niños, jóvenes y adultos que solo por esa vía lograban librar el sustento. Mientras tanto, la mayoría de los pobladores se veían obligados a refugiarse en sus hogares. El espectáculo que ofrecía Guantánamo en esos días se parecía a una película del oeste, aunque los *cowboys* eran sustituidos por marines y, frecuentemente, los caballos por bicicletas que los invasores alquilaban a sobreprecio y maltrataban con el mismo desprecio que a las personas.

Para nosotros, los muchachos que vivíamos en San Justo, aquella arribazón de marines era un acontecimiento esperado con ansiedad cada fin de semana. El tren en que aquellos eran transportados desde Caimanera hasta Guantánamo pasaba por San Justo, a unos quinientos metros de la terminal donde ellos descendían. Las vías férreas se asentaban en un terraplén en cuyos bordes nos situábamos nosotros provistos de unos palos que tenían un gancho en uno de sus extremos y que utilizábamos con especial habilidad para arrancarles las gorritas a los marines cuando asomaban sus cabezas por las ventanillas. Después que el tren dejaba su «carga» en la estación, regresaba a unos talleres próximos, donde los vagones eran «parqueados» hasta horas de la tarde, cuando los marines debían regresar a la Base. Aprovechábamos esa oportunidad para abordar el tren y registrar sus diversos coches en busca de cosas que dejaban olvidadas: botellas de cerveza, monedas, plumas de fuente y a veces hasta un reloj de pulsera o unos espejuelos. Era una cacería en la que los más hábiles y audaces se llevaban la mejor parte. Para nosotros aquella plaga se convirtió también en algo esperado, aunque la mayoría de nosotros experimentábamos una sensación de venganza cada vez que le arrancábamos una gorrita a los marines.

Esta situación generaba en el pueblo de Guantánamo un odio sordo hacia aquellos prepotentes visitantes que trataban a nuestra gente con el mismo desprecio que a las bicicletas o caballos que alquilaban.

Frecuentes eran las riñas provocadas por ellos, generalmente iniciadas cuando algún marine borracho trataba de abusar de cualquier mujer que, por razones poderosas, se hubiera visto obligada a salir a la calle. En esos casos, y como siguiendo una consigna, comenzaban a aparecerse hombres de todas partes y la emprendían a golpes contra los agresores. Era una expresión del odio íntimo que la mayoría del pueblo sentía. Muchas veces esas trifulcas terminaban con algún infante de marina herido o muerto. En esos casos, las autoridades de la Base suspendían por una o dos semanas las visitas, lo cual causaba graves afectaciones a los comerciantes que, en muchas ocasiones, virtualmente solo vendían lo que aquellos indeseables visitantes compraban.

Aún recuerdo con absoluta nitidez una de esas riñas que presencié y en la cual murió uno de aquellos prepotentes norteamericanos. El problema comenzó cuando dos marineros, borrachos, intentaron abusar de una joven que se había visto obligada a salir a la calle. Y ahí entró Jaime en esta historia. Era un hombre de mediana edad, más bien delgado y de pequeña estatura, pero no vaciló en liarse a golpes con los dos agresores. Pronto se involucraron en la trifulca varios guantanameros y otros tres marinos y se generalizó la pelea hasta que minutos después llegaron varios policías. Solo hallaron en el lugar tres marines heridos y uno muerto.

Nunca se supo con certeza quién lo había matado. Pero lo que más recuerdo de aquel episodio fue la decisión con que el pequeño Jaime se enfrentó a los dos corpulentos agresores, para defender a una mujer que, por cierto, no conocía.

Desde hace mucho tiempo esa instalación yanqui no tiene valor estratégico alguno, pero es sede de una ilegal prisión donde los «campeones de los derechos humanos» torturan y humillan a los prisioneros en su cuestionada guerra contra el terrorismo.

DOUGLAS¹¹

Douglas era un niño malcriado, consentido y egoísta que vivía en la casa contigua a la mía cuando yo tenía ocho años de edad. Pero su familia tenía ciertos recursos económicos. Tuve algunos encontronazos con él, aunque era tres años mayor que yo. Pero el que nunca he olvidado es el del Día de Reyes de 1932.

Quienes hemos vivido mucho más de medio siglo recordamos, no sin cierta nostalgia, el Día de los Reyes Magos, que se celebraba el 6 de enero. Para los niños de entonces era un día anhelado, cuya proximidad nos llenaba de ilusiones, proyectos y esperanzas. Y los padres utilizaban ese día como recurso para lograr el buen comportamiento de sus hijos, pues se nos advertía que los reyes no nos traerían juguete alguno si nos portábamos mal.

Para la inmensa mayoría de los padres cubanos de aquella época —los pobres— el Día de los Reyes era también un día de angustias, pues carentes de recursos económicos se veían obligados a realizar enormes sacrificios con el fin de complacer, aunque fuera a medias, las aspiraciones de sus hijos.

Para los padres ricos o de clase media —una minoría— era ocasión propicia para mostrar a los demás su poder económico al comprar a sus hijos los más costosos juguetes.

En conclusión, era el Día de Reyes en el pasado un muestrario de esos grandes contrastes que abundan en el capitalismo, donde lo trágico y lo cómico, lo justo y lo injusto, lo alegre y lo triste andan frecuentemente de la mano.

Mi padre apenas lograba ganar lo suficiente para una precaria comida diaria. ¿Cómo pensar entonces en costosos juguetes? Pero ¿cómo matar las ilusiones de los niños, que soñábamos con los juguetes anhelados?

Mis padres, sus amigos y los vecinos destacaban siempre mi buen comportamiento. Por lo tanto, me consideraba con el más legítimo derecho

a esperar mis juguetes soñados. Así llegó aquel 6 de enero, el de 1932. Con los primeros rayos del sol salté presuroso de la cama y luego de una afanosa búsqueda por todos los rincones de la casa solo hallé un largo sable de lata en una vaina del mismo material. Nada de los patines y la carriola soñados y pedidos en amorosa cartica escrita la noche anterior. Pero mi perplejidad y tristeza no duraron mucho. Con el candor de mi alma de niño y la característica fantasía infantil, fijé el sable a mi cintura con la misma prestancia que lo hubiera hecho cualquiera de los tres mosqueteros o D'Artagnan y salí a la calle en busca de aventuras como un Quijote recortado.

Mi primer encuentro en la calle fue con Douglas, el vecinito de al lado, deslizándose por la acera sobre una carriola tan grande y hermosa como la que yo soñaba tener. Me miró desdeñosamente, sonrió de manera provocativa al contemplar mi sable de lata y siguió su camino sin darme tiempo a que celebrara su lindo juguete. Y yo me quedé pensando: ¿por qué a Douglas, un niño malcriado y criticado por todos los vecinos, le habían traído los reyes aquellos juguetes, y a mí, celebrado por los vecinos, solo me dejaron el sable de lata?

Aún no había imaginado siquiera una respuesta cuando ya Douglas estaba de regreso. Le pedí que me dejara dar una vueltecita en su carriola y me lo negó terminantemente. Le ofrecí mi sable, y luego de contemplarlo con desdén me dijo con altanería: «Echa eso para allá, que me vas a ensuciar el traje».

Hasta ese momento yo no me había enfadado con Douglas, pero que se burlara así de mi único juguete no se lo podía permitir. Blandí el sable con ánimo de castigar su insolencia, y como él se dio cuenta de mis intenciones salió velozmente en su carriola con rumbo a su casa, mientras yo, sable en ristre, me le aproximaba peligrosamente. No tardé en darle alcance porque en su cobarde huida chocó contra un poste y cayó al suelo encima de la carriola, y yo encima de él. Casualmente el sable se le encajó superficialmente en una nalga, sin mayores consecuencias. Y mientras Douglas lloraba, gritaba y pedía auxilio, los cuatro o cinco vecinos que habían presenciado el lance reían de buena gana. Sus risas terminaron por

hacerme reír a mí, y finalmente Douglas —creo que por nerviosismo— también estalló en carcajadas.

Andando el tiempo, la vida nos fue confirmando lo que sospechábamos desde antes: los reyes de nuestras ilusiones eran en realidad nuestros padres y otros familiares allegados. No puedo negar que sufrimos una gran desilusión cuando confirmamos que eran una leyenda. A partir de entonces atemperábamos nuestros pedidos a las circunstancias. En mi caso, era mi padrino mi tío José, que me había bautizado unos años antes. Él era uno de mis imaginarios reyes. Siempre me dejaba un juguete.

MI PRIMER VIAJE A LA HABANA Y LA CONTINUIDAD DE MIS ESTUDIOS

Después de la muerte de mi madre nos mudamos para el centro de la ciudad, y en mi nueva residencia se produjeron algunos cambios de real importancia en nuestra familia. El primero de ellos fue que mi padre se consiguió por esa época una plaza de sereno en un almacén de víveres, donde le pagaban treinta pesos mensuales por custodiar el lugar desde las doce de la noche hasta las seis de la mañana.

Entonces yo me levantaba a las cinco de la mañana; encendía el fogón de leña o carbón, colaba café y ponía a hervir la leche que había recibido antes para la fabricación de los dulces de leche que vendíamos. Cuando mi padre llegaba, sobre las seis y media de la mañana, tomaba un poco de café y se acostaba a dormir unas horas. Yo continuaba preparando los dulces, iba a buscar el pan, llamaba a mis hermanas mayores y organizaba el trabajo del día. Aproximadamente sobre las once de la mañana, cuando se levantaba mi padre, ya teníamos preparados los dulces de leche y, en muchas ocasiones, habíamos elaborado también cierta cantidad de caramelos.

El otro cambio que se produjo en mi vida tuvo para mí consecuencias de trascendental importancia.

Desde que mi madre falleció en abril de 1933, una hermana de mi padre que vivía en La Habana le escribía con frecuencia y siempre le pedía que le mandara a uno de nosotros para criarlo y educarlo. Tres años demoró mi padre en aceptar aquel ofrecimiento, y cuando lo hizo se decidió por mí, que era el único varón y, por tanto, el que más podía ayudarlo en su quehacer por el mantenimiento suyo y el de mis cuatro hermanas, la mayor de las cuales contaba con 14 años de edad, y la menor solo ocho.

Fue así que el 15 de mayo de 1936 emprendíamos mi padre y yo mi primer viaje a La Habana. De Guantánamo a Santiago de Cuba fuimos por ferrocarril y de la capital san tiaguera continuamos en ómnibus. Un día entero demoró aquel viaje del que recuerdo algunas cosas interesantes. La primera de ellas, las innumerables escalas que hacía aquella guagua, no solo

en las capitales provinciales por las cuales cruzaba, sino también por otras poblaciones de menor categoría. En todas estas estaciones —no importaba la hora— se acercaba al ómnibus un verdadero enjambre de niños, adolescentes y adultos que vendían los artículos alimenticios más disímiles: galleticas, frituras diversas, emparedados, raspaduras, cartuchos de maní, casabe, quesitos, etc. Hubiera querido comprar de todas aquellas golosinas, pero sabía que los escasos recursos de que disponía mi padre debían reservarse para la comida. Sin embargo, al llegar a Palma Soriano el ómnibus paró frente a un restaurante donde había un anuncio que me conmovió hasta la médula: «El mejor helado de coco». Miré el anuncio y miré a mi padre, al parecer de una manera tan suplicante, que él, sin que mediara palabra alguna, me compró un vaso grande de aquella exquisitez. Pocas veces creo haber sentido una decepción tan arrolladora. Apenas me llevé a la boca las primeras cucharaditas comprobé que aquel helado estaba tan, pero tan salado, como aquellas lasquitas de bacalao que me daba el chino Francisco, «de contra» (como dicen los orientales) cuando yo iba a comprar los mandados. No obstante, me tomé todo el helado, lo cual, lejos de ser un deleite, resultó ser un tormento, un castigo. Y no dije nada a mi padre, pues pensaba que para comprarme aquella golosina quizás él se había privado de adquirir una caja de aquellos cigarros que consumía insaciablemente.

Otro de los incidentes de aquel viaje que aún hoy recuerdo con absoluta claridad es la llegada a La Habana. Me impresionaron vivamente los altos edificios, las anchas avenidas, la gran cantidad de vehículos y, sobre todo, los tranvías, que veía por vez primera.

Ya instalado en la capital cubana con mis tíos, el 1ro. de junio de aquel año comencé a ir a una escuelita privada (el instituto Yverdón), propiedad de uno de mis primos mayores, maestro de profesión. Yo contaba en ese momento con 12 años de edad y no iba a la escuela desde los siete, por lo que mi nivel de escolaridad era muy bajo y fui matriculado en segundo grado. Comenzaba así una nueva etapa de mi vida en mejores condiciones que la anterior, pues al menos vivía en una casa de mampostería, hacía —aunque modestas— dos comidas diarias y estaba estudiando. Mis tíos tenían seis hijos —dos hembras y cuatro varones—, de los cuales uno solo trabajaba como maestro primario.

En aquel entonces yo no era capaz de darme cuenta del sacrificio que significaba para mi padre prescindir de mi ayuda. De eso me fui percatando posteriormente y constituyó para mí un acicate especial para aplicarme en el estudio a fin de recuperar el tiempo perdido.

Tres elementos independientes entre sí determinaron que en poco más de dos años yo recorriera toda la escala de la instrucción primaria y virtualmente la primaria superior (séptimo y octavo grados). Fueron esos tres elementos mi afán por estudiar motivado por la preocupación de saber que mi padre había renunciado a mi ayuda a fin de que yo estudiara; mi predilección por las Matemáticas y la Gramática, y el hecho de que la escuelita en que fui matriculado era propiedad de la familia.

El primero de esos elementos era para mí un permanente acicate que me impulsaba a estudiar en cada momento del día que tuviera disponible. El segundo me servía como punta de lanza para quemar etapas. Dos meses después concluía ese curso escolar y era promovido al grado tercero. Durante el curso escolar de 1936 a 1937 cursé los grados tercero, cuarto, quinto y sexto.

Por esa época se hacían en las escuelas públicas y privadas pruebas trimestrales para comprobar el aprovechamiento académico de los alumnos. En los exámenes correspondientes al primer trimestre de ese curso, en diciembre de 1936, obtuve el máximo de calificación en Matemáticas y Gramática. Mi primo decidió pasarme al grado inmediato superior. De ese modo, al comenzar el segundo trimestre, estaba yo en cuarto grado. Un mes más tarde, gracias a mi persistente manera de estudiar y a mi facilidad para estas asignaturas, tenía el mismo nivel que el resto de los alumnos de ese grado. A principios de abril de 1937 se realizaron las pruebas correspondientes al segundo trimestre, y obtuve nuevamente el máximo de calificaciones, razón por la cual se decidió que pasara a quinto grado. Aquí ocurrió lo mismo, por lo que volví a ser promovido en julio, esta vez a sexto grado, que también aprobé en las pruebas finales del curso escolar.

De esa manera, al comenzar el curso escolar de 1937 a 1938 estaba yo cursando el séptimo grado y contaba con trece años de edad. Gracias a las etapas quemadas en el curso anterior había logrado nivelar mi edad escolar con la cronológica. Ese curso se desarrolló para mí normalmente y, al

concluir, en julio de 1938, fui promovido al octavo grado, último escaño entonces de la instrucción primaria.

Tres de mis primos de La Habana concluyeron en esa fecha sus estudios de octavo grado y, en un cursillo intensivo, se preparaban para presentarse — en septiembre— a exámenes de ingreso en la Escuela Normal para Maestros de La Habana. Se produjo entonces un conflicto peculiar en el seno de la familia. Yo manifesté mi deseo de tomar ese cursillo intensivo con vista a presentarme también a ingreso en la Normal, pero tanto mi primo mayor —dueño de la escuelita— como mis tíos opinaron que yo había estudiado demasiado en esos dos años y que debía descansar un poco para cursar normalmente el octavo grado y luego saltar a la enseñanza secundaria.

Tanto insistí en presentarme a ingreso en la Normal que mi familia accedió finalmente a que lo hiciera. Fue así como en el mes de septiembre de 1938 mis tres primos y yo realizábamos conjuntamente las pruebas de ingreso a la Escuela Normal para Maestros. El examen era selectivo. Había ese año dos mil ciento nueve aspirantes a ingreso, y solo sesenta y nueve plazas. La primera prueba era la de Matemáticas. Quienes la aprobaban pasaban a la segunda prueba —Gramática—, que también era eliminatoria. Las demás asignaturas —once en total— no eran eliminatorias. Las aprobé todas y, por el promedio final, me correspondió el número cincuenta y nueve en el escalafón definitivo. Por lo tanto, había logrado el ingreso a la escuela. Mis primos también.

Jamás había pensado en ser maestro. Mi máxima aspiración era estudiar Ciencias Físico-Matemáticas, ese era mi sueño, pero no pasó de ahí. La familia que me estaba criando era pobre. Vivíamos con muchas estrecheces. Ninguno de mis primos que también ingresaron en la Normal trabajaba. Yo tampoco, aunque buscábamos afanosamente la manera de hacerlo no solo por nosotros, sino también porque era una necesidad para toda la familia.

Para cursar Ciencias Físico-Matemáticas yo debía estudiar primero bachillerato (cuatro años), que era la carrera que me abría las puertas de la universidad. Cuando uno se graduaba de bachiller tenía una preparación básica, pero ese título no te capacitaba para ninguna actividad remunerada. Además, la matrícula en el bachillerato costaba una cierta suma (entre cinco

y diez pesos anuales) que, no obstante ser pequeña, estaba fuera de nuestro alcance. La matrícula en la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas, por otra parte, era una de las más caras entre todas las carreras universitarias (cincuenta y cinco pesos anuales), y los libros que era necesario adquirir resultaban particularmente caros. ¿Cómo podría yo, sin recursos y sin trabajo, aspirar a estudiar esa carrera?

¿Qué ocurría, entretanto, con el magisterio? La matrícula en la Escuela Normal para Maestros era gratis. No había necesidad de adquirir libros. Cuando uno terminaba la carrera estaba capacitado legalmente para desempeñar una plaza de maestro de instrucción primaria. Es decir: podía trabajar en una escuela pública o privada. Fue por eso que estudié Magisterio. No era mi vocación, mi deseo, pero objetivamente era lo único que podía estudiar.

¡AY, ROGELIA!

Como ya expresé en la crónica anterior, el instituto Yverdón era una pequeña escuelita privada del reparto Santos Suárez cuando vine para La Habana en 1936. Era propiedad de un primo mío y de otro maestro del que solo recuerdo que era muy calvo y se apellidaba Gutiérrez. A esa escuelita, que tenía unos setenta alumnos, fui a parar yo el primero de junio. En ella permanecí solo dos años, pero tengo de aquel plantel muchos recuerdos gratos e ingratos.

Nunca olvidé las competencias de Matemáticas, en las cuales con frecuencia emergía vencedor; tampoco aquel trabajo sobre las abejas donde el profesor me encontró veintidós faltas de ortografía; o las competencias que semanalmente celebrábamos en el campo deportivo de la escuela, las frecuentes excursiones y mis aceleradas promociones al grado inmediato superior. Pero relacionado con todas estas cosas está el recuerdo de Rogelia, una hermosa trigueñita, adolescente como yo y espontáneamente coqueta, de quien quedé prendado desde el primer día en que la vi. Fuimos compañeros de aula y eso resultó ser un factor decisivo en mi aprovechamiento académico, pues para lucirme ante ella estudiaba como nadie y lograba las mejores notas. Sin embargo, eso nunca arrojó resultados a favor mío. En el aula estaba también un muchacho llamado Julito (a mí me parecía medio bobo), por quien evidentemente Rogelia sentía especial atracción.

En las competencias de Matemáticas y otras asignaturas casi siempre derrotaba a Julito, pero Rogelia, luego de dedicarme una tibia felicitación, iba a consolar a Julito y le dedicaba sus mejores sonrisas.

Un día que fuimos de excursión sufrió ella un pequeño accidente y se lastimó una rodilla. Yo, que como siempre, estaba cerca de ella, la ayudé a levantarse y, apoyada en mi brazo, la conduje hasta un banco cercano. Alguien trajo algodón y mercurocromo, y solo de pensar que al curarla podría tocarla, el corazón se me quería salir del pecho. Pero ocurrió lo más doloroso para mí: ella llamó a Julito para que le hiciera la cura.

Aunque en mis aceleradas promociones fui dejando atrás a Rogelia y demás compañeros de curso, no perdía oportunidad de encontrarme con ellos, en los recesos, las actividades recreativas, culturales o deportivas que se realizaban frecuentemente. Pero nunca lograba la ansiada preferencia de Rogelia. Ni siquiera aquella vez en que le regalé una esplendorosa flor que me había encontrado durante una excursión al valle de Viñales. Me dio las gracias acompañadas de una leve sonrisa y salió corriendo hasta donde estaba Julito para mostrarle la flor que, con perturbadora coquetería, se había prendido en la cabellera.

Pero como yo no me daba por vencido, mis esperanzas de conquista se vieron fuertemente alimentadas cuando el Instituto Yverdón adquirió un terreno próximo a la escuela para dedicarlo a entrenamientos y competencias de deportes. Rogelia era una apasionada de los deportes, y quizás en ese campo podría lograr su preferencia. Por eso me preparé afanosamente para nuestra primera competencia intergrados, en las cuales Julito y yo seríamos rivales en cien metros planos y salto de altura.

Cuando llegó aquel domingo nosotros estábamos especialmente tensos, porque en las abarrotadas gradas se hallaban todos los alumnos —entre ellos Rogelia—, los padres y muchos vecinos. La cuarta competencia de aquel día era la carrera de cien metros planos para menores de 14 años. Y allí estábamos Julito y yo. En realidad él era más fuerte y veloz que yo, pero yo estaba seguro de que podría borrar esa desventaja gracias al empuje que me daba el ansia de conquistar la victoria para dedicársela a Rogelia, que, radiante como siempre, nos alentaba desde las gradas.

Dieron la voz de partida y poco después Julito me sacaba una apreciable ventaja. Pero al pasar frente a las gradas donde estaba ella sentí como si me hubieran puesto un motor en las espaldas. No sé de dónde saqué fuerzas para mover mis piernas a mayor velocidad, pero al cruzar frente a la meta le sacaba a Julito unos centímetros de ventaja. Cuando me recuperé del breve desmayo que me produjo el violento esfuerzo realizado, fui al podio de premiaciones para recibir mi diploma de vencedor. Allí, a solo unos metros, Rogelia. Yo estaba convencido de que esta vez había derrotado a Julito en todos los terrenos. Cuando terminó la ceremonia de premiación, Rogelia me felicitó por mi triunfo e inmediatamente se fue a consolar a Julito, que a

unos metros de distancia rumiaba su derrota. Como vi que permanecía junto a él demasiado tiempo fui hasta donde estaban y, sin más, le ofrecí a Rogelia el diploma de vencedor que me habían entregado. El corazón se me quería salir del pecho, empujado por la emoción que me causaba aquella decisión. Pero la desbordante alegría duró solo unos segundos y se convirtió en una virtual tragedia para mí, porque Rogelia se acercó a Julito y tendiéndole el diploma le dijo consoladoramente: «Tómalo; en fin de cuentas tú te lo mereces tanto como el vencedor, pues estuviste delante durante casi toda la carrera».

A pesar de todo eso, confieso que nunca pude odiar a Rogelia.

GRACIELA, LA DE CRESPO NO. 5

La prostitución es una de las peores lacras de la sociedad capitalista, donde se ha convertido en un negocio millonario. La genera fundamentalmente la miseria. Millones de mujeres en el mundo se ven arrastradas a la prostitución para poder mantener a sus hijos, y de esa situación se aprovechan personas y empresas sin escrúpulos. No es nada raro que negociantes de diversos países se dediquen a contratar mujeres de otras naciones con destino a prostíbulos. Les prometen maravillas que, por supuesto, no cumplen.

Antes del triunfo de la Revolución existían en Cuba millares de prostitutas. La mayoría se concentraban en determinadas zonas de tolerancia de las ciudades. Tramos de las calles Zanja, Crespo, Pajarito y Cristina, de La Habana, eran famosos por sus prostíbulos, muchos de los cuales eran negocios montados por politiqueros y otros negociantes inescrupulosos.

Muchas de aquellas infelices mujeres eran campesinas que fueron traídas a La Habana mediante engaños o acorraladas por la extrema pobreza. Los trabajos escaseaban y para las mujeres eran casi inexistentes. No pocas comenzaban como sirvientas en las residencias de los ricos, donde frecuentemente, mediante engaños o amenazas, eran deshonoradas por los señoritos de la casa. Luego eran despedidas y, como no conseguían otros empleos, se convertían en fáciles víctimas de los negociantes de la prostitución.

En numerosos países el negocio de la prostitución es tan lucrativo que los prostíbulos pagan costosos espacios publicados en revistas de circulación legal.

Después del triunfo de la Revolución se ofrecieron cursos de superación y oportunidades de trabajo a las prostitutas, que, poco a poco, se fueron integrando a la sociedad. La Revolución eliminó las causas que obligaban a muchas mujeres a prostituirse. Como todos los cubanos, tienen las máximas posibilidades para estudiar y desempeñar los más diversos trabajos.

Sobre este sensible tema trata la presente crónica.

No es nada extraordinario, por lo menos en mi caso, que nos encontremos con una persona que nos reconoce y a la cual no recordamos. Pero sí es extraordinario el caso de esta naturaleza que me ocurrió cuando coincidí con Graciela, «la de Crespo no. 5», en la cola de una panadería.

Aunque ya había cumplido 75 años de edad, conserva Graciela gran parte de aquella esbeltez que me cautivó cuando la conocí, medio siglo atrás. Su amable sonrisa y la seguridad con que se dirigió a mí no fueron suficientes para que yo la reconociera. Entonces ella solo me recordó:

«Graciela, la de Crespo no. 5». Era suficiente.

Quizás por aquello de que no solo de pan vive el hombre, ambos olvidamos el lugar que teníamos en la cola y estuvimos más de una hora hablándonos de los principales pasajes de nuestras vidas durante las cinco décadas transcurridas desde que nos vimos por primera vez.

Me contó cómo después del triunfo de la Revolución tomó un curso de corte y costura y trabajó en un taller durante varios años. Cómo después se hizo técnico medio, fue elegida trabajadora ejemplar, dirigente sindical y administradora de un establecimiento comercial.

«Hace cinco años que me retiré, pero me mantengo activa en todo lo que puedo como cederista y federada. Tengo dos hijos y cinco nietos que, junto con mis recuerdos, constituyen mis más valiosos tesoros. Todo se lo debo a la Revolución».

Hablamos de muchas cosas más, menos de aquella vez en que nos conocimos. Ella, quizás por pudor, no lo mencionó. Y yo tampoco lo hice, por respeto, ese respeto que me inspiró inclusive aquel memorable día de hace medio siglo, cuando yo era un adolescente de 14 años.

Creo que fue un domingo, pero podía haber sido cualquier otro día de la semana. Me aparecí en su casa por recomendación de un amigo, con quien compartía entonces mi pobreza, mis tristezas, mis aventuras y sueños juveniles. Durante semanas había estado guardando medio a medio hasta

reunir aquel peso que ahora acariciaba en el bolsillo como despidiéndome de alguien a quien no volvería a ver. Realmente hubiera necesitado invertirlo en otras cosas, pero Lorenzo me había hablado tanto de Graciela, que su imagen, la que yo me había formado de ella, no me dejaba dormir tranquilo.

Era tan hermosa como él me la había descrito. La sonrisa con que me dio la bienvenida hizo latir mi corazón apresuradamente. Estoy seguro de que me ruboricé porque no sabía ni siquiera cómo comenzar a conversar con ella. Tenía 24 años de edad. Diez más que yo. Pero esa diferencia era mucho mayor aún, porque en esos 24 años ella había vivido una eternidad. No fue necesario que yo le dijera algo. Me acarició con su mirada y con sus manos, y me dijo con una voz que era también una caricia: «Vamos, que te voy a graduar de hombre».

Pero no pudo ser. Aquel viaje al paraíso quedó bruscamente interrumpido cuando noté que por sus mejillas rodaban lenta, perezosamente, dos lágrimas. No quería explicarme el porqué, y me incitaba a continuar el viaje. Pero finalmente no pudo aguantar más y rompió a llorar mientras me apretaba contra su pecho desnudo y me decía con voz trémula: «Eres el vivo retrato de mi hijo, con unos añitos más».

Creo que de inmediato fue odio lo que experimenté al escuchar aquella confesión tan inoportuna que me hacía sentir como si estuviera cometiendo el más aborrecible de los incestos. Después me invadió una lástima profunda, desesperante; y mis lágrimas de adolescente se mezclaron con las suyas. Me vestí torpemente, dejé disimuladamente el peso sobre una mesita de noche y emprendí el regreso a mi casa. No sé bien cuántas noches estuve pensando ininterrumpidamente en aquel singular episodio, pero volví a Crespo no. 5, y esa vez tampoco sabía cómo comenzar. Ella sí. Y esa noche sí me gradué de hombre. Después decenas de veces volví a examinarme con aquella profesora de la vida, mujer y madre de gran sensibilidad que, como muchas otras de su época, acorralada por la injusta sociedad de entonces, había devenido prostituta.

A retazos me fue contando sus vicisitudes. Su precaria vida allá, en un pueblecito oriental. Su romance con aquel eventual viajero que conoció en la estación de ferrocarril y que le pintó maravillas para traerla a La Habana,

donde «se casaría con ella». Su ingenuidad de aquellos 14 años perdidos entre cañaverales y vacas sin más aliciente que el sol de cada día y el baño del domingo.

¿Cuántas Gracielas hubo en Cuba? ¿Cuántas ni siquiera tuvieron la oportunidad de redimirse? ¿Cuántas hubieran tenido que dar los mismos pasos si no hubiera sido por la Revolución?

Quizás porque pensábamos simultáneamente en esas mismas cosas, los dos exclamamos en un tono más alto que el del diálogo: ¡Qué grande es la Revolución!

Alguna gente de la cola del pan nos miró con curiosidad.

EL FLACO DEL PANTALÓN GRIS

A los jóvenes de hoy no debe resultarles fácil aceptar que a nosotros, en nuestros años juveniles, nos resultara tan difícil poder estudiar una carrera. Contra esa posibilidad conspiraban dos cosas esenciales: a causa de la pobreza en que se vivía, desde muy temprana edad debíamos trabajar para ayudar a la familia; y por otra parte, la escasez de recursos económicos de nuestras familias no permitía costear la matrícula, los libros, los pasajes y otros gastos.

Fue por eso que, cuando en 1938 ingresé en la Escuela Normal para Maestros de La Habana, tuve que comenzar a trabajar en una pequeña fábrica de escobas de millo y cepillos de lavar, fundada por mi tío y el novio de una de sus hijas. Nunca olvidaré que en mi primer día de trabajo, haciendo cepillos de raíz, me gané la suma de siete centavos en ocho horas y media de labor. Eso era lo que pagaban por la confección de una docena de cepillos de raíz, y por falta de destreza no pude ganar más ese día. De modo que con lo que ganaba tenía que pagarme los pasajes para ir a la escuela (que en aquel entonces estaba ubicada en Marianao, a unos doce kilómetros de donde yo vivía), comprar las conferencias que necesitaba (que se editaban en la misma escuela), adquirir ropa y zapatos, merendar de vez en cuando y, en alguna medida, contribuir a los gastos de la casa. En aquella etapa el pasaje costaba cinco centavos, pero a los estudiantes nos cobraban tres.

Claro está que a medida en que ganaba experiencia en la fabricación de cepillos aumentaba mi productividad y, en consecuencia, mi salario. Unos tres meses después de comenzar ya era capaz de fabricar hasta quince docenas de cepillos en una jornada de ocho horas, lo que significaba un salario de un peso y cinco centavos. Pero solo un día gané esa cantidad. La demanda de cepillos era limitada. No se vendían más de seis y siete docenas al día, y los que se fabricaban por encima de esa cantidad no tenían mercado. Por eso los dueños me pusieron como límite de producción ocho docenas diarias. No podía, por tanto, ganar más de cincuenta y seis centavos al día.

La situación empeoró siete meses después de iniciar los estudios porque la fabriquita quebró y a partir de entonces dependíamos exclusivamente de la familia yo y mis primos, que también habían ingresado en la Normal. De modo que todos quedamos a expensas de mis tíos, quienes lo más que podían hacer era pagarnos el pasaje a la escuela. Muchas veces hice yo el viaje de regreso a la casa caminando, porque había invertido en algo de comer el dinero del pasaje. Y aunque lo hacía velozmente, llegaba a mi casa después de las dos de la madrugada, pues las clases en la Normal terminaban sobre las once y cuarenta y cinco. Esa situación se mantuvo por espacio de dos años.

Fue por esa época que me gané el sobrenombre de «el flaco del pantalón gris», pues durante dos años tuve que asistir a la escuela con el mismo pantalón, un dril Perro de color gris, que resistió heroicamente aquella prueba. Como había clases de lunes a sábado, el domingo por la mañana se lavaba el pantalón a fin de que se secara a tiempo y poder plancharlo antes del lunes por la tarde, cuando partíamos para la escuela, pues estudiábamos en el curso nocturno. Claro que para andar, ir a trabajar o hacer los mandados, utilizaba el pantalón viejo, otro dril Perro con tantos remiendos y desteñidos que yo lo había bautizado como «el perro sarnoso».

Al empezar el tercer año de la carrera se produjeron algunos cambios en mi régimen de vida. Comencé a dar clases en una escuelita privada, donde me pagaban diez pesos al mes. Aunque dos de mis primos empezaron a trabajar por esta época —uno en una fábrica de medias y el otro en una fábrica de envases de metal—, la familia seguía siendo muy modesta. De todos modos la situación económica había mejorado y, por eso, de los diez pesos que yo ganaba, solo daba tres en mi casa. Los otros siete pesos me servían para pagar mi pasaje a la escuela, continuar comprando las conferencias, ir al cine una vez a la semana y adquirir alguna ropa a plazos. Pude así eliminar el pantalón gris que había utilizado durante dos años consecutivos, y que pasó a ser el pantalón de andar.

Los sábados y los domingos me ganaba algunos centavos adicionales en actividades diversas. Cada sábado, por ejemplo, le limpiaba tres o cuatro pares de zapatos a mi primo mayor. Otras veces pintaba la casa de algún vecino, labor por la que recibía entre cinco y diez pesos.

Sin embargo, no sería una exageración decir que mi pantalón de salir era una prenda de lujo en comparación con la camisa que generalmente llevaba a la escuela uno de mis primos, a quien llamábamos Pepe. No pocos compañeros de nuestro curso se burlaban de él por su costumbre de usar un saco aunque hubiera un calor de mil demonios. Pensaban ellos que se trataba de una presunción de Pepe, que quería aparentar elegancia en el vestir. La verdad era otra bien distinta. La camisa de salir de mi primo era de un color malva pálido con unas rayas verticales y unas bolas negras que formaban un conjunto aceptable. Bueno, era así por el frente, porque en la espalda tenía tantos remiendos y parches que parecía la vestimenta de un payaso. Y para cubrir ese desastre era que Pepe se ponía aquel saco, que había heredado de un hermano.

Años después, cuando ya nos habíamos graduado de maestros y mejoró en algo nuestra economía, recordábamos con frecuencia, sin poder contener la risa, un incidente en el que habíamos sido protagonistas Pepe y yo, y donde el eje central fue la camisa de Pepe.

Resulta que una de las clases que teníamos que recibir, tres veces a la semana, era Educación Física. Teníamos un profesor que no sé si por vagancia o por consideración nunca nos ponía a hacer ejercicios. Se limitaba a conversar con nosotros sobre esa u otra materia cualquiera. Pero una noche se recibió la visita de un inspector escolar y al profesor no le quedó más remedio que dar la clase de Educación Física. Nos hizo formar fila y trasladarnos hasta el patio de la escuela, donde nos pidió que nos despojáramos de los sacos o abrigos con que nos cubríamos, pues la temperatura era bastante baja. Todos nos dispusimos a obedecer la orden, incluido Pepe, quien olvidando el deplorable estado de su camisa ya estaba a punto de quitarse el saco, cosa que hubiera hecho finalmente si no hubiera sido por la fulminante advertencia que encerraba la mirada que le dirigí, acompañada de un grito sin sentido aparente. Pepe comprendió de inmediato y, sin pensarlo ni un segundo, se encorvó grotescamente y mientras se agarraba el vientre con ambas manos, le pedía permiso al profesor para abandonar el local en busca de un servicio sanitario que aparentaba necesitar con extrema urgencia.

Concluida la clase de Educación Física, tanto el profesor como los estudiantes regresamos al aula, donde Pepe, simulando todavía las secuelas de aquel fulminante cólico, respondía a las atenciones de todos con voz entrecortada: «Ya pasó lo peor».

Yo me integré a mi familia habanera como uno más de los hijos de mis tíos, con los mismos deberes y derechos. Los quise mucho a todos, y sé que ellos me quisieron igualmente. Aunque eran de origen muy humilde pudieron llegar a alcanzar una posición social relativamente cómoda. Después de 1959, paulatinamente, se fueron marchando del país. No quedó ninguno. Pero todavía los recuerdo con cariño.

MI PADRE

Mi padre había sido uno de esos miles y miles de españoles que un día abandonaban la pobreza de su aldea y emprendían la gran aventura del viaje hacia América en busca de fortuna. Él escogió a Cuba, por suerte para mí, porque esa selección me permitió nacer cubano, nacionalidad de la cual me siento profundamente orgulloso. Para él la suerte fue peor: nunca hizo fortuna y jamás pudo regresar, aunque fuera de visita, a su patria. Eso era lo que les ocurría a la inmensa mayoría de aquellos inmigrantes.

Fue, como ocurría frecuentemente, dependiente de la bodega de un paisano. A fuerza de mucho trabajo logró algo que ya no era tan frecuente: tener una bodega de su propiedad, en las proximidades del río Guaso, en Guantánamo. Lo perdió todo a causa de una inundación del río. Trabajó de peón en una finca y nuevamente, a fuerza de mucho trabajo, reunió el dinero suficiente para adquirir una pequeña finquita. Tuvo que hipotecarla para comprar los elementos necesarios a fin de cultivarla con la ayuda de mi madre. Cuando iba a recoger la cosecha con cuyo producto redimiría la hipoteca, el prestamista, con la complicidad de las autoridades judiciales, le quitó el terreno.

Laboró en un ingenio azucarero, donde llegó a tener un cargo de cierta responsabilidad y buen salario, pero un incendio redujo a cenizas el ingenio y nuevamente quedó en la miseria. Con la ayuda de un paisano estableció una dulcería cuya economía fue suficiente como para que la familia—ya tenía tres hijos— viviera con cierta holgura. Pero la crisis capitalista mundial tenía en Cuba un agravante: Machado estaba en el poder y a la extrema situación económica se sumaba el terror impuesto por una tiranía que solo terminaría en la segunda mitad de 1933.

Si tuviera que señalar los rasgos característicos de mi padre mencionaría, no precisamente en ese orden, su inteligencia, su valentía, su pasión por la justicia y su laboriosidad. Era, como la casi totalidad de los inmigrantes españoles, semianalfabeto, pero estaba dotado de una clara inteligencia que los azares de la vida le impidieron cultivar.

Uno de los recuerdos más vívidos que tengo de mi padre data de la segunda mitad de la década de los treinta. La guerra civil española estaba en su apogeo y él vibraba de alegría con cada victoria republicana y sufría arduosamente cada derrota. Un día lo vi entrar casi corriendo en la casa, tomar un machete y salir velozmente hacia la bodega de la esquina donde cuatro paisanos suyos, partidarios de las fuerzas fascistas españolas, lo habían insultado y proferían también insultos contra las fuerzas republicanas.

A partir de 1931 solo quedaba de la dulcería de mi padre un pequeño taller donde elaborábamos muy artesanalmente caramelos de varios sabores y turrone de leche que se vendían en las bodegas y vidrieras guantanameras. Entonces cada mañana salía mi padre con una maleta cargada de aquellas golosinas para un interminable recorrido por establecimientos de la ciudad. Si vendía toda la carga, cuyo valor era de aproximadamente cinco pesos, se ganaba un peso. Eso era suficiente para que comiéramos aceptablemente. Pero rara vez ocurría eso. Lo más frecuente era que se vendieran uno o dos pesos de mercancía, lo que reportaba una ganancia de veinte o cuarenta centavos. Y no pocas veces regresaba papá a la casa con la mercancía intacta.

Cuando se aproximaba el mediodía mis cuatro hermanas y yo nos asomábamos al portal de la casa para esperar el regreso de nuestro padre. Desde lejos sabíamos cómo había marchado el negocio. Cuando había sido buena la venta regresaba papá cargado de cartuchos con comida, pero era muy frecuente que el volumen de los cartuchos fuera mucho menor, y entonces nos poníamos tristes. Habría que comer otra vez harina de maíz con leche de vaca o viandas hervidas. Siempre he sentido por ambas cosas una profunda gratitud. Ni mis hermanas ni yo nos lamentábamos de la reiteración con que debíamos comer aquellas cosas, pero recuerdo que cada uno añoraba platos de su predilección que sólo disfrutábamos de Pascuas a San Juan. Mi hermana Cristina penaba por plátanos fritos, Esperanza por papas fritas, y yo por arroz con leche.

De vez en cuando podíamos comer alguna carne. Recuerdo que solo comíamos pollo una vez al año, cuando nos invitaban unos parientes que tenían mejor situación que nosotros. Y recuerdo también aquellos

establecimientos repletos de alimentos y golosinas que la mayor parte de la población no podía adquirir nunca.

En octubre de 1943, ya graduado de maestro, pero sin trabajo, regresé a Guantánamo tras siete años de permanencia en La Habana, donde me gradué de maestro normalista en 1942. No me imaginaba que iba al encuentro de los dieciocho meses más dramáticos de mi vida, en los cuales se mezclaron como en un torbellino alegrías y tristezas, ilusiones y desencuentros, amores y desamores, así como conmovedoras expresiones de solidaridad y crueles traiciones. En algunos momentos estuve al borde de perder la razón o de cometer alguna fechoría. Estoy seguro de que no ocurrió ninguna de las dos cosas porque siempre tuve presente el recuerdo de mi padre, sus enseñanzas, sus principios, que para mí se tornaban más claros en la medida en que maduraba mi razonamiento, en que iba siendo capaz de analizar dialécticamente el porqué de las vicisitudes que vivía.

Aunque el pasaje desde la capital en ese entonces solo costaba ocho pesos, no pude en aquellos siete años reunir esa suma para visitar a mi familia, ni mi padre viajar desde Guantánamo para encontrarse conmigo.

Cuando abordé el ómnibus que me conduciría al reencuentro con mi padre y mis hermanas sentía por eso una gran alegría. Veinticuatro horas después, al llegar a mi destino, todo cambió. Mi padre, muy enfermo, estaba hospitalizado desde hacía más de cuatro meses. Los médicos le habían dicho que padecía de anemia y reuma, pero en realidad un cáncer le había destrozado un pulmón, y sus días estaban contados.

Guantánamo atravesaba una pésima situación económica. Mi hermana mayor, Cristina, había muerto de tuberculosis años antes de mi regreso a Guantánamo y mis restantes tres hermanas sufrían las mayores privaciones, viviendo un poco de milagro: sin trabajo, mal alimentadas y peor vestidas. Tenían alquilada una pequeña casa por la que pagaban seis pesos mensuales de renta. Esos seis pesos, así como lo que invertían en algunos alimentos, provenían de la venta de muebles y otros artículos de la casa, que fueron desapareciendo rápidamente. Dos meses después el drama se agudizaba al fallecer mi padre, acontecimiento que dejó en mí un dolor que solo se alivió después de varios años. Porque tras la muerte de mi madre, deposité en él todo mi amor filial.

Aunque han transcurrido más de setenta años de su deceso, todavía recuerdo con frecuencia a mi padre, tengo muchos motivos para ello. Lo recuerdo porque al fallecer mi madre no quiso buscar a otra compañera para criarnos a los cinco hijos —cuatro hembras y yo— que quedaban a su cuidado. Lo recuerdo por su tenaz lucha por la vida, tan plagada entonces de miserias. Lo recuerdo por los principios que defendía, por sus vibrantes alegatos a favor de la República Española.

Me viene a la memoria cada vez que pienso que me trajo a La Habana para que estudiara, renunciando así a la ayuda que yo, su único hijo varón, podría brindarle en la dura lucha por la subsistencia.

Jamás olvidé el golpe brutal que recibí cuando me dijeron que mi padre estaba herido de muerte por una enfermedad incurable. De aquel hombre delgado, pero muy fuerte físicamente y animoso, que yo había visto por última vez en 1936, cuando me trajo a La Habana, quedaba solo un guiñapo corroído por la terrible enfermedad. Conversamos largamente ese día en el hospital, como si quisiéramos recuperar en unas horas los siete años transcurridos desde que nos habíamos visto por última vez. Me habló de lo mal que se sentía de salud y la alegría que le producía verme de nuevo ya graduado de maestro y «hecho un hombre». Me habló de la grave situación económica que padecía Guantánamo y de la nuestra en particular.

De aquella prolongada conversación con mi padre salí profundamente impresionado. Comprendí mejor que nunca antes la calidad humana, las virtudes extraordinarias de aquel hombre cuyo nivel de escolaridad no era superior a tercer grado, pero que era capaz de hacer profundos análisis sobre las más diversas cuestiones. No estoy absolutamente seguro de que él supiera que estaba herido de muerte, pero pienso que durante aquella primera conversación se había propuesto que yo no me preocupara demasiado por su estado de salud y, sobre todo, por lo que en todos los órdenes significaría para mí su desaparición física en aquellas circunstancias.

Al regresar a mi casa aquel día iba yo pensando en esas cosas, y por momentos crecía la admiración y el cariño que sentía por mi padre. Estaba convencido de que en gran medida su estado de salud se había agravado porque no había contado con la ayuda que yo le hubiera podido brindar en

su difícil lucha por sostener a la familia. Entonces era para mí más pesada aún la deuda que sabía tenía con mi padre. Me había dado cuenta también de que él se sentía profundamente orgulloso de mí, de la formalidad que mostraba, de lo que había aprendido en aquellos siete años y tres meses que permanecí alejado de Guantánamo, de que ya estuviera graduado de maestro.

Aunque yo quería ser optimista con respecto a la salud de mi padre, estaba convencido íntimamente de que sería muy difícil que se recuperara, no obstante ignorar yo todavía la magnitud real de su enfermedad. Quizás por eso, y porque quería hacerle lo más agradable posible lo que le quedara de existencia, le dediqué a mi padre la mayor parte de los días siguientes, sin preocuparme por la difícil situación económica a que ya estaba enfrentado y que se agudizaba por días. Fue así que me pasaba junto a su lecho en el hospital la mayor parte del día. Conversábamos sobre el pasado, sobre el presente y sobre el futuro. Me dio muchos consejos como para prepararme con vista a la lucha que seguramente sabía que yo tendría que librar en una sociedad adversa.

Cautivado por los consejos de mi padre, por su conversación multifacética y el entusiasmo que mostraba en los momentos en que lograba sobreponerse totalmente a los dolores y otros malestares provocados por su enfermedad, tan pronto me levantaba partía para el hospital.

Sin embargo, un día, cuando ya habían transcurrido unas dos semanas de mi regreso a Guantánamo, ocurrió algo que repercutió muy profundamente en mí.

Conversaba yo con mi padre cuando se asomó a la puerta de la habitación el médico que lo atendía, el doctor Pérez. Sin entrar le preguntó cómo se sentía, y luego de recibir la respuesta continuó su recorrido por otras habitaciones. Sin ocultar su ira mi padre me dijo entonces, refiriéndose al médico: «Es un degenerado. Todos los días se asoma a la puerta y ni siquiera entra para saber cómo estoy. Es evidente que no le interesa para nada mi estado de salud». Fue entonces que me di cuenta de que yo tenía que haberme preocupado de hablar con los médicos para saber exactamente cuál era el estado de mi padre, pues me había limitado a aceptar como buenas las explicaciones que al respecto me habían dado mis hermanas, a

quienes el médico les había dicho que papá tenía un estado anémico avanzado y problemas reumáticos agudos.

Esa tarde hablé con el director del hospital, que era un viejo conocido. Le conté la opinión que mi padre tenía del doctor y le pedí que le cambiara el médico, sugiriéndole que designara al doctor Parúas, un viejo médico que había atendido a mi madre en la mayoría de sus partos, y a quien considerábamos no solo como nuestro médico, sino también como un amigo de la familia.

Su respuesta fue un mazazo en mi cabeza. Su crudeza me pareció de inicio brutal, pero posteriormente comprendí que era lo mejor que él podía hacer, y también que resultaba imprescindible que yo conociera lo que me dijo. «Ya tú eres un hombre, y como tal te voy a hablar. La enfermedad de tu padre no tiene cura. El cáncer le ha destrozado un pulmón. Los médicos que conocen de su real estado se asombran de que aún esté vivo. Ellos consideran que si vive es por la alegría y satisfacción que le ha producido verte a ti de nuevo hecho un hombre. Pero en cualquier momento puede producirse el desenlace fatal. Por eso el doctor Pérez no le da una atención esmerada, porque sabe que es inútil todo lo que se haga con respecto a la salud de tu padre».

Conmovido y aturdido por aquella información solo acerté a pedirle que de todos modos le cambiaran el médico, a lo cual accedió inmediatamente el director del hospital.

Abrumado por la terrible noticia regresé junto al lecho de mi padre. Unos minutos después entró en la habitación el doctor Parúas, quien con su característica amabilidad se interesó por la salud de papá. Conversó con él largamente, lo auscultó, le dio ánimo y le recetó unas medicinas. Cuando el doctor Parúas se retiró yo lo acompañé hasta el pasillo y le supliqué que no escatimara esfuerzos para mejorar la salud de mi padre. Le dije que, aunque yo carecía por completo de recursos, si necesitaba cualquier medicina, por costosa que fuera, me lo comunicara para tratar de conseguirla.

En un tono muy cariñoso y compasivo me respondió el doctor Parúas: «Tú eres la única medicina que puedo recetarle a tu padre. Las cucharadas que le he mandado a tomar no tienen nada que ver con la enfermedad, que como tú

sabes es incurable. Tu presencia es lo único que ahora lo mantiene con vida. No sabemos por cuánto tiempo más, pero no debe, no puede ser mucho. Si existiera alguna medicina que al menos lo pudiera mejorar un poco yo mismo se la compraría, pero lamentablemente todo es inútil».

Esta confirmación del drama del cual yo no me había percatado hasta entonces me hizo desde el punto de vista moral un daño terrible, por cuanto me causó una angustia a la cual no pude escapar hasta mucho después, cuando ya había muerto mi padre. Sin embargo, me obligaba a situarme en la realidad, a cambiar mi forma de proceder, a prepararme para lo que se avecinaba: soportar la muerte de mi querido padre y buscar la manera de asumir la responsabilidad de mantener a mis hermanas y a mí mismo. Todo eso a partir de nada. Por eso acudí a la Junta de Educación y me inscribí en búsqueda de una posible oportunidad como maestro sustituto.

En horas de la tarde y hasta las nueve de la noche, estaba al lado de mi padre. Sufría amargamente en silencio al ver cómo languidecía. Mi tristeza era más profunda por cuanto yo había decidido no decir nada a mis hermanas sobre el verdadero estado de salud de mi padre.

Recuerdo muy especialmente el último día de su existencia. Se había despertado temprano en la mañana, contempló con optimismo sus adelgazadas manos y me dijo: «Me siento mejor, vamos a ver si al fin me recupero». Y se volvió a dormir. Seis horas después expiraba sin haber recobrado el conocimiento. Era el 3 de noviembre de 1943.

Aunque esperada, la muerte de mi padre me causó una honda tristeza y el inmenso dolor de no haber podido nunca, como yo había soñado, rodearlo de comodidades en la etapa final de su existencia. Solo vivió 58 años, aunque veinte más que mi madre.

Los consejos que me dio y los principios morales y éticos que me inculcó normaron mi vida.

ELBA (BREVE HISTORIA DE UN GRAN AMOR)

Al evocar amores, otro de los que viene a mi mente es Elba, el gran amor de mi atormentada adolescencia, que tuvo un final dramático. Aún ahora, setenta años después de haberlo vivido, me conmueve.

No pudo ser más cruel aquella despedida. Lloraba junto a su lecho de muerte a Elba, que se iba de este mundo dejándome el alma llena de recuerdos y lágrimas. Nunca la pude olvidar del todo, porque un amor así jamás puede olvidarse totalmente.

Aún recuerdo cuando la vi por vez primera, aquella tarde lluviosa del mes de octubre de 1943. Ella había ido a visitar a mi padre, recluido en el hospital en Guantánamo, víctima de la enfermedad que lo llevaría a la tumba dos meses después.

Era esbelta. Su pelo negro y ondulado conjugaba perfectamente con aquellos ojos que acariciaban al mirar, y su voz era una sinfonía. Mi padre me la presentó y yo extendí mi mano, pero ella se adelantó y me dio un beso en la mejilla. El leve roce de sus labios sobre mi piel me estremeció, y ella, porque quizás se dio cuenta, me dedicó una sonrisa angelical. Hablamos de muchas cosas, y habríamos hablado mucho más si no fuera porque tenía que irse. Sentí que algo mío se iba con ella, pero su beso de despedida compensó el dolor de su partida.

¿Quién era aquella adolescente que irrumpía como un torbellino en mi vida atribulada?

No pude dormir esa noche; me lo impidieron la amarga conciencia de mi difícil situación económica, el recuerdo de mi postrado padre y la recurrente imagen de Elba. Apenas los tenues rayos del sol recién nacido penetraron en mi cuarto, ya estaba listo para volver al hospital, con la esperanza de que se produjera el milagro de que ella apareciera de nuevo. Y como los milagros no se dan solamente en las películas y las novelas, poco después

llegaba Elba con toda su carga de belleza, su tierna mirada y aquella voz musical que me transportaba a otro mundo.

A partir de entonces se produjeron a diario escenas semejantes. Ya no solo iba a ver a mi padre, sino también a ella, que vivía frente al hospital. Uno de aquellos días me tomó de la mano, me llevó ante su abuela y le dijo: «Mira, abue, este es Pradito, mi noviecito». Era otra de sus adorables facetas: chiquear el nombre de las cosas. Para ella los ojos eran «ojitos», los dedos «deditos» y yo era «Pradito».

Aquella presentación desbordó mi alegría, porque yo, por temor a una respuesta negativa, no le había confesado el amor que sentía por ella.

Tanto a Elba como a mí nos gustaba un recodo del guantanamero río Guaso, cubierto de una suave yerba y rodeado de altos algarrobos que le daban sombra. A ese lugar acudíamos casi a diario, y allí, teniendo como únicos testigos el bucólico paisaje y el suave rumor de las aguas del río al deslizarse sobre su lecho, nos amábamos con pasión infinita. Allí nos olvidábamos de las penurias de la vida real y tejíamos planes de futuro que después la cruda realidad destruía. Pero volvíamos una y otra vez.

Fuera de aquel paraíso me acosaban la grave enfermedad de mi padre, la no menos grave situación económica y una recurrente pregunta: ¿qué podía ofrecerle yo a Elba?

Una tarde aciaga fui a buscarla a su casa y no estaba ni había dicho a dónde iba. Temí lo peor: que me abandonaba. Entonces, por primera vez lloré por Elba.

Se apareció en mi casa horas después y, aunque sonreía, me di cuenta de que estaba triste. Se sentó a mi lado y, recostada en mi pecho, rompió a llorar amargamente. No creo que su angustia fuera mayor que la mía cuando me contó la razón de su tristeza. «Fui al médico —me dijo— y estoy herida de muerte: tengo leucemia». Entonces, por segunda vez lloré por Elba, y ella también por mí, porque yo no solo la amaba: la necesitaba para poder seguir viviendo.

A partir de ese momento nos amamos frenéticamente, como si con nuestro amor pudiéramos matar a la muerte. Una tarde en que íbamos para nuestro refugio del río, le propuse algo parecido a un pacto suicida. Sus ojos brillaron más que nunca, pero mostraban un claro reproche. Me tomó de la mano y me introdujo en una iglesia. Arrodillados ante un altar me hizo prometerle que viviría y nunca la olvidaría. Y con una serenidad inimaginable en una adolescente condenada a una muerte temprana, me dijo: «Yo nunca moriré del todo para ti, porque algo mío se quedará contigo; pero si no cumples lo que acabas de prometerme, mi Dios te castigará». Yo cumplí, pero su Dios me castigó llevándosela a ella poco después.

Con el tiempo Elba languidecía. Se me iba entre las manos sin que pudiera hacer algo para retenerla. El dramático epílogo llegó tres meses después. El último día ya sus ojos, aquellos ojos que tanto amé, no tenían brillo, pero aún tuvo un hálito de vida para decirme en un susurro su última palabra: «Adiosito».

Aún ahora, cuando han transcurrido casi siete décadas, a veces me parece escuchar aquella triste despedida.

JOSÉ

Lo veía pasar todos los días al amanecer frente a mi casa. Era de pequeña estatura, huesos anchos apenas cubiertos por una delgada pero fibrosa capa de músculos endurecidos. Nunca supe el color de su pelo o si lo tenía, porque jamás lo vi sin aquel sombrero de yarey manchado de sudor y de tierra. Tenía 62 años, pero caminaba, casi corría, como si tuviera solo 15. En su modesto domicilio, no lejos del mío, lo aguardaban su esposa y cuatro hijos, el mayor de los cuales tenía 14 años.

Solía estar yo a esas horas, desvelado, sentado en el piso del portal rumiando mi pobreza, mi hambre y mi rabia. Me saludaba sin detener su andar presuroso. Muchas veces lo veía regresar ya de noche, en sentido contrario. Su cara reflejaba cansancio y su andar era más lento.

Una de esas noches le pregunté si era en ese momento que regresaba desde que pasó por allí en la madrugada, catorce horas antes. Su mirada, aunque reflejaba cansancio, me pareció amable. Me respondió escuetamente: «Vengo de muy lejos», y reanudó la marcha. Lo acompañé durante unas cuadras y le dije que me había llamado la atención verlo pasar tan apurado todos los días. Me respondió que a él también le había llamado la atención verme casi siempre en el portal con la mirada perdida en el horizonte, y de pronto me preguntó si tenía trabajo. Ante mi respuesta negativa inquirió si quería trabajar. Como le respondí afirmativamente, me dijo, ya reanudando su andar: «Lo recojo aquí mañana a las cuatro de la madrugada; hay que caminar mucho, lleve algo de comer».

Apenas dormí esa noche, preocupado por el temor a quedarme dormido y perder aquella oportunidad de ganarme unos pesos, más que suficientes para que mis hermanas y yo comiéramos como Dios manda.

Al día siguiente andábamos juntos durante tres horas por un camino carretero que, desde Guantánamo, llegaba hasta un lugar que creo que se llama Monterrú: unos doce kilómetros en total. Solo me dijo que se llamaba José, y no aminoró su rápido andar, que me costaba trabajo seguir, aunque tenía cuarenta y tres años menos que él.

Cuando llegamos a nuestro destino, una extensa finca sembrada de frutos menores, me llevó ante el dueño y le dijo escuetamente: «Este es el trabajador que usted me pidió». El dueño fue aún más lacónico: «Instrúyelo», respondió con voz autoritaria, voz de dueño.

Me llevó hasta un pequeño bohío situado no lejos de la amplia casa principal, me entregó una guataca, tomó otra para sí y me condujo hasta un campo donde él entró por un surco, me indicó el contiguo y me dijo: «Desyerba. Cuando llegues al final, regresa por el de al lado, y así sucesivamente hasta que completes ocho horas. Al mediodía descansaremos unos minutos, que aprovecharemos para comer. A las tres de la tarde vendrá el dueño para ver lo que hemos hecho y pagarnos el salario, si está satisfecho». Y comenzamos a trabajar.

A partir de ese momento guataqueamos en aquellos sembrados durante ocho horas, y solo interrumpimos la labor para «almorzar» nuestro pan con guayaba. No era nada fácil, pero me alentaba saber que me ganaría un peso y veinte centavos que nos pagaban por día, suficiente para que mis tres hermanas y yo pudiéramos comer y José y sus cuatro hijos también.

Solo cuando concluimos la jornada, a las tres de la tarde, fue que me di cuenta de que la tarea no había terminado, porque ahora teníamos que caminar doce kilómetros para regresar a casa.

La primera semana estaba feliz y casi no me sentía cansado. Después, cada día me pesaban más aquellas caminatas y el trabajo. Pero seguía. Me impulsaban la necesidad de trabajar y el ejemplo de José, que nunca se quejaba.

Aquella época de «bonanza» solo duró tres semanas. Ya habíamos guataqueado toda la finca y, sin que le temblara la voz, el dueño nos despidió. Confieso que en el fondo me alegré. Caminar veinticuatro kilómetros diariamente y guataquear durante ocho horas por ciento veinte míseros centavos es una aberración que solo se da en el régimen capitalista. Entonces comencé a pensar que era necesario luchar para liquidar ese sistema de explotación.

ERASMO

Antes de 1959 los dos trabajos más difíciles eran, primero, conseguir un trabajo fijo, y segundo, conservarlo, evitar que te botaran. Había entonces un millón de cubanos que no tenían trabajo alguno, o solo lo tenían durante los tres o cuatro meses que duraba la zafra azucarera.

Unos miles que eran amigos, parientes o electores de los más influyentes políticos, conseguían empleos en los ministerios u otras dependencias estatales, pero eran cesanteados en masa cuando terminaba el mandato de aquellos. Los nuevos gobernantes necesitaban los puestos para «su gente».

La pobreza y la miseria, resultado inmediato del desempleo, afectaban a la mayor parte de la población. Para mí y mi familia la etapa más crítica fue de 1940 a 1945. En ese quinquenio solo dos veces, en ambos casos por periodos muy cortos, tuve trabajo. La primera vez, en vísperas de las elecciones generales de 1944, cuando el entonces senador Eusebio Mujal Barniol consiguió un crédito, creo que de cuatro millones de pesos, para construir el alcantarillado de Guantánamo. No era Mujal un benefactor de esa ciudad, sino que su esposa aspiraba a representante a la Cámara por la entonces provincia de Oriente y como se crearían empleos para centenares de desocupados, estos virtualmente tenían que comprometerse a votar por la compañera de Mujal para obtener trabajo en las obras del alcantarillado.

Eusebio Mujal cambiaba de una posición política a otra, inclusive opuesta, de la misma manera que un camaleón cambia de color. En los años treinta militó en el Partido Comunista, se pasó luego al autenticismo y terminó como consejero consultivo durante la tiranía de Batista. Fue representante a la Cámara, senador, delegado a la Constituyente de 1940 y secretario general de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) antes y durante el batistato. Terminó siendo un verdadero gángster.

Aunque era de nacionalidad española, fue electo senador, no obstante existir una ley según la cual, para ostentar ese cargo, era preciso ser cubano de nacimiento. Para obviar ese requisito se hizo inscribir en el juzgado de Guantánamo como nacido en esa ciudad.

En la etapa de construcción del alcantarillado, alguien me consiguió un puesto de peón de albañil y empecé a trabajar en la construcción. Mientras no comenzó la faena yo estaba eufórico porque iba a percibir un salario de tres pesos diarios, cifra para mí fabulosa. Pero llegó el momento de la verdad y mi euforia se esfumó aceleradamente. El capataz de una de las cuadrillas de obreros me indicó que trabajaría de pareja con Erasmo, un mulato joven de más de seis pies de estatura y doscientas libras de peso. Mi talla era similar, pero no pesaba más de ciento treinta libras. Y la primera tarea que nos asignó me puso los pelos de punta. En el medio de la calle habían echado decenas de carretillas de arena, cemento y gravilla, y nosotros teníamos que mezclar todo aquello.

Apenas llevaba cinco minutos dando paletadas y ya casi no podía levantar los brazos. Aquel trabajo estaba en absoluta contradicción con mi constitución física. Erasmo, solidario, me daba ánimo y hacía la parte del trabajo que yo no podía hacer. No podía permitirlo. Hablé con el capataz y le rogué que me asignara otro trabajo. Me preguntó si yo sabía algo de carpintería y, sin pensarlo ni un segundo, le mentí, le dije que sí. Entonces me situó de ayudante de un carpintero que, generosamente, me enseñó las cosas elementales y así pude conservar la plaza, pues le hablé de mi miseria, de mi necesidad de trabajar y, finalmente, de mi total ignorancia acerca de la carpintería. Le prometí que aprendería en solo unos días. Entre compasivo e irónico me preguntó: «Al menos sabrás martillar un clavo, ¿verdad?», y sin esperar respuesta me dijo: «Mira, esto se llama encofrado. Estos clavos que yo solo presento en las tablas debes introducirlos completamente». A la semana siguiente me había convertido en un buen ayudante.

Fue una fiesta para mí y mis tres hermanas cuando cobré los dieciocho pesos que me correspondieron por la primera semana. Por primera vez en mucho tiempo podíamos comer dos veces al día. Pero eso solo duró tres semanas.

Tres semanas después de iniciados los trabajos, como solía ocurrir en aquellos tiempos se paralizó la obra. Se celebraron las elecciones y la esposa de Mujal resultó electa representante. Mientras ellos festejaban en La Habana su victoria, los trabajos fueron interrumpidos «por falta de

créditos». Se habían robado la mayor parte del dinero asignado a las obras. Las calles de Guantánamo quedaron destrozadas y sin alcantarillado, y nosotros sin trabajo nuevamente. No obstante, en esas tres semanas no solo gané casi cincuenta pesos, sino que comprendí que existía la solidaridad entre los pobres. El capataz, Erasmo y el carpintero habían sido solidarios conmigo. Y comencé a pensar que los pobres, unidos, podían lograr muchas cosas.

Cuando miro hacia atrás, hacia aquel pasado, siempre recuerdo con gratitud a esos tres hombres.

GUILLERMO, EL DROGADICTO

La drogadicción es una de las peores lacras de la sociedad, pues constituye un caldo de cultivo para la proliferación de otros delitos mucho más graves: asesinatos, robos, atracos, etc. Además, el tráfico de estupefacientes se ha convertido en uno de los más lucrativos negocios en el que se involucran gánsteres y otros criminales.

Con la drogadicción se relaciona el siguiente relato, en el cual el protagonista principal es Guillermo, un joven mestizo que contaba con unos 20 años cuando lo conocí, en 1944, en Guantánamo.

Nuestro primer encuentro se produjo en una calle cuando yo cargaba una pesa que quería vender para resolver por unos días el problema de la alimentación mía y de mis tres hermanas. Era uno de los pocos artículos que quedaban en nuestra casa y que vendimos poco a poco para poder sobrevivir a la pésima situación que afrontábamos. Escaseaban en el país los puestos de trabajo y había cientos de miles de desocupados. A Guillermo le interesó la pesa y me dio los diez pesos que le pedí por ella. Conversamos durante unos minutos y nuestras charlas se repitieron en días sucesivos, cada vez que nos encontrábamos. Terminamos por hacernos buenos amigos.

Un día me topé con Guillermo al pasar frente a un bar, donde él y un amigo suyo se tomaban sendos vasos de cerveza. Me presentó a su compañero, y este me ofreció su vaso. Apenas lo tuve en mis manos, Guillermo me lo arrebató sin darme una explicación. Poco después se apareció en mi casa y me dijo que aquel vaso contenía droga y por eso me lo había quitado. Mi sorpresa fue aún mayor cuando me contó cómo se había convertido en drogadicto.

«Cuando contaba con 16 años tuve una noviecita, también menor de edad, y desgraciadamente quedó embarazada. Su padre me acusaba de haberla forzado y exigía que me casara con ella o cumpliera la sanción que las leyes estipulaban para esos casos: un año, ocho meses y veintiún días de prisión. Yo estaba dispuesto a casarme, pero mi padre no quiso y prefirió que

cumpliera la condena. Fue así que a los 16 años de edad me veía entre delincuentes de toda laya, indefenso y rumiando una rabia que me envenenaba el alma. Logré resistir durante unos meses, pero finalmente me enseñaron a fumar marihuana e hice amistad con expendedores de drogas y otros criminales».

»Cuando quedé en libertad traté de apartarme de la droga y el delito, pero bajo amenazas de muerte me obligaron a participar en el negocio». Y entonces me dio Guillermo un consejo: «Jamás se te ocurra ni siquiera probar cualquier droga. Es un vicio maldito alimentado por personas igualmente malditas».

Conmovido por aquella historia le sugerí que se fuera a vivir a otra ciudad distante y tratara de comenzar una nueva vida. Semanas después fue a verme a mi casa para comunicarme que viajaba para La Habana y pedirme si tenía un traje que le prestara. Solo le pude dar el saco de un viejo traje cuyo pantalón se había roto y unos centavos que le faltaban para completar el precio del pasaje. No volví a verlo durante muchos años.

También yo vine para La Habana posteriormente, y tres años más tarde me gané, por oposición, un aula en una escuela pública. Un día en que daba mis clases se asomó a una de las puertas del aula un joven que me miraba sonriente, como si me conociera, pero yo no lo recordaba. Cuando me acerqué a él, como se dio cuenta de que no lo reconocía, me dijo:

«Soy Guillermo, el guantanamero, a quien usted le prestó un saco que todavía tengo en mi casa».

Mucho me alegré de verlo, pero más aún cuando me contó que nunca más volvió a consumir drogas y estaba trabajando en la construcción. Finalmente me invitó a su casa, donde vivía con su esposa y dos hijos pequeños.

Guillermo fue una excepción en aquella sociedad en que los jóvenes que se veían envueltos en las redes del vicio, la prostitución y la delincuencia rara vez podían escapar y rehabilitarse.

CHENCHO, EL DESAHUCIO¹²

Estoy seguro de que ninguno de los jóvenes de las más recientes generaciones ha visto un desahucio ni puede tener una idea exacta de la magnitud de esa tragedia, tan frecuente antes de 1959.

Sobre esa acción que no vacilo en calificar de criminal, escribo hoy. Aclaro que no lo hago por lo que me contaron o he leído, sino porque dos veces la sufrió mi familia, primero de una pequeña finca y años más tarde de una casa.

En el pasado la renta mensual del más modesto apartamento en La Habana, por ejemplo, consumía más de la tercera parte de los ingresos de una familia. Para alquilarlo tenían que pagar dos meses adelantados y a partir de entonces saldar la renta mensual en la fecha señalada o de lo contrario el dueño, amparado por las leyes, no vacilaba en desahuciarte: es decir, echarte los muebles y a ti a la calle si no te mudabas antes.

Muchas veces los desahucios se producían no precisamente porque el inquilino se negara a pagar la renta del inmueble que ocupaba, sino por malas artes.

Cuando mi padre arrendó una pequeña finquita no lejos de la ciudad de Guantánamo, tuvo que hipotecarla para poder sembrarla y después de varios meses de duro trabajo, con la cooperación de mi madre y mis dos hermanas mayores, solo unos días antes de recoger la cosecha se cumplió el plazo en que mi padre debía pagar la renta de nuevo. La hipoteca contenía una cláusula tramposa de la cual mi padre no se había percatado. De nada sirvió que mostrara el fruto de su trabajo, que valía mucho más que la suma que debía pagar. Con el amparo de la ley y la ayuda de dos guardias rurales, los pocos muebles que teníamos fueron lanzados al camino real junto con mis padres, mis hermanas y yo, menores de edad. Y el dueño de la finca se quedó con la cosecha. En esa ocasión yo era muy pequeño y no me enteré del drama que vivía mi familia.

Luego de dos o tres días de vivir a la intemperie pudo mi padre alquilar una pequeña y precaria vivienda en la ciudad.

Veinte años después, fallecidos ya mis padres, mis dos hermanas y yo fuimos desahuciados de la casita que ocupábamos en un edificio, junto con otras cuatro familias. Pagábamos seis pesos mensuales y los primeros seis pesos que yo ganaba cada mes haciendo lo que apareciera, eran para pagar el alquiler, aunque eso significaba que con frecuencia nos quedáramos con las ganas de comer. Comer o no comer, o comer en días alternos era algo a lo que estábamos acostumbrados y podíamos sobrellevar. Pero si no pagábamos, nos desahuciaban inmediatamente y era virtualmente imposible alquilar otra vivienda.

El dueño del edificio nos ofreció cierta suma de dinero para que nos mudáramos, a fin de que él pudiera hacer ciertas reformas en el inmueble. Existía entonces una ley que prohibía el aumento de la renta de las viviendas, pero el Parlamento, integrado por los ricos y sus testaferros, aprobó otra ley que permitía un aumento indeterminado si el dueño del inmueble le hacía arreglos. Paulatinamente los otros cuatro vecinos del edificio aceptaron la oferta del propietario y se mudaron. Solo quedamos nosotros resistiendo. Fue entonces que el dueño apeló a una trampa en la cual caí por ignorancia de las leyes. Un mes no pasó el cobrador al que tenía que pagarle el alquiler. Previendo una jugada sucia fui a llevarle el dinero al dueño, pero este me dijo que no tenía los recibos, que tenía que ver al cobrador, cosa que no logré en todo el mes. Por supuesto, yo guardé celosamente los seis pesos de la renta. Había calculado que el dueño estaría dos o tres meses sin ir a cobrarme y se aparecería de pronto a reclamarme tres mensualidades juntas. Por eso al mes siguiente guardé nuevamente los seis pesos del alquiler. Fue entonces que me citaron oficialmente a un juicio por falta de pago y concurrí a él convencido de que no tendría problemas, pues llevaría el dinero para pagar la deuda, que no se había producido por causa mía, pero ignoraba que en un caso como ese tenía que depositar el dinero en el juzgado. Por lo tanto, el desahucio procedía.

Alguien me sugirió que contratara los servicios de un abogado que podría demostrar la mala fe del dueño, y fue entonces que caí en manos de

Chencho, quien me aseguró que le resultaría muy fácil ganar ese pleito y me pidió veinte pesos por sus servicios.

El día del juicio, en presencia del dueño y su abogado, y yo y el mío, el secretario del juzgado leyó un extenso documento que, por supuesto, yo no entendía, y me pidió que lo firmara. Eso fue todo... por el momento. Tres días después recibí en mi casa un acta judicial donde se me daba un plazo de quince días para mudarme o sería desahuciado.

Pensando que aquello era una confusión fui inmediatamente al juzgado y allí me mostraron el documento que yo había firmado, donde aceptaba mudarme en el término de quince días. También me enteré entonces de que todo había sido una componenda entre el dueño de la casa y mi inmoral abogado, por lo que nos lanzaron a la calle.

Me resulta difícil expresar con palabras el odio que sentí en ese momento por Chencho, que tan miserablemente se había burlado de mí. Y en medio del dramatismo extremo de mi situación decidí matarlo. Con ese propósito fui a casa de un amigo mío que era sereno y tenía una pistola, de la cual me apropié en un descuido. Me presenté en casa de Chencho, pero no estaba. Durante más de dos horas lo esperé en una esquina, pero afortunadamente no llegó. Quien lo hizo fue mi amigo, quien suponiendo cuáles eran mis planes, tan pronto descubrió la falta de la pistola me fue a buscar a donde pensaba que estaría. Me abrió la camisa y sin decirme una palabra me quitó el arma y me indicó con un gesto que lo siguiera. Lo hice dócilmente, no sé bien por qué. Con razones muy contundentes me demostró que hubiera sido una estupidez cometer el crimen. Me dio varios consejos y me ayudó a hacer planes para solucionar mi situación.

Finalmente, y ante las pocas opciones que tenía, mis hermanas tuvieron que colocarse de criadas hasta que se casaron, años después, y yo regresé a vivir con unos tíos en La Habana.

Hace muchos años que soy dueño de la casa en que vivo con mi familia, gracias a la Ley de la Vivienda aprobada por el gobierno revolucionario, que eliminó de nuestro léxico la palabra desahucio.

GREGORIO (EL CACIQUE)

La situación que me creó el desahucio me dejó virtualmente sin opciones. Mis dos hermanas solteras (la mayor se había casado) se colocaron de sirvientas en casas de personas conocidas, y yo decidí regresar a La Habana, a casa de mis tíos. Derrumbado, más que sentado en el asiento del ómnibus, me sentía como alguien que había sufrido una gran derrota e iba a rumiar su tristeza en el exilio. Pensaba en la situación de mis hermanas y desfilaron por mi memoria las personas que me habían hecho daño y las que me ayudaron. Entonces comprendí que no todo estaba perdido para mí, porque sentía más alegría cuando me acordaba de estas últimas, que odio al evocar a las primeras. De modo que, cuando llegué a La Habana veinticuatro horas después, me animaba cierto optimismo.

Concurrí entonces a unas oposiciones de maestros y tuve un éxito tal que el 23 de octubre de 1945 comenzaba a trabajar en una escuela rural de Guanajay que me había ganado. Era el Rancho Ave María, donde permanecí un curso escolar. Allí, por primera vez en mi vida, a los 21 años, me sentí constructor y comencé a escalar metas superiores. Aquí surge el siguiente personaje: Gregorio.

Cuando emprendí el camino hacia mi nuevo destino me embargaba una gran emoción, y estaba muy contento. Viajé en ómnibus hasta Guanajay, y desde allí tuve que ir a pie hasta el Rancho Ave María, distante unos trece kilómetros, por un camino carretero que las recientes lluvias habían dejado en pésimo estado, por el que tuve que caminar ininterrumpidamente durante más de tres horas.

Gregorio Piloto era un personaje típico de nuestros campos antes de 1959. Tenía una bodeguita en el Rancho Ave María, del barrio Jobo. Su esposa Josefa era una mujer enérgica que lo mismo realizaba las tareas domésticas que ayudaba en el comercio, pues Gregorio le vendía a crédito a los lugareños, tenía cierto nivel cultural y representaba en la región al Partido Auténtico, que a la sazón era mayoritario en el país. Tenían dos hijos adolescentes, hembra y varón.

Por todos esos atributos tenía Piloto cierta ascendencia en la comarca. Era algo así como lo que entonces calificábamos como cacique.

Fue la primera persona con quien hablé el día de mi llegada al Rancho, aunque en el primer momento no me identifiqué como el nuevo maestro, solamente le pregunté por la casa de la conserje de la escuela, quien resultó ser la campesina Alejandrina Piloto, sobrina de Gregorio.

Alejandrina tendría unos 25 años en aquel momento. Su tarea como conserje de la escuela consistía en barrer cada día el local escolar, arreglar y limpiar los asientos y mesas, permanecer en la escuela durante toda la sesión para realizar cualquier encargo que le hiciera el maestro, llevar a la Junta de Educación —en la ciudad— los documentos e informes que había que hacer periódicamente, y recoger y custodiar los materiales escolares que el Ministerio de Educación enviara, todo por el sueldo mensual de once pesos.

Fue Alejandrina quien me explicó todos los detalles que necesitaba conocer. La casa-escuela había sido totalmente destruida por el ciclón de 1944. Estaba ubicada a unos treinta metros de la bodeguita de su tío Gregorio, quien era el presidente de la Asociación de Padres, Vecinos y Maestros y, por tanto, quizás el campesino más influyente de la región. Me explicó igualmente que el último maestro que habían tenido era un exsoldado del ejército, muy inculto, débil de carácter y medio sordo.

Desde el derribo de la escuela por el ciclón, este maestro daba clases en el portalito de un bohío, donde estaban hacinados los doce pupitres que se conservaban, y al momento de su traslado para otra escuela más próxima a Artemisa, le daba clases a solo dieciocho de los alrededor de cien niños en edad escolar que radicaban en la zona. Los demás habían desertado.

Con todas esas informaciones que me dio Alejandrina, fui a ver a Gregorio Piloto, quien, cuando le dije que era el nuevo maestro de la escuela, me miró de arriba abajo y, con una sonrisita que a mí se me antojó insolente, me invitó a pasar y a sentarme, y casi sin darme tiempo a acomodarme, empezó a hablar y no paró hasta diez minutos después. Sus palabras las recuerdo casi textualmente: «Mire, maestríco, le voy a hacer la historia de esta escuela, que como usted puede ver, fue totalmente destruida por el

ciclón de 1944. Cuatro maestros ha tenido desde su fundación; el primero nos duró solo unas semanas y lo trasladaron para la ciudad; el segundo, una mujer joven y bonita, se hizo amante de un rico hacendado de la zona y estaba más tiempo en su casa que en la escuela. También se trasladó poco después. El tercero fue el mejor, pero solo estuvo unos meses, y finalmente vino el que permaneció aquí hasta hace unos días. Fue el que más nos duró: tres cursos completos, pero no sirve para nada; no sabe nada, nadie lo respeta y, para colmo de males, es sordo. Lo único útil que nos reportaba era que nos servía de mandadero, porque viajaba a Artemisa todos los días.

»Como el ciclón de 1944 derribó la escuela, las clases las impartía en el portal de un bohío, pero casi ningún niño iba. Yo por lo menos no mandaba a mis hijos, porque estoy convencido de que nada iban a aprender, y para eso era mejor que me ayudaran a mí. De una cosa puede estar seguro usted: nosotros no vamos a construir otra casa para la escuela, para lo que nos sirve... Además, que la construya el Estado, es su obligación».

Piloto hizo una breve pausa e, inmediatamente, en un tono marcadamente agresivo me dijo: «Mire, yo cogería a todos los maestros, los metería en una casa, la cerraría herméticamente y le daría candela».

Me di cuenta de que mi interlocutor manifestaba un resentimiento que seguramente sería general en la región. Tenía cierta justificación, pero equivocaba al verdadero culpable, que no era el maestro, sino el gobierno, que mantenía a la escuela pública en el mayor abandono. Le expliqué que ningún campesino tenía la posibilidad de estudiar magisterio, y por eso todos los maestros eran residentes de las ciudades y era lógico que se acercaran a sus lugares de residencia cada vez que tuvieran la oportunidad.

Acto seguido le pedí que confiara en mí, que estaba dispuesto a realizar el mejor trabajo en favor de todos los vecinos de la zona, y le advertí que si él no me apoyaba, si me hacía la guerra, lo acusaría de ser el responsable de cualquier insuficiencia de la escuela. Por otra parte, necesitaba contar con la colaboración de todos los padres y vecinos de la región para lograr mis propósitos, y para ello requería de su ayuda.

«Yo quiero —le dije finalmente— que usted saque a los maestros de esa casa a la que quiere darle candela». Piloto me miró entonces como si fuera

un bicho raro, y yo pensaba que me iba a decir otro exabrupto, pero no fue así. Luego de preguntarme la edad que tenía me aseguró que confiaría en mí y me apoyaría en todo lo que pudiera.

Para empezar, Gregorio le indicó a su hijo René que le pidiera prestado por unos días un caballo a Miguel Alfaro, y que luego me acompañara a visitar a todos los vecinos, para citarlos a una reunión en casa de Piloto.

En aquella etapa, las condiciones de las escuelas rurales eran sumamente precarias. En su casi totalidad, eran bohíos de piso de tierra y techo de guano. Los alumnos, que provenían a veces de zonas cuatro o cinco kilómetros distantes, generalmente no tenían en qué sentarse y debían llevar muchas veces sus propios asientos y realizar el trayecto hasta la escuela a pie y descalzos la mayor parte de las veces. Faltaban casi todo el año los materiales escolares esenciales: lápices, libretas, libros de texto y hasta la tiza que los maestros debían utilizar. Muchas veces faltaba también el pizarrón.

Por otra parte, la mayoría de los niños campesinos que iniciaban sus estudios desertaban antes de vencer el tercer grado de la instrucción primaria. Cuando apenas cumplían los ocho años de edad comenzaban a ayudar a sus padres en las duras faenas del campo para contribuir a ganar el sustento de la familia. Eran niños desnutridos, llenos de parásitos, vacíos de ilusiones.

Para un maestro rural resultaba una odisea llegar hasta la escuela. Tenía que andar a pie por caminos intransitables varios kilómetros, o permanecer durante toda la semana en algún bohío campesino, donde por unos cuantos pesos al mes le daban comida y alojamiento. Su sueldo se veía así reducido; sus hábitos de vida sufrían alteraciones extraordinarias y, especialmente en el caso de las mujeres, debían pasar dificultades casi insalvables para desempeñar sus funciones.

En el caso de la escuela del Rancho, había que caminar más de seis kilómetros por fincas rústicas, desde el poblado de Cayajabos, después dar cinco horas de clases y regresar por el mismo camino, muchas veces bajo la lluvia. Si el maestro vivía en Guanajay o Artemisa, debía tomar un ómnibus que hacía el recorrido entre Artemisa y Cayajabos. Eso, todos los días,

significaba levantarse a las cuatro de la madrugada para tratar de llegar a la escuela antes de las ocho, pagarse los pasajes y el almuerzo en el Rancho, o no almorzar hasta las cuatro o cinco de la tarde, cuando llegara a casa de regreso.

Generalmente eran los propios maestros quienes compraban los lápices, libretas y tizas que se utilizaban en el aula. Y el sueldo de los maestros era muy bajo. En esas condiciones no era mucho en realidad lo que se podía exigir moralmente a los maestros rurales. En muchos lugares, como ocurrió en el Rancho Ave María, solo se podía disponer de locales para albergar a los alumnos y dar clases cuando los propios campesinos construían la casa-escuela.

Así no podían tener los maestros rurales una adecuada disposición de ánimo para impartir sus clases, y por ello pugnaban permanentemente por trasladarse a otra escuela que estuviera más próxima a los centros urbanos. Era frecuente que no permanecieran en una misma escuela por más de dos o tres meses. En cuanto se les ofrecía por el escalafón una oportunidad de traslado la aprovechaban. En esos casos, por razones de trámite, el nuevo maestro demoraba en llegar por lo menos una o dos semanas. En las escuelas rurales en general, y muy especialmente en aquellas que estaban situadas en lugares más intrincados, se producían estos baches en tres o cuatro ocasiones durante cada curso escolar, provocando la irregularidad de los cursos y entorpeciendo el normal aprendizaje de los alumnos.

Todas estas circunstancias provocaban otros problemas, de carácter subjetivo. Era frecuente que los campesinos no sintieran ninguna simpatía por el maestro, como me sucedió con Gregorio Piloto a mi llegada a la zona. Por ello era para mí tan importante lograr una adecuada relación con los vecinos de aquel lugar, empezando por Gregorio, cuya esposa, Josefa, parecía estar de mi parte, pues sugirió que me quedara a vivir con ellos, utilizando como vivienda una pequeña casita que habían construido a unos pasos de la vivienda principal y que estaba destinada a cuarto de desahogo.

Finalmente pude efectuar la reunión acordada con todos los vecinos, y después de explicarles mis propósitos y la necesidad de que colaboraran en la construcción de la nueva escuela, comenzaron a ofrecer su ayuda, empezando por Piloto, quien ofreció veinte pesos en efectivo para comprar

clavos y otros artículos necesarios, y además diez palmas para la cobija de la escuela. El ofrecimiento de Piloto tuvo el efecto que yo esperaba. Todos los demás campesinos fueron levantando sus manos para brindar sus aportes. Los ofrecimientos se sucedían vertiginosamente. Nadie de los presentes se quedó sin aportar algo, y a la mañana siguiente comenzó la obra, que inauguramos el 22 de noviembre.

Logramos entre todos construir una casa de quince metros de largo por diez de ancho, con techo de guano y paredes de tabla, que pintamos de blanco. El piso era de tierra, pero dos meses después, mediante contribución colectiva, le hicimos el piso de cemento y construimos mesas y asientos adecuados y suficientes para todo el alumnado, que aumentó extraordinariamente. Sin lugar a dudas era la mejor casa-escuela rural de toda la provincia.

La inauguración de la escuela fue una gran fiesta para todos, y como yo había trabajado como el que más en su construcción, los vecinos terminaron por entregarme su confianza y simpatía.

Debo recordar que cuando llegué allí solo dieciocho niños estaban matriculados y asistían con cierta regularidad a las clases. Cuando el 23 de noviembre comencé a laborar había presentes sesenta y cinco alumnos de los más diversos niveles y las más variadas edades, desde 4 hasta 16 años.

Durante el mes transcurrido desde el inicio de las clases hasta que comenzaron las vacaciones de fin de año —que duraban tres semanas— fui a La Habana una sola vez. Me sentía tan bien en el Rancho y quería hacer tantas cosas que aprovechaba los sábados y domingos para realizar otras actividades relacionadas con la escuela. La compenetración entre los campesinos y yo era total. Todos —niños y adultos— hacían los máximos esfuerzos por halagarme. Cuando regresaba a La Habana para disfrutar de las vacaciones todos querían ser los primeros en regalarme algo.

Llegué a tener una matrícula de ochenta alumnos de diversos niveles de instrucción. Permanecí solo un curso en el Rancho Ave María, pero no solo les di clases a los niños, sino también a los adultos, y cuando me fui de allí para tomar posesión de un aula en una escuela de La Habana que me

correspondía por el escalafón, no quedaba en el Rancho ni un solo analfabeto.

Y Piloto, que me había recibido unos meses antes de tan mala manera, me despidió con un fuerte abrazo, estaba triste por mi partida. Mucho me ayudó y por eso lo recuerdo con cariño.

MENTIROSOS PROFESIONALES

Seguramente conversamos cada día con una o más personas que nos dicen mentiras. Son muy pocos los que escapan durante toda la vida a la tentación —a veces casi la necesidad— de decir una mentira. En muchos casos las calificamos de piadosas, aunque no siempre lo sean.

¿Acaso nunca le ha dicho usted a una persona que tiene mejor semblante, aunque en realidad tiene la apariencia de un cadáver? Si lo invitan a comer en casa de un amigo y la anfitriona le pregunta cómo estaba la comida, ¿se atrevería a decirle que era un asco, aunque en realidad así fuera?

Convengamos, pues, en que mentimos con cierta frecuencia. Digamos que somos «mentirosos aficionados».

Pero hay mentirosos que hacen de la mentira una manera de vivir, y no siempre con el ánimo de beneficiarse ellos o de perjudicar a terceras personas. En realidad lo hacen por simple placer. Son los mentirosos que yo llamaría «profesionales». Y de esos guardo en mi memoria a dos realmente inolvidables: Pancho y Morales. Al primero lo conocí aquí, en La Habana, cuando yo era un adolescente, y a Morales cuando ya era adulto, y en un escenario diferente.

Pancho era visita habitual de mi casa y con frecuencia se quedaba a almorzar con nosotros. En las cuatro o cinco horas que duraba su visita nos contaba por lo menos una decena de mentiras de diversos calibres. Dos de ellas las recuerdo con total claridad.

La primera la endilgó durante un almuerzo. Comíamos arroz amarillo con salchichas, y él solo ingería el arroz y separaba las salchichas, que en realidad estaban excelentes. Cuando le pregunté por qué lo hacía me respondió con su habitual naturalidad: «Dejé de comer salchichas hace más de siete años, después que en una de ellas me encontré la dentadura de un gato completa, con maxilares y todo».

Otra de sus mentiras antológicas la escuchamos un día cuando estábamos de sobremesa y él nos hablaba de la valentía, decisión y fortaleza de su difunta

madre. Lo contó así:

«Mamá vivía en una finca próxima a La Habana, donde atendía ella sola los extensos sembrados de frutos menores y árboles diversos. Un día la finca fue asaltada por once forajidos armados hasta los dientes, y mamá les hizo frente con la valentía de siempre hasta que los bandidos tuvieron que replegarse. Entonces mamá salió de la casa, que estaba en una lomita, enderezó una gigantesca y pesada rueda de carreta que estaba recostada a una pared y la echó a rodar en dirección a los bandidos, con tan buena puntería, que los fue aplastando uno por uno. Los once quedaron muertos».

Pero en realidad Pancho era lo que podría decirse un «profesional de Ligas Menores» si lo comparamos con Morales, un viejo campesino que conocí allá por 1945 en Guanajay. Mentía con tanta naturalidad y circunspección que imponía respeto. Era un mentiroso de Grandes Ligas. De las muchas que le escuché recuerdo como la más descomunal la que relato a continuación, empleando más o menos sus propias palabras.

«Aquel día iba yo por un camino hacia Quiebrahacha cuando me entraron deseos de hacer una necesidad. Al agacharme para hacerla me di cuenta de que del bolsillo lateral del pantalón se me podía caer el reloj con cadena que llevaba. Lo saqué y lo colgué en una ramita de una pequeña mata que crecía junto al trillo, con tan mala suerte que allí se me quedó y nunca recordé dónde lo había puesto. Pasaron más de veinticinco años y andaba yo por el mismo caminito de aquel día cuando comenzó a llover torrencialmente y tuve que guarecerme bajo un frondoso árbol cercano. Tan pronto escampó y me disponía a continuar mi camino me llamó la atención un tic tac pertinaz que procedía de lo alto de aquel árbol. Trepé hasta las ramas superiores y allí estaba, enganchado en una de ellas, mi viejo reloj olvidado. Era aquel enorme árbol la matica donde lo había colgado veinticinco años atrás».

Por primera vez desde que lo conocí me atreví a decir algo después de escuchar una de sus mentiras. Le pregunté con cara de asombro: «¿Y todavía tenía cuerda?». No sé si notó el tonito irónico de mi pregunta, pero sin inmutarse se limitó a responderme: «Sí, pero se había atrasado un minuto».

EL POLICÍA TALÚA

Talúa era un personaje de una serie de aventuras que se transmitía por la radio nacional allá por los años cuarenta y que cautivaba la atención de grandes y chicos. Era un personaje negativo, deforme, peludo y mentiroso que estaba al servicio de un extraño sujeto criminal cuyo nombre no recuerdo.

Porque también tenía las piernas deformes llamábamos Talúa a un excelente pelotero norteamericano que jugaba por aquella época en los campeonatos nacionales profesionales de Cuba y que se apellidaba Dandridge. Y para nosotros, los entonces muchachos residentes en la barriada de Santos Suárez, era Talúa un policía gambao, regordete, malhumorado y asesino que con frecuencia nos hacía correr y saltar por calles y pasajes persiguiéndonos injustamente como si fuéramos delincuentes.

Era una época en que los policías no solo perseguían y asesinaban a los revolucionarios, sino que perseguían también con saña a los muchachos pobres como nosotros, que jugábamos en la calle porque no teníamos ni un centavo para ir al cine u otro lugar de diversión. Por eso solíamos reunirnos en las esquinas a conversar, a jugar y a veces también a hacer las diabluras que todo muchacho que se respete suele hacer en cualquier tiempo.

Cuando Talúa, El Atleta, El Mono, Cara de Vieja o cualquier otro de los policías de entonces lograba agarrar a alguno de nosotros, lo llevaba para la estación de policía y allí lo retenía hasta que un familiar lo iba a buscar. Entonces les hacían todo tipo de amenazas hasta que se le daban unos pesos para que nos dejaran ir.

Muchos aprietos nos hicieron pasar aquellos policías de entonces, pero solo me referiré a uno.

Era una noche de domingo y un grupo de nosotros, todos adolescentes, conversábamos tranquilamente en una esquina, cuando de pronto, sin que nos diéramos cuenta a tiempo, teníamos a Talúa ante nosotros, tolete en ristre y una diabólica sonrisa en los labios. De inmediato ninguno de

nosotros se movió, pero esa situación solo duró unos segundos. Como en otras ocasiones solo esperábamos a que alguien diera la señal. Esta vez fue Guille. Como un felino dio un salto hacia atrás y echó a correr en una dirección cualquiera. Los demás lo imitamos, pero en direcciones distintas para dificultar la tarea del policía. Pikín y yo corríamos velozmente en dirección contraria a las de nuestras casas. Le llevaba una pequeña ventaja cuando llegamos a la siguiente esquina. Se me ocurrió doblar a la derecha, y a él continuar derecho. Chocamos y la cabeza de mi amigo golpeó violentamente una de las aristas de la columna de la casa de la esquina. Fue un duro golpe, pero seguimos corriendo unos doscientos metros más. Fue entonces cuando me di cuenta de que la camisa de Pikín estaba tinta en sangre que le brotaba de la cabeza. Se había hecho una profunda herida que requirió de doce puntos de sutura en el hospital.

Era una consecuencia más de los abusos que cometía la policía de entonces. Y como detalle final diré que al concluir el gobierno de Batista un día apareció muerto Talúa en una calle del barrio. Nunca se supo quién lo mató. ¡Pudieran haber sido tantos...!

SILVIA

Silvia es como una parte imprescindible de mi organismo sin la cual no podría vivir. Ha sido mi compañera durante cincuenta y cinco años. Cuando la conocí, allá por el año 1950, era una bella joven de apenas 23 años, yo contaba entonces con 26. Descollaba en el grupo de sus amigas no solo por su belleza, sino por su personalidad y puntos de vista. Siempre la vi como algo diferente por sus condiciones morales. Relacionado con el grupito de sus amigas, casi sin darme cuenta, fue creciendo mi inclinación hacia ella. Yo era como un río y ella era el mar, hacia donde corre el río inexorablemente. Un día le confesé mi amor, que ya había crecido y profundizado, abonado por prolongadas conversaciones que sosteníamos con frecuencia.

Si lee estas notas algún día, Silvia quizás no crea todo lo que digo. Pero es verdad, la sigo queriendo a cincuenta y ocho años de haberla conocido y cuando he vivido 84. Considero que el mayor éxito de mi vida es haber vivido a su lado tantos años.

Éramos económicamente pobres cuando nos casamos, el 1ro. de agosto de 1953, solo una semana después de que la Generación del Centenario intentara tomar el cielo por asalto frente a los muros del Moncada. Desde entonces y hasta el 1ro. de Enero de 1959 vivimos muchas carencias y zozobras. Mi participación en actividades conspirativas contra la tiranía de Fulgencio Batista le hacía temer por mi vida. Fue para ella una dura prueba, pero nunca me hizo un reproche.

El triunfo de la Revolución el 1ro. de Enero de 1959 significó para nosotros, como para todo el pueblo, una notable mejoría económica, pero también fuertes pruebas por mis actividades. Inclusive estuvimos con frecuencia separados por mis viajes al exterior por razones de trabajo. Jamás ella mostró inconformidad, aunque a veces la separación se prolongaba por meses. Entonces yo la añoraba. ¿Cómo no amarla? Viajé medio mundo y siempre la sentía a mi lado. Entonces no solo la amaba, sino que, además, la admiraba por su entereza y sabiduría para superar esas pruebas, su fidelidad a mí y a la Revolución y la forma ejemplar en que,

durante mis ausencias, educaba a nuestros dos hijos. Ha sido una mujer excepcional. Y yo no fui para ella un buen marido, aunque nunca le fui infiel.

Llegados ambos a la vejez, problemas de salud nos han agriado un poco el carácter, pero seguimos siendo compañeros. Por ley natural debo fallecer antes que ella, pero estoy seguro que para ella será mi último pensamiento. Siempre la he querido mucho, aunque a veces no lo pareciera. Tanto tiempo de vida en común (casi seis décadas) han adormecido el amor. Ya en la vejez la pasión es más sosegada. Haber conocido a Silvia fue una suerte; casarme con ella, un privilegio; y convivir con ella más de medio siglo, el mejor regalo que he recibido en mi vida. Si voy a morir con un resentimiento es que sé que no la hice tan feliz como ella merecía. Le pido perdón.

Ahora que me acerco al final, pienso mucho en ella, y eso me alegra, como me alegra también saber que ella estará entre las últimas imágenes que pasarán por mi mente.

ELECCIONES «DEMOCRÁTICAS»

El capitalismo es un complejo sistema de trampas de todo tipo. Trampas en el comercio, en las leyes, en las relaciones internacionales, en la diplomacia, en la publicidad y, por supuesto en sus elecciones «democráticas». El siguiente ejemplo no puede ser más elocuente.

Si digo que una vez me botaron de un trabajo por «incapaz y majadero» y yo me alegré se podría pensar que soy un cínico o un mentiroso, pero no. Para explicarlo tengo que mirar hacia atrás, hasta el año 1958, cuando se celebraron en Cuba las últimas de aquellas espurias elecciones que los capitalistas llaman democráticas.

Las elecciones constituían entonces un muestrario de trampas: compraventa de postulaciones y votos, y otras trapisondas por el estilo. Los aspirantes a cargos electivos compraban muchas veces los lugares preferentes en las candidaturas de los partidos burgueses. Muchos compraban los votos a los electores o les prometían un puesto de trabajo, y en los escrutinios se producían frecuentes cambiazos (cambio de una urna oficial por otra arreglada de antemano).

En aquella época, cuando concluía la votación, las urnas, selladas, se remitían a las Juntas Electorales Municipales, donde se efectuaba en las semanas siguientes la cuenta oficial de los votos recibidos por cada candidato de cada uno de los partidos políticos. Ahí se producía una de las mayores desvergüenzas de los comicios. Los escrutinios los realizaban las Comisiones de Escrutinios, integradas por un presidente (director de una escuela pública), dos escribientes (maestros de aulas estatales) y un secretario (abogado). En presencia de todos se abrían las urnas y se sacaban las boletas. El presidente «cantaba» la selección hecha por el elector; por ejemplo: «Demócrata 4» (cada candidato tenía un número) y los escribientes anotábamos un voto a ese candidato en unos pliegos donde aparecían los candidatos de todos los partidos. Al final se hacían las sumas correspondientes, y esa era la votación oficial.

Algunos candidatos les pagaban a los escribientes cierta cantidad de dinero (ocho o diez pesos) por cada voto, que le anotaban sin que hubiera sido cantado. De ese modo resultaban electos, aunque no fueran suficientes los votos de los que en realidad habían votado por ellos.

Los maestros éramos convocados con carácter obligatorio para integrar las Comisiones de Escrutinio. Por esa razón en aquellas elecciones de 1958 era yo uno de los escribientes de la Comisión 8 de la Junta Electoral Municipal de 10 de Octubre.

Antes de escrutar la primera urna un candidato a representante nos ofreció diez pesos por cada voto «adicional» que le anotáramos hasta un máximo de cinco en cada urna. Al concluir la cuenta de esa primera urna y confrontar los pliegos, en el de mi compañera aparecían cinco votos más que en el mío para el candidato en cuestión. Ella había aceptado la oferta y yo no.

Como me negué a aceptar aquella trapisonda, el candidato de marras me amenazó, y como tampoco accedí, optó por hablar con el presidente de la Junta, tan inmoral como él, quien al día siguiente, en presencia de todo el público y los empleados, informo que me había despedido por «incapaz y majadero». Quise explicar la real razón del despido, pero fui sacado del local por la fuerza. Mi denuncia jamás fue radicada.

MIEDO

Varias veces en mi vida sentí miedo, pero nunca tanto como en la noche del 30 de diciembre de 1958. Eran las dos de la madrugada y acompañaba hasta su casa a una compañera con la cual acababa de cumplir una tarea revolucionaria. Llevaba en uno de los bolsillos del saco el texto de un llamamiento a la huelga a los maestros de La Habana que minutos antes habíamos redactado. Horas después debía reproducirlo y distribuirlo por las escuelas de la capital.

La noche estaba fresca y avanzábamos por la acera de la calle Libertad, en Santos Suárez, con paso relativamente acelerado. Cuatro cuadras más adelante vivía mi acompañante. Varias veces habíamos coincidido en tareas semejantes.

Cuando entramos en la tercera cuadra vi que en la esquina siguiente había varios policías de la tiranía y dos carros patrulleros. De momento disminuimos la velocidad y pensé en retroceder para buscar otro camino, pero me di cuenta de que eso podía levantar sospechas de los esbirros, que ya debían habernos visto.

Decidimos seguir. Le advertí a mi compañera que no se asombrara de la actitud que yo asumiera en los segundos inmediatos. Ya estábamos a unos veinte metros de los policías, dos de los cuales se separaron del grupo y avanzaron hasta la acera por donde segundos después nosotros pasaríamos. De pronto me detuve, abracé a mi compañera y la besé apasionadamente. Luego reanudamos la marcha y, al pasar junto a los policías, los saludamos con la mayor tranquilidad del mundo. Respondieron el saludo y nosotros continuamos la marcha. Setenta metros más adelante estaba el domicilio de la compañera.

Habíamos cruzado exitosamente el primer susto, pero yo tenía que regresar por el mismo camino y solo. Mi compañera insistía en que me quedara en su casa esa noche, podía dormir en el sofá de la sala, me dijo. Pero yo insistía en regresar porque mi demora seguramente preocuparía a mi familia.

Discutíamos el asunto cuando de pronto ella me dijo: «Te aprovechaste de la situación para besarme». Comenzaba a disculparme cuando ella me interrumpió y con voz enternecida añadió: «Pero me gustó mucho». Y esa afirmación me convenció de que debía quedarme allí. Llamaría por teléfono a mi casa para informar de la situación.

Comenzó así un breve romance. Dos días después era derrocada la tiranía. Una semana más tarde ella iría a cumplir una misión en otra provincia, y yo tomaba otro rumbo.

Las tareas revolucionarias nos unieron durante algún tiempo. El susto de aquella noche desató un romance inesperado, la continuación de la lucha nos separó. No volvimos a vernos hasta muchos años después. Ella estaba casada y yo también.

¿Por qué cuento esto ahora? Acabo de ir a verla en el hospital donde está ingresada muy enferma. Conversamos de muchas cosas. Estoy seguro de que ella, como yo, pensó en aquel beso. Pero de eso no hablamos.

DE MAESTRO A PERIODISTA

MAESTRO¹³

Cuando era un adolescente soñaba con estudiar Ciencias Físico-Matemáticas, pero fue solo eso: un sueño. Hubiera tenido que estudiar previamente el bachillerato durante cuatro años y después hacer los cinco años de aquella carrera, que era una de las más caras, no solo por el costo de la matrícula (cincuenta y cinco pesos anuales, suma totalmente fuera de mis posibilidades), sino por los libros que había que comprar, que eran muy caros.

Fue por eso que estudié Magisterio, cuya matrícula era gratuita, como una tabla de salvación. Una vez graduado podía trabajar en una escuela estatal o privada. Era una carrera para los pobres, y éramos tantos que resultaba difícil el ingreso en la Escuela Normal para Maestros. Por ejemplo: en el año en que yo ingresé éramos quinientos diez los aspirantes y solo había sesenta y nueve plazas de ingresos.

Cuando concluías los cuatro años de intensos estudios se iniciaba otra tarea más difícil aún: lograr una plaza de maestro en una escuela estatal, para lo cual había tres vías: por intermedio de un influyente político, comprándola a funcionarios gubernamentales que se dedicaban a ese sucio negocio o ganarla por oposición. La inmensa mayoría de los maestros solo tenían la tercera opción, de modo que por eso se hacía muy difícil, pues eran muchos los aspirantes y muy pocas las plazas que se creaban.

Yo la conseguí aquí, en La Habana, cuatro años después de graduarme. Se habían presentado a oposición seiscientos maestros para optar por cincuenta plazas. Miles de maestros jamás lograban trabajar en una escuela estatal. Claro que desde que comencé a laborar mi vida cambió mucho. Aunque el sueldo era bajo, tenía un trabajo seguro.

Comencé a ejercer la profesión en una escuela privada, donde me pagaban treinta pesos mensuales por una sesión de cuatro horas y media. Al ganarme un aula estatal comencé en la escuela pública República de Bolivia, y allí permanecí hasta 1960, fecha en que me dediqué por entero al periodismo. Fueron catorce años de extraordinarias experiencias y múltiples recuerdos.

Vividos ya tantos años, no puedo ocultar el orgullo que siento cada vez que sé de tantos profesionales que en su niñez o adolescencia fueron alumnos míos y que cuando me encuentro con ellos lo primero que me dicen es «maestro».

MI GRAN TONTERÍA

Es frecuente que en el desarrollo de nuestra existencia cometamos varias tonterías, que muchas veces influyen en nuestras vidas decisivamente, inclusive de manera favorable. De las muchas que yo cometí recuerdo especialmente una que cambió el rumbo de mi vida a partir de 1942, cuando me gradué de maestro y un compañero de estudio de apellido Borroto y yo habíamos terminado empatados como primeros expedientes de aquella promoción de maestros.

Antes de continuar este relato debo recordar que desde mucho antes el Ministerio de Educación había instituido para los primeros expedientes de la carrera magisterial un premio que consistía nada menos que en un nombramiento de maestro en una escuela estatal y trescientos pesos en libros. Pero cuando yo me gradué hacía once años que aquel premio no se entregaba.

Borroto me preguntó si yo concurriría a la prueba de desempate que había sido convocada para determinar el ganador definitivo. Me dijo que si yo iba él no lo haría, porque no tenía tiempo suficiente para prepararse y de todos modos creía que yo ganaría. Como hacía once años que el premio no se entregaba y yo estaba un poco cansado de la intensidad con que había tenido que estudiar en los seis años precedentes, le dije que no concurriría, pues estaba seguro de que ese año tampoco lo entregarían. Mi compañero se presentó a la prueba solo, y aunque obtuvo únicamente treinta y siete puntos de cien, resultó ser el primer expediente definitivo. Y ese año el Ministerio de Educación sí entregó el premio. Borroto fue designado oficialmente para cubrir una plaza como maestro de Lenguaje (Español) en una escuela primaria superior de La Habana, plaza que me habría correspondido a mí si hubiera concurrido a la prueba de desempate. Tuve que esperar hasta el año 1945 y estudiar muy intensamente para ganarme, por oposición, una plaza de maestro en una escuela estatal.

A primera vista parece evidente que aquella gran tontería influyó negativamente en mi vida. Obtener una plaza de maestro estatal recién graduado era un privilegio realmente excepcional, sobre todo porque se

lograba de aquella manera tan honrosa, libre de compromisos. Así lo pensé yo, y también mi familia, durante mucho tiempo. Sin embargo, unos cuantos años después yo hice otra valoración.

En los casi cuatro años transcurridos desde que me gradué de maestro y obtuve una plaza estatal viví situaciones muy dramáticas que influyeron de manera decisiva en mi formación política e ideológica, situaciones que no habría tenido que afrontar si hubiera comenzado a trabajar recién graduado. Claro que no puedo afirmar categóricamente que yo habría tomado otro rumbo en ese caso, pero pienso que sí, porque los horrores que viví y las personas con las cuales me relacioné me hicieron comprender con más celeridad y precisión las causas de las horrendas injusticias de aquella sociedad en que vivíamos. Estoy convencido de que habría sido diferente si no hubiera pasado aquellas necesidades.

Desde que me gradué, en septiembre de 1942, hasta mediados del año siguiente permanecí en La Habana, sin trabajo de algún tipo. En junio o julio de 1943 se realizó en Cuba un censo de población y fui convocado oficialmente para trabajar como enumerador. Nos pagaban siete centavos por cada persona enumerada, y tres centavos adicionales en el caso de los enumerados a los cuales debíamos extenderle cédula electoral. Solamente cuando cobré lo que me había ganado en la realización de ese trabajo — unos veinte pesos— saqué pasaje para ir a Guantánamo por primera vez desde 1936.

MAESTRO SUSTITUTO

Cuando llegué a Guantánamo en 1943, ya graduado de maestro, solo contaba con 19 años de edad. La situación en que nos vimos envueltos mis tres hermanas y yo ante la enfermedad mortal que aquejaba a nuestro padre era lamentable. Mis hermanas sobrevivían de milagro y yo debía ser su salvador. Como no tenía trabajo, me inscribí en la Junta de Educación como maestro sustituto, apenas unos días antes del fallecimiento de papá. Debíamos suplir en cualquier grado de cualquier escuela a los maestros que por alguna razón no hubieran concurrido al aula. Ocupábamos esas posiciones de acuerdo con un riguroso escalafón, y ganábamos en cada caso la mitad del salario del profesor sustituido. Por lo general esas sustituciones eran por un día, aunque a veces se prolongaban por dos o tres.

Cinco días después de inscribirme me tocó el turno. Debía sustituir a un maestro de sexto grado en una escuela de los suburbios. Sería el primer salario como maestro. Llegué a la escuela como a las nueve de la mañana, y la sesión concluía a las doce y treinta minutos. ¡Qué tres horas y media! Los alumnos, terriblemente indisciplinados, me tuvieron en jaque durante todo ese tiempo. Mi juventud y falta de experiencia empeoraban la situación. Si llegué al final de la sesión fue solo pensando en la falta que me hacía el dinero que iba a ganar, que ni siquiera había calculado. No volví a hacer sustitución alguna en el resto del mes, y el día primero del siguiente, al recibir el cheque correspondiente al día que había sustituido, me quedé perplejo. Allí, en la línea media del documento estaba bien clarito: «86 centavos». Eso era exactamente lo que había ganado por aquellas inolvidables tres horas y media de un verdadero suplicio.

Durante unos cuantos días más no me correspondió sustituir a ningún otro maestro. Pero un día me ofrecieron una sustitución por un mes en una escuela rural ubicada en la finca La Escondida, a unos sesenta kilómetros de Guantánamo, monte adentro. Acepté inmediatamente, y al día siguiente emprendí el camino hacia allá. Viajé por tren hasta Carrera Larga, a unos veintidós kilómetros de Guantánamo. Allí unos parientes me prestaron un caballo para continuar el viaje. Cabalgué desde las seis de la mañana siguiente hasta eso de las dos de la tarde por un camino carretero que en

algunos tramos estaba tan anegado que el caballo no se atrevía a pasar. A eso de las dos de la tarde llegué a un caserío denominado La Colonia, donde había un secadero de café y una bodega. En esta última me dijeron que el camino que me faltaba para llegar a La Escondida era tanto como el camino que había dejado atrás, desde Carrera Larga. Del estado del camino que me faltaba por recorrer me informaron que no estaba tan bueno como el que había dejado atrás, pero que era transitable. Yo había cabalgado durante ocho horas seguidas, calculo que no menos de unos quince kilómetros. Pensé que llegar a La Escondida me llevaría por lo menos otras ocho horas. Y pensé entonces que si mi moribundo padre fallecía repentinamente, yo me enteraría dos o tres días después. Decidí, en consecuencia, regresar a Guantánamo. Quería estar junto a mi padre en los últimos momentos de su existencia. Comí algo y emprendí el regreso. La posibilidad de trabajar como maestro durante un mes seguido y ganarme en ese tiempo unos veinte pesos no compensaba de ninguna manera la inquietud, el sobresalto de pensar que mi padre muriera y que yo me enterara muchos días más tarde.

De regreso a Guantánamo continué concurriendo diariamente a la Junta de Educación en espera de alguna sustitución que me permitiera ganarme unos pesos, pero eran tantos los maestros que estaban en la lista de espera, que durante dos semanas no me tocó el turno en ninguna ocasión.

Después de la muerte de mi padre, recibí ayuda económica de un tío mío, hermano de papá y residente en Santiago de Cuba, quien era socio de una firma comercial cuyos principales dueños habían sido íntimos amigos de mi padre. Me facilitaron algún dinero y me abrieron una cuenta para que comprara alimentos en uno de los establecimientos comerciales de la firma. Además, por influencia del jefe de esa compañía, me dieron en la Junta de Educación la oportunidad de una sustitución por tres meses en una escuela rural ubicada en la loma El Lechero, entre Guantánamo y Yateras. Hacia allí salí por tren en la segunda quincena del mes de noviembre, poco tiempo después de la muerte de mi padre. Tenía que ir hasta un pueblecito llamado Marcos Sánchez, a unos treinta kilómetros de Guantánamo. De Marcos Sánchez hasta El Lechero debía ir a pie. Eran otros trece kilómetros.

La casa-escuela estaba justamente en la loma. Era amplia, con paredes de madera. Solo se veían tres casas campesinas desde ella: una bodeguita, una

casa-club campesina denominada Club de los Jóvenes Actuales, y el bohío donde residía con su familia la conserje de la escuela. El primer día arreglé las cosas con ella para desayunar, almorzar y comer en su casa. Dormiría en la escuela. Para ello disponía de una hamaca rústica. No había, por supuesto, luz eléctrica. Por las noches me alumbraba con velas de estearina. En esas condiciones comencé a dar clases y a estudiar a fin de prepararme para las oposiciones de maestros que se efectuaban entonces anualmente en Cuba con vista a establecer un escalafón de aspirantes con el que se cubrirían las vacantes que se produjeran por razones de muerte, retiro o renuncia de los maestros en ejercicio.

Ni tenía mucho ánimo para estudiar ni disponía de libros y otros materiales necesarios para prepararme convenientemente. Sin embargo, continué los estudios alumbrado por las velas y perturbado a cada rato por el tropel de los centenares de ratones que de noche se introducían en la escuela en inútil búsqueda de algo que comer.

Al cumplir el primer mes de trabajo en la escuela cobré los treinta y dos pesos que me correspondían. Diez de ellos fueron para pagar a la conserje por la mediocre alimentación que me suministraba. Con el resto regresé a Guantánamo a finales de diciembre a pasar las vacaciones de Pascuas, que se extendían por tres semanas, hasta los primeros días de enero. Fue entonces que viajé a La Habana para concurrir a las oposiciones de maestros celebradas ese año. El lugar que ocupé en el escalafón no ofrecía ninguna perspectiva de que pudiera alcanzar una plaza en ese año.

Regresé a Guantánamo y volví nuevamente para Marcos Sánchez a completar mi sustitución en la escuela de El Lechero. En los primeros días de febrero de 1944 se acabó aquello, y tuve que volver a la ciudad. Estaba nuevamente desocupado.

SOBREVIVIENDO

Nuevamente sin trabajo, recibí la ayuda de mis parientes ricos de Santiago de Cuba, que me remitieron cien cajas de confituras para vender en establecimientos de Guantánamo. Por cada caja que vendía me ganaba veinte centavos. Recuerdo que el primer día vendí trece, lo que me llenó de optimismo. En los días siguientes fue bajando progresivamente el volumen de venta y ya a los cinco días no vendía nada. Había saturado el mercado.

Un pequeño comerciante que tenía en la ciudad la representación de una fábrica de oleomargarina me contrató como vendedor suyo. Después de ocho o diez días de interminables recorridos por todos los barrios de Guantánamo no había logrado vender absolutamente nada.

Otro comerciante que representaba en la entonces provincia de Oriente a una fábrica de condimentos, esencias para durofríos y chocolate y otros productos para confeccionar batidos y helados me cedió la representación en Guantánamo. Cada día caminaba diez o doce kilómetros en busca de clientes, pero las ventas eran mínimas. En los tres meses que estuve dedicado a esa actividad solo me gané unos treinta pesos. Sin embargo, ello me permitió pagar los seis pesos mensuales del alquiler y comprar alimentos para que mis hermanas y yo pudiéramos sobrevivir. Durante ese tiempo recuerdo que desayunaba «opíparamente». Una vecina que tenía una vaca nos regalaba todos los días un litro de leche. De la lata de polvo de chocolate que tenía como muestra para mis ventas utilizaba todos los días unas cucharadas para preparar el desayuno, que se completaba con una o dos libras de pan que adquiríamos. El almuerzo y la comida casi siempre consistían en las mismas cosas: harina de maíz o viandas hervidas.

Un día compré un saco de azúcar blanca y comencé a fabricar caramelos como aquellos que elaboraba mi padre cuando éramos pequeños. Fabricamos cien libras de ellos y con esa carga saqué un pasaje para Caimanera, donde después de permanecer todo el día, solo logré vender dos libras. El viaje me había dado pérdida y tuve que regresar con noventa y ocho libras de caramelos para los cuales no había mercado en Guantánamo.

Tuve que contemplar casi con desesperación cómo se iban echando a perder sin que pudiera venderlos en ninguna parte.

Por esa fecha el esposo de mi hermana mayor perdió el trabajo que tenía, y como no podía pagar el alquiler de la casa en que vivían, fueron ambos a residir en la nuestra con su hijo de poco más de un año de edad. De modo que creció la familia, y en consecuencia disminuyó el per cápita de alimentos.

Ni mi cuñado ni yo teníamos trabajo. De vez en cuando nos ganábamos unas pesetas realizando cualquier tipo de labor: pintando una casa, haciendo un trabajo de carpintería o albañilería de poca monta, o sirviendo de mandaderos a alguna familia o comercio. De ese modo lográbamos a duras penas acumular cada mes los seis pesos para el pago del alquiler de la vivienda y comprar la harina o las viandas para alimentarnos.

En mayo de 1944 tuve un momento de respiro relativo en cuanto a mi situación económica. Era un año de elecciones generales y, en consecuencia, los politiqueros realizaban sus maniobras habituales a fin de conseguir votos en las elecciones para los cargos de representante, senador, concejal, alcalde, gobernador provincial o presidente.

Gracias al crédito obtenido por Eusebio Mujal para arreglar las calles de Guantánamo y hacer el alcantarillado de la ciudad, logré colocarme efímeramente primero como albañil y luego como carpintero, pero aquello no duró mucho. Al final, tres semanas después de comenzar aquel trabajo se realizaron las elecciones generales y al día siguiente se paralizaron las labores. Guantánamo quedó peor que antes.

A la sazón, mis parientes ricos de Santiago de Cuba habían aprovechado aquel proceso electoral para gestionar con uno de los políticos de la época un nombramiento de maestro para mí, a condición de conseguir sesenta votos para aquel político, que aspiraba a senador de la República. Entre los familiares y allegados se consiguió el compromiso de los sesenta votos. Se le hicieron llegar al aspirante los nombres de aquellas personas que se comprometían a votar por él a cambio del nombramiento de maestro para mí. Era una forma de corrupción, de compra de la conciencia, pero yo no tenía otra alternativa.

Unos días antes de las elecciones recibí una carta de aquel politiquero en la que me informaba que en los primeros días del mes de junio debía presentarme en la Junta de Educación a recoger mi nombramiento. Mi alegría no podía ser mayor. Al fin —pensaba— iba a poder trabajar como maestro. El día de las elecciones todos los comprometidos votamos por el politiquero «benefactor» que resolvería mi problema. Fue, por cierto, la única vez que voté en unas elecciones antes de 1959.

Al ver que aquel político había resultado electo fui a la Junta de Educación para ver si ya había llegado mi nombramiento. La respuesta fue negativa. Regresé tres o cuatro días después, y nada. Así volví más de veinte veces a la Junta de Educación para verificar que todo había sido un cruel engaño, así que desistí de la idea de trabajar como maestro y volví a ocuparme en cualquier trabajo eventual que me permitiera, al menos, reunir el dinero para el pago del alquiler.

Cada tres o cuatro semanas iba al pueblecito de Sempré, a unos quince kilómetros de Guantánamo, donde mis parientes de Santiago de Cuba me habían abierto una cuenta para la compra de alimentos en un establecimiento comercial. Aunque el pasaje en tren costaba apenas treinta y dos centavos, la mayor parte de las veces yo hacía el recorrido a pie (para ahorrar el dinero). De allá regresaba con una pequeña factura que administrábamos cuidadosamente para que nos durara lo más posible.

Durante uno de esos viajes a Sempré me quedé allí por dos o tres días, y me ocurrió entonces algo en lo que anteriormente no me había fijado. Una tarde, al afeitarme, noté que tenía el rostro deformado. Los pómulos más salientes y la cara más hundida. Había enflaquecido extraordinariamente, apenas pesaba ciento dieciocho libras, insuficientes para mis seis pies de estatura. Cuando llegué a Guantánamo unos meses antes pesaba ciento cincuenta y nueve. Fue en ese momento en que comencé a pensar seriamente en la posibilidad de regresar a La Habana en busca de mejoría económica, pero ¿qué hacer con mis hermanas?

Mis tíos de La Habana me habían girado en dos ocasiones dinero para el pasaje de regreso a la capital y en ambas cambié el giro y utilizamos el dinero para comprar alimentos. Al girarme por tercera vez el dinero, me

advirtieron que si no compraba el pasaje, debía reintegrar el giro. No hice durante meses ninguna de las dos cosas, pero no gasté el dinero.

Finalmente decidí regresar a La Habana, después de acomodar a mis hermanas solteras, una con mi hermana mayor (que ya había vuelto a vivir independiente) y la otra con una familia amiga. En enero de 1945 emprendí el regreso a la capital. Me alegraba alejarme de Guantánamo, donde tanto había sufrido, pero me apenaba volver a separarme de mis hermanas, a las que dejaba en una situación precaria.

¡AL FIN UN AULA ESTATAL!

En aquella época anterior a 1959, prácticamente la única esperanza de obtener un aula estatal para los maestros sin recursos (como yo) era asistir a las oposiciones que se convocaban anualmente para cubrir plazas de maestros. Como mi intención de lograr un aula estatal era tan perentoria, de regreso a La Habana decidí presentarme a las oposiciones, y como estas eran provinciales, resolví acudir a todas las provincias. Trataría de ganarme un aula en cualquier parte del país.

Sobre las características de estas oposiciones y las dificultades que afronté para participar en ellas, trataré en esta crónica.

Las oposiciones consistían en un examen que tenía tres aspectos, el primero, de carácter memorístico. Había que desarrollar uno de los veinticinco temas de que constaba, el que saliera a la suerte el día de la prueba. El segundo aspecto consistía en distribuir durante un curso en un grado determinado el estudio de ciertos conocimientos, por ejemplo: ¿cómo distribuir en el programa de un curso de quinto grado de instrucción primaria el estudio de la historia sobre las guerras de independencia cubanas? El tercero era explicar cómo se daría una clase determinada (¿cómo enseñar en un aula de cuarto grado el tema «La densidad de los cuerpos»?).

Por el primer examen se daba un máximo de quince puntos, por el segundo veinticinco y por el tercero cuarenta. Los veinte puntos restantes para completar cien se obtenían por concurso (títulos que se poseyeran, años de ejercicio, libros publicados, etc.). El título de maestro daba seis puntos. El de doctor en Pedagogía otros cuatro. Por cada año de ejercicio se daba medio punto. Por la publicación de un libro, dos.

Con las puntuaciones obtenidas se establecía el escalafón que habría de regir durante todo un curso escolar. Aunque no siempre se respetaban estos escalafones, era la única manera que teníamos los maestros que carecíamos de influencias políticas para obtener una plaza. Al escalafón correspondían las que quedaban vacantes por retiro, renuncia o muerte de los maestros en

ejercicio, no así las de nueva creación, que se repartían entre los políticos más influyentes para que las distribuyeran entre sus allegados o familiares. O para que las vendieran, como sucedía frecuentemente. Supe de casos de aulas en La Habana que fueron vendidas hasta en cinco mil pesos. Era públicamente conocido también que en la antigua Manzana de Gómez había una oficina donde se tramitaban nombramientos de maestros a cambio de dinero. La cantidad dependía de la ubicación de la escuela.

No obstante todas esas violaciones, era el escalafón de aspirantes una esperanza de trabajo para numerosos educadores.

Las oposiciones comenzaron, como siempre, por la provincia de Pinar del Río. Recuerdo que ese día tenía yo treinta y nueve grados de fiebre como consecuencia de la reacción a una vacuna antivariólica que me había puesto unos días antes. Sin embargo, me sentí muy satisfecho del trabajo que había realizado en esas oposiciones, a las cuales concurrieron doscientos setenta y dos aspirantes. Dos días después me presenté en las de La Habana, en la que participaron quinientos treinta maestros. Asistí también a las de la provincia de Matanzas, y teniendo en cuenta mi apreciación acerca del trabajo que había desarrollado en ambas, desistí de acudir a las provincias de Las Villas y Camagüey. Sí fui a Oriente, porque de haber fracasado en las provincias occidentales, era la oriental la que más me interesaba, porque allí tenía familiares.

Mi concurrencia a estas oposiciones no estuvo exenta de vicisitudes económicas. Viajar a Pinar del Río, Matanzas y Oriente representaba un gasto que estaba por encima de mis posibilidades. Lo hice por necesidad imperiosa y mediante préstamos y anticipos sobre mi sueldecito de la escuela privada donde trabajaba en ese entonces. Pero al llegar a Oriente la cosa se hizo más compleja. Mis recursos eran mínimos después de los viajes anteriores, y cuando llegué a Santiago de Cuba nos enteramos que habían sido aplazadas por cuatro días las oposiciones, lo cual me obligaba a permanecer en esa ciudad cuatro días más del tiempo previsto, para lo cual yo no tenía recursos. En esa misma situación se encontraban otros maestros amigos míos, también residentes en La Habana, que habían viajado conmigo.

Nuestros cálculos eran regresar a La Habana tan pronto terminaran las pruebas, que duraban un día, y solo para eso teníamos presupuesto. Ahora nos veíamos en la necesidad de hospedarnos y comer durante cuatro días, y no teníamos dinero para ello, así que reunimos todo nuestro dinero y comprobamos que solo nos alcanzaba para pagar el hospedaje durante dos días y hacer una comida diaria. Es decir, que durante los otros dos días no tendríamos alojamiento ni comida. Así lo decidimos. Nos alojamos los tres en una habitación de un hotel de tercera categoría. A los dos días mis compañeros abandonaron la habitación, pero yo me quedé, con la esperanza de lograr un préstamo de un amigo. Mis compañeros fueron al cuartel de bomberos y plantearon su situación. Los autorizaron a dormir allí, pero solo lo hicieron por una noche: las camas que les facilitaron estaban cundidas de chinches. El día siguiente lo pasaron en la calle, y por la noche, vísperas de la prueba, se quedaron en el parque.

Realizadas las oposiciones, llegó el momento de la partida, y de que yo liquidara la cuenta en el hotel. No había podido localizar a mi amigo santiaguero y me faltaban ocho pesos para pagar la cuenta del hotel. Hablé con el dueño, le expliqué mi situación y le propuse lavar platos, limpiar los pisos o realizar cualquier otra tarea que él considerara conveniente para saldar esa cuenta, o de lo contrario confiar en que yo le giraría ese dinero tan pronto llegara a La Habana. El dueño de aquel hotelucho, un español de unos sesenta años, escuchó atentamente mi proposición y finalmente confió en mí. Le entregué todo el dinero que me quedaba, menos un medio, recogí mi maletica, me reuní con mis amigos y nos fuimos para la estación del tren a fin de emprender el regreso. En ese momento contábamos entre los tres exactamente veinte centavos, y el viaje hasta La Habana duraba veintitrés horas y cuarenta y cinco minutos. Es decir, que pasaríamos ese tiempo sin comer, porque debíamos conservar cinco centavos cada uno para el pasaje del ómnibus o el tranvía cuando llegáramos a la capital.

Dos horas después de salir de Santiago de Cuba arribábamos a San Luis, donde el tren hizo su primera parada y gastamos nuestro capital colectivo en un pan con picadillo que costaba veinte centavos y compartimos entre los tres. Ni siquiera pensamos en ese momento en que durante las próximas veintidós horas no volveríamos a comer algo.

Uno de mis compañeros se quedó en Camagüey y el otro y yo continuamos viaje hacia La Habana. Nos quedaban todavía por delante unas quince horas de viaje, tiempo durante el cual el hambre comenzó a atormentarnos. Buscando a algún conocido en el tren que pudiera prestarme algún dinero, me encontré al funcionario del Ministerio de Educación que había asistido a las oposiciones en Santiago de Cuba, quien me dio ochenta centavos, el único dinero en efectivo que tenía. Para nosotros era más que suficiente, con ese pequeño capital acudimos a la cantina del tren para tomarnos un café con leche y algo de pan, y el cantinero, quien avizó nuestra precaria situación, no quiso cobrarnos por el servicio, de modo tal pudimos conservar los ochenta centavos. Nuevamente a las seis de la mañana sentimos hambre y regresamos a la cantina, donde después de separar un medio para cada uno, encargamos un desayuno completo (sándwich y café con leche) que nos costó sesenta centavos. Sobre las nueve de la mañana arribábamos a La Habana.

Los días siguientes fueron para mí de impaciente espera. Aguardaba los resultados de las oposiciones. El primero fue el de Pinar del Río, donde fui el siete en el escalafón, lo que significaba que obtendría un aula en los primeros meses del curso escolar 1945-1946. En La Habana, donde tenía el número treinta y tres, también podría lograr un aula. En Santiago de Cuba ocupé el noveno puesto y en Matanzas mi éxito sería aún mayor: obtuve el número uno.

En pocos días había cambiado radicalmente el panorama. Había ganado aula en todas las provincias. Tendría un trabajo seguro por primera vez en mi vida. Me tracé entonces la estrategia de aceptar cualquier escuela que me ofrecieran en Guanajay o Artemisa, o en la provincia de Matanzas, y esperar a que me ofrecieran en la capital un aula convenientemente ubicada.

Finalmente, el 23 de octubre de 1945 comencé a trabajar en la escuela rural no. 13 Rancho Ave María, en el municipio de Guanajay, donde permanecí por espacio de un curso escolar.

DON MIGUEL

Hace más de sesenta años que vi por última vez a don Miguel, pero aun frecuentemente lo recuerdo, por cierto, con una sensación de vergüenza.

Cuando lo vi por primera vez aquel mes de octubre de 1945, en la escuela de Guanajay me llamó la atención la increíble transparencia de sus ojos azules. Tenía 70 años, trece hijos y veintitrés nietos, y había peleado en la guerra de independencia a las órdenes de Antonio Maceo, «mi general», como él lo llamaba. Solo unas semanas después que yo llegué al Rancho Ave María, don Miguel me trataba como si yo fuera su hijo catorce. Era fundador de aquel pequeño poblado, y eso, unido a su historia de mambí le confería cierta autoridad en la zona. Yo sentía por él no solo gran simpatía, sino también admiración y respeto.

Muchas veces, sentados en sendos taburetes de su humilde bohío o recostados a una cercana mata de mango, sostuvimos prolongadas conversaciones. Él me hablaba de sus andanzas por la manigua, cuando contaba con 20 años de edad, y sus recuerdos de Maceo. Yo respondía a las preguntas que él me hacía sobre La Habana, ciudad que nunca había visitado, no obstante su proximidad.

Quizás algunos de los eventuales lectores de esta crónica se pregunten por qué digo al principio que recuerdo a don Miguel con cierta sensación de vergüenza. Les explico:

Días antes de finalizar el curso 1945-1946, el último día de mi labor como maestro en la escuela de el Rancho, organicé una fiestecita de despedida. A mediados de mayo yo tenía que tomar posesión de una escuela en La Habana que me correspondía por el escalafón.

En aquella fiestecita, que incluía dieciocho números (poesías, canciones, décimas, etc.), estaban todos los alumnos y sus familiares. Nadie, ni siquiera yo, estaba alegre. Mi alumno Francisco Lavandera me había pedido autorización para decir unas palabras de despedida, que fueron tan emocionadas y tristes que algunos de los alumnos lloraban por mi partida.

Aquel día también lloré yo cuando don Miguel se me acercó y, mientras de sus transparentes ojos azules se desprendían dos lágrimas, me dijo con ese lenguaje tan llano pero tan gráfico de nuestros campesinos: «Maestro, usted sabe que yo lo quiero como a un hijo, pero ojalá que no hubiera venido a trabajar aquí para irse un año después. Es como cuando a uno lo acostumbran a comer pollo y de pronto se lo quitan para solo darle harina».

Aunque para mí era entonces un imperativo regresar a La Habana, aquellas palabras de don Miguel me hicieron sentir como si estuviera cometiendo un acto de traición.

El 17 de mayo de 1946 emprendía yo el regreso a La Habana para tomar posesión del aula primera de sexto grado de la Escuela Pública no. 27 República de Bolivia. ¿Qué me reservaba la vida a partir de entonces? Esa pregunta comenzó a tener respuesta cuando me presenté ante la directora de mi nueva escuela: la comandante Sergia García.

NOELIA¹⁴

La vida siempre debiera ser amor. Se ama a la familia, a la Patria, al trabajo, al estudio, al amigo y hasta a los animales domésticos. Pero se ama también a otras cosas más o menos abstractas. Por ejemplo, Noelia amaba entrañablemente la luz eléctrica, que le permitiría estudiar como ella quería, pero que no tenía. Era un amor casi imposible en el campo en aquella época. Vivía en el Rancho Ave María, del municipio habanero de Guanajay, que antes era pinareño. Tenía 18 años de edad, todos vividos en aquel barrio campesino sin haber disfrutado nunca de la luz eléctrica, «tan parejita y clara, no como la parpadeante, odiosa y maloliente de un candil o lámpara de queroseno».

La conocí en 1945 cuando me desempeñaba como maestro en la zona donde ella vivía. Su afán por el estudio era casi patológico. Por eso se entusiasmó cuando le prometí darle clases en horas muy tempranas, antes de comenzar mis labores con los niños. Así, unas veces en la escuela y otras en su rústico bohío o bajo una mata cualquiera, yo le hablaba de todo cuanto sabía sin que ella se cansara. No tuve que invertir mucho tiempo, pues tres meses después ya podía leer casi de corrido.

Noelia odiaba el campo, no por las duras faenas diarias o por el fango: lo odiaba porque no había luz eléctrica. Por eso se acostaba tempranito, como si huyera a las sombras, y por ello un día se fue a vivir a casa de una tía en la vecina ciudad de Artemisa. Iba en busca de la luz, como las mariposas. Pero tampoco allí la encontró. En aquella época, aun en las ciudades, a muchas casas no llegaba la electricidad, o sus inquilinos no podían pagarla.

Regresó al Rancho Ave María defraudada, y entre sollozos me dijo: «Maestro, parece que estoy condenada eternamente a la oscuridad». Una mañana, al concluir las clases habituales se me quedó mirando de una manera extraña y, tras una prolongada pausa, me dejó atónito con la propuesta que me hizo y que brotó de sus labios como una explosión: «Maestro, cuando usted se vaya lléveme para La Habana; seré su esclava si es preciso, pero no me deje en esta oscuridad maldita».

Confieso que de momento no supe qué responderle. Yo la admiraba y la quería, pero no la amaba. ¿Cómo decírselo sin herirla?

Tras unos segundos de turbación, me invadió una profunda sensación de lástima y opté por inventarle una historia en la cual la protagonista, después de muchos sufrimientos, alcanzaba la felicidad. Y más por calmarla que por convicción, le dije: «No te desesperes, estoy seguro de que más temprano que tarde tu vida será iluminada por un gran amor y la luz que tanto ansías».

Poco después me trasladé para una escuela de La Habana y no supe más de Noelia hasta veinticinco años después, cuando recibí una carta suya donde me decía: «Maestro, ya soy feliz. La Revolución iluminó también al Rancho Ave María».

FRANCISCO

El afán de Noelia por el estudio era mucho, pero mayor aún era el de Francisco Lavandera, a quien considero el más brillante entre los centenares de alumnos a quienes di clases en mis casi veinte años de maestro. Es una de las personas que más recuerdo de mi etapa en el Rancho Ave María.

Francisco no vivía precisamente en ese lugar, sino en la zona conocida como El Tívoli, a unos cinco kilómetros de allí. Era un joven de 18 años de edad y trabajaba como carretero en la colonia cañera de su padre. Nunca en mi vida había visto antes, ni he visto después, a una persona con tanto afán por aprender. Gracias a ese afán, aunque siempre había vivido en el campo, con todas las privaciones que eso significaba entonces, logró, como pocos, aprender a leer y escribir y alcanzar un nivel escolar superior a quinto grado de instrucción primaria. Pero él quería más y estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio para lograrlo. Cuando se enteró de que yo estaba dando clases a los adultos, en horas de la noche me fue a ver a El Rancho y me pidió que lo dejara asistir a aquellas clases.

Luego de una breve prueba me di cuenta de que su nivel escolar era mucho más elevado que el de todos los demás adultos y le propuse darle clases a él solo, de seis a siete de la tarde, que era la única hora que yo tenía libre. Aceptó y al día siguiente comenzamos. Muchas veces llegaba sudoroso y con su ropa de trabajo, porque había terminado tarde su jornada laboral.

Tito, que así lo llamaban sus familiares y amigos, tenía (o tiene, porque no sé si vive) una inteligencia superior, que acrecentaba con su afán por el estudio. Tres meses después ya no tenía virtualmente nada que enseñarle, y empecé a darle clases de inglés.

Después que me trasladé para una escuela de La Habana, frecuentemente me aparecía por el Rancho. En una de esas visitas me recibió Tito hablándome en inglés. Se había comprado un fonógrafo y un curso de inglés por correspondencia, y dominaba perfectamente ese idioma. Supe que años más tarde se fue a vivir con unos tíos en Artemisa y pudo realizar estudios superiores de contador público en la Universidad de La Habana.

La última noticia que tuve de Francisco antes del triunfo de la Revolución fue que había conspirado contra la tiranía de Batista, fue detenido y torturado brutalmente.

Lo vi por última vez a mediados de 1959, era el comisionado de Artemisa, cargo que creó la Revolución en sus inicios para el gobierno municipal.

MACHO

Tenía solo 30 años, pero aparentaba más de 40. Los duros trabajos del campo lo avejentaban. Era un hombre muy fuerte. Sus vecinos lo llamaban Macho y, como ocurría entonces con la mayoría de los campesinos cubanos, era analfabeto.

Ya yo había hablado con él cuando descubrí que su hermanito Rogelio, un menor de 10 años de edad que tampoco sabía leer ni escribir, era el único niño de la zona que no acudía a la escuela.

Una mañana me fui a ver a Macho. Lo hallé en medio de un campo recién sembrado de caña fajándose con un buey que estaba pisoteando las cepas. No era el momento más apropiado para entablar con él una conversación, pero no me quedaba más remedio. Concluida la batalla contra el buey, de la cual salió vencedor, se encaminó Macho hacia donde yo estaba y luego del saludo me invitó a pasar a su rústico y desaliñado bohío. Allá, a lo lejos, guataqueando la yerba, estaba Rogelio.

Sin rodeos le pregunté por qué se oponía a que su hermanito fuera a la escuela, y también sin rodeos me contestó: «¿Para qué? Ya estuvo asistiendo un tiempo y no aprendió nada. Sólo logró romper el único par de zapatos que tenía. Mejor es que me ayude en la finca».

Gasté ese día todo mi arsenal de argumentos para convencerlo de que dejara que su hermanito asistiera a clases, y finalmente lo logré cuando le dije que por culpa suya sería el único niño analfabeto de la zona. Unos meses después fue Rogelio el primero de mis alumnos en aprender a leer y escribir.

En enero de 1946 me reuní con los campesinos adultos del lugar y me ofrecí para darles clases por la noche. Poco después tenía en el aula nocturna a todos los vecinos menos uno: Macho.

Nuevamente fui a verlo a su bohío. Me recibió con mucha amabilidad. Estaba contento porque, según dijo, Rogelio estaba aprendiendo mucho. Y

otra vez sin rodeos le pregunté: «¿Por qué tú no estás yendo a clases por la noche?». Me miró con cara de asombro o de terror y, tartamudeando, me respondió: «Mire, maestro, yo tengo 30 años, no sé leer ni escribir, pero no me he morío por eso. Lo que yo tengo que hacer es trabajar».

Nuevamente lo convencí cuando le dije que dentro de poco sería el único campesino burro de aquel barrio. Ya cuando me retiraba me hizo la siguiente advertencia: «Voy a ir, pero al primero que se burle de mí le parto la cara y no voy más a la escuela».

Al día siguiente, ya iniciadas las clases, se apareció en el umbral de la puerta, lanzó una mirada desafiante a todos lados y, como no hubo reacción alguna, entró y se sentó. Unos meses después también había aprendido a leer y escribir. Se sentía entonces como quien ha realizado una gran proeza. Y en realidad lo era.

En varias regiones rurales del país conocí muchos campesinos como Macho. La mayoría nunca había tenido una escuela a su alcance. Otros habían llegado analfabetos a la adolescencia y entonces tenían que dedicarse al trabajo para subsistir.

No fue fácil tampoco convencer a Emiliano para que asistiera a las clases nocturnas. Tenía 59 años, varios hijos y un nieto. Cuando llegué allí ninguno de ellos sabía leer ni escribir. Al nieto le daba clases en la sesión de la mañana, a su padre y a Emiliano en la sesión nocturna. Tuve el privilegio de enseñarles a leer a los tres, casi simultáneamente. Por cierto, Emiliano lloró copiosamente cuando se dio cuenta de que las letras de un libro o un periódico habían dejado de ser un misterio para él. «Maestro, sé leer, sé leer», me repetía llorando de alegría.

Cuando triunfó la Revolución en 1959 el ochenta por ciento de los campesinos eran analfabetos integrales o funcionales. Y sobre su ignorancia y sus cuerpos cabalgaban la fortuna de los dueños de las tierras, de los explotadores.

FLORENTINO

El espectro político de Cuba antes de 1959 era una constelación de traidores, ladrones, corruptos y criminales. Se podían contar con los dedos de una mano los que no merecían alguno de esos calificativos, y la mayor parte los merecían todos.

Florentino era un rico hacendado de Guanajay que no ostentaba ningún cargo público, pero hacía política en favor de varios candidatos. Tuvo una relación muy curiosa conmigo y la escuela de El Rancho. Por eso lo recuerdo especialmente.

En cierta medida la escuela de El Rancho se había convertido en centro de referencia en la zona. Yo daba clases de ocho de la mañana a doce y treinta a los alumnos más atrasados; de una a cinco de la tarde a los que sabían leer y escribir; y por la noche, alumbrándonos con lámparas de carburo, a los adultos, la mayoría analfabetos. Los campesinos, antes escépticos, me mostraban gran aprecio y me consultaban sus problemas.

Dos meses después de haber comenzado mi labor como maestro en El Rancho, me había integrado a aquella comunidad de tal manera que los vecinos del lugar no sabían qué hacer con tal de retenerme, siempre temiendo que en cualquier momento me trasladara para La Habana. Yo les había prometido que no realizaría ese traslado antes de que finalizara aquel curso 1945-1946.

Mi ascendencia sobre todas aquellas magníficas personas llegó a ser tal que bastaba la idea de algún mejoramiento para la escuela y ya los vecinos todos se movilizaban en pro de la tarea. Así no solo construimos una gran casa para la propia escuela, sino que le echamos el piso de cemento, las paredes de tabla y mandamos a construir mesas, bancos y pupitres suficientes para todo el alumnado.

Esa ascendencia mía sobre los vecinos de la región no escapaba al conocimiento de Florentino Martínez, quien veía en mí un intermediario para sus campañas políticas, especialmente entonces, que estábamos en

vísperas de elecciones. Por eso un día se apareció en el Rancho un maestro amigo mío, quien me dijo que cumplía el encargo de Florentino de ofrecerme su influencia para conseguirme el traslado para una escuela en La Habana. A cambio «solo» me pedía que le avisara cuando celebrara la reunión mensual con los padres de mis alumnos. Él iría «por casualidad» al Rancho para ofrecer ayuda a la escuela. Rechacé esa oferta y otra similar que me hizo mediante un veterinario amigo suyo, y entonces se apareció él de improviso. «Vengo a conocer a alguien a quien distingo, aunque no lo conocía personalmente». Sin darme tiempo a responder agregó: «Vengo a ofrecerle ayuda para la labor que está realizando, sin pedirle nada a cambio. Le prometo no hablarle nunca de política. Dígame qué necesita la escuela».

Yo estaba convencido de que era una nueva táctica de Florentino, pero como fue muy correcto lo traté amablemente y acepté el reto. Comencé a enumerarle todos los materiales escolares imaginados: treinta libros de lectura de primer grado, veinte libros de cada uno de los grados siguientes hasta el sexto, un millar de lápices de creyón negro, cien reglas, cien compases, cien cajas de lápices de colores, diez cajas de tiza para pizarrón, cien cartabones, un asta de bandera, dos bustos de Martí, una bandera cubana.

Llegué a solicitarle un filtro para el agua, y seguí enumerándole artículos por el estilo que jamás había tenido ninguna escuela pública en Cuba. Hasta le incluí un equipo completo para que los alumnos pudieran jugar béisbol, que les apasionaba. Le pedí también que gestionara la creación de otra plaza de maestro, pues allí había alumnos para dos maestros.

Él lo anotó todo y luego de una prolongada charla conmigo se marchó. Yo estaba convencido de que él no llevaría nada de lo que pedí, pero una semana después llegaba un camión con todo e, inclusive, unos libros adicionales para mí y una carta en la que Florentino dejaba constancia de su donación a la escuela, sin compromiso de tipo alguno. Me mandaba también una pistola marca Star que era de su propiedad y que yo le había devuelto después que la dejó olvidada cuando me visitó una semana antes. En la carta me pedía que aceptara aquella pistola como un recuerdo de «nuestra amistad». Fue una gran sorpresa y lo invité para que asistiera a la próxima reunión de vecinos que se celebraría días después.

En esa reunión le hice entrega a la escuela de aquellos materiales, que no tenía por supuesto ninguna otra escuela estatal, y dije más o menos: «Estos materiales los ha donado Florentino, pero eso no quiere decir que ustedes deben votar en las elecciones por los candidatos que él proponga, a quienes yo, por otra parte, no conozco. Pienso que debemos aceptar estos artículos porque serán útiles para el aprendizaje de todos, y debemos considerarlos como algo a lo que tenemos absoluto derecho. Si él es sincero y continúa ayudando a la escuela, puede ser que se haga acreedor a que en el futuro votemos por él. Pienso que esta donación es la devolución de una mínima parte de lo que él ha ganado gracias a los esfuerzos de ustedes como trabajadores. Todavía él está en deuda con nosotros. Si de verdad, como dice, tiene interés en ayudarnos, debe seguir preocupándose por esta escuela, por los vecinos de la región, sin esperar nada a cambio».

Florentino habló: «Aunque no estoy de acuerdo con algunas de las cosas dichas por el maestro, quiero decirles que lo admiro mucho y que siempre lo ayudaré para que pueda cumplir su trabajo aquí. Me comprometo ante ustedes a que jamás les hablaré de política». Después, al pasar por mi lado al marcharse, me dijo: «Si no fuera usted tan joven yo diría que está loco».

Como final a aquel acto los muchachos celebraron un juego de pelota con el flamante equipo que acabábamos de recibir. Nunca había visto tanta alegría en aquellos rostros infantiles. La mayor parte de aquellos niños y adolescentes jamás habían visto un guante de béisbol hecho de piel. Los que ellos habían utilizado hasta entonces habían sido fabricados con pedazos de tela y rellenos con paja seca.

No pudimos confirmar si Florentino cumpliría su promesa. Algunos meses después de este episodio me enteré que había seguido gestionando al segundo maestro para el Rancho Ave María, pero, lamentablemente, falleció poco después como consecuencia de un infarto.

ROSITA

Rosita Morales tiene ya más de 70 años, pero yo siempre la recuerdo como cuando solo tenía tres. Fue entonces que yo llegué al Rancho Ave María, asignado a la escuela rural de ese lugar.

Cuando comencé a dar clases, después de reconstruir la escuela, entre mis alumnos estaban los dos hermanos de Rosita, que eran mayores que ella. Sus padres me contaron que la niña lloraba amargamente cuando temprano en la mañana sus hermanos partían para la escuela, porque ella también quería ir.

Les sugerí que la dejaran ir con sus hermanos, pues pensé que rápidamente se aburriría. Su padre, que era carpintero, le fabricó un pequeño pupitre que Rosita se empeñaba en ubicar al lado de mi mesa. Pero ocurrió que la niña no se aburría y mantenía una perfecta disciplina durante toda la jornada de clases, igual que los demás alumnos, mayores que ella. Tres meses después me llevé la gran sorpresa al darme cuenta de que estaba aprendiendo a leer. Yo no me había percatado de que la niña atendía a las clases y las asimilaba. Y al concluir aquel curso, todavía sin haber cumplido cuatro años de edad, Rosita no me perdía ni pie ni pisada, y cuando yo no estaba dando clases me pedía que la cargara. Y yo accedía.

Por supuesto que dejó de llorar por la escuela y no volvió a hacerlo hasta el día final del curso, cuando a guisa de despedida organicé una fiestecita, pues yo regresaba a La Habana. El llanto de Rosita cuando supo que yo no volvería a dar clases en El Rancho fue un detonante para que otros alumnos y no pocos padres y madres la imitaran. Y como yo también tenía deseos de llorar y no quería que los demás se dieran cuenta, cargué a Rosita y salí del aula, dejando dentro un concierto de llanto que solo cesó cuando les sugerí a los niños que celebraran un partido de béisbol. La pasión de ellos por ese deporte obró el milagro y poco después todos, incluida Rosita, estaban atentos a las incidencias del partido. Pero para mí fue un incidente inolvidable.

El final de esta historia ocurrió quince años después aquí en La Habana, cuando un día Rosita, ya hecha una mujer, se apareció en mi casa para decirme que acababa de graduarse de maestra y como primer expediente de su curso. Sus ansias de aprender la siguieron acompañando toda la vida y fue una maestra ejemplar.

DEJANDO ATRÁS EL RANCHO AVE MARÍA

Como ya expliqué anteriormente, durante las oposiciones de maestros celebradas en el verano de 1945 yo había ocupado el número treinta y tres en el escalafón de la provincia de La Habana. En el mes de enero de 1946 ya se habían colocado los treinta y dos maestros que me precedían en ese escalafón. Por lo tanto, tenía a partir de esa fecha el número uno entre los aspirantes, y todas las aulas que vacaban me eran ofrecidas reglamentariamente. Yo no había aceptado ninguna. Estaba decidido a continuar mi labor en el Rancho hasta completar el curso escolar, en el mes de mayo, porque ese año, como había elecciones, las clases terminaban antes del 1ro. de junio. Pero a medida que se acercaba esa fecha crecía en mí el conflicto interior. El escalafón tenía vigencia solo hasta el último día de clases, que sería el 19 de mayo. Si antes de esa fecha no aceptaba ninguna de las aulas que me ofrecieran en La Habana, perdía el derecho que había ganado en las oposiciones.

Íntimamente yo quería seguir trabajando en el Rancho Ave María. Me sentía, además, obligado con todos aquellos campesinos que tanto me querían y para quienes podía ser muy útil todavía. Temía que con mi partida se interrumpiera la labor, que el maestro que me sucediera no tuviera el mismo ímpetu y los mismos deseos que yo de ser útil a aquella gente.

Yo no era un ser aislado en aquella sociedad. Quería seguir estudiando, cosa que no podía hacer entonces mientras permaneciera en aquella zona rural. No me resultaba nada difícil vivir en aquel medio con tantas privaciones y dificultades. Pero en las condiciones del campo estaba irremisiblemente condenado al estancamiento. Pensaba que durante algunos años podría conservar mi entusiasmo y mi dedicación de los últimos meses, pero... ¿sería igual cuando pasaran esos años y yo continuara teniendo el mismo nivel de cuando llegué al Rancho el 23 de octubre de 1945? Pensaba que podría hastiarme de aquella vida para la cual no veía una salida, y que podría entonces comenzar a dejar de hacer cosas que ahora me parecían muy normales.

Casi desde mi llegada sabían los campesinos de la región que yo tenía uno de los primeros lugares en el escalafón de La Habana y que, por lo tanto, podría trasladarme para la capital en cualquier momento.

Deseosos como estaban de que yo permaneciera en el Rancho, se interesaban siempre, y lo averiguaban por su cuenta, de si me habían ofrecido alguna escuela en La Habana. Como sí me las habían ofrecido y yo las había rechazado, ellos abrigaron durante algún tiempo la esperanza de que hubiera decidido quedarme en Guanajay. Cuando me di cuenta de eso les hice saber que aún no había tomado una decisión definitiva, pero que en principio era vital trasladarme a la capital, donde estaba mi familia, donde podía seguir estudiando y desarrollándome.

Comenzó entonces una lucha que me causó no pocos desasosiegos. Los campesinos de la zona realizaron todo tipo de esfuerzos para lograr que yo permaneciera allí. Comenzaron por tratar de que me interesara por alguna de las muchachas casaderas de la zona. Eso dio origen a una serie de situaciones un tanto embarazosas para mí, porque bastaba que un día conversara cinco minutos seguidos con alguna de ellas para que corrieran como reguero de pólvora los comentarios, insinuaciones y rumores más variados.

Cuando se convencieron de que esa vía no resultaría efectiva ensayaron otras. Un día me fueron a ver juntos los campesinos más respetados de la zona y me informaron que se habían puesto de acuerdo para hacer un aporte en dinero hasta reunir mensualmente una cantidad igual a la de mi sueldo. Es decir: me pagarían entre ellos otro sueldo para que yo me quedara allí.

Les expliqué que el problema no era de dinero e insistí en mi deseo de seguir estudiando, cosa que no podía hacer mientras permaneciera en Guanajay y que debían prepararse para exigir que se le diera a la escuela un tratamiento adecuado aun después de que yo me fuera. Aseguré que me quedaría allí hasta el último día del curso escolar.

Hubo otro intento de retenerme. Nuevamente una comisión de vecinos integrada por campesinos de diversas tendencias políticas se entrevistó conmigo. En nombre de todos ellos habló Gregorio Piloto:

«Si no lo podemos retener como maestro, queremos al menos retenerlo como ciudadano de este municipio. El barrio nuestro saca en las elecciones dos concejales. Todos nosotros estamos dispuestos a votar por usted en cualquier columna (Partido) que usted vaya postulado. Estamos convencidos de que como concejal por Guanajay defendería nuestros derechos». Emocionado ante aquel ofrecimiento que yo sabía bien cuánto significaba, reiteré mis razones para regresar a La Habana.

Todas aquellas gestiones que realizaban aquellos campesinos me conmovían y me hacían pensar durante noches enteras. Confieso que en más de una ocasión estuve a punto de decidir quedarme allí definitivamente.

Llegó el mes de mayo. Se hacía inminente una decisión definitiva. Los consejos y presiones de mis familiares dieron el toque de gracia. Decidí aceptar un aula en La Habana. Pero lo haría el último día de aquel curso a fin de cumplir mi palabra de permanecer en el Rancho hasta completar el curso escolar 1945-1946.

Para despedirme del Rancho Ave María organicé una fiesta que se celebró el 17 de mayo. A la madrugada siguiente, a las cinco, antes de que los campesinos se levantaran, partí hacia Cayajabos para regresar a La Habana. Sentí que me faltaban fuerzas para volver a enfrentarme con aquella gente que tanto me quiso y tanto quería.

SERGIA

Dos días antes de que finalizara el curso escolar 1945-1946, el 18 de mayo, regresé a La Habana y tomé posesión del aula de sexto grado de la Escuela Pública no. 27 República de Bolivia. Comenzaba para mí una nueva vida, pletórica de acontecimientos relevantes. De esta etapa recuerdo también a varios personajes, maestros y alumnos. Comienzo con Sergia García, que era la directora de la escuela.

Sergia García es una de esas personas que uno no puede olvidar. Era entonces una mujer de unos 50 años de edad, simpática, jaranera y con criterios muy interesantes sobre diversos problemas. Me causó muy buena impresión desde el primer día en que la vi. Me recibió con alegría «Eres joven —me dijo— y el único hombre entre casi veinte profesoras de la escuela».

Pronto surgió entre nosotros una sólida amistad. Me ayudó mucho en mis primeros pasos como maestro en esa escuela, que, además, estaba ubicada en una zona que no se caracterizaba precisamente por la disciplina social. Y yo le brindé sin regateos mi más amplia colaboración en su empeño de disciplinar convenientemente a los más de cuatrocientos alumnos que tenía el plantel, todos varones. Confieso que a pesar de contar ya con un año de experiencia cuando comencé a trabajar allí, me sentía nervioso y preocupado, pues sabía que los muchachos de La Habana eran menos disciplinados que los del campo.

Como era el único varón, con frecuencia las maestras de otras aulas apelaban a mí para tratar de controlar los más severos brotes de indisciplina, convirtiéndome de esa forma en una especie de «coco» con el cual se amenazaba a los alumnos más revoltosos. No solo se amenazaba, frecuentemente mi aula estaba llena de alumnos de otras aulas que las maestras mandaban para que yo los corrigiera. Muchos de ellos comenzaron a temerme y a mí me preocupaba esa situación, pues quería que todos los alumnos me respetaran, pero no que me temieran. Lo logré plenamente con los alumnos de mi aula, con los que tenía el contacto diario. Por eso,

siempre que me mandaban los alumnos díscolos de otras aulas, conversaba con ellos, los aconsejaba y trataba de averiguar sus condiciones de vida.

Cuando los muchachos faltaban con frecuencia, cuando reincidían en indisciplinas, cuando no estudiaban, yo visitaba a los familiares. Confirmaba entonces muchas cosas: precariedad de la vida familiar, condiciones de vida de increíble promiscuidad, convivencia con uno o más delincuentes dentro del núcleo familiar, taras provocadas por la desnutrición, el alcoholismo o las drogas. Decenas de aquellos adolescentes que asistían a la escuela por la mañana trabajaban por la tarde y por la noche como mandaderos, limpiabotas, vendedores de periódicos o de billetes de lotería.

Fue por todas estas cosas que los alumnos me pusieron un apodo: Tamacún, que en aquella época era el personaje central de una serie de aventuras que transmitían por la radio y que se anunciaba con el siguiente slogan: «Allí, donde el dolor desgarrar y la injusticia impere, allí estará Tamacún, el vengador errante».

Volviendo a Sergia García, que era comandante voluntaria de la Cruz Roja Cubana, debo decir que le encantaba jugar al dominó y a las cartas. Por eso solía reunirse los fines de semana con sus amigas, solteronas como ella, para jugar dominó y darse unos tragos hasta la madrugada. Era feliz así.

Algunos meses después de llegar yo a la escuela veintisiete sufrió Sergia García un infarto cardiaco que la obligó a permanecer hospitalizada durante un mes, sometida a una rigurosa dieta sin sal que le resultaba insoportable. Por eso en mis frecuentes visitas al hospital me pedía, y terminó por rogarme, que le llevara un poquito de sal sin que el médico se diera cuenta. Finalmente me venció, y le llevé la sal. A partir de entonces se le veía feliz y contenta, lo cual repercutió, al menos en apariencia, en una notable recuperación, de modo que al cabo de quince días el médico le dio el alta. Previamente le explicó las reglas del juego: «Nada de emociones fuertes, nada de bebidas alcohólicas, nada de sal en las comidas, y ni pensar en aquellas trasnochadas a causa de las prolongadas partidas de dominó». Su advertencia fue estricta: «Si quieres vivir cinco años más, debes respetar estas indicaciones al pie de la letra».

Con mucha naturalidad preguntó ella: «¿Qué pasaría si no respetara esas indicaciones?». La respuesta del médico fue terminante: «No te garantizaría ni siquiera un año».

Cuando el médico se marchó, con una mirada picaresca me dijo Sergia algo que me dejó pensando: «Vivir cinco años en las condiciones que me impone el doctor es un castigo que yo no merezco. Prefiero vivir solo un año haciendo lo que me dé la gana».

Cuando salió del hospital siguió siendo Sergia la misma persona jovial y hacendosa. No turbaron su alegría y optimismo las secuelas del severo infarto, y siguió jugando al dominó, dándose tragos y trasnochando. Una mañana, ocho meses después de salir del hospital, la vecina que vivía en los bajos de Sergia descubrió su cadáver en la escalera. Aún apretaba en su mano derecha el cepillo con que limpiaba la escalera cuando un infarto masivo le causó la muerte instantáneamente. Tengo la seguridad de que murió feliz.

ANDREA

De mi etapa como maestro de la Escuela Pública no. 27 conservo recuerdos inolvidables: alumnos y maestros que me impresionaron por una razón u otra: Sergia García, Ramón Oroza, Andrea Elguea, Orlando Gálvez, los hermanos Vilariño, Pavel González y otros que harían interminable esta lista. Hoy quiero recordar especialmente a Andrea Elguea.

Yo había comenzado a trabajar en aquella escuela al iniciarse el curso escolar 1946-1947, como maestro del aula de sexto grado. Meses más tarde, tras el infarto sufrido por la directora del plantel, pasé a ocupar interinamente la dirección de la escuela. Fue por esa época que conocí a Andrea Elguea. Era maestra de Música y comenzó a prestar servicios en la escuela poco después de ocupar yo la dirección. En poco tiempo surgió entre Andrea y yo una sólida amistad, cimentada sobre la base de la comunidad de posiciones políticas e ideológicas. Esa amistad se hizo más profunda a partir del golpe de Estado perpetrado por Fulgencio Batista el 10 de marzo de 1952. Por caminos diferentes, pero que conducían a la misma meta, participábamos en la lucha contra la tiranía batistiana. Los dos sabíamos que el otro «andaba en algo», pero por discreción nunca nos preguntamos en qué. A partir de entonces más que nunca me dio Andrea muestras de su valentía, firmeza de principios y amistad.

Un día me preguntó si conocía algún fotógrafo de entera confianza que quisiera hacer un trabajo riesgoso. Sin preguntarle nada le respondí que sí, porque efectivamente conocía a Che Quiroga, un excantante de tangos, exfotógrafo y exfuncionario del Ministerio de Justicia, que ahora se desempeñaba como pescador en Cojímar, donde vivía. Había sido cesanteado en el Ministerio de Justicia a raíz del golpe de Estado por sus vínculos con dirigentes del gobierno auténtico, y por esa razón y sus ideas políticas sentía odio contra la tiranía. Fui en su búsqueda y le planteé el problema en términos dramáticos.

Tres días después entrábamos ambos en el pequeño apartamento del Vedado donde vivía Andrea Elguea. Sin rodeos nos planteó la tarea: había que hacerles unas fotos para pasaportes a tres personas que eran perseguidas por

las fuerzas represivas y que se hallaban escondidas en aquel apartamento. Dos de esas personas habían participado en el frustrado ataque al cuartel Goicuría de Matanzas, ocurrido días antes. La otra persona era Antonio *Ñico* López, quien realizaba en Cuba coordinaciones previas al ya anunciado regreso de Fidel.

Tuve así la oportunidad de conversar durante más de seis horas con quien meses después vendría en el yate *Granma* y sería uno de los primeros mártires de aquella epopeya. Hablamos sobre la situación del país y sobre la perspectiva de la lucha revolucionaria que lideraba Fidel Castro. Me convenció de muchas cosas sobre las cuales yo tenía dudas, y ante una de estas me dijo algo que jamás olvidé: «Si caemos en el desembarco, no será en vano. Nos convertiremos —como dice Fidel— en nuevas banderas para quienes queden vivos y continuarán la lucha hasta el final».

Cuando salimos aquel día de casa de Andrea Elguea, pensando en cuánto había ocurrido en mi vida en las horas precedentes, me di cuenta mejor que nunca antes de las extraordinarias cualidades morales y revolucionarias de Andrea, de su valentía y de su firmeza de principios. Y también comprendí mejor que antes que mientras existan hombres y mujeres como aquellos con los cuales acababa de compartir seis de las más importantes horas de mi existencia, el triunfo de la Revolución está asegurado.

Andrea fue detenida e interrogada por agentes represivos de la tiranía batistiana, pero no pudieron probarle nada y la pusieron en libertad condicional, vigilada constantemente. No por eso dejó de conspirar.

GÁLVEZ

En mi vida de maestro (1942-1960) tuve centenares de alumnos de las más diversas características, en general determinadas por el tipo de sociedad vigente en la Cuba de antes de 1959. A muchos los recuerdo con frecuencia, entre ellos a Orlando Gálvez. Fue un caso típico y ejemplarizante, que conservo en mi memoria como hace medio siglo.

Tenía once años cuando era alumno de cuarto grado de la escuela pública donde yo me desempeñaba como maestro de sexto grado, pero la maestra lo botó del aula por indisciplinado e irrespetuoso, y fue entonces que comenzó mi historia con él.

Ya lo habían expulsado de otras escuelas del barrio, tenía bien ganada fama de complicado. Fui a su casa para hablar con su familia y allí empecé a comprender que Gálvez era una de las tantas víctimas de la injusta sociedad en que vivíamos. En un cuarto de solar de apenas doce metros cuadrados de superficie estaban hacinados algunos trastos, dos camastros semidesfondados y cubiertos con sacos de yute, una mesa desvencijada, dos sillas destartaladas y dos o tres cajones de madera. Gálvez vivía allí con tres hermanos, uno de ellos mayor, y su madre, una depauperada mujer de unos 45 años, que ganaba el sustento de toda la familia lavando ropa. Según ella misma me dijo, era difícil que ganara más de veinte pesos al mes, con los cuales tenía que mantener a toda la familia.

Cuando le hablé de Gálvez y sus indisciplinas me respondió la madre: «¿Y qué quiere usted, maestro, si se ha criado en la calle, sin padre y pasando hambre? Bastante bueno es que cuando no está en la escuela se busca unos centavos que nos vienen muy bien. Mi hijo mayor está preso, lo cual es una suerte, porque es una boca menos aquí, y él tiene al menos una comida segura en la prisión. Pero si a Orlando lo botan de la escuela estará más tiempo en la calle».

Admití a Gálvez en mi aula de sexto grado (a pesar de que él estaba en cuarto), con la advertencia de que esperaba que tuviera buena conducta y que asistiera a clases diariamente. Al día siguiente fue uno de los primeros

en llegar a la escuela y le di la responsabilidad de repartir y recoger los libros que utilizaba en las clases, para lo cual le entregué la llave del escaparate donde se guardaban los materiales escolares. Sin lugar a dudas, se sintió halagado con aquella responsabilidad, y desde el primer día cumplía esa tarea a la perfección y con extremo cuidado: contaba los libros cuando los entregaba y los recontaba cuando los recogía, se preocupaba porque los alumnos los cuidaran, los colocaba ordenadamente en el escaparate y cuidaba de que siempre estuviera cerrado. Posteriormente le fui dando otras tareas, que también desempeñaba con eficiencia: ayudar a repartir en toda la escuela la merienda —cuando había—, izar y arriar la bandera, hacer algún mandado y otras por el estilo.

En una ocasión, a la maestra de cuarto grado se le extravió o le hurtaron de la cartera un billete de cinco pesos. Gálvez había estado por la mañana en casa de la maestra, la misma que lo había botado de su aula anteriormente, y ella, aunque no lo acusó públicamente, expresó su sospecha de que el niño había sido el autor de la sustracción. Yo estaba seguro de que él no era culpable y quise demostrárselo a la maestra. Ese día habíamos cobrado, nos pagaban entonces con cheques del Estado que eran cambiables en cualquier establecimiento comercial. Ganábamos entonces noventa y cinco pesos. Llamé a Gálvez en presencia de la maestra, firmé el cheque y le pedí al muchacho que fuera a cambiármelo. Le recomendé que tuviera cuidado para que no se le fuera a perder el dinero, que era todo lo que yo tenía para los gastos del mes. La maestra me dijo que estaba loco, pero yo estaba seguro de que Gálvez habría defendido hasta con su vida aquel dinero mío. Y así fue.

Este tratamiento que le di a Gálvez fue creando en él un sentido de responsabilidad y disciplina que lo convirtieron en un alumno respetado y apreciado por los demás. Creó entre ambos una corriente de simpatía que duró muchos años.

Durante las clases yo le insistía mucho a los alumnos que no se colgaran de los tranvías y las guaguas, cosa que hacían frecuentemente los chiquillos de la época para ahorrarse el medio del pasaje o simplemente porque no tenían ese medio y debían trasladarse a lugares distantes. Casi diariamente se

producían accidentes fatales con esos muchachos, que se caían de los vehículos en marcha.

Una tarde estaba yo parado en una esquina y vi a Gálvez colgado de un tranvía que cruzó por delante de mí. Él me vio, y cuando el vehículo paró en la otra esquina se bajó y vino hasta donde yo estaba para darme una explicación. Me dijo que él sabía que a mí no me gustaba que se guindaran de los tranvías, pero él tenía que ir a Poey a buscar una ropa que debía lavar su mamá y no tenía dinero para el pasaje.

Le di diez centavos y le pedí que cuando tuviera ese problema me lo comunicara. Si yo podía le prestaba los diez centavos. Si no, buscaríamos otra solución. Tres o cuatro días después me devolvió los diez centavos. A la semana siguiente se repitieron el préstamo y la devolución. Solo que esta vez le dije que se quedara con el dinero y se fuera al cine. Muchas veces se repitió este hecho. Nunca más lo vi colgado de un tranvía.

Otro día, en horas de la tarde, se apareció en mi casa, lo cual me causó extrañeza. Me mostró un costoso anillo de brillantes y me dijo que se lo había encontrado frente a la escuela. No sabía qué hacer con aquella prenda. Yo reconocí de inmediato aquel anillo. Era de la maestra de cuarto grado, la que lo había botado del aula, la misma que sospeché que él le sustrajo los cinco pesos. De inmediato le orienté que fuera personalmente a devolvérselo. Luego me contó lo sucedido en aquel encuentro. Llegó a casa de la profesora, que lloraba desconsolada por la pérdida del anillo. Cuando él se lo entregó, ella lo besó y lo invitó a almorzar. Al final de la visita, le regaló un billete de cinco pesos. Había sido una lección de aquel humilde negrito de quien siempre desconfió.

Hablé entonces con él para que regresara al aula de cuarto grado, pero me pidió, casi con desesperación, que lo dejara en la mía por lo menos hasta que terminara el curso. Accedí. Cuando se aproximaban los exámenes de fin de curso, Gálvez me dijo que se sentía en condiciones de aprobar el sexto grado. Attendía a las clases que yo daba y había estudiado cuidadosamente las lecciones, aunque nunca me lo había dicho. Le hice entonces un preexamen y comprendí que efectivamente, salvo algunas lagunas, estaba en condiciones de aprobar. Le di algunos repasos nocturnos,

lo matriculé como alumno de sexto grado y se presentó a exámenes. Obtuvo uno de los mejores promedios de calificación.

Ya graduado de sexto grado comenzó a trabajar de ayudante de un taller de mecánica y unos meses después había aprendido tanto del oficio que el dueño del taller lo nombró jefe de los mecánicos.

Se casó y tenía dos hijos la última vez que me fue a ver, cosa que hacía con frecuencia. Hace muchos años que no sé de él. Acorralado por aquella sociedad pudo haberse convertido en un delincuente, como ocurría con frecuencia.

¿Cuántos Gálvez se perdieron en los tortuosos caminos de la sociedad capitalista? ¿Cuántos no tuvieron la oportunidad de redimirse?

RAMÓN

En la época en que me desempeñaba como director de la Escuela Pública no. 27, yo no militaba oficialmente en ninguna organización revolucionaria, pero tenía relaciones con todas y participaba en actividades diversas, siempre con un espíritu unitario. Mi campo de acción era el magisterio, y estaba muy ligado al joven maestro Ramón Oroza, mi próximo personaje, quien ocupó la plaza que yo había dejado como maestro de sexto grado.

Oroza, a quien mucho debo mi posterior desarrollo ideológico, estaba vinculado al Partido Socialista Popular (Comunista), proscrito tanto por el gobierno constitucional auténtico de Carlos Prío Socarrás (1948-1952) como por la tiranía de Fulgencio Batista (1952-1959). De inmediato Oroza y yo nos identificamos plenamente. Tenía una sólida formación que mucho influyó sobre mí. Junto con otros maestros fundamos Unión Magisterial, una organización que tenía una célula clandestina que realizaba actividades en contra de la tiranía batistiana. Tuve el honor de presidir ambas organizaciones.

Juntos también estuvimos Oroza y yo involucrados en la huelga del 9 de abril de 1958. El 1ro. de Enero de 1959, en unión de más de un centenar de compañeros, tomamos el Colegio de Maestros Normales y Equiparados (Sindicato), del cual expulsamos a los dirigentes mujalistas que se habían entronizado en él. Estuve presidiendo el Colegio de Maestros hasta mediados de 1959, cuando pasé a desempeñarme como periodista en la recién creada agencia de noticias Prensa Latina.

Aunque posteriormente tomamos caminos revolucionarios diferentes, él en el Ministerio de Interior y yo en el periodismo, siempre hemos mantenido estrechas relaciones. Mucho tengo que agradecerle.

FERRER

Trabajando en La Habana se me abrió el camino para iniciarme en las luchas sindicales y revolucionarias. Entré en contacto con varias personas que se destacaban en esos campos, entre ellas Raúl Ferrer, líder natural del magisterio y mi primer maestro de Marxismo. Fue viceministro de Educación y uno de los dirigentes de la Campaña de Alfabetización realizada por el gobierno revolucionario en 1961.

«Soy una bandera roja caminando por el medio de la calle». Fue así, cuando él pronunciaba estas palabras, que conocí personalmente a Raúl Ferrer. Era el año de 1956 y la tiranía de Fulgencio Batista arreciaba su criminal represión en todo el país. Confesarse entonces comunista públicamente era una temeridad, y Raúl lo hacía con la mayor naturalidad cuando en una asamblea un dirigente magisterial batistiano, aludiendo a una intervención suya, señalaba con ninguna buena intención: «Parecen las palabras de un comunista».

Después nos vimos con frecuencia durante varios años, y siempre aprendía algo de él. Unía a su sólida formación política e ideológica el don de comunicarse fácilmente con sus interlocutores, independientemente del número y la ideología de estos. Eran muy instructivas y simpáticas sus discusiones con maestros anticomunistas, que muchas veces lo provocaban. Gesticulaba incesantemente, se movía de un lado para otro, contaba anécdotas y hasta improvisaba unos versos para darles más fuerza a sus sólidos argumentos. Recuerdo una vez en que discutía muy cortésmente con una maestra anticomunista, la cual, en un momento determinado, le dijo: «Me gusta discutir con usted porque, no obstante nuestros criterios antagónicos, nunca me faltó el respeto». Sin pensarlo ni un minuto Raúl le respondió: «Siempre será así. Cuando nos muramos y nos encontremos en el infierno, continuaremos discutiendo amablemente».

«No dudo que usted vaya al infierno, pero yo...». Raúl no la dejó terminar. Poniendo la mejor cara de asombro que tenía le preguntó: «¿Pero de verdad usted cree que irá al cielo?». Todos los presentes reímos, incluida la maestra con quien discutía.

De manera especial recuerdo otra anécdota de Raúl Ferrer. Se celebraba una asamblea general de maestros convocada por los mujalistas, quienes controlaban el Colegio de Maestros Normales y Equiparados. El salón estaba lleno de delegados de todas las provincias, y cuando se analizó no recuerdo qué tema que afectaba negativamente al sector, hizo Raúl una intervención tan apasionada y convincente que derrotó la propuesta que habían hecho los mujalistas. Poco después, al realizarse la votación para elegir a los dirigentes del Colegio, a alguien se le ocurrió proponer a Raúl Ferrer para uno de los cargos principales y la mayoría de los delegados, puestos de pie, lo aprobaron por aclamación. Está de más decir que los mujalistas no aceptaron aquella elección y dispusieron un receso para ver de qué manera podrían anularla.

Durante el receso, rodeado por decenas de maestros que habían votado por él, respondía Raúl a sus preguntas sobre diversos temas. De pronto se acercó al grupo uno de los dirigentes mujalistas y, tratando de impresionar y predisponer a los presentes, señaló: «Raúl, tú eres un dirigente natural del magisterio, por eso es una lástima que seas comunista. Y yo me he preguntado muchas veces por qué tú, siendo una persona inteligente, eres comunista».

Inmediatamente Raúl le respondió en tono bien alto para que todos lo oyeran: «Pues, chico, yo soy comunista por tres razones. La primera porque nací y viví en el campo, vi y sufrí la criminal explotación de los pobres ejercida por los dueños de las riquezas y supe que los comunistas luchaban contra esa explotación. Segunda, porque mi padre era comunista y me educó en esa doctrina. Tercera razón y la más importante: yo soy comunista porque me sale de los...». Se detuvo un instante, miró hacia las numerosas compañeras que lo escuchaban, sonrió, y solo entonces concluyó la frase: «...porque me sale de las entrañas». Una risotada general puso fin a aquel incidente.

Así era Raúl Ferrer. Capaz de afrontar cualquier situación, por difícil que fuera, con una razón contundente, muchas veces expresada con lenguaje de pueblo, que era el que mejor sabía hablar.

Muchos hoy lo recordarán como viceministro de Educación y uno de los dirigentes de la Campaña de Alfabetización, o como poeta. Yo prefiero

recordarlo como maestro.

MARGARITA

Margarita Hinojosa, como la Gautier de *La dama de las camelias*, sufría por amor, aunque tenía casi todas las condiciones para ser feliz. Era una adolescente hermosa, delicada, simpática, muy sensible e inteligente, de familia adinerada. Pero era mestiza, y eso, en el capitalismo, es un pecado. Y ella sufría la discriminación por partida doble.

La conocí allá por 1955, cuando su padre me contrató para que la ayudara con las tareas que le imponían en la escuela donde estaba matriculada, uno de aquellos planteles escolares privados a los que solo podían acceder los ricos, siempre que fueran blancos. Afrontaba serias dificultades para vencer las asignaturas del grado séptimo, que a la sazón cursaba en la escuela Nuestra Señora de Lourdes.

Más por soberbia que por luchar contra la discriminación racial, el padre de Margarita se empeñó en matricularla en aquella escuela exclusiva, y como los dueños no podían negarle legalmente ese derecho, la inscribieron. Y ahí comenzó el calvario de la pobre muchacha.

Apenas comencé a darle clases me di cuenta de que tenía una inteligencia normal, y no había razón aparente para su retraso académico. Margarita me contó que en la escuela la sentaban en un asiento alejado del resto de las alumnas blancas; la regañaban y castigaban sin razón alguna y sus trabajos, aunque fueran brillantes, eran calificados con notas bajas. Al padre de Margarita le cobraban mensualidades más altas que las correspondientes al grado que cursaba, y con frecuencia le pedían «donativos para obras de caridad». En realidad lo que perseguían era que, ante tales abusos, él sacara a la niña de la escuela.

Como por ley no le podían negar la matrícula a una alumna no blanca, apelaban a semejantes recursos para provocar que se fuera. El padre de Margarita creía que, como tenía dinero, podía vencer la resistencia. Las consecuencias las pagaba ella.

Otro pesar agobiaba a Margarita: amaba a un joven que también la amaba, pero era blanco y el padre de él se oponía al noviazgo porque ella era mestiza. Entretanto, el padre de ella también se oponía porque el novio era de otro color.

Casos como ese se repetían por miles en la sociedad en que vivimos hasta 1959.

Luego de varias conversaciones logré convencer al padre de que matriculara a Margarita en una escuela donde no la discriminarían por el color de su piel y que dejara de rechazar al novio por ese mismo motivo. No volví a ver a Margarita hasta unos años después, cuando coincidimos en un acto de reafirmación revolucionaria. Su rostro rezumaba felicidad, como la de su esposo blanco, que sostenía en sus brazos un hijo de ambos.

AL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN

El 1ro. de Enero de 1959, por razones que no viene al caso explicar, me enteré en horas de la madrugada que el tirano Fulgencio Batista había huido del país: la Revolución había triunfado.

Mucho se ha escrito sobre las acciones que condujeron hasta esa esplendorosa victoria. Yo solo voy a referirme a ciertos acontecimientos de los que fui testigo presencial o uno de los protagonistas en aquellos luminosos e inolvidables días, pero que revelaban bien a las claras que se trataba de una revolución verdadera.

Junto con un amigo me dirigí unas horas después a la 8va. Estación de Policía, con el propósito de rescatar a un compañero de lucha que se hallaba detenido en ese lugar. Presencié allí un suceso conmovedor. Una patrulla juvenil había apresado y conducido a la Estación al esbirro de la tiranía que días antes había asesinado a un hermano del capitán del Ejército Rebelde que estaba al frente de esa unidad policial. Todos los allí presentes, menos uno, eran partidarios de ajusticiar al asesino allí mismo. El que se opuso tenazmente era el capitán rebelde, el hermano de la víctima, quien impuso su autoridad mientras repetía: «Será juzgado por los tribunales».

El día 2 el pueblo de La Habana dio la bienvenida a una columna de los barbudos que, al mando de los legendarios Comandantes Camilo Cienfuegos y Ernesto Guevara, y por órdenes de Fidel, se dirigían a ocupar el campamento militar de Columbia. Respondían con humildad a los cientos de miles de habaneros que los vitoreaban.

En la mañana de ese mismo día, centenares de maestros nos reunimos en el local del Sindicato (entonces se llamaba Colegio) y después de desplazar a los mujalistas que lo habían gobernado en los años anteriores, se eligió una directiva revolucionaria provisional, que tuve el honor de presidir.

Una patrulla armada del Movimiento 26 de Julio se presentó en el lugar por si hacía falta, y hubo allí otro suceso de gran significación. Un irresponsable agredió al jefe de la patrulla, que portaba una ametralladora y

una pistola. Y la reacción de este nos conmovió a todos: puso la ametralladora sobre una mesa para responder al agresor con sus puños.

No es posible reseñar con palabras el recorrido a lo largo de toda la isla de la Caravana de la Victoria, que, encabezada por Fidel, se dirigía a La Habana. No menos apoteósica fue su llegada a la capital el día 8 de enero y el acto celebrado en Ciudad Libertad. Muchas personas se asombraron cuando Fidel dijo allí que ahora empezaba la parte más difícil de la Revolución. Cincuenta años de enfrentamiento a las criminales agresiones imperialistas confirman cuánta razón tenía el líder de la Revolución.

Finalmente quiero contar una anécdota muy personal de aquel primer día.

El 10 de marzo de 1952, cuando Batista dio el golpe de Estado, me enteré del cuartelazo a las cuatro de la madrugada mediante una llamada telefónica. Sintonicé el radio para tratar de comprobar la noticia, pero en la frecuencia de Radio Reloj solo se escuchaba el tic tac característico. Me vestí aceleradamente y salí a la calle con la esperanza de encontrarme a alguna persona conocida que me confirmara la infausta noticia, o transmitírsela si no la conocía, pero no hallé a nadie y decidí regresar a mi casa.

En la esquina donde habitualmente tomaba el ómnibus para acudir a mi trabajo, como de costumbre a esa hora estaba Alberto, un joven de gran estatura del que solo conocía el nombre, el lugar en que vivía, y que trabajaba en un periódico. En esa esquina nos conocimos a fuerza de coincidir en la parada de la guagua. Lo saludé y casi sin darle tiempo a que me respondiera, le solté la noticia: «Me acaban de decir que Batista dio un golpe de Estado». Alberto palideció, abrió los ojos desmesuradamente, y con voz entrecortada me dijo: «¡Coño!, esa es la peor noticia que me han dado en mi vida». No conversamos más porque llegó la guagua y él se marchó.

Pasaron algunos años y seguimos encontrándonos en aquella esquina, e invariablemente él me decía más o menos: «Compadre, usted es la persona que me ha dado la peor noticia que he recibido en mi vida». Algunas veces le decía eso mismo a algún conocido suyo que coincidiera con nosotros en la parada.

Cuando me enteré, aún de madrugada, el 1ro. de Enero de 1959 de que la Revolución había triunfado, me encaminé inmediatamente a la casa de aquel amigo. Si en 1952 le había dado la peor noticia, ahora le podría dar la mejor.

Cuando toqué, la esposa me abrió la puerta, y casi sin saludarla, le pregunté por su compañero. Me miró como asombrada y entre sollozos me dijo: «Lo mató un esbirro de la tiranía hace veinticinco días».

La vista se me nubló y sentí que las piernas me temblaban. La desbordante alegría que llevaba en mi corazón cuando llegué allí, dueño de la que seguramente para Alberto sería la mejor noticia, se convirtió en un dolor infinito. El inmenso dolor que me produjo aquella noticia solo se aplacaba al contemplar la alegría del pueblo festejando el triunfo de la Revolución.

No hubo entonces venganzas personales, ajusticiamiento de esbirros ni saqueo de comercios.

MI PRIMER ENCUENTRO CON FIDEL¹⁵

Por la especial trascendencia del personaje central de esta crónica, la destaco en el contexto general de este libro. Data de enero de 1959, tuvo como escenario una habitación del hotel Habana Libre y su protagonista principal es Fidel.

El 1ro. de Enero, al ser derrocada la tiranía, los maestros de La Habana que habíamos participado en la lucha contra la dirigencia mujalista del gremio ocupamos el local del Colegio de Maestros Normales y Equiparados y, en asamblea general, se eligió una directiva revolucionaria, para la cual fui seleccionado como decano. En medio del intenso trabajo que realizábamos entonces, el día 19 de enero recibí en el local del Colegio la llamada telefónica de una compañera que se identificó como Celia Sánchez, que nos citaba por encargo de Fidel a una reunión que se celebraría a las doce de la noche en el Hotel Habana Libre, donde se hospedaban provisionalmente muchos de los barbudos. Al principio pensé que se trataba de una broma, pero eran tan precisas las palabras que no me quedaron dudas.

Celia me pidió que citara a los demás colegios profesionales (pedagogos, profesoras de *kindergarten*, de música, de trabajo manual y de inglés). Y así lo hice. Y a las doce de aquella noche inolvidable estábamos todos en un local del hotel ante la imponente presencia de Fidel, Celia y otros jefes del Ejército Rebelde.

No he olvidado detalle alguno de la trascendente conversación que allí se produjo, iniciada por Fidel con las siguientes palabras:

«El Ejército Rebelde, la Revolución, tienen una deuda con los pobladores de la Sierra Maestra, que tanto nos ayudaron en la lucha guerrillera. Prometimos mandarles trescientos maestros para erradicar totalmente el analfabetismo en toda la región. En los primeros días de febrero se realizará un acto público en Guayabal de Naguas, en las estribaciones de la Sierra Maestra, y yo quiero entonces decirles: aquí están los maestros que les prometimos. Les pido a ustedes que recluten a esos trescientos educadores voluntarios, de todas las provincias, para presentarlos en aquel acto».

Como se recordará, en aquella fecha, aunque era el máximo líder de la Revolución, no ostentaba ningún cargo oficial. Y continuó Fidel:

«El Ejército Rebelde no tiene dinero para pagarles un salario a esos maestros, pero sí les daremos un uniforme verde olivo que es muy querido por los serranos. Yo estoy seguro —recalcó— que ellos les darán alojamiento y alimentación».

Una maestra le preguntó a Fidel por cuánto tiempo permanecerían esos maestros en la Sierra.

«El que sea necesario», fue la respuesta inmediata. Ella le dijo entonces que estaba dispuesta a ir, pero que pensaba casarse dentro de un año y tendría que regresar a La Habana en ese tiempo.

«¿Tu novio sabe leer y escribir?», la interrumpió Fidel, y ante la respuesta afirmativa de la maestra añadió: «Pues que vaya él también a alfabetizar y dentro de un año celebramos la boda de ustedes allá en la Sierra». Y acto seguido se puso a describir la ceremonia nupcial, como si la estuviera viendo.

Fidel me preguntó si el Colegio disponía de algún vehículo y dinero para hacer la movilización por todas las provincias. Y como le respondí que la dirección depuesta no había dejado nada, se dirigió a Celia y le dijo: «Entrégale al compañero ese auto negro que me querían dar a mí esta mañana. Y que te firme un papelito», le advirtió.

Luego de preguntarme cuánto dinero consideraba yo que fuera necesario para gasolina y otros gastos, le dijo a Celia: «Dale también ochocientos pesos. Y que te firme otro papelito».

Entonces Fidel nos contó que la Revolución se había propuesto construir una ciudad escolar en la Sierra y nos describió como él la había concebido. Ya eran las dos de la madrugada y Fidel nos despidió con las siguientes palabras:

«Sé que disponen de menos de quince días para reclutar a esos trescientos voluntarios, pero confío en que todos estén aquí, en Ciudad Libertad, el día

2 de febrero para trasladarlos en aviones militares a Guayabal de Naguas».

Cuando salimos del hotel esa madrugada, la emoción que nos embargaba a nosotros, los responsabilizados con la movilización, era tan grande que no nos dimos cuenta del colosal esfuerzo que tendríamos que hacer para cumplirla en el tiempo previsto.

Luego nos percatamos de la real magnitud de la tarea y elaboramos los planes para llevarla a cabo. Al despuntar el sol comenzábamos a realizarlos.

EL PERIODISMO ANTES Y HOY

El reportero de hoy es un periodista de bien ganado prestigio. Constituye un engranaje esencial tanto en la prensa impresa como en la radial y televisiva. Cuba tiene muy buenos reporteros. ¿Pero fue siempre así?

Quizás muchos de las más recientes generaciones de periodistas no sepan que los reporteros del pasado, en su mayoría, tenían bien ganada fama de deshonestos y chantajistas.

Los órganos de prensa del pasado tenían reporteros en todas las secretarías (Ministerios) y otras dependencias gubernamentales. Ellos, generalmente, daban a la publicidad las anodinas notas que se distribuían oficialmente en esas dependencias oficiales. Pero bastaba que el reportero publicara alguna nota elaborada por él referida, aunque fuera tibiamente, a algunos de los abundantes negocios sucios, para que el secretario (ministro) lo premiara para silenciarlo con una o más «botellas» (puestos estatales que no se desempeñaban, pero se cobraban mensualmente).

La cantidad y cuantía de esas botellas dependía de la importancia del periódico que representaba el reportero y de su capacidad de chantaje. Supe de reporteros (y caricaturistas) que cobraban diez de esas botellas, de sesenta pesos cada una. Es decir, seiscientos pesos, que en aquella época era una suma mensual apreciable. Entonces el salario oficial de los periodistas era de noventa pesos y veinticinco centavos.

Cuando se producía un cambio de gobierno y en consecuencia cambiaban los ministros, los nuevos, generalmente, respetaban esas sinecuras. De lo contrario, se exponían a un barraje coordinado de todos los reporteros en defensa de los afectados.

No era esa la única deshonestidad cometida por los reporteros y otros muchos periodistas de la época. No pocos se hacían de dinero y se convertían en influyentes personajes, capaces de provocar la renuncia o el despido de algún ministro. No porque este fuera un ladrón, sino porque no se plegaba al chantaje.

Graduado de periodista en 1954, comencé mis actividades en esa profesión un año después en un modesto noticiero que se transmitía por la emisora Radio Cadena Habana, que tenía sus estudios y oficinas en los bajos del Centro Gallego. Los dueños eran Orlando Álvarez y el destacado locutor Modesto Vázquez.

De la manera más rudimentaria otro periodista y yo elaborábamos un noticiero de diez minutos que se transmitía a las seis de la tarde y que nadie, o casi nadie, escuchaba. Los dueños lo mantenían porque era un requisito para poder transmitir por esa emisora el sorteo de la lotería, que pagaba por eso —si no recuerdo mal— cuatrocientos pesos cada semana. El principal anunciante de Radio Cadena Habana era la cervecería La Polar.

Al comenzar a laborar en ese noticiero introduje varias modificaciones en su contenido y la manera de prepararlo. Estábamos en plena tiranía de Batista, que imponía casi continuamente una férrea censura de prensa. Transmitía entrevistas que hacía a estudiantes universitarios e informaciones sobre acontecimientos cotidianos en los cuales traslucía la represión imperante. Y ocurrió algo sorprendente: en uno de los *surveys* que se realizaban con frecuencia aparecía, por primera vez, con *rating* de audiencia, el noticiero de Radio Cadena Habana. Eso, como es natural, entusiasmó a los dueños, porque se traducía en la posibilidad de buenos anuncios. Y yo aprovechaba ese entusiasmo para publicar cada vez más noticias con las que más o menos encubiertamente violaba la censura.

Pero uno de esos días, en una de las frecuentes protestas estudiantiles contra la tiranía resultó herido José Antonio Echeverría, a la sazón presidente de la FEU. Aprovechando mis relaciones con los universitarios le hice una entrevista en la cual el destacado líder revolucionario se pronunciaba contra la represión oficial. Poco antes de la transmisión me llamó un compañero para decirme que José Antonio y René Anillo iban a ir a la emisora para escuchar la entrevista.

No habían transcurrido diez minutos cuando la policía se enteró de algo y, antes de que pudiera transmitir aquella entrevista, se personaron en la emisora un capitán y seis o siete esbirros más. Por supuesto, yo no le había dicho nada a los dueños porque estaba seguro de que no hubieran autorizado la transmisión de la entrevista. Cuando el capitán de la policía le

preguntó a Orlando Álvarez al respecto, él fue a verme, junto con los policías, y yo negué rotundamente el hecho. De todos modos, el capitán se quedó un rato más y se sentó junto a mi buró de trabajo, en una de cuyas gavetas yo tenía cincuenta ejemplares de La Historia me absolverá y una pistola que me habían dado para guardar por unos días. Afortunadamente, al cabo de treinta minutos la policía decidió retirarse.

Por suerte, el compañero que atendía el teléfono en la emisora me avisó de que tenía «una llamada de mi mamá» por la pizarra. Cuando atendí el teléfono comprobé que se trataba de René Anillo, al cual, para disimular, comencé a decirle tonterías sobre una supuesta fiesta. Él sospechó algo y pasó junto con José Antonio frente a la emisora, donde todavía estaban apostados algunos policías.

Entonces los dueños de la emisora comenzaron a censurar mis noticieros. Les dije que en ese momento lo que el pueblo quería oír eran ataques al gobierno de facto y les presenté mi renuncia.

No volví a ejercer el periodismo hasta 1959. Lo hice en la misma emisora, pero los anunciantes se quejaron de que el noticiero defendía demasiado a la Revolución y los dueños me ordenaron que bajara el tono. Renuncié nuevamente y pasé a Unión Radio, y el 11 de mayo de 1959 comencé en Prensa Latina, aunque esta no fue inaugurada oficialmente hasta el 16 de junio.

Antes de 1959 la manera más frecuente, casi exclusiva, de los periodistas para ganar destaque era arrimarse a los partidos políticos que detentaban el poder. Varios tenían talento, eran hasta brillantes, pero fieles defensores del sistema político imperante en el país. Algunos temporalmente simulaban defender las causas populares y hasta acompañaron a la Revolución durante los primeros meses. Pero bastó que el gobierno revolucionario adoptara las primeras leyes de beneficio popular para que, fieles a sus compromisos con la reacción, se enfrentaran a la nueva situación y se convirtieran en enemigos. Entre estos últimos estaba Luis Conte Agüero, que se hacía llamar «la voz más alta de Oriente». No tardó mucho en pasarse para el bando de los contrarrevolucionarios y huir para el exterior, donde, reclutado por los imperialistas, comenzó a hacer viajes por países de América Latina para denostar a la Revolución Cubana. En uno de esos viajes mercenarios

estuvo en Brasil cuando yo me desempeñaba como corresponsal en ese país.

La Asociación Brasileña de Prensa, entonces controlada por los más reaccionarios dueños de periódicos del país, le preparó todas las condiciones para ofrecer una conferencia de prensa a la cual asistirían los periodistas de todos los órganos de prensa del país y los corresponsales extranjeros. Sería una oportunidad, pensaba él, para explayarse contra la Revolución Cubana.

Yo envié a esa conferencia a un periodista brasileño (Diógenes) que trabajaba en Prensa Latina, y lo impuse de algunas de las características del personaje, entre ellas que muchos lo conocían como «la mulata de fuego».

En la referida rueda de prensa, los presentes, como suele suceder, pedían la palabra para hacer sus preguntas. Diógenes fue el tercero en hacerlo, y no se le ocurrió otra cosa que preguntar a Conte Agüero por qué le decían «la mulata de fuego». Y ahí mismo se acabó la conferencia de prensa. Entre las risas de muchos de los presentes y la histérica reacción de Conte Agüero se formó tal algarabía que resultó imposible restablecer el orden. En la confusión, Conte Agüero se marchó y dejó olvidado su portafolios, que fue recogido por un periodista amigo mío que me lo entregó.

EN PRENSA LATINA

Desde el triunfo de la Revolución Cubana el 1ro. de Enero de 1959, el gobierno imperialista de Estados Unidos y su poderoso aparato de desinformación internacional desataron una furiosa campaña contrarrevolucionaria, que se intensificaba al compás de las leyes de beneficio popular aprobadas por el gobierno revolucionario. Se hacía necesario crear una agencia informativa que contrarrestara esa campaña anticubana.

Cuando el 11 de mayo conversé con el compañero encargado de contratar al personal que trabajaría en Prensa Latina experimenté sentimientos encontrados. Sentí alegría y satisfacción cuando me explicó los objetivos de la agencia, pero resultó desagradable que me dijera que los turnos de trabajo eran de seis horas y el salario de trescientos pesos. En aquella época el salario de un redactor de prensa era de noventa pesos y veinticinco centavos. Además, el compañero me preguntó en qué turno quería trabajar, y como me dijo que el que tenía menos personal era el de siete de la noche a una de la madrugada, le pedí que me pusiera en ese. Me parecieron exageradas tantas ventajas.

Surgió así el 16 de junio de 1959 la agencia Prensa Latina, y yo tuve el privilegio de formar parte del grupo de periodistas fundadores bajo la dirección del argentino Jorge Ricardo Massetti, que había entrevistado a Fidel cuando aún combatía en la Sierra Maestra.

Desde varias semanas antes habíamos iniciado los ensayos, con mucho entusiasmo, profesionales de la prensa de Cuba, Argentina, México, Guatemala y Ecuador en La Habana, y periodistas de esas y otras nacionalidades en algunas corresponsalías en el exterior. Hoy, cuando han transcurrido cincuenta y dos años de aquel alumbramiento, tiene Prensa Latina corresponsalías en decenas de países de América, Europa, Asia y África y ofrece diversos servicios informativos.

Distribuidos en los cuatro turnos de trabajo existentes, recuerdo a los cubanos Ángel Augier, Baldomero Álvarez Ríos, Gabriel Molina, Roberto

Agudo, Juan Marrero, Armando López, José Luis Pérez, Leoncio Fernández, Alfredo Viñas, Ángel Boan, Joaquín Oramas, Roberto Agacino, Severo Nieto, todos periodistas; los hermanos Viñas (fotógrafos), Rosendo Ruiz (telegrafista) y René Peláez (archivero); así como los extranjeros Rodolfo Walsh, Conchita Dumois, A. Giachetti (argentinos), el mexicano Armando Rodríguez y el ecuatoriano Patricio Cuevas. Todos debutábamos como trabajadores de una agencia de noticias.

Yo empecé laborando como redactor. Tres meses después me designaron jefe de turno (ayudante del secretario de Redacción) y me desempeñaba en ese cargo cuando a fines de enero de 1960 Massetti me dijo que pensaba mandarme para Brasil como corresponsal.

Son muchos los recuerdos emocionantes que conservo en la memoria de los ocho años (1959-1967) que laboré en Prensa Latina, pero recuerdo de manera especial cinco que cito en orden cronológico: mi primer trabajo de calle para la agencia (1959); la inolvidable desaparición de Camilo Cienfuegos (1959); mi designación como corresponsal en Brasil (1960); la presencia de Fidel en nuestra Redacción (1961) y la Crisis de Octubre (1962).

MI PRIMER TRABAJO DE CALLE

Trabajaba yo como redactor en la agencia cuando Massetti me encargó hacerle una entrevista a un comandante de la Sierra (Martínez Sánchez) que regresaba de cumplir una importante misión oficial en Brasil, para lo cual debía trasladarme a Ciudad Libertad, entonces sede del Ejército Rebelde, adonde llegaría por vía aérea.

Dispuesto a no fallar en ese primer encargo que me hacían, se me opuso el primer obstáculo cuando llegué a la entrada y el soldado que la custodiaba me dijo que no podía pasar. Ante mi insistencia accedió en llamar por teléfono al cabo de la guardia a fin de pedirle autorización para entrar. La respuesta fue negativa. Entonces le dije: «Tú tienes orden de no dejarme pasar y debes cumplirla. Yo tengo que hacer el trabajo que me encomendaron y para eso tengo que entrar y es lo que voy a hacer ahora».

Afortunadamente en ese momento pasó por el lugar un teniente y el joven soldado de la posta le planteó la situación. El oficial propuso: «Lo acompañaré hasta el cabo de la guardia para que personalmente le solicite la autorización para entrar». Dos minutos más tarde entrábamos a la garita, donde el aludido revisaba unos documentos sobre su mesa de trabajo. Al levantar la vista y verme, abrió los ojos desmesuradamente, se puso de pie y con voz emocionada me dijo: «¡Maestro, no me diga que era a usted a quien le estaba negando la entrada!», y me dio un fuerte abrazo. Era el combatiente de la Sierra Iván Hierrezuelo Pacao, alumno mío cuando allá por 1950 me desempeñaba como maestro del aula de sexto grado en la Escuela Pública no. 27 República de Bolivia.

Iván me sorprendió muchas veces durante su etapa estudiantil por sus criterios, que evidenciaban una clara inteligencia cuando apenas contaba con 12 años de edad. Lo recordaba por su apasionada admiración hacia Antonio Maceo y también porque era el jefe del bando que defendía la ciencia, cuando entre los alumnos del aula establecía un debate entre ciencia y religión. Sus opiniones entonces eran apasionadas, generalmente acertadas y no pocas veces audaces. Después de la conclusión de sus

estudios primarios no volví a verlo ni a saber nada de él hasta ese día de 1959.

Conversamos mucho aquel día. Me contó historias de los combates en que había participado en la Sierra, donde se alzó en 1957, y dos horas más tarde regresé a la agencia con la tarea cumplida.

DESAPARICIÓN DE CAMILO

Prensa Latina fue en sus primeros tiempos para mí, y pienso que para la mayoría de sus fundadores, una gran escuela de periodismo. Rodeados por viejos y muy cultos periodistas como Ángel Augier y Rodolfo Walsh, otros más jóvenes y también talentosos profesionales emprendíamos la tarea de divulgar la realidad de la Revolución y aprendíamos algo cada día al informar sobre acontecimientos nacionales e internacionales.

El desarrollo de la Revolución generaba constantemente noticias de gran trascendencia, sobre todo en los primeros meses, pero las que recuerdo con mayor énfasis, por lo dolorosas que resultaron para todo nuestro pueblo, fueron las relacionadas con la desaparición física de Camilo Cienfuegos, en octubre de 1959.

Para enfrentar la criminal traición de Huber Matos, a la sazón jefe militar de la provincia de Camagüey, tuvo que viajar Camilo a esa provincia en varias ocasiones, y a su regreso a La Habana el 28 de octubre el avión se precipitó al mar. Durante varios días todos abrigábamos la esperanza de que podría ser hallado, pues se efectuaba una búsqueda milimétrica por toda la zona por donde regresaba el avión.

Resulta imposible describir las manifestaciones populares de alegría en todo el país cuando una emisora de radio divulgó la información (que resultó ser falsa) de que Camilo había sido hallado en un cayo cercano. Los trabajadores y todo el pueblo salieron a la calle a manifestar su alegría. Los autos, los barcos y las fábricas hacían sonar constantemente sus silbatos. La alegría popular solo era comparable a la del 1ro. de Enero.

Igualmente indescriptible fue la tristeza, el silencio sepulcral que se produjo en todo el país cuando la noticia fue desmentida. Las calles se quedaron desiertas, el país quedó totalmente paralizado, convencido entonces de que la pérdida del héroe era irremediable.

La información que este trágico acontecimiento dejó para la dirección y los periodistas de Prensa Latina fue una lección, un aprendizaje. Cuando la

emisora de radio divulgó la noticia de que Camilo había aparecido, no había una confirmación oficial. La dirección de Prensa Latina era partidaria de transmitir la información para el exterior y pulsó la opinión de los periodistas que estábamos en la Redacción. Todos, menos Gabriel Molina y yo, eran también partidarios de darla y así lo hicieron. Después hubo que desmentirla.

Quedó para todos la lección de que es negativo transmitir informaciones que no tenían una confirmación consistente.

CORRESPONSAL EN BRASIL

Seis meses después de fundada Prensa Latina ya habíamos ganado alguna experiencia, se había perfeccionado la organización en la Central y disponíamos de corresponsalías en la mayoría de los países de América Latina y en Estados Unidos. La redacción se dividía en dos secciones: una encargada de elaborar las informaciones de Cuba y el resto de Latinoamérica, y la otra atendía a los demás países. Cada sección contaba con un jefe de Redacción y varios redactores, uno de los cuales se desempeñaba como auxiliar del jefe. Desempeñaba yo ese cargo en la Redacción Latinoamericana cuando a mediados de enero de 1960 me designó Massetti para la jefatura de la corresponsalía en Brasil, donde se habían producido algunas dificultades con el personal. De modo que el 11 de febrero de ese año emprendía el viaje al gigante sudamericano para hacerme cargo de esa tarea, que constituyó para mí un permanente aprendizaje.

Antes de partir para Brasil me dio Massetti algunas instrucciones sobre la corresponsalía y me entregó un montón de cartas en las que distintas personas informaban acerca de las peleas entre el personal. Me entregó también catorce mil dólares, que debía utilizar en indemnizar a los trabajadores de la corresponsalía. Me recomendaba despedir a todo el personal y contratar a otros periodistas.

Después de leer durante el viaje los informes que me había entregado Massetti, decidí hacer otra cosa: me presentaría como un inspector de la Redacción Central en viaje por las corresponsalías y estudiaría in situ al personal y la mejor manera de proceder.

El jefe de la corresponsalía era un periodista portugués radicado en Brasil que tenía cierto prestigio como izquierdista, pero que a mí me pareció oportunista. Según me enteré, él blasonaba de ser «un hombre de Fidel Castro». Entonces la Revolución Cubana gozaba de amplia popularidad en el país.

La nómina de la corresponsalía era superinflada. La integraban como treinta personas, entre ellas brasileños, argentinos, uruguayos, colombianos y hasta una rumana. El gasto mensual era de diez mil dólares.

Durante una semana estuve analizando al personal y llegué a la conclusión de que podía prescindir de la mitad. Me senté con el jefe (Francisco de Barros) para analizar la situación.

En la nómina aparecía en primer lugar y con el más alto salario un notable periodista brasileño a quien no había visto. Francisco me explicó que en realidad él no trabajaba en la corresponsalía, pero le daba prestigio. Le dije que no le pagaría más. Entonces me dijo algo así: «No debemos hacerle eso, pues con el dinero que le damos, él paga la hipoteca de su casa». Ratifiqué la cesantía.

En segundo lugar aparecía Rosalia Kullou (brasileña), a quien tampoco había visto. El jefe me explicó que ella no era periodista, pero era amante del jefe de despacho del gobernador del estado, y podía sernos útil en cualquier momento. Le dije que estaba despedida.

También figuraba en la nómina A. Alves, un estudiante universitario que «era muy solidario con Cuba y tenía un cargo en la UNE (Unión Nacional de Estudiantes)», organización que respaldaba a la Revolución. Así fui eliminando el personal sobrante y le comuniqué que me quedaría como jefe de la corresponsalía y lo despedía a él también. No quería creerlo, pero le mostré los poderes que llevaba y se fue. Días después me comunicaron desde La Habana que habían recibido la información de que «un aventurero llamado José Prado se había presentado en Brasil como inspector de PL y estaba haciendo barbaridades en la corresponsalía». La información estaba firmada por A. Alves, en nombre de la UNE.

Entre los compañeros que retuve estaban Haroldo Wall, Jorge Timossi y la rumana, que era la secretaria del director.

Una semana después de asumir la responsabilidad llegó a Río un abogado argentino (Pastorino) enviado por Massetti para que me ayudara a resolver los problemas legales. Era joven, miembro del Partido Socialista Argentino, y se definía como «muy antiimperialista». Para demostrarlo, me dijo que

jamás se había tomado una Coca Cola. Dos meses después le pedí que se fuera, pues no perdía oportunidad de exponer públicamente su anticomunismo y empezó a conspirar en contra mía. Masetti confirmó mi decisión.

Ya reorganizada la corresponsalía e instalado, me mandaron a mi esposa y a mi hijo, que llegaron en el momento en que me reponía de un neumotórax que me había puesto muy mal.

Al día siguiente de llegar a Río estuve en la embajada de Cuba, encabezada por Rafael García Bárcenas, quien me recibió muy amablemente y me hizo muchas preguntas sobre la Revolución.

Tres de los periodistas con los cuales me quedé eran militantes del Partido Comunista Brasileño. Por intermedio de ellos me puse en contacto con sus dirigentes, especialmente con Mario Alves, que, junto con Carlos Marighela, constituían lo mejor de la dirigencia del Partido, que seguía los lineamientos del PCUS. Mario Alves me ayudó mucho a conocer la situación del país y la posición del PCB. Tuve algunas controversias con otros dirigentes del Partido que no siempre coincidían con las posiciones de la Revolución Cubana. Uno de ellos me dijo una vez que Playa Girón había sido «un juego» sin mayor importancia, y un dirigente de la juventud comunista calificó a Fidel de «criminal» por haber aceptado los cohetes atómicos en Cuba. El colmo fue que convocaron un acto de solidaridad con Cuba y asistieron no más de treinta personas, porque no le hicieron promoción.

Establecí relaciones también con otras organizaciones, marxistas o no, pero solidarias con Cuba.

Varios acontecimientos importantes ocuparon mi atención durante esta primera etapa de mi permanencia en Brasil, que se extendió hasta el 30 de abril de 1961. Los principales fueron las elecciones presidenciales brasileñas de 1960, el viaje a Cuba de Janio Quadros, que era el candidato de los partidos de oposición; su triunfo, la entrevista que me concedió recién electo; los acontecimientos relacionados con la agresión imperialista contra Cuba por Playa Girón y el decreto de expulsión de Brasil iniciado contra mí a raíz de esa agresión.

Cuando llegué a Brasil en enero de 1960 estaba en su apogeo la campaña electoral para la elección presidencial. Los dirigentes del Partido Comunista de Brasil (PCB) estaban convencidos de que ganaría el candidato oficialista (mariscal Enrique Teixeira) frente a Janio Quadros, y así lo habían informado a Cuba.

Después de escuchar los discursos de ambos aspirantes y cómo se relacionaban con los electores, yo consideraba, sin lugar a dudas, que ganaría Quadros, y así lo comuniqué a Cuba. Quadros hablaba bien de la Revolución Cubana en sus discursos, mientras que Teixeira la condenaba, y en esa época la Revolución era respaldada por el pueblo brasileño masivamente. Cuando les expresé mis criterios al respecto a los compañeros del Partido, me dijeron que yo no conocía la política brasileña y que Quadros era el candidato de Estados Unidos.

Por intermedio de la Embajada sugerí que invitaran a Quadros para que visitara nuestro país. Así lo hicieron y aceptó. Cuando regresó habló muy bien de Cuba y eso aumentó más su popularidad. El resultado fue que Janio ganó con casi dos millones de votos de ventaja, y quedó demostrado, al menos para mí, que los camaradas no tenían bien puestos los pies en la tierra.

Conocí antes de las elecciones a un periodista brasileño de apellido Marzagão, muy ligado a Janio, y me enteré de que sería su secretario privado si ganaba la presidencia. Le pedí que me gestionara con Quadros una entrevista si triunfaba y así me lo prometió. Cuando Janio tomó posesión en Brasilia, yo estuve allí y le recordé a Marzagão la promesa de la entrevista. Me llevó a una oficina del Palacio y me dijo que hiciera la solicitud por escrito y la dejara en sus manos.

Algún tiempo después me llamaron para informarme que el presidente me concedía la entrevista y la fecha en que se haría, cuando aún no había concedido ninguna después de ser electo, ni a la prensa nacional ni a la extranjera. Pensé que Janio tenía algún otro interés y llamé por teléfono a Massetti para que fuera él a hacerle la entrevista y llevara orientaciones concretas. Yo tomaba en cuenta los siguientes elementos: si Quadros tuvo la deferencia de concedernos la entrevista, nosotros debíamos tener la deferencia de que fuera a hacérsela el director de la agencia; por otra parte,

pensaba que Masetti podría conversar con los dirigentes cubanos y llevar alguna sugerencia. Si ocurría lo anterior, como ocurrió, sería muy provechoso para Cuba y también para PL.

Efectivamente, concluida la entrevista Janio le habló a Masetti de otras cosas y este le entregó entonces una carta de felicitación de Dorticós y una estatuilla en ébano que le mandaba Che Guevara. La entrevista y las fotos de Quadros admirando el regalo del Che recorrieron el mundo, con gran crédito para Prensa Latina y, por supuesto, para Cuba. Para mí esa entrevista tuvo consecuencias muy importantes, como relataré más adelante.

En marzo de 1961 fui citado por la Policía Política para «una conversación». Muy amablemente me hicieron preguntas de todo tipo tres inspectores. Era evidente que conocían mucho de mis actividades y relaciones. Después de casi cinco horas dije que ya no respondería más preguntas y reclamé que llamaran a la embajada. El oficial que me interrogaba en ese momento me llevó a la oficina del jefe de la Policía. Era este un hombre mayor, regordete, impecablemente vestido y con cara de jefe. El diálogo fue más o menos así:

—¿Así que dice usted que no responde más?

—Así es, y pido que llamen a la embajada de mi país.

—Pues va a tener que seguir contestando, o lo desaparezcó y aparece usted dentro de seis o siete meses en Manila.

—Si cree que tiene el derecho, empiece.

—Usted está expulsado de Brasil.

—¿Puedo saber por qué?

—Por actividades nocivas a Brasil.

—¿Ya expulsaron también a los corresponsales de AP y UPI? Hago lo mismo que ellos.

—No sea insolente.

—Insolente es usted.

En ese momento el jefe se puso muy furioso y el oficial me sacó de la oficina, mientras me recriminaba porque le había dicho insolente (creo que se me fue la boca).

Luego de consultar con el jefe, me informó el oficial que podía marcharme, pero con la condición de no salir de Río de Janeiro y mantenerme localizable hasta nuevo aviso. Cuando salí fui para mi oficina, llamé al Palacio Presidencial para hablar con Marzagão y le conté lo ocurrido. Me dijo que me llamaría dentro de media hora, y lo hizo: «No te preocupes, delante de mí el presidente llamó al ministro de Justicia y le ordenó que le echara una tapa al proceso de expulsión. Ese proceso se había iniciado en el gobierno anterior (Juscelino Kubitchek)».

Días después se produjo la agresión mercenaria por Playa Girón y las fuerzas reaccionarias comenzaron a hablar de ruptura de relaciones con Cuba. Todavía PL no tenía la autorización oficial para distribuir informaciones a la prensa. Por eso yo me trasladé para la embajada con un mimeógrafo, y dejé en la corresponsalía al periodista brasileño Haroldo Wall. Montevideo sí tenía comunicación directa con La Habana y les pedí que cuando recibieran información oficial de nuestro país, llamaran por teléfono a Haroldo y se la pasaran. Entonces Haroldo me llamaba a la embajada, yo reproducía la noticia, y la representación diplomática la distribuía a los periódicos. Fue así como fueron publicados los partes emitidos por la Revolución.

Meses antes, cuando Bárcenas fue llamado a La Habana, quedó como encargado de Negocios Domínguez, que era funcionario de la sede durante el gobierno de Batista, pero había tenido una actitud positiva. Simultáneamente funcionaba en Río una Oficina Comercial de Cuba, que dirigía Raúl Aparicio y contaba con dos funcionarios: Caso y Rojas. Entre estos y Aparicio surgieron peleas y hubo hasta amenazas de muerte. A mí me encargaron mediar en esa bronca y lo logré a duras penas.

Otro grave incidente surgió con un funcionario de la embajada, de apellido Vega Cuétara, que, según noticias que yo tenía, iba a ser expulsado del país (creo que con razón), pero que aprovecharían para hacer una provocación anticubana. También supe que Vega Cuétara había sido llamado a La Habana, pero Domínguez no se lo había informado. Afortunadamente en esos días, en viaje a Conakry, hizo Armando Hart una escala en Río y yo le hablé de esa situación. Hart llamó a Domínguez y le ordenó que distribuyera a la prensa una nota que yo le entregaría informando que Vega Cuétara ya no era funcionario diplomático de Cuba. Al día siguiente así lo hicimos y se frustró el show anticubano. En realidad Vega Cuétara era un traidor.

Días después Domínguez fue sustituido y se hicieron cargo de la embajada Elio Armenteros, Martín Mora y Francisco Ramírez. Tan pronto fue sustituido Domínguez, dio a la publicidad una nota en la que condenaba a Cuba y se revelaba como jefe de un grupo contrarrevolucionario. A partir de entonces tuve las más estrechas relaciones con la embajada.

El día 29 de abril llegó a Río de Janeiro un avión cubano para recoger a los invitados para el acto del Primero de Mayo. Me metí en ese avión, y regresé a Cuba.

A mi regreso a la Central de PL me enteré de que Massetti había renunciado en medio de una absurda pugna entre partidarios y detractores. A cargo de la dirección estaba un compañero designado por Dorticós, a quien le notifiqué que quería irme a trabajar a otro lugar, porque no me gustaba el ambiente de PL. El compañero me pidió encarecidamente que al menos me quedara hasta que se nombrara al nuevo director. Accedí, y días después fue designado para el cargo Fernando Revuelta, periodista español radicado en México que había prestado algún servicio a la Revolución. Su actuación al frente de PL fue peor que mediocre. Yo ocupaba el cargo de secretario de Redacción.

De la etapa de Revuelta, que duró poco más de un año, citaré algunos hechos en los que tuve algún protagonismo.

De siete de la mañana a una de la madrugada trabajábamos entre los tres turnos seis jefes de Redacción, de los cuales cuatro eran extranjeros. Un día

Revuelta nos citó a una reunión, y muy satisfecho nos informó que acababa de hablar con Dorticós y había accedido a su solicitud de aumentar el sueldo de los jefes de redacción a seiscientos pesos. Estábamos ganando cuatrocientos cincuenta, que era más que suficiente. Me puse de pie y dije que me negaba a ganar seiscientos pesos, que era justamente el sueldo de los ministros. Claro que él ganaría ochocientos. Mi negativa fue tan terminante que aquel aumento no pasó.

En el mes de agosto de 1961 sorpresivamente renunció Janio Quadros y se decidió que yo me trasladara urgentemente a Brasil porque las fuerzas reaccionarias intentaron dar un golpe de Estado, aprovechando que el vicepresidente y reglamentario sustituto del presidente, Joao Goulart, estaba fuera del país. Hicieron que el presidente del Congreso ocupara la presidencia y luego designarían al sucesor definitivo. Ante esa situación, el gobernador del estado brasileño de Río Grande del Sur, Leonel Brizola, amenazó con levantarse en armas e irse para las montañas, seguido de miles de jóvenes que comenzaron a hacer entrenamiento militar. Se creó una situación de guerra civil.

Analizando la situación con el Comandante Manuel Piñeiro se llegó a la conclusión de que yo viajara a Brasil de inmediato, y se trazó y ejecutó el siguiente plan: como la embajada brasileña estaba a la expectativa y, además, existía el antecedente de mi expediente de expulsión, decidimos que yo viajaría a Montevideo y entraría clandestinamente en Brasil, por la frontera, y si efectivamente Brizola se alzaba, me iría con él a servir como corresponsal de guerra. Previamente había establecido un sistema para hacer llegar mis informaciones a Uruguay, que las remitiría para Cuba. Afortunadamente el embajador brasileño en Uruguay me visó el pasaporte y pude entrar legalmente en Brasil.

Para llegar a Porto Alegre, la capital de Río Grande del Sur, utilicé un ómnibus que regresaba a esa ciudad, de lo cual me enteré por casualidad. Cuando llegué, todavía había una gran efervescencia, pero la tensión había disminuido, y dos días después, los golpistas desistieron, Goulart regresó a Brasil y tomó posesión de la presidencia y yo me quedé con las ganas. Después de conversar con varios dirigentes políticos, incluido el propio Brizola, regresé a La Habana.

En 1962 dieron un golpe de Estado en Argentina. Todas las agencias de noticias, menos PL, transmitían numerosas informaciones al respecto, pero Revuelta me dijo que no diera información alguna hasta que él me avisara. Horas después elaboré un despacho sobre el tema y fui a la dirección para decirle a Revuelta que pensaba que no podíamos esperar más para decir algo sobre el golpe y le pregunté si había hecho alguna consulta. Me dijo que no, que estaba esperando, y de pronto me preguntó: «¿Usted tiene carro?». Como le respondí que sí, pensando que me enviaría a algún lugar para consultar, me respondió: «Desde mañana lo puede parquear en el sótano del edificio, gracias a una gestión que hice». Ante esa frivolidad cuando yo le consultaba un asunto de trabajo tan serio, sentí rabia, salí del despacho y transmití la información. Era una evidencia más de la incapacidad de Revuelta.

Entretanto, varios periodistas de PL, encabezados por Ángel Boan, le hacían guerra a Revuelta por su incapacidad y su indiscreción, pero lo hacían solapadamente, creando una situación de confrontación.

Un día me citó César Escalante, entonces jefe de la COR, a una reunión en su despacho. Cuando llegué me sorprendió ver allí a Revuelta y a Boan. Sentados ante César Escalante, Revuelta a mi derecha y Boan a la izquierda, le dio César la palabra a Revuelta, que dijo horrores de Boan. Luego se la dio a Boan, que dijo horrores de Revuelta. Finalmente me preguntó a mí: «¿Qué tú crees de esto?». Le respondí: «Los dos tienen razón», y expuse lo que consideraba errores de ambos. Finalmente Escalante despachó a los dos y me pidió a mí que me quedara. Entonces me preguntó: «¿Qué tú harías en Prensa Latina?». Y yo le respondí escuetamente: «Cerrarla». «Pero necesitamos ese aparato para divulgar la verdad de Cuba», me dijo él.

Le completé entonces mi idea: cerrarla y abrir otra agencia sin los vicios que taraban a PL desde su fundación. «Esta es —agregué— la segunda guerra intestina, el mal es de origen». Luego de varios minutos más de conversación sobre el tema, César me dijo: «Dentro de poco vamos a sustituir a Revuelta, pero mientras tanto, necesito que hagas lo que puedas para atenuar la tensión y evitar males mayores». Se lo prometí y nos despedimos.

Cuando llegué a donde tenía parqueado mi auto, me encontré allí a Boan, que me estaba esperando. Abrió la conversación con la siguiente pregunta: «¿Quién tú crees que es más hijo de puta y le hace más daño a Prensa Latina: Revuelta o yo?». Demoré unos segundos para responderle: «Revuelta, porque es el director». Entonces añadió: «Te propongo que coordinemos nuestras acciones para sacar a Revuelta, aunque tenga que salir yo también». Le respondí que eso sería lo mejor, que salieran ambos, pero que yo no hacía pactos de ese tipo. A continuación le recomendé que no hiciera camañitas subterráneas, aunque reconocí que Revuelta era un incapaz y le dije que estaba seguro de que la situación se resolvería de la manera más positiva para la Agencia.

Dos semanas después, Fernando Revuelta fue sustituido por José Felipe Carneado, quien atendía por aquella época en el Comité Central del Partido Comunista de Cuba los asuntos religiosos, comenzando así una nueva etapa de la Agencia que tampoco estuvo exenta de dificultades. Como por sus múltiples ocupaciones Carneado no podía dedicarle todo el tiempo a PL, me encargó a mí que, en su ausencia, atendiera los asuntos que le correspondían.

Con la llegada de Carneado y la designación de Boan como corresponsal en Argelia se normalizó el ambiente en PL y se adoptaron formas de trabajo más profesionales. Poco después estalló la Crisis de Octubre y PL desempeñó un papel especial. La mayoría de los periodistas y demás trabajadores fueron movilizados y en la Agencia quedamos dos periodistas (Sergio Pineda y yo) que teníamos la responsabilidad de revisar las informaciones elaboradas por las agencias internacionales y enviar a Fidel todas las que, a nuestro parecer, le pudieran interesar. Nos turnábamos cada doce horas. Casi no dormíamos. Ni siquiera íbamos a nuestras casas. Es el trabajo de mayor responsabilidad y tensión que he hecho en mi vida. Por mis manos pasaban las más alarmantes y amenazadoras informaciones.

A principio de 1963 un funcionario de la Seguridad del Estado que estaba en la embajada cubana en Brasil informó a La Habana que en su opinión el compañero Haroldo Wall, que me había sustituido como corresponsal en Río, estaba traicionando, y se decidió que yo viajara nuevamente a Brasil para dilucidar ese asunto. Simultáneamente llevaba un plan de trabajo

especial del Departamento América (léase Comandante Piñeiro) que debía cumplir en el curso de ese año.

No me costó mucho trabajo demostrar que había sido un malentendido del compañero y que Haroldo seguía siendo un hombre de absoluta confianza. Y como ya había cumplido el plan de trabajo especial, aproveché un avión cubano que fue a llevar atletas para los Juegos Panamericanos que se celebraron ese año en São Paulo y regresé a La Habana, donde permanecí apenas dos o tres semanas, pues me pusieron otro plan de trabajo y partí de nuevo para Brasil, hacia mi cuarta aventura brasileña.

En esta etapa se intensificó el comprometimiento de la corresponsalía con las organizaciones más radicales. Nuestra oficina era visitada frecuentemente por Máximo Velardo y Guillermo Lobatón, de la guerrilla de Camilo Torres, un argentino ligado a Luis de la Puente Uceda; Alysio de Freitas, un cura portugués muy radical de las Ligas Campesinas, y sobre todo de dirigentes del Club de los Sargentos, integrado por miles de sargentos de las tres armas, que estremecieron al país con sus pronunciamientos y acciones muy radicales. Nos pedían ayuda para redactar sus manifiestos y estudiaban, por grupos, *Guerra de guerrillas*, del cual les habíamos facilitado unos quinientos ejemplares que estaban guardados en la embajada. Fueron los sargentos quienes más asustaron a los militares autores del golpe de Estado de abril de 1964.

La situación política se fue caldeando en esta etapa y ya en diciembre de 1963 era perfectamente previsible el golpe militar. Conversé entonces con los dirigentes de todas las organizaciones, incluido Leonel Brizola. Este último me dijo que el golpe estaba en marcha y que sus promotores eran muy fuertes. Se decidió entonces mi regreso a La Habana, el cual estuvo rodeado de tantos contratiempos que parece una película de ciencia ficción. Yo tenía visa brasileña hasta el día 31 de ese mes, y pensaba pedir una prórroga de tres meses. Al iniciar esas gestiones en la cancillería brasileña, un funcionario que era simpatizante de la Revolución Cubana y amigo personal mío me informó que las autoridades reaccionarias solo esperaban que se me venciera la visa, el día 31, para arrestarme y organizar una provocación anticubana. Ante esta situación se determinó que regresara a Cuba de inmediato, con la orientación de que volara a la ciudad canadiense

de Toronto, para que abordara allí un avión de carga que todos los viernes viajaba a Cuba.

Saqué pasaje en un vuelo de una aerolínea brasileña que salía de Río de Janeiro el día 27 a las tres de la madrugada, con rumbo a Trinidad y Tobago, donde debía hacer transbordo para un avión canadiense que volaba a su país.

En el aeropuerto de Río de Janeiro las autoridades de inmigración me negaron la salida al alegar que me faltaba cierto documento. Al día siguiente, una vez obtenido el documento en cuestión, volví a sacar pasaje para un vuelo similar al anterior, que partió de Río el 28, también de madrugada. Pero esta vez tampoco me dejaron embarcar alegando que no tenía en mi pasaporte visa canadiense, que en realidad no era necesaria.

El día 28 me informaron en la embajada canadiense que como mi llegada a Toronto era en tránsito hacia Cuba, no necesitaba visa, que en todo caso llevara conmigo cuatrocientos dólares como garantía de que seguiría viaje a La Habana y me dieron una nota al respecto para entregar a las autoridades brasileñas de inmigración. Saqué nuevamente pasaje, ahora para el vuelo de una empresa argentina que viajaba con destino a la ciudad canadiense de Montreal el 29, con escala en Puerto España, y que partiría de Río a las tres de la madrugada.

Esta vez sí pude viajar, pero al llegar a Trinidad y Tobago, las autoridades de inmigración de ese país me notificaron que no podría continuar viaje y que me devolverían a Brasil. Alegaban que no tenía en el pasaporte visado de Canadá.

Después de varias discusiones, algunas bastante violentas, logré que me dejaran continuar viaje, luego de aceptar que, como garantía, sacara un pasaje de Canadá a Brasil que costaba trescientos dólares.

Cuando llegué a Montreal saqué de inmediato un pasaje para Toronto, donde me habían informado que estaría el avión cubano, pero al llegar allí y hablar con el cónsul cubano en esa ciudad, me informó que el dichoso avión había viajado para Montreal y partiría de regreso a Cuba a las diez de la noche. Me dijo que, por lo tanto, tendría que quedarme hasta la semana

siguiente. Me notificó que tenía instrucciones de alojarme y proporcionarme alguna ropa de invierno. Cuando salí de Río había una temperatura de treinta y nueve grados Celsius, y al llegar a Canadá había quince grados bajo cero y nevaba copiosamente.

Ansioso como estaba por llegar a Cuba y dejada atrás aquella pesadilla, le dije al cónsul que regresaría a Montreal con la esperanza de llegar a ese destino antes de las diez de la noche. Eran las ocho y treinta y el vuelo hacia Montreal partiría a las nueve, pero no había asientos disponibles. Simulé que tenía en Cuba un familiar moribundo y un empleado de la empresa aérea, sensibilizado por el caso, me cedió su lugar en el vuelo. Cuarenta minutos después emprendí el regreso a Montreal (una hora de vuelo), casi perdí la esperanza de llegar a tiempo. A mitad del vuelo escuché que por el audio del avión mencionaban mi nombre; llamé a una aeromoza, quien me informó que de la torre de control de Montreal se habían comunicado con el piloto para que me dijeran que el avión cubano me esperaría hasta las once de la noche y que, para facilitarme las cosas, pasara a la cabina de los pilotos, que son los primeros que desembarcan. Así lo hice, y al descender del avión, a las diez y cuarenta, fui abordado por un canadiense que me introdujo en un automóvil que por la pista del aeropuerto me llevaría hasta donde estaba el avión cubano, ya con tres de sus cuatro motores andando. Lo abordé.

Sentí un gran alivio cuando la aeronave comenzó a rodar por la pista para alzar el vuelo.

Pensé que la odisea había concluido, pero aún faltaba algo más. Sentado en un asiento ubicado entre la cabina del piloto y el cuerpo del avión, contemplé con estupor que de la cabina salía un hombre con una pavorosa pistola en la mano. De momento creí que el avión había sido secuestrado. Era, pensé, un adecuado colofón para aquel accidentado vuelo. El pistolero se asomó a una ventanita de cristal en la pared que nos separaba del resto de la aeronave y poco después, cuando el avión alcanzó altura de crucero, me hizo seña para que me acercara. Vi entonces con asombro quiénes eran mis compañeras de viaje: dieciséis rollizas vacas que pacían dócilmente en unos pequeños cubículos. El hombre de la pistola me dijo que aunque las vacas estaban sedadas, si se inquietaban había que matarlas, pues podrían derribar

el avión. «Tenga en cuenta que cada una pesa ochocientos kilogramos». Regresé a mi asiento y, relajado, me quedé dormido por primera vez en las tres últimas noches. Ocho horas después, me despertaba cuando el avión aterrizó en Rancho Boyeros.

De enero de 1964 a septiembre de 1967 continué en la Central, como jefe de Redacción y auxiliar de la Dirección, bajo las orientaciones de Carneado.

En abril de 1964 se produjo el golpe en Brasil y la corresponsalía fue allanada por los golpistas. Haroldo pudo esconderse y semanas después se le pudo traer a La Habana. En esta etapa tuve que sortear algunas situaciones enojosas en ausencia de Carneado. Pongo ejemplos de algunas de ellas.

Los corresponsales de las agencias de noticias de los países socialistas transmitían sus informaciones por nuestras vías. Había también una corresponsal del periódico *El Siglo*, del Partido Comunista de Chile. Ellos mismos pasaban a la sala de teletipos y entregaban sus materiales. Un día, al entrar allí, me encontré que una de ellas había interrumpido el discurso de Fidel que estábamos transmitiendo para pasar la correspondencia del polaco. Me enteré que él les hacía regalitos para tener esa preferencia. Entonces cambié mi oficina para un local al lado de la recepción y les dije a las recepcionistas que no dejaran pasar más a los corresponsales y que les dijeran que me vieran en mi oficina. El corresponsal soviético, que era bastante altanero, se incomodó y entonces le pregunté si yo podría entrar en la agencia TASS así como ellos entraban en PL. Pensó un momento y me dijo: «Usted no, ni yo tampoco. Cuando voy a Moscú me tienen que hacer un pase». No le quedó más remedio que aceptar la medida.

El polaco, que era bastante hijo de puta, aceptó la medida sin discutir, y al otro día me llevó de regalo una lata de caramelos finos. Le dije que se la llevara urgentemente si no quería que se la tirara por la cabeza. Se fue.

Un funcionario de la OSPAL me llevó un día una declaración de esa organización para transmitir al exterior. Por un error de escritura, en la declaración se hacía una afirmación contrarrevolucionaria. Le hice la observación al compañero, y este me dijo que eso se había aprobado así y tenía que transmitirla tal como estaba. Le sugerí que llamara a Osmany

Cienfuegos, que era el presidente de la OSPAAAL, y le hiciera la consulta. Se negó. Entonces le dije que lo haría yo, porque en esas condiciones yo no la transmitía. Llamé a Carneado por teléfono y él llamó a Osmany, quien pidió que hiciéramos el arreglo correspondiente y nos dio las gracias.

Un día Fidel habló por televisión e hizo una crítica al Partido Comunista de Chile. La corresponsal, en su información para *El Siglo*, calificaba a Fidel con palabras inadecuadas. Le sugerí que transmitiera la crítica hecha por Fidel y dejara que fuera la dirección del Partido la que juzgara el hecho. Como le dije que así yo no la transmitía, me replicó que iba inmediatamente para el Comité Central, pues yo estaba violando un acuerdo entre los dos partidos. Poco después me llamó por teléfono Armando Hart y me orientó que transmitiera la información como la llevó la corresponsal. Pocos minutos más tarde me volvió a llamar y me dijo: «Cuando ocurra algo similar, procede como lo hiciste en esta ocasión».

Por esta época me propuso el propio Hart que compartiera mi labor periodística con la de profesor universitario, cosa que no me gustaba, porque esa dualidad me limitaría en ambas ocupaciones. Surgió también la idea de que fuera para la Unión de Periodistas de Cuba (Upec) como cuadro profesional, algo que yo sencillamente odiaba. Afortunadamente viajé en esos días a la RDA en representación de Carneado, que había sido invitado por la agencia de noticias ADN, y me salvé. Al regresar me pasé una semana en Checoslovaquia, a petición de la agencia de noticias de ese país, la CTK. De ese viaje hay un episodio muy interesante.

Cuando pasé por Praga fui recibido por el director de la CTK, que era miembro suplente del Comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia. Como jerárquicamente era muy superior a mí, supuse que algo se traía entre manos. Lo comprobé cuando llegué a Berlín y me dijeron que la CTK les pedía que me dispensaran una semana de mi estancia en la RDA para que me la pasara en Praga. Hice la consulta a La Habana y me autorizaron.

En la RDA fui atendido maravillosamente, recorrí casi todo el país y vi cosas muy interesantes.

Tan pronto regresé a Praga el director de la CTK me invitó a desayunar en su oficina. Me planteó que la agencia soviética TASS ejercía fuerte influencia sobre las agencias de los demás países socialistas y estas querían liberarse de esa situación e invitaban a PL a sumarse a la resistencia. Reflejaba el antisovietismo que se manifestaba en todo el pueblo. Poco después estallaba la Primavera de Praga, y los tanques del pacto de Varsovia entraban en la capital checa.

Otro suceso importante en esta mi etapa en PL fue el proceso contra Aníbal Escalante. Algunos periodistas no disimulaban sus críticas, no a los sectarios, sino al PSP (Partido Socialista Popular) en su conjunto. Y Carneado procedía del PSP. También me criticaban a mí, que estaba muy vinculado a Carneado, como ya expliqué. En el fondo era la vieja lucha por los cargos.

En julio de 1967 fue sustituido provisionalmente Carneado en PL por Orlando Fundora, entonces Jefe del Departamento de Orientación Revolucionaria (DOR). Este habló conmigo y me informó su decisión de designar a Pepín Ortiz (quien a la sazón se desempeñaba como secretario de Redacción de Radio Habana Cuba) como nuevo director de Prensa Latina, pero que era necesario que yo lo sustituyera en Radio Habana Cuba. Acepté jubiloso. Me dijo que antes de hacer ese movimiento yo debía viajar a la ciudad canadiense de Montreal para informar sobre la Exposición Mundial que se celebraba allí. Al regresar de Montreal dos meses después comencé a laborar como Jefe de Redacción en Radio Habana Cuba.

Como dato curioso debo recordar que, desde su fundación, la Corresponsalía de Prensa Latina era dirigida por el destacado periodista portugués residente en Brasil Francisco de Barros. Me llamó mucho la atención que la Corresponsalía solo tenía una legalización temporal y no podía distribuir información a la prensa. Solo se limitaba a transmitir por cable informaciones a la Central, en La Habana. No obstante tenía una plantilla como de veinte personas, algunas de las cuales solo llamaban por teléfono para dictar alguna información. El director tenía como secretaria a una joven de nacionalidad rumana de una belleza impresionante.

Al prescindir de una parte del personal que era realmente innecesario y sustituir al jefe de la Corresponsalía, conservé por algún tiempo a la

secretaria. Comprobé entonces que hablaba perfectamente cinco idiomas además del suyo (español, portugués, italiano, inglés y francés) y era de una eficiencia casi perfecta. Se me metió en la cabeza que podía ser una espía, pues por su eficiencia y presencia bien hubiera podido desempeñar un cargo elevado en cualquier institución nacional o internacional.

Al principio ella era muy comedida, pero unas semanas después y teniendo en cuenta que yo estaba solo, se me ofreció para mostrarme la ciudad en más de una ocasión. Me invitó a cenar en su casa. Yo, alegando razones de trabajo, rechazaba esas atenciones, que contribuían a incrementar mis sospechas. Hice algunas averiguaciones que no arrojaron nada en claro, pero finalmente, por las dudas, y con el pretexto de hacer economías, prescindí de sus servicios.

No habían transcurrido seis meses cuando en la prensa brasileña se publicó una nota oficial donde se daba cuenta de la expulsión del país de una rumana «que realizaba labores de inteligencia para una potencia extranjera» (Estados Unidos). Su nombre coincidía con el de mi secretaria.

FIDEL EN PRENSA LATINA¹⁶

Parecía que aquel 21 de mayo de 1961 sería como cualquier otro. Eran las cinco y media de la madrugada y, junto a mi mesa de trabajo, preparaba las condiciones para iniciar mi turno de secretario de Redacción, pero de pronto todo cambió: entraba por la puerta de la Redacción Central nada menos que el Comandante en Jefe Fidel Castro.

Aún no nos habíamos repuesto de la sorpresa cuando Fidel me pidió un mecanógrafo para que copiara la declaración que él dictaría. Cinco minutos después Fidel le dictaba al mecanógrafo la demanda del gobierno revolucionario al gobierno de Washington de una indemnización en medicinas y alimentos para niños por los daños causados por la invasión mercenaria por Playa Girón.

Cuando el mecanógrafo concluía una cuartilla, me la llevaba para mi mesa de trabajo, donde yo le ponía las marcas correspondientes y la pasaba a teletipos para su transmisión al exterior. Además, yo revisaba el texto para arreglar cualquier palabra mal escrita y escribirla con letra de molde correctamente.

Cuando hacía una de esas operaciones, Fidel se acercó a donde yo estaba y al ver que yo tachaba una palabra y la escribía correctamente a mano, me preguntó por qué lo hacía. Después que se lo expliqué me dijo en son de broma: «No le hagas muchas correcciones, no vaya a ser que la declaración sea tuya y no mía». Todos los presentes rieron, menos yo. Fue un día inolvidable en mi carrera profesional.

CRISIS DE OCTUBRE

La obstinación del gobierno imperialista de Estados Unidos en sus agresiones contra la Revolución Cubana condujo al mundo al borde de una guerra termonuclear en octubre de 1962.

De las causas y consecuencias de la Crisis de los Cohetes o Crisis de Octubre, se ha hablado mucho en el último medio siglo. Yo solo me referiré a hechos menos trascendentes relacionados con la crisis, que revelan la digna actitud de nuestros dirigentes y el pueblo al enfrentarse a esa dramática situación.

Ante la amenaza de una inminente agresión de Estados Unidos, decretó Fidel la alarma de combate y todo el pueblo se dispuso a defender su Revolución. Yo trabajaba entonces en Prensa Latina y me conmovía ver la decisión, podría decirse que alegría, con que mis compañeros periodistas dejaban atrás las máquinas de escribir y empuñaban picos y palas para cavar las trincheras que defenderían hasta las últimas consecuencias.

Otro compañero y yo fuimos designados para revisar todas las informaciones que transmitían las agencias de noticias y enviar a determinados lugares las que se referían a la crisis. Nos turnábamos cada doce horas. Cuando yo no realizaba esa tarea, salía a hacer recorridos por la ciudad y presencié cosas emocionantes. Un día, al pasar junto a los terrenos aledaños al Hotel Nacional, donde se habían instalado varios cañones apuntando hacia el mar, comenzó a llover. Vi entonces a los jóvenes artilleros correr hacia las baterías con sus chaquetas en las manos, no para guarecerse ellos, sino para tapar sus cañones.

En otra ocasión, al cruzar por la esquina de Malecón y 23 vi a una joven pareja que destrozaba sus pasaportes. Al preguntarles por qué lo hacían, me explicaron que iban a viajar a Estados Unidos para visitar a unos familiares, pero desistían para incorporarse a las trincheras de la patria.

Así es nuestro pueblo revolucionario: como mis compañeros periodistas que dejaban atrás sus máquinas de escribir y empuñaban las armas para

defender a la patria hasta las últimas consecuencias; como aquellos artilleros que protegían a sus cañones más que a sus cuerpos; como aquella pareja que renunciaba a viajar para defender a la patria. En fin, como Fidel, que al decir del Che, brilló más que ningún otro estadista en aquellos «días luminosos y tristes».

RECUERDOS DE BRASIL

De mi estancia en Brasil no he podido olvidar a numerosas personas, lugares y anécdotas curiosas. He aquí varios de ellos.

JORGE TIMOSSO

A Jorge Timossi lo conocí un día de febrero de 1960 en Río de Janeiro, entonces capital de Brasil. Hacía solo unos días que yo había arribado a esa ciudad, una de las más bellas del mundo, para hacerme cargo de la corresponsalía de Prensa Latina. Confieso que había llegado allí bastante desorientado. Cuando se decidió en la central de PL, en La Habana, que fuera yo a cumplir esa responsabilidad nunca había viajado al exterior, y aunque tenía varios meses de experiencia en la agencia, no tenía la mínima idea de qué debía hacer como corresponsal extranjero. Jorge Ricardo Massetti, el director, me había dado algunas instrucciones verbales y un montón de cartas donde más o menos se esbozaban los múltiples problemas surgidos en la corresponsalía brasileña de la agencia que pretendía romper el monopolio de la información, ejercido principalmente por empresas norteamericanas.

Mientras viajaba hacia Río a bordo de un DC-6 de la Pan American, pude leer las cartas que me había entregado Massetti. Allí había de todo: desde las dificultades que provocaba el hecho de que PL aún no estuviera legalizada en Brasil hasta las violentas disputas ocurridas entre el personal que trabajaba en la corresponsalía. En una de las cartas se especificaba que como consecuencia de las peleas intestinas varios periodistas de la sucursal fueron despedidos o simplemente se marcharon. Entre estos últimos estaba Timossi.

Una semana en Río me bastó para darme cuenta de que la mayor parte del personal que se mantenía trabajando en la corresponsalía sobraba o dejaba mucho que desear. Exceptué en primer término al brasileño Haroldo Wall, competente y honesto periodista. Por él pude enterarme de las características principales de sus compañeros. Fue por esos días que pedí que me localizaran a Timossi, porque quería conversar con él. Nunca antes lo había visto, ni siquiera en fotografía.

Acudió a mi cita una noche, y nos encontramos en circunstancias especiales: en torno a una mesa del bar del hotel donde me hospedaba y ante sendos jaiboles. No fue necesario que conversáramos mucho tiempo

para que me diera cuenta de tres de las virtudes de Timossi: su trepidante sinceridad, su inteligencia y su amor y comprensión por la Revolución Cubana. Al día siguiente estaba de regreso en la sucursal, y solo unas semanas más tarde era mi brazo derecho, el hombre en quien podía confiar para cualquier tarea por delicada que fuera, mi consejero y, sin que él se diera cuenta, en gran medida mi maestro. Trabajamos juntos, compartimos durante meses el mismo apartamento, nos enfrentamos juntos a varias situaciones complejas, hicimos algunas cosas interesantes y él se reveló como un periodista de fibra. Pero sobre todas las cosas iniciamos una amistad que se fue fortaleciendo con el tiempo, aún después de que yo regresé a Cuba y él a Argentina, su país de origen, siempre vinculados a Prensa Latina.

Después que nos separamos sé que, como había ocurrido antes de mi llegada a Brasil, fue víctima de incomprendiones e injusticias hasta que vino a laborar en Cuba por ser de hecho lo que ya era de intención desde mucho antes: un revolucionario cubano.

Por razones de trabajo nos encontramos después no solo en Cuba, sino también en otros países, y siempre fuimos como hermanos. Y aunque es frecuente que estando los dos en Cuba transcurran meses, y hasta años, sin que nos encontremos o nos pongamos en comunicación, seguimos siendo hermanos, y en cada nuevo encuentro es como si nos hubiéramos visto el día anterior. Es curioso: Timossi sigue considerando que yo fui su maestro en el periodismo, y yo vivo convencido de que es mucho lo que aprendí de él en esa profesión. Por eso, al escribir de mis recuerdos, no puedo dejar de mencionarlo en un lugar estelar.

CAROLINA MARÍA DE JESÚS

Carolina María de Jesús vino a este mundo en São Paulo signada por tres pecados para la sociedad capitalista: era mujer, negra y pobre. La conocí en 1961 cuando yo era corresponsal de Prensa Latina en Brasil y ella surgió de improviso en los medios intelectuales y la popularidad.

Carolina María nació y vivió la mayor parte de su vida en una favela de su populosa ciudad natal. En medio de su dramática existencia tuvo una suerte que está vedada para la mayoría de los moradores de esos lugares: logró aprender a leer y escribir, aunque precariamente.

De su casucha en ese barrio marginal salía todas las mañanas con sus tres hijos menores hacia los basureros próximos, donde recogían papeles, cartones y trapos que después vendían a una empresa que reciclaba esos materiales. Con los míseros centavos que recibían compraba Carolina María alimentos y, de vez en cuando, alguna libreta. Por las noches, aunque escribía malamente, plasmaba sus vicisitudes y algún que otro pensamiento en aquellas libretas. Era un lenguaje rústico, cuajado de errores ortográficos, pero cuajado también de acusaciones contra un régimen social donde a las grandes mayorías les está vedada la satisfacción de las más elementales necesidades vitales.

Un periodista (Audálio Dantas), por azar, descubrió aquel testimonio, pulió la escritura sin afectar el contenido, y editó un libro, *Cuarto de desahogo*, que, por su realismo, se convirtió en un best seller y lanzó a Carolina María a la popularidad. Traducido a otros idiomas y hasta llevado al cine, le proporcionó unos miles de dólares. Compró una casa en Río de Janeiro y vivió allí con ciertas comodidades por algún tiempo. Fue entonces que la entrevisté y me contó cosas conmovedoras de la vida en la favela. Intentó escribir otro libro, este sobre la vida de los ricos, pero no tuvo éxito. Poco después el dinero se esfumó y ella desapareció de los medios intelectuales tan abruptamente como había llegado a ellos, y regresó a la favela. Años más tarde me enteré de que había fallecido. Ya nadie la recuerda, pero su libro continúa teniendo vigencia porque cuenta la vida en esos barrios marginales que rodean las grandes ciudades capitalistas latinoamericanas

hoy como ayer, donde cada día millones de personas viven en la mayor promiscuidad y carecen de los más elementales derechos humanos.

TENORIO CAVALCANTI

Aquel hombre, con la capa negra sobre los hombros, levantó los brazos y prometió categóricamente: «Juro por San Jorge que si salgo gobernador de Guanabara jamás la policía volverá a entrar en esta favela». Los presentes en el mitin, enardecidos, lo aclamaban estruendosamente. Ese hombre era Tenorio Cavalcanti, un destacado político brasileño que llegó a ser diputado federal y aspiró al gobierno del estado de Guanabara, que surgió cuando la capital brasileña se trasladó de Río de Janeiro para Brasilia. Se había dado a conocer años antes, cuando era guardaespaldas de un alto dirigente político y este sufrió un atentado. Tenorio, aunque sufrió varias heridas, logró dar muerte a los tres agresores. Y el político, por gratitud, lo apoyó en una carrera política meteórica que le proporcionó mucha popularidad.

El mitin al que hice referencia se celebraba en una favela de las que circundan a Río de Janeiro y otras grandes ciudades. En esos barrios no solo viven las familias más pobres, sino también delincuentes de todo tipo. Cuando Tenorio formulaba aquella promesa trataba de ganarse los votos de los favelados, que se contaban por cientos de miles.

Por ser muy popular, Tenorio Cavalcanti era entrevistado con frecuencia por la televisión. Y fue precisamente en un programa televisivo que lo vi por primera vez, recién llegado yo a Brasil.

El programa de marras se escenificaba una vez a la semana en casa de alguna destacada persona de la ciudad, y ese día fue en el domicilio de Cavalcanti, junto a su gran piscina. El presentador del programa —uno de los más vistos en el país—, elegantemente vestido, luego de hacer la presentación habitual se dirigió, micrófono en mano, hacia donde estaba Tenorio y le ofreció en nombre de la televisora donar diez mil cruzeiros (unos cien dólares) a un asilo de huérfanos si se dejaba afeitar la barba, que nunca se había rasurado y cuidaba como si fuera un órgano vital de su cuerpo.

Sin inmutarse, ofreció Tenorio el doble de esa suma para no afeitarse. El presentador subió la oferta a cincuenta mil cruzeiros y, para presionarlo, le

dijo: «Piense en los pobres huerfanitos, que tanto se beneficiarían». Y Tenorio reaccionó igual que en la ocasión anterior: ofreció cien mil cruzeiros, y como se dio cuenta de que no tenía alternativa, aceptó rasurarse la barba ante las cámaras, pero le dijo al presentador que ofrecía otros cien mil cruzeiros para que él se bañara en la piscina. Y con sorna le dijo: «Piensa en los pobres huerfanitos».

Logrado el objetivo, el presentador se disponía a despedir el programa, pero Tenorio lo interrumpió y le dijo: «El baño es ahora mismo y ante las cámaras». Como comprendió que no había escapatoria posible, el locutor comenzó a quitarse el saco para darse el chapuzón, pero nuevamente fue interrumpido por Cavalcanti: «El asunto es con toda la ropa». Resignado, el pobre hombre quiso depositar el micrófono en una silla cercana, pero una vez más Tenorio lo interrumpió para decirle: «Con el micrófono también». Y el programa terminó cuando el joven presentador, con el agua hasta el cuello, intentaba inútilmente hablar por el micrófono.

Ya con el presentador metido hasta el cuello en la piscina, luego de hacerle un guiño malicioso Tenorio le dijo: «Ahora sí puede despedir el programa». Por primera vez en muchos años y durante varias semanas se pudo ver a Tenorio Cavalcanti sin su barba, que era uno de los principales rasgos distintivos de su personalidad.

Otros recuerdos imborrables de mi periodo brasileño son:

HAROLDO WALL: excelente periodista brasileño que me sustituyó en 1961 como corresponsal de Prensa Latina en Brasil y se desempeñó en ese cargo hasta el golpe de Estado de 1964, cuando, perseguido por los golpistas, tuvo que venir a vivir para Cuba. Tanto Haroldo como Timossi sirvieron a la Revolución en la trinchera periodística hasta que murieron en Cuba, su segunda patria.

ÁLVARO DE LA ROCHE: joven periodista colombiano que organizó el archivo de la corresponsalía. Este pintoresco personaje, cuya copiosa y negra barba contrastaba con su total calvicie, tenía su día de gloria aquel en que coincidió con Fidel en un ascensor cuando el líder de la Revolución estuvo de visita en Brasil en 1959.

DIÓGENES DA COSTA FILHO: era menudito, con evidente ascendencia indígena y una indiscutible veta cómica. Le estropeó una conferencia de prensa al contrarrevolucionario cubano Luis Conte Agüero al preguntarle por qué le decían «la mulata de fuego».

PASTORINO: un joven abogado argentino que se consideraba izquierdista y antimperialista y demostraba su antimperialismo negándose a tomar Coca Cola.

MARIO ALVES y CARLOS MARIGHELA: destacados y consecuentes dirigentes del Partido Comunista de Brasil (PCB) que tenían una total comprensión de la Revolución Cubana y fueron asesinados por esbirros de la dictadura que entronizó en el poder el golpe militar de 1964. Les rindo mi más sentido homenaje.

RUY MEZQUITA FILHO: director editorial del importantísimo periódico *O Estado de São Paulo*, que perdía su ecuanimidad cuando veía un charuto (tabaco) cubano.

También en Brasil conocí a cuatro destacados intelectuales: el francés Jean Paul Sartre, el argentino Juan Gelman, el uruguayo Eduardo Galeano y el brasileño Jorge Amado.

A Sartre lo conocí en 1960 cuando viajó a Brasil para asistir al lanzamiento del libro *Huracán sobre el azúcar*, acerca de la Revolución Cubana. En esa oportunidad tuve contactos con el novelista Jorge Amado, que fue el anfitrión de Sartre.

Al destacado periodista, poeta y revolucionario Juan Gelman lo conocí durante la revuelta popular en Río Grande del Sur contra el golpe de Estado que se intentaba perpetrar tras la renuncia del presidente Janio Quadros en agosto de 1961. En esa ocasión conocí también a Eduardo Galeano, que entonces escribía para el periódico brasileño *Última Hora*.

De Brasil no he olvidado tampoco:

EL CARNAVAL DA RÚA DE RÍO DE JANEIRO: el más sensacional y colorido espectáculo que he visto en mi vida. Dura cuatro días seguidos, sin descanso. Cientos de miles de personas danzan en las calles (carnaval da rúa) sin parar. Cuando se cansan, reposan en cualquier parque o en los portales de los edificios. Los establecimientos comerciales y financieros permanecen cerrados esos cuatro días, ocurren centenares de reyertas que dejan saldo de varios muertos y cientos de personas arrestadas.

Pasé en Río tres carnavales. El primero me traumatizó; el segundo lo observé como fenómeno social, y en el tercero me involucré, pero no pude entrar en los bailes descritos.

BRASILIA: la más reciente capital brasileña, concebida a mediados del pasado siglo como ciudad del futuro por el mundialmente famoso arquitecto Oscar Niemeyer, gran amigo de Cuba.

EL RÍO AMAZONAS: imponente río que riega gran parte del norte de Sudamérica y que vierte al mar ochenta mil metros cúbicos cada segundo. Al verlo un día a bordo de un avión a cinco mil metros de altura, tenía la impresión de que estaba al alcance de mi mano.

LA FABULOSA SELVA AMAZÓNICA: vista desde el aire, tan tupida, me dio la impresión de que volaba sobre un inacabable mar de color verde.

COPACABANA: la mundialmente famosa y extensa playa que se extiende por varios kilómetros bañando las aceras que ponen límite a Río de Janeiro, «la ciudad maravillosa».

BAHÍA (SAN SALVADOR DE BAHÍA): la capital del estado del mismo nombre, tan parecida a Santiago de Cuba que cuando estuve en ella me daba la impresión de que recorría esa cubana ciudad oriental.

MARACANÁ: gigantesco estadio de fútbol, la pasión deportiva brasileña. No puedo decir cómo me pareció más impresionante: cuando estaba completamente vacío o cuando era uno de los ciento cincuenta mil espectadores que presenciábamos un juego entre el equipo de São Paulo (el de Pelé) y el italiano de Milán.

LAS FAVELAS O BARRIOS MARGINALES: asentados en las laderas de los morros (lomas) que bordean a la ciudad. Son típicos de las grandes ciudades de la mayoría de los países latinoamericanos, donde la promiscuidad y la miseria constituyen permanentes acusaciones contra el sistema capitalista y caldo de cultivo para la drogadicción y la delincuencia.

UNA ANÉCDOTA

Como he explicado en otras de estas anécdotas, en enero de 1963 regreso a Brasil, donde debía permanecer todo el año integrado a la Corresponsalía de Prensa Latina, entonces dirigida por el periodista brasileño Haroldo Wall. En abril de ese año hice una breve visita a Cuba. Para ello aproveché el viaje de un avión de Cubana que había llevado a los deportistas de Cuba que participaron en los Juegos Panamericanos de São Paulo.

Conocí durante ese evento a una joven atleta brasileña que meses antes había estado en Cuba y se había enamorado de un baloncestista cubano, romance que provocó un inesperado incidente meses después.

Cuando viajé a Cuba después de los Juegos Panamericanos, la deportista brasileña me entregó un obsequio para que yo se lo diera a su enamorado cubano. Al regresar a Brasil unos días después, el joven baloncestista me hizo un encargo similar, que también cumplí. El romance se mantuvo a distancia hasta finales de 1963, cuando los Juegos Universitarios Mundiales que se celebraron en la ciudad de Porto Alegre, capital del estado brasileño de Río Grande del Sur. Entre los deportistas cubanos que participaron en ese evento estaba el jugador de baloncesto novio de la brasileña. La prensa se hizo eco del singular romance.

En la víspera de mi regreso a Río de Janeiro, asistí al juego de baloncesto entre Cuba y Francia, donde el joven enamorado fue el héroe indiscutible de la victoria cubana.

A la mañana siguiente esperaba yo en el aeropuerto que se disipara una espesa niebla para que los aviones pudieran partir. En un momento determinado me llamó la atención que un sacerdote que se aproximaba a donde yo estaba cambió bruscamente su rumbo y se alejó con evidente prisa. Al día siguiente tuve la explicación de aquel intrascendente suceso. No era tal sacerdote, sino el joven baloncestista cubano que desertaba para quedarse en Brasil y para no ser reconocido se vistió de cura. Ningún periodista logró localizarlo hasta unos días después, cuando ambos atletas contrajeron matrimonio. Entonces en sus primeras y últimas declaraciones a

la prensa aclaró que solo se quedaba en Brasil por amor y no porque estuviera en contra de la Revolución Cubana. No supe después cómo continuó aquel romance deportivo.

ÁLVARO

Entre mis personajes inolvidables incluyo al colombiano Álvaro de la Roche, quien trabajó conmigo en Río de Janeiro entre 1960 y 1963.

Lo recuerdo por muchas razones: su hirsuta barba negra, su informalidad, su especialidad para siempre llegar tarde a las citas, sus insospechadas justificaciones y sus absurdos inventos.

Tenía, cuando lo conocí, poco más de treinta años de edad y aproximadamente igual número de pelos en la cabeza, en contraste con su abundante barba. Jamás se alteraba, pero incomodaba a cualquiera por sus indisciplinas. No obstante, tenía una especial habilidad de vendedor, y generalmente lo utilizaba en la venta de reportajes y otros trabajos de la agencia a los periódicos brasileños.

La primera vez que discutí con él fue una mañana en que lo había citado para una reunión a las nueve y llegó a las diez y cuarenta y cinco. Trató de justificar su demora de la siguiente manera: «Venía con tiempo suficiente, pero a unas cuabras de aquí, al pasar frente a un edificio de quince plantas, alguien me dejó caer una escupida en la calva. Naturalmente, tenía que averiguar quién había sido el autor de aquel atropello, y preguntando, apartamento por apartamento, llegué hasta la azotea sin lograrlo. Claro — remató— me demoré como dos horas, porque eran treinta apartamentos».

Días después volvió a llegar tarde a una cita, y como justificación me mostró que a uno de los zapatos se le había caído el tacón, y claro, «en esas condiciones tenía que caminar más despacio».

Un mes después lo envié a la ciudad de São Paulo para que firmara un contrato con un periódico local. Le dije que debía estar de regreso al día siguiente sin falta porque tenía que acompañarme a una importante gestión. Le advertí que si no llegaba a tiempo ni se molestara en ir por mi oficina porque automáticamente estaría despedido.

Al día siguiente, por la tarde, me llamó Álvaro por teléfono. Yo, creyendo que estaba de regreso como le había pedido, lo felicité por haber cumplido

esta vez. Pero no: Álvaro no estaba en Río de Janeiro, sino en Belho Horizonte, unos cientos de kilómetros más allá del lugar al que lo había mandado. Como si estuviera apenado me dijo muy suavemente que sin falta estaría en Río dos días después. Le recordé que no se molestara ni siquiera en tratar de verme y que estaba despedido. Tres días más tarde, con su cara tan fresca se me apareció Álvaro en la oficina. Yo, bastante molesto, no quise escuchar sus justificaciones y entonces él puso sobre mi buró tres contratos que había logrado hacerle el más importante periódico de Belho Horizonte y no uno, sino dos, que consiguió con el periódico de São Paulo, para que Prensa Latina les suministrara materiales periodísticos. Era todo un éxito que nos permitía contribuir a quebrar el bloqueo que en la prensa de Brasil, y de todo el continente, se levantaba contra la Revolución Cubana.

¿Podía despedirlo después de aquel éxito tan importante para Prensa Latina?

Otra faceta interesante de Álvaro de la Roche era su inventiva. Cito a continuación dos de sus geniales inventos:

Meter los platos dentro de una bolsita de nailon al usarlos, y una vez utilizados sacar la bolsita, fregarla y guardarla para otra ocasión. «Así — decía — se ahorran las amas de casa el engorroso fregado de los platos». No dio respuestas cuando le preguntaron qué se ahorra y qué ocurría con las bolsitas cuando se picaba la carne.

El otro invento era aún más disparatado: consistía en «refrigerar» la inmensa ciudad de São Paulo. Para ello, según Álvaro, bastaba con poner alrededor de la ciudad miles de globos cautivos que sostendrían grandes tubos por los cuales el vapor que se genera en la urbe, como todos los gases, subiría a las capas superiores de la atmósfera y abajo quedaría una temperatura agradable.

Genial, ¿verdad?

PLAYA GIRÓN VISTO DESDE BRASIL

En abril de 1961 ocurrieron dos acontecimientos de trascendencia mundial: el viaje al cosmos del astronauta soviético Yuri Gagarin, y días después la agresión mercenaria a Cuba por Playa Girón, patrocinada por el gobierno imperialista de Estados Unidos.

De ambos acontecimientos se ha escrito mucho durante décadas: sus causas, consecuencias y repercusión. Lo que cuento a continuación es la mirada de quien a la sazón era el jefe de Corresponsales de Prensa Latina en Brasil.

Pocas veces en mi vida profesional escuché un barraje informativo tan extraordinario. Desde el día 12 de ese mes, los noticieros radiales y televisivos casi no transmitían informaciones que no estuvieran relacionadas con el vuelo cósmico de Gagarin, pero a partir del día 15 la casi totalidad de las noticias se referían a la situación en Cuba. Aviones procedentes del exterior bombardearon aeropuertos cubanos, y dos días después se producía el desembarco mercenario por Playa Girón.

Todavía Prensa Latina no tenía la autorización oficial para distribuir informaciones a la prensa, por eso yo me trasladé para la embajada, donde solo había tres funcionarios: un encargado de negocios y dos secretarios, con un mimeógrafo. Dejé en la corresponsalía al periodista brasileño Haroldo Wall. Montevideo sí tenía comunicación directa con La Habana. Les pedí que cuando recibieran información oficial desde Cuba llamaran por teléfono a Haroldo y se la pasaran. Entonces Haroldo me llamaba a la embajada, yo reproducía la información, y la embajada la distribuía a los periódicos. Fue así que fueron publicados los partes emitidos por la Revolución.

Sabía que las agencias norteamericanas de noticias tergiversaban o mentían con frecuencia, pero nunca escuché tantas mentiras como las que divulgaron sobre aquella agresión a Cuba. Menciono a continuación algunos ejemplos:

«Los patriotas (así se referían a los mercenarios) están a catorce kilómetros de La Habana».

«Miles de milicianos se sumaron a los invasores».

«Fidel Castro se asiló en la embajada de México en La Habana».

«Raúl Castro murió en combate».

«El Che Guevara, derrotado, se suicidó».

Llegaron inclusive a difundir ideas tan absurdas como la de que los invasores habían tomado el puerto de Bayamo, ciudad que como sabemos, no está en la costa y por lo tanto carece de puerto.

A los brasileños amigos que nos visitaban en la embajada les llamaba la atención que permaneciéramos totalmente serenos ante tan alarmantes noticias. Les explicábamos que estábamos absolutamente seguros de que, por absurdas, eran falsas.

Algunos elementos contrarrevolucionarios nos llamaban por teléfono amenazándonos con asaltar la embajada. Por eso nos turnábamos haciendo guardia junto a la puerta de entrada, dispuestos a defender la sede hasta las últimas consecuencias. Nunca se atrevieron.

De todos modos aproveché el viaje de un avión cubano a Río de Janeiro para recoger a los invitados a los actos por el 1ro. de mayo en Cuba, y regresé a La Habana el día 30 de abril.

Mi regreso a Cuba tuvo, en medio de la incertidumbre del momento, un final feliz. Mi esposa Silvia, quien había viajado a Brasil con mi hijo José Luis poco después de mi llegada a Río en 1960, quedó embarazada y, cuatro meses después de la confirmación de su maternidad, regresó a La Habana con José Luis a fin de poder contar con la compañía de la familia en el momento del nacimiento de nuestra hija. Claro está, en aquella época no existían los adelantos científicos de ahora y desconocíamos el sexo de nuestro futuro vástago.

Silvia tenía fecha de parto precisamente para los días en los que se desarrollaba la épica batalla de Girón. Por ello yo me mantenía al tanto de cualquier cable personal que me llegara de Cuba, en espera de la noticia.

Llego pues a la embajada cubana y le pregunto a Haroldo si no se había recibido ningún cable de Silvia. Me responde que sí y me lo entrega. En él decía: «Vencimos. Hembra. Todos bien». Mi querido Haroldo leyó el cable y le dio una interpretación errónea: «Vencimos a la hembra» (o sea, a los yanquis), y como ya sabíamos la noticia de la victoria del pueblo en Girón, guardó el cable en una de las gavetas de su escritorio. Mi hija había nacido el 20 de abril.

Le pregunté: «Haroldo, ¿qué tiempo lleva este cable aquí?». «Seis horas», fue su respuesta. «¡Me has estado ocultando que soy padre de una niña!». Inmediatamente, en medio de la alegría general que se produjo entre los presentes, destapamos una botella de champán y comenzamos a brindar por la victoria de Girón y por mi hija. Fue entonces que le escribí un cable a Silvia diciéndole: «Felicidades. Se llamará Victoria».

Muchos años después de esta anécdota, siendo ya una joven estudiante universitaria, mi hija María Victoria y yo nos encontramos casualmente en los bajos del hotel Habana Libre con Haroldo Wall, quien después del golpe de Estado en Brasil se había exiliado en Cuba. Hacía años que no nos veíamos, y nos abrazamos con gran alegría. Haroldo insistió en que lo acompañáramos al bar Las Cañitas, y allí compartimos un rato de conversación. Haroldo miró a María Victoria con ojos de culpa y le dijo: «Y pensar que yo le estuve ocultando a tu padre que tú habías nacido». María Victoria lo miró, sonrió dulcemente y le respondió tranquila: «No se preocupe, Haroldo, yo sé que fue involuntario».

PLAYA GIRÓN VISTO DESDE CUBA¹⁷

No se lo pregunté, pero cuando Guillermo de la Cuesta Álvarez se batía al frente de su Batallón 111 en Playa Girón, quizás pensó en algún momento en los días apacibles —no tan distantes en el tiempo— en que se desempeñaba como *dealer* en una sala de juego del hotel Comodoro.

Habían transcurrido poco más de dos años desde aquellos «tiempos felices» en que se codeaba con millonarios cubanos y turistas extranjeros adinerados y ganaba mil doscientos pesos mensuales. Ahora, en Girón, era teniente de las milicias obreras y campesinas, ganaba ciento sesenta y seis pesos y estaba batiéndose a tiros con los mercenarios que habían desembarcado con el propósito de restablecer en Cuba los privilegios y vicios del pasado, entre ellos la casa de juego del Comodoro.

«En estos veintisiete meses y medio de Revolución —me dijo— he comprobado que existe otro mundo muy diferente de aquel que me rodeaba hasta 1959, y que por cada uno de aquellos hombres que podían jugar y perder en una noche miles de pesos, existen millones que no tienen ni un centavo para comer».

Por eso no hubo vacilación, sino orgullo y entusiasmo cuando le ordenaron el 17 de abril de 1961 trasladarse a Jovellanos con los novecientos noventa y seis hombres de su batallón, pues cerca de allí se había producido un desembarco enemigo. «No fue una tarea fácil llegar hasta allí. Tuve que requisar en primer término cuarenta y dos camiones y otros vehículos para transportar a mis hombres, pero más o menos a las seis de la tarde llegamos a nuestro destino. Estaba comenzando una de las etapas más inolvidables de mi vida.

»El primer gran impacto me lo produjo el encuentro con Fidel poco después de llegar con mis hombres a las proximidades del central Australia. Luego de hablar por teléfono varias veces, dando órdenes sobre el combate, se viró hacia mí y me dijo: "Teniente, tu batallón tiene que internarse en la ciénaga. Pasarán por Pálpite, que es nuestra posición más avanzada. De ahí para allá está el enemigo. Seguirás a Soplillar, Cayo Ramona y Helechal y finalmente

Playa Girón. Debes tener presente que a las seis de la mañana te van a bombardear, así que protege a tu gente". Y así ocurrió exactamente.

»Sentí como si me hubieran puesto un tanque sobre los hombros. Aquel torrente de orientaciones y otras que me dio después tenía que conservarlas en la memoria, y yo no quería fallar en nada. Ahora que han pasado tantos años recuerdo que al completar aquella primera misión de guerra pensé que se trataba de una película que ya había visto, porque todo se desarrolló casi exactamente como Fidel nos dijo allí en el Central Australia».

El relato de Cuesta se desliza tan velozmente como lo hizo su batallón por la ciénaga hasta llegar a Playa Girón.

«Habíamos capturado a varios paracaidistas, fuimos bombardeados por la aviación enemiga y, ya en Girón, estábamos nuevamente ante Fidel. Allí estaban los tanques, que debían avanzar hacia el enemigo, que ya se batía en retirada. Fidel da las últimas órdenes y aborda el tanque de la retaguardia. De nada valieron nuestras protestas o recomendaciones de que se mantuviera alejado del centro de la batalla.

»Los oficiales que estábamos allí, como no pudimos impedir que el Comandante en Jefe fuera hacia el vórtice del combate, sin ponernos de acuerdo previamente coincidimos todos en seguir tras los tanques, tras Fidel».

La otra anécdota se produjo poco antes de que Guillermo y sus hombres, obedeciendo las órdenes de Fidel, penetraran en la ciénaga. Recuerda Guillermo que Fidel le dijo:

«Oye lo que te voy a decir: los carboneros y los campesinos están escondidos en cuevas para protegerse de los bombardeos. Cada campesino tiene un bohío, cada bohío tiene una salita, en cada salita hay una mesita y sobre cada mesita un bucarito. Cuando tengan necesidad y posibilidad de comer, ustedes cogen una gallina, un chivito, una vaquita, cogen también un papel y escriben en él: "Compañero campesino, hemos tenido necesidad de coger dos chivitos, una vaquita, o lo que sea... Y ponen el papelito debajo del bucarito para que cuando los campesinos regresen lo encuentren y pagarles esas cosas cuando termine esta guerra".

»Para nosotros resultaba fabuloso que en medio de tan compleja situación Fidel tuviera presente aquellas cosas, aparentemente tan insignificantes. Después comprenderíamos que también por esas cosas todos sentimos tanta confianza en él.

»Por orientaciones de Fidel tendimos un cerco y mi batallón capturó a ciento setenta y ocho mercenarios. Aquello duró varios días, durante los cuales Fidel nos impartió orientaciones personalmente dos veces al día, y con frecuencia me conmovía pidiéndome mi parecer sobre tal o cual aspecto. Yo, que era un humilde teniente».

Guillermo, como otros miles de jóvenes cubanos de entonces, supo ocupar su puesto de combate para defender la patria agredida, como lo hicieron también los jóvenes que en tierras distantes cumplieron el deber internacionalista de ayudar a otros pueblos, como lo hacen hoy los que salvan vidas en decenas de países y los que en nuestra tierra aportan con la misma decisión el difícil y prolongado combate por la economía que seguramente también ganaremos.

TEMAS DE PERIODISMO

Mis afanes por el periodismo comenzaron cuando tenía 9 años de edad y, por las calles de Guantánamo «voceaba» el periódico *Adelante*, que se editaba en Camagüey, y las revistas *Carteles* y *Bohemia*. Así me ganaba unos centavos para ayudar a mi familia, pobre como la mayoría de las del país.

Después, cuando estudiaba magisterio y ya graduado de maestro comencé a trabajar en una escuela estatal de La Habana elaboraba, mecanografiados, periodiquitos que repartía entre los alumnos.

No fue hasta 1950 que pude ingresar en la escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling. Ingresar en aquella escuela técnicamente muy buena no era nada fácil. Además de poseer un título de nivel medio como mínimo, era esencial que te apadrinara alguno de los profesores de la escuela, entre los cuales se distribuían las plazas de ingreso, setenta y cinco cada año.

Si difícil era ingresar, mucho más lo era completar los cuatro años y graduarse. Algunos de los profesores, que eran muy competentes, te hacían la vida imposible con el fin de que te arrepintieras y desertaras. No les interesaba que se graduaran muchos periodistas que podrían convertirse en sus competidores. Hasta que yo me gradué, en 1954, ningún curso había concluido con más de veinte estudiantes de los setenta y cinco que habían ingresado.

Para mí fue particularmente difícil, porque a la precaria situación económica y la falta de tiempo para estudiar se sumó, a partir de 1952, la represión desatada por la tiranía de Fulgencio Batista, pues era especialmente vigilado por los profesores batistianos, que conocían de mis ideas revolucionarias.

Después de graduarte empezaba otra odisea: conseguir un trabajo en alguno de los órganos de prensa. Yo comencé a ejercer la profesión como suplente en el noticiero de una emisora de radio, pero me despidieron poco después

porque violé en algunas ocasiones la censura de prensa. No volví a trabajar en el medio hasta después del 1ro. de Enero de 1959.

TAREAS ESPECIALES

En el desempeño de la profesión periodística tuve el privilegio de realizar tareas que conservo en la memoria como «especiales». Cito entre ellas las siguientes:

ENTREVISTA AL CABO LARA

En noviembre de 1959, como periodista de Prensa Latina, viajé a la ciudad de Pinar del Río para informar sobre el juicio que se celebraría a un grupo de contrarrevolucionarios que se habían alzado en esa provincia y fueron capturados. Entre los encausados figuraban el notorio esbirro batistiano conocido como Cabo Lara (Luis Lara Crespo), un expolicía, también criminal, de apellido Morffi (José Antonio Vicente Morffi Reyes), y dos extranjeros: uno norteamericano (Austin Young) y otro británico (Peter Lambton), ambos residentes en Miami.

Al arribar a Pinar del Río fui a ver al entonces jefe militar de la provincia, el comandante del Ejército Rebelde Dermidio Escalona, con el objetivo de que me facilitara el trabajo, pues, según me habían informado, estaban en su poder los documentos relacionados con el proceso.

Escalona me informó que el juicio había sido suspendido por tiempo indefinido, pero como yo quería de todos modos aprovechar el viaje, le pedí autorización para consultar los documentos y también información sobre un plan agrícola (PR-4) que el comandante patrocinaba en la zona más occidental de la provincia. No solo accedió a ambas peticiones, sino que puso a mi disposición un automóvil con su chofer para facilitarme el trabajo.

Después que revisé superficialmente el expediente del proceso a los contrarrevolucionarios capturados, me trasladé a la cárcel local donde estaban reclusos con el fin de obtener más información. Casualmente allí se encontraba el Comandante Juan Almeida Bosque, quien me sugirió que entrevistara por separado a Lara y a Morffi. En una pequeña celda me reuní primero con Morffi y después con Lara. Morffi, que era tan charlatán como criminal, fue muy locuaz. Cuando le hice mi primera pregunta sobre su alzamiento en las lomas, me dijo que lo hizo porque tenía miedo de que lo encarcelaran, pues, aunque él no había cometido ningún crimen, sí había sido policía durante la tiranía. Hipócritamente se deshizo en críticas a los esbirros que habían asesinado a mansalva a muchos jóvenes y me relató que él, trabajando algunas veces en una Casa de Socorros (postas médicas de

entonces) en La Habana, había bañado cadáveres de jóvenes asesinados que llegaban allí «para que sus familiares no los vieran tan estropeados». Me citó el caso del asesinato de los hermanos Saíz con tanto detalle, que para mí era evidente que había participado en el abominable crimen. «Yo quisiera que tú hubieras visto eso —me dijo—, le dispararon a boca de jarro».

Lo interrumpí y le pregunté: «¿Y tú no disparaste?». «No, yo no disparé», me respondió, y al darse cuenta de que prácticamente había confesado su participación en los hechos, rectificó: «Yo no podía haber disparado porque no estaba allí». Para mí era suficiente, pero él concluyó la entrevista con las siguientes palabras: «Yo sé que a mí me van a echar años de cárcel por haber sido policía, pero no me fusilarán porque Fidel Castro ha dicho que se suspendió la pena de muerte, y cuando ese dice algo, es así».

Por cierto, poco después de esta entrevista fue restablecida la pena de muerte y Morffi y Lara fueron pasados por las armas.

La entrevista con el Cabo Lara fue mucho más breve y repugnante. Su entraña criminal y su cinismo se reflejaban en su mirada huidiza. Fue lacónico. No respondió directamente a mis preguntas, ni siquiera a las menos comprometedoras. Y como para pedirme que me fuera se puso de pie y con amenazante altanería me dijo: «Yo sé que a mí me van a fusilar, pero no me importa. Tengo un hijo de cuatro años que cuando crezca vengará mi muerte».

Como fue cínico y su torva mirada expresaba odio no pude reprimir el deseo de hacerle una pregunta malintencionada. Le dije que algunas personas le atribuían ocho asesinatos y otros solo cinco, y le pregunté: «¿Quiénes tienen razón?». Su respuesta fue tan lacónica como brutal: «Ponga los que usted quiera».

EN LA RDA

Durante el ejercicio de mi profesión periodística tuve que realizar viajes a decenas de países. Uno de los que más recuerdo es el que hice a la entonces República Democrática Alemana (RDA) en 1965, invitado por la agencia de noticias de ese país (ADN). De ese viaje a la RDA recuerdo especialmente las visitas a Buchenwald, el castillo de Cecilienhof, el museo de Dresden y el puerto de Rostock.

Buchenwald, entonces convertido en museo, era uno de los campos de concentración creados por los nazis donde fueron exterminados millones de personas mediante los más crueles procedimientos.

Durante un recorrido de dos horas pude ver evidencias de la barbarie de las SS, uno de los más criminales exponentes del nazismo: los hornos donde fueron cremados millares de prisioneros, muchos de ellos vivos.

Me impresionaron también las lamparitas de mesa, con pantallas confeccionadas con piel de seres humanos cubiertas de tatuajes, y cabezas de hombres y mujeres reducidas mediante procedimientos químicos. Un sobreviviente del campo de concentración (José Celada) que nos acompañó durante el recorrido nos contó los horrores vividos allí. La voz le temblaba a mi guía cuando me relataba cómo en pleno invierno y vestidos con un simple camisón eran trasladados a pie a una fábrica de armamento distante unos diez kilómetros y los hacían trabajar doce horas diarias. Después los mantenían de pie a la intemperie durante horas y el único alimento que les daban en el día era un cuarto de libra de pan.

Eran tantos los tormentos a que eran sometidos los prisioneros que muchos de ellos preferían electrocutarse lanzándose contra las cercas del campo, cuyos alambres eran energizados con electricidad de alta tensión.

El castillo de Cecilienhof estaba ubicado entonces en la provincia de Postdam, cercana a Berlín. En uno de sus salones se reunieron en 1945, a raíz de la derrota de Alemania en la Segunda Guerra Mundial, gobernantes de las potencias aliadas (URSS, Estados Unidos, Inglaterra y Francia), y

acordaron diversas medidas con el espíritu de que nunca más ocurriera una conflagración bélica como aquella.

Mi acompañante e intérprete aprovechó ese viaje para llevarle a un amigo que allí residía una bolsa llena de naranjas que había comprado en Berlín. Mientras esperábamos que nos abrieran la puerta, yo contemplaba la cantidad de manzanas y peras que se habían desprendido de los árboles del patio de la casa y se pudrían en el piso. Y me sorprendió la gran alegría que mostró el dueño de la casa cuando le entregaron las naranjas, «el mejor regalo que había recibido ese año», según afirmó.

El museo de Dresden, por su parte, atesoraba originales de obras de varios de los más famosos pintores y escultores de la historia (Rembrandt, Tiziano, Van Dyck, Van Eyck, Rubens, Veronese, Rafael...). Estuve en la iglesia donde cantaba (y está sepultado) Juan Sebastian Bach, y también en la taberna donde tuvo escenario la ópera Fausto.

Vi también fábricas modernas, cooperativas agropecuarias, comercios, periódicos, montes, valles, ríos y mil y otras cosas. Estuve hospedado, además, en el famoso hotel Unter den Linden, en el centro de Berlín, muy cómodo y bonito.

La ciudad aún mostraba las huellas del bárbaro bombardeo a que fue sometida por la aviación norteamericana cuando ya la guerra tocaba a su fin. Poco después harían lo mismo con las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, pero con bombas atómicas.

En el puerto de Rostock, único contacto de Alemania con el mar, conversé con varios obreros integrantes de una brigada de solidaridad con Cuba que tenía por nombre Fidel Castro. Uno de los obreros me dijo que su sindicato tenía un cargamento de juguetes para enviar a Cuba, pero no sabían a quién dirigirlo. Me invitó, además, a visitar un local que tenía su brigada portuaria. Le sugerí que enviaran los juguetes a la CTC y le di su dirección en La Habana. Así lo hicieron días después.

En Leipzig me llevaron al lugar donde se instalaba cada año una feria industrial que tenía fama mundial. Cuando salimos de allí, mi acompañante alemán me llevó a almorzar en el mejor restaurante de la ciudad. Revisando

la carta me llamó la atención que uno de los platos del día era «arroz con pollo a la cubana», y no vacilé en pedirlo. Lo único diferente, lo que lo «cubanizaba», era que estaba acompañado de plátanos maduros fritos.

Mi visita a la RDA se produjo en 1965, es decir, veinte años después de concluir la Segunda Guerra Mundial y constituirse la RDA como nación independiente del resto de Alemania, la RFA. A nadie por aquella época se le ocurría pensar que resurgiera el nazismo o que se produjera la reunificación con la RFA. Por eso me sorprendió sobremanera que, años después, conversando con Raúl Valdés Vivó, me dijera que la fusión de ambas Alemania era no solo posible, sino inevitable. La vida le dio la razón.

Cuando leo alguna de las frecuentes informaciones sobre acciones criminales cometidas por grupos neonazis en varios países, pienso en Buchenwald y en los cincuenta millones de muertos durante la guerra mundial desatada por los nazis en 1939.

Luego de conocer las atrocidades que cometen en Iraq y Afganistán las tropas del imperialismo norteamericano, duele pensar que la ultraderecha estadounidense pudiera conducir al mundo a un holocausto semejante.

EXPO 67

A mediados del mes de julio de 1967 disfrutaba yo de unas cortas vacaciones en la playa El Mégano en compañía de mi familia cuando me fueron a buscar de Prensa Latina para encomendarme una tarea: ir como reportero a la ciudad canadiense de Montreal, donde se celebraba la Exposición Mundial de 1967 (Expo 67). Viajaría junto con la delegación oficial cubana que estaría presente en las actividades que se celebrarían allí en ocasión del Día de Cuba, el 26 de Julio. Comenzó así para mí una interesante tarea que concluiría dos meses después.

Esa misión periodística en Montreal me proporcionó valiosas experiencias. Más de cien pabellones de países de todo el mundo ocupaban varias hectáreas y mostraban a los visitantes los adelantos, la historia y las culturas más diversas. Era una gigantesca Torre de Babel donde en unos minutos podías encontrarte con ciudadanos de varios países y escuchar no menos idiomas diferentes.

El pabellón cubano en la Expo era quizás uno de los más pequeños entre los más de ciento cincuenta que formaban virtualmente una barriada cosmopolita, pero era también uno de los más visitados. Tres meses después de la inauguración ya lo habían recorrido más de un millón de personas. Además de las salas de exposición, tenía un restaurante donde se servían especialmente comidas típicas cubanas y un acogedor bar donde se tomaba cerveza, ron y los más variados exponentes de la coctelería cubana. El bar y el restaurante estaban en la parte alta del pabellón, y en la parte baja, adonde se llegaba por una escalera de caracol, se encontraba la cocina. Un pequeño ascensor servía para bajar los pedidos y subir el servicio.

Para realizar mi función periodística yo permanecía la mayor parte del día en el restaurante, el bar o la cocina, y fui testigo de muchos incidentes, algunos de los cuales relataré a continuación.

Muchas veces comenzaba mi trabajo con una visita a la cocina. Desde allí podía saber por los pedidos si había mucha gente en el restaurante, y más o menos cuántos de los comensales eran cubanos, pues la casi totalidad de

ellos pedían frijoles negros, que era uno de los platos especiales del pabellón.

Una buena parte de esos visitantes cubanos estaban exiliados en Estados Unidos y viajaban en excursiones a Montreal para recorrer nuestro pabellón, comer frijoles negros a la cubana y tomar cerveza Hatuey, daiquirí y Cuba Libre. Con ellos ocurrían cosas simpáticas. Por ejemplo, alguno de los camareros se acercaba a una mesa para atender a los clientes que allí se habían sentado, y estos comenzaban a solicitar, en inglés, lo que deseaban comer. El camarero, que por la vestimenta y lo que pedían adivinaba que eran cubanos, les decía: «¿Por qué no me hablan en español y acabamos más rápido?». Una carcajada colectiva y una fluida conversación en español era por lo general el resultado.

Uno de los hechos que más recuerdo es el que ocurrió uno de aquellos días en que el bar estaba lleno de cubanos y en un momento determinado una de las consumidoras, que hasta entonces solo había hablado en inglés, pero que ya estaba entrada en tragos, comenzó a llorar y en un español muy cubano exclamaba sin poder contenerse: “¡Una Hatuey, estoy tomando una cerveza Hatuey, después de tantos años!

El día en que esperábamos al visitante número un millón ocurrió un incidente que, aunque en cierta medida grotesco, tiene su veta cómica. Dos visitantes, que habíamos identificado inequívocamente como cubanos, recorrían el salón de exposiciones donde mediante fotografías se mostraban los logros de la Revolución. Uno de ellos, después de hacer un comentario insidioso, se acercó a una de las guías del pabellón y, haciéndose el gracioso, intentó darle un beso. Ella le dio un manotazo tal que el atrevido rodó escaleras abajo, y hubo que llevarlo a la enfermería sin conocimiento.

Llamaba la atención entre los visitantes muchos norteamericanos, evidentemente adinerados, pues pagaban cualquier suma por una caja de tabacos.

Durante mi permanencia en Montreal participé en una excursión del personal cubano a las cataratas del Niágara. Fue una experiencia extraordinaria y contradictoria. Cuando nos acercábamos a esa monumental obra de la naturaleza, crecía mi admiración por su magnitud y belleza, pero

poco después cambiaron mis impresiones. Para pasar a las proximidades de las cataratas teníamos que pagar; para contemplarlas desde un mirador las tarifas aumentaban de acuerdo con la altura, y verlas desde lo más alto mucho más. Tanto mercantilismo capitalista por ver un accidente geográfico natural me empequeñecía su magnitud.

CHILE

En 1970 acompañé como periodista a la delegación oficial cubana que, presidida por Carlos Rafael Rodríguez, asistió a la toma de posesión del recién electo presidente chileno Salvador Allende.

Se producía entonces un cambio muy positivo en el gobierno del país austral, pero no había cambio alguno en el ejército y demás fuerzas represivas. Por eso Miguel Enríquez, máximo dirigente del MIR (a quien considero uno de los más auténticos revolucionarios del continente), se mantenía en la clandestinidad, y yo pretendía entrevistarlo. Llegar a él no me resultó más complicado porque conté para ello con la colaboración del periodista revolucionario y gran amigo de Cuba Manuel Cabieses, quien me condujo hasta una residencia de un suburbio de la capital chilena donde me esperaba Miguel Enríquez.

No fue aquella una entrevista, sino una larga conversación de varias horas durante la cual, con extraordinaria lucidez, el destacado revolucionario me habló de la situación del país, de los proyectos progresistas de Allende y de la posibilidad de un golpe de Estado militar auspiciado por la reacción interna y el imperialismo norteamericano. Me habló también del respaldo que su organización daría al gobierno de Allende y de las acciones revolucionarias que realizarían si se producía el golpe de Estado.

La prolongada conversación llegaba a su fin. Se ofreció para llevarme hasta las proximidades del hotel donde yo me alojaba, pero me hizo una advertencia: «Estoy armado, y si por casualidad se produce un incidente con algún policía no me dejaré detener y habrá disparos».

Le agradecí la observación y acepté la invitación. Unos minutos después descendía yo de su modesto automóvil a unas seis cuadras del hotel.

Los pronósticos de Miguel Enríquez se hacían realidad tres años después con el cruento golpe de Estado dirigido por Augusto Pinochet y la muerte del destacado dirigente revolucionario en un enfrentamiento armado contra tropas del ejército. Detectado en una residencia de Santiago de Chile, fue atacado por fuerzas militares que utilizaron hasta armamento pesado para

tratar de capturarlo. Murió junto con unos pocos de sus compañeros, peleando hasta la última bala. Era uno de los más brillantes, valientes y lúcidos revolucionarios chilenos.

En el desempeño de mi función periodística entrevisté, a veces en la clandestinidad, a varios dirigentes revolucionarios latinoamericanos. Miguel Enríquez fue el que más me impresionó de todos.

UN LARGO VIAJE

En 1972 tuve el privilegio de formar parte del grupo de periodistas que acompañó a la delegación cubana que presidida por Fidel, recorrió varios países de África y Europa. Mucho aprendí durante ese viaje, del que guardo recuerdos trascendentes. Estuve en Guinea, Sierra Leona, Argelia, Bulgaria, Rumania, Hungría, Polonia, RDA y la Unión Soviética. Fue mi primer contacto con los pueblos de África.

El primer país de la extensa gira fue la República de Guinea, presidida entonces por Sékou Touré. Fue extraordinario e impactante el espectáculo artístico cultural con que fue oficialmente recibida la delegación cubana en el estadio deportivo de Conakry, la capital guineana, copados sus diez mil asientos por hombres y mujeres que vestían una prenda similar a una guayabera, todas blancas. Concluido el singular espectáculo, partieron Fidel y su comitiva, acompañados por Sékou Touré y su séquito, hacia el Palacio Presidencial, donde tendría lugar una breve conversación, a la cual, como es habitual, no asiste la prensa.

Puedo decir que casi por accidente entré en el Palacio, aunque me mantuve discretamente apartado hasta que el presidente guineano y sus acompañantes se retiraron y la delegación cubana quedó a la espera de los automóviles que los trasladarían a las casas de protocolo donde se hospedarían. Entonces Fidel, seguido por la mayoría de los presentes, entre ellos yo, comenzó a recorrer el amplio salón, mientras expresaba su más cálida admiración por el espectáculo de bienvenida y emitía otros juicios sobre el viaje que acababa de iniciarse.

En un momento determinado, el Comandante en Jefe se quedó mirando para la grabadora que yo llevaba colgada del cuello y me preguntó si estaba grabando. Le respondí que sí, que todo estaba allí e iba a sacar el casete para entregárselo, pero él me detuvo y me dijo: «No, sigue grabando, tú tienes que saber qué debes y qué no debes publicar de cuanto te dije aquí en confianza». Y así lo hice, lo publiqué todo menos algunos adjetivos un poco ásperos que había expresado en confianza. Poco después llegaron los

automóviles, la delegación se marchó, y yo emprendí el camino para el hotel donde me hospedaba.

Una de las cosas que más me impactaron en Guinea fue el subdesarrollo de ese país, saqueado durante siglos por la metrópoli francesa.

Tenía Conakry entonces una avenida principal y solo había un semáforo en una de sus esquinas. Los demás se los llevaron los colonialistas cuando se vieron obligados a otorgarle la independencia a Guinea, como se llevaron también el único ascensor que estuvo instalado en el Ministerio de Comunicaciones. El colmo: se llevaron el folio del Registro de Nacimientos de la ciudad de Faranah, en el que constaba el nacimiento de Sékou Touré.

ARGELIA

El segundo país visitado por Fidel en aquella extensa gira de 1972 fue Argelia, entonces presidida por Houari Boumedienne. Al día siguiente de la llegada, la delegación cubana, acompañada por el presidente argelino, inició un recorrido por varias ciudades que duró cinco días. Yo tuve que quedarme en Argel, la capital, con la misión de elaborar diariamente un boletín de noticias de Cuba y el resto del mundo, que recibíamos por teletipos instalados en un local de la embajada de Cuba.

Alrededor de las seis de la tarde de cada día, alguien de la delegación cubana, a veces el propio Fidel, llamaba por teléfono y yo le leía las noticias.

El día en que debían regresar a Argel, al mediodía, llamó Fidel y, como en ocasiones anteriores, me hizo varias preguntas sobre diversos temas, cosa que me ponía nervioso, porque a veces no estaba seguro de que fueran razonables mis respuestas. Finalmente me preguntó si sabía qué comida iban a servir en la recepción que se haría esa noche a la delegación y sus acompañantes. Le respondí que no, pero que había visto en la cocina un recipiente lleno de pollos descuartizados. Casi sin dejarme terminar me confesó que lo que a él le gustaría comer esa noche era arroz con picadillo y plátanos fritos. Cuando terminó la conversación se lo conté a la esposa del embajador y todos los allí presentes se pusieron en función de conseguir esos alimentos. Y esa noche todos comimos arroz con picadillo y plátanos fritos. El Comandante en Jefe estaba muy contento y nos contó varias anécdotas sobre el viaje. Así es Fidel: de una sencillez conmovedora, no obstante su grandeza, reconocida en todo el mundo.

BULGARIA

De Argelia viajaron Fidel y su comitiva a Bulgaria, siguiente escala del extenso recorrido. Unas horas antes yo había salido en el avión «satélite» que acompañaba a la delegación. Debía estar en la capital búlgara para informar sobre el arribo del Comandante.

La nave salió de Argel sin confirmar el plan de vuelo. Se pediría la autorización correspondiente cuando fuéramos a volar por algún país. Al hacerlo sobre Italia las autoridades de esa nación negaron el permiso y advirtieron al piloto que si volábamos sobre territorio italiano enviarían en nuestra persecución un avión militar para obligarnos a aterrizar o derribarnos. No quedó más remedio que regresar a Argel, pues no era suficiente el combustible de la nave aérea para seguir por otro rumbo. Cuando llegamos a la capital argelina ya había partido hacia Bulgaria la delegación cubana. Llegamos a Sofía en horas de la noche, cuando se celebraba una cena en honor de los visitantes. Fidel se enteró del incidente y nos pidió al piloto y a mí que le relatáramos lo ocurrido. Nos escuchó con atención y nos hizo una pregunta sorprendente, seguro que para probar nuestra capacidad de respuesta: «¿Por qué no continuaron para ver si era verdad que salían a perseguirlos?».

Yo solo acerté a responderle: «En ese caso, Comandante, no podríamos ahora hacerle el cuento». Se sonrió y continuó conversando con sus anfitriones.

Es justo reconocer que las autoridades búlgaras fueron muy amables y deferentes, no solo con la delegación oficial, sino también con los periodistas que la acompañábamos.

PANAMÁ

En los años setenta del pasado siglo el entonces presidente de Panamá, general Omar Torrijos, mostraba en sus declaraciones una clara intención de acercamiento a Cuba. No existían entonces relaciones diplomáticas entre ambos Estados, habían sido interrumpidas por mandato de la OEA. Por un acuerdo suscrito entre las instituciones deportivas de Cuba y Panamá, en agosto de 1972 viajé a ese país con una delegación deportiva cubana (un equipo de polo acuático y tres ciclistas) invitada por autoridades del país del istmo con vista a celebrar topes bilaterales. Al frente de la delegación iba un joven diplomático (Norberto), que después sería el primer embajador cubano en Panamá tras la reanudación de las relaciones entre ambos países.

Mi propósito era, más que informar de los eventos deportivos, intentar una entrevista con el presidente Torrijos. Cuatro días después de arribar a Ciudad de Panamá, me concedió la entrevista.

Yo trabajaba entonces en Radio Habana Cuba, y entre mis obligaciones estaba escribir diariamente el comentario «Nuestra América». Más de una vez había escrito comentarios en los que expresaba críticas a Torrijos por un escabroso incidente de su gobierno con los estudiantes panameños. Habían transcurrido años cuando el presidente panameño me concedió la entrevista, en agosto de 1972. Ya en el despacho presidencial, luego de los saludos y presentaciones de rigor, me dijo Torrijos: «Hace algún tiempo Radio Habana Cuba me criticó duramente en varios comentarios, pero ha cambiado mucho». La introducción no podía ser más incómoda para mí, por cuanto yo era el autor de aquellos comentarios críticos. Mostré entonces la mejor cara amable que podía armar en esas circunstancias, y muy respetuosamente le respondí: «No, general, en realidad quien ha cambiado es usted, por supuesto para mejor». Se sonrió y me invitó a hacer junto con él un recorrido por una provincia del sur de Panamá «donde —me dijo— se escucha más Radio Habana Cuba que las emisoras nacionales». Así lo pude comprobar durante aquel recorrido a bordo de un yipi que conducía el propio Omar Torrijos. Nos encaminamos una mañana hacia aquel lugar. Nos acercábamos ya a nuestro objetivo cuando nos topamos con un campesino. Torrijos detuvo el auto y le preguntó qué hora era. Cuando le

respondió que las nueve y treinta minutos, el presidente panameño le preguntó si era «buena hora». La respuesta del campesino fue sorprendente: «Sí, porque esta mañana yo puse el reloj por Radio Habana Cuba».

Estuvimos ese día en un asentamiento campesino, especie de cooperativa auspiciada por el Gobierno. Aún conservo un largo machete, de los que se usan para cortar los racimos de plátanos, que me obsequió Torrijos en aquel lugar.

CONOCER TODO DE ALGO Y ALGO DE TODO LO DEMÁS

Los Juegos Deportivos Panamericanos de 1975 se celebraron en Ciudad de México y yo asistí a ellos como comentarista deportivo de RHC, especialidad en que había dado mis primeros pasos en el periodismo.

Todos los días transmitía por teléfono un comentario sobre los eventos en que habían participado atletas cubanos. Aunque tenía bastante experiencia en ese campo, en más de una ocasión tuve que apoyarme en los propios competidores para elaborar mis comentarios. Eso me ocurrió, por ejemplo, con la esgrima, deporte del que no conocía lo suficiente. Los esgrimistas cubanos me instruyeron al respecto y salí airoso.

De aquellos juegos lo que más recuerdo son las destacadas actuaciones de nuestros boxeadores, las de los halteristas y la de Alberto Juantorena, que comenzó entonces a demostrar sus potencialidades como corredor de cuatrocientos y ochocientos metros, que tendrían su punto culminante un año después en los Juegos Olímpicos de Montreal.

Además de mis tareas relacionadas con los Juegos entrevisté a varios dirigentes revolucionarios chilenos exiliados en México desde el golpe de 1973.

Considero que todos los cronistas deportivos, que tanto viajan, debieran adquirir conocimientos de otros campos que les permitan desenvolverse con acierto en el exterior ante eventuales interlocutores políticos o culturales. En ese sentido recuerdo al compañero Eddy Martin, quien, además de ser un excelente comentarista deportivo, era capaz de conversar de diversos temas. Fui testigo en más de una ocasión de cómo lo buscaban y entrevistaban no solo los colegas de deportes, sino también de temas políticos y culturales. Siempre consideró que un periodista debía conocer todo de algo y algo de todo.

NICARAGUA

Cuando en 1979 el tirano *Tachito* Somoza huyó de Nicaragua derrotado por los combatientes del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), viajamos a ese país varios periodistas cubanos. Me impresionó mucho la alegría del pueblo por el triunfo revolucionario, pero más aún la humildad, la sencillez de los máximos dirigentes sandinistas al hablar sobre su prolongada lucha contra las fuerzas de la tiranía. Tuve la oportunidad de entrevistar en esos días a Daniel Ortega, miembro de la presidencia colectiva que se había hecho cargo del Gobierno. Fueron conmovedores los relatos que escuché de algunos de los protagonistas de aquella gesta y de otros que fueron testigos de las acciones revolucionarias. Además trasladé mis experiencias de RHC a los compañeros nicaragüenses que tenían la misión de crear una emisora de ondas cortas. Comenzaba entonces una nueva vida para Nicaragua, proyecto que se frustraba unos años más tarde por la guerra sucia que desataron contra la revolución sandinista las fuerzas reaccionarias instigadas, financiadas y armadas por el gobierno de Estados Unidos.

Luego de algunos años de gobiernos pronorteamericanos, ha vuelto al poder el sandinismo, ahora mediante elecciones, y resurge la posibilidad de una patria verdaderamente libre y soberana.

Y nuevamente está Daniel Ortega al frente del gobierno encargado de llevar a feliz término ese proyecto.

EN LA ONU

Ya había laborado más de veinte años en la prensa, cuando tuve que ir por primera vez a cumplir una misión periodística en Estados Unidos, específicamente a Nueva York, para informar sobre la Asamblea General anual de 1982. Fue una experiencia destacada no solo porque tuve la oportunidad de ver personalmente a varios dirigentes mundiales, sino porque pude analizar in situ algunas características de «las entrañas del monstruo», al decir de José Martí.

La ciudad de Nueva York toda, a mi juicio, rezuma esa prepotencia y arrogancia típicas de los imperios. Sus exageradamente altos edificios me causaron la impresión de que querían conquistar también el cielo, para implantar allí su dominio. Los millares de establecimientos comerciales, más o menos suntuosos, la circulación continua de vehículos y los millones de luces ponen en evidencia al país que más contamina impunemente el medio ambiente, que con menos del cinco por ciento de la población mundial, quema el veinticinco por ciento del combustible que se extrae de las entrañas del planeta. Sin embargo, no se libra Nueva York de los inhumanos contrastes de las grandes urbes capitalistas. A solo unos kilómetros de aquellos enormes y suntuosos rascacielos, expresión de riqueza, pululan los barrios marginales, donde cientos de miles de pobres, principalmente negros y latinos, nos muestran la otra cara de la moneda.

Me pareció una ciudad limpia y ordenada, pero sin alma, donde ves por doquier el signo del dólar y cada habitante cruza por tu lado sin reparar en ti en su andar presuroso hacia el trabajo o de regreso, en busca del tren subterráneo que los tritura o los devora.

En cada uno de sus rascacielos, avenidas, comercios, vehículos hay algo de lo que los imperialistas extraen de los pueblos que explotan en todo el mundo.

VUELO AL COSMOS

En septiembre se cumplen treinta años del vuelo espacial conjunto del cosmonauta cubano Arnaldo Tamayo Méndez con el soviético Yuri Romanenko.

Para todos los cubanos fue aquel un acontecimiento de gran satisfacción, que para mí fue múltiple: presencié *in situ* el lanzamiento de la nave espacial que condujo a ambos cosmonautas a la estación orbital MIR y su acoplamiento; además, le hice una entrevista a Tamayo Méndez cuando estaba en el cosmos y yo en el Centro Nacional de Vuelos, en Moscú. Las autoridades soviéticas me habían advertido que podría hablar con Tamayo a una hora determinada y durante seis minutos. Me situaron ante la pantalla de una de las decenas de computadoras ubicadas en el local, me colocaron un diminuto micrófono y me dijeron que podría hablar con el cosmonauta tan pronto apareciera en la pantalla que tenía delante.

Durante esa entrevista se refirió a sus sensaciones durante las diversas etapas del vuelo. Cuando le pregunté si había podido dormir me respondió que sí, pero que dado el estado de ingravidez no sabía si lo había hecho en el piso, el techo o las paredes de la estación orbital. Yo había preparado varias preguntas, que suponía eran suficientes para cumplir el tiempo establecido, pero a los cinco minutos, ya Tamayo había respondido a todas ellas y todavía lo tendría en pantalla un minuto más. De momento me sentí angustiado, pero como sabía que no podía caer en un bache, le dije: «Tamayo, usted es el único cubano que ha visto a Cuba desde el cosmos: ¿cómo me la describiría?». Y, a mi juicio, fue la más bella y emocionante de sus respuestas.

Fue uno de los mayores apuros que afronté en mi desempeño como periodista.

LAS ENTRAÑAS DE UN PERIÓDICO¹⁸

En las páginas de cualquier periódico usted puede leer o ver las más variadas cosas: noticias nacionales, internacionales, deportivas, policiacas, científicas, culturales... o fotografías que igualmente van de lo humano a lo divino. En fin, un verdadero pandemónium. Pues esa misma mezcla puede usted ver en las redacciones de los periódicos, donde el estado de ánimo de los redactores generalmente está en concordancia con los trabajos que están elaborando. Y de ese pandemónium salen el más enjundioso editorial, el más especializado artículo científico, la nota cómica, la foto sensacional, y también el error garrafal o el titular irónico o ridículo.

Recuerdo, por ejemplo, que uno de los primeros titulares que leí en un periódico brasileño es el siguiente: «Mató a su madre sin razón alguna». Era un cintillo a ocho columnas en un periódico carioca de gran circulación que solo publicaba informaciones sobre asesinatos, suicidios, robos, asaltos y otros crímenes por el estilo. Un día que visité la redacción de ese periódico presencié algo sorprendente. Cuando llegué el ambiente general era de pesimismo, de tristeza. Redactores y fotógrafos, cabizbajos, se paseaban de un lado a otro como si hubieran recibido una infausta noticia. Y en realidad era que no habían recibido ninguna. El cuadro cambió radicalmente en un instante cuando llegó uno de los redactores, quien a todo pulmón gritaba una y otra vez: «La tengo, la tengo, apareció el cadáver de una mujer con sesenta y siete puñaladas». Yo no podía imaginarme que tan trágica información causara tal euforia entre los hasta entonces entristecidos redactores, que al fin habían visto llegar casi a la hora del cierre de la edición una noticia sensacional.

En ese mismo periódico leí un pie de fotografía de lo más curioso. Se trataba de un monumento con la siguiente explicación: «Esta es la foto del Mariscal Floriano, en el parque de cuyo nombre fue hallado esta mañana un cadáver aún no identificado». Resulta que el fotógrafo había llegado tarde al lugar y ya las autoridades habían levantado el cadáver. En un conocido periódico argentino fue publicada una vez una foto aérea de la isla de Taiwán (Taipei de China) con el siguiente ingenioso pie: «Esta es la isla de Taiwán, donde diez millones de patriotas combaten a ochocientos millones

de traidores». Días después, al conversar con el autor del ingenioso pie de foto, me explicó que el reaccionario director le había ordenado publicar algo contra la República Popular China, y que él se burló así de la intención de su jefe.

Fui testigo hace muchos años del siguiente incidente entre un jefe de redacción y un joven redactor, quien posteriormente devino excelente periodista. El jefe le había ordenado a su subalterno que fuera a cierto hotel próximo y le hiciera una entrevista a una destacada personalidad internacional que se hallaba de visita en nuestro país. El novel periodista regresó poco después sin haber cumplido la encomienda, e ingenuamente dio la siguiente explicación: «No pude hacerle la entrevista porque estaba ofreciendo una conferencia de prensa».

Fui testigo también de otro incidente en la redacción de un influyente diario sudamericano. El director del periódico le pidió a uno de sus más experimentados periodistas que le escribiera un comentario editorial sobre la Iglesia, y el redactor, sin que su tono de voz reflejara el menor indicio de ironía, le preguntó escuetamente: «¿A favor o en contra?».

Si para mí fue realmente sorprendente la pregunta del redactor, más sorprendente aún resultó la respuesta del director, dada mediante elocuentes movimientos de sus manos: «Empiezas así (e hizo un gesto de izquierda a derecha), continúas así (e hizo el gesto a la inversa), lo continúas así (y movió sus manos de abajo hacia arriba) y concluyes así (e hizo descender sus manos hasta la superficie del buró de trabajo)».

La prensa impresa, como todo resultado del trabajo humano, está expuesta a errores de mayor o menor cuantía. Pero los errores de la prensa adquieren mayor envergadura por cuanto llegan al conocimiento de miles o tal vez millones de personas. Es bastante frecuente que esos errores o erratas lleguen hasta los lectores, no obstante la reconocida eficiencia de los correctores de pruebas, que son los encargados, en última instancia, de evitarlos. Veamos algunos de esos errores históricos.

Quienes peinamos canas, o quienes simplemente tienen muy poco o nada que peinar, recordamos el periódico *Diario de la Marina*, que se editaba en La Habana desde el pasado siglo y desapareció poco después del triunfo de

la Revolución. Su contenido era sumamente reaccionario, como sus dueños, y fungía como una especie de vocero de la jerarquía católica. Pues un día salió en el *Diario de la Marina* una información referida a la Purísima Concepción, y fatalmente (para el linotipista) este equivocó una tecla de su máquina y en lugar de marcar la *r* de Purísima, marcó una *t*. No quieran ustedes imaginarse el revuelo que se armó.

¿Y qué me dicen ustedes de aquel libro de poesías donde el autor, en una de sus composiciones, dice: «Siento un fuego atroz que me devora...», y el linotipista, en lugar de atroz, escribió «atrás»?

En otra ocasión un periodista, al referirse a una actriz de cine que en el año precedente había tenido que cantar en varias de sus películas, escribió que dicha actriz había tenido «un año muy musical». Y no hubiera pasado nada si no fuera porque al linotipista se le fue la mano y en lugar de la *ñ* de año, marcó una *n*.

Y ni hablar de aquel gacetillero de un periódico municipal de La Habana que más que elogiar y defender guataqueaba sin ton ni son al alcalde del lugar. Un día llevó su adulonería al extremo de decir en un escrito: «El alcalde es inmortal». Y el linotipista —nunca se supo si exprofeso o por error— se tragó la *t* de inmortal. Por las dudas, el pobre linotipista fue cesanteado al día siguiente.

Muchos de esos errores o erratas no llegan a tener consecuencias tan dramáticas y solo causan hilaridad. En el caso de aquella información donde se decía que «Fulano de Tal no tuvo que pedir ayuda a nadie para hacer su casa frente a la escuela». Y la noticia no causó tanta admiración como risa, porque el linotipista se equivocó y puso una *c* en el lugar de la *s* de casa.

Pero la errata que yo recuerdo que causó mayores problemas es la que se escapó en un periódico del interior del país, hace ya muchos años, al referirse a las declaraciones de cierto funcionario que, para justificar la ausencia de un determinado producto en el mercado, declaró que ello se debió a que «sus empleados no tuvieron cajones para envasar la mercancía». Por esos fenómenos de la vida, el linotipista, en lugar de la *a* de cajones, había puesto *o*.

El periódico fue sancionado por publicar tal grosería. El funcionario fue apabullado por sus empleados antes de que se supiera que aquello había sido un error. Los correctores de prueba fueron sancionados administrativamente por no haberlo detectado a tiempo.

VIAJES ACCIDENTADOS

En los numerosos viajes que por razones de trabajo realicé, tuve que sortear muchos incidentes en los aviones y en los aeropuertos, el primero de ellos en mi primer viaje a Brasil. Llevaba una cierta cantidad de dólares (catorce mil) destinados a resolver problemas de la Corresponsalía, así que se lo dije a los compañeros de Inmigración de Rancho Boyeros, pero no tenía la autorización por escrito necesaria para sacar del país una suma tan alta de divisas. Luego de una llamada por teléfono llegó la autorización, pero ya el avión estaba a punto de levantar vuelo. Me tuvieron que llevar en un automóvil con mi equipaje hasta el extremo de la pista donde la nave aérea tenía ya los motores andando.

En enero de 1961, cuando Estados Unidos rompió relaciones diplomáticas con Cuba, me encontraba de vacaciones en La Habana, pero tuve que salir urgentemente para Brasil, donde surgieron amenazas de imitar la acción norteamericana. En mi pasaporte tenía visa brasileña vigente hasta 1962, pero ignoraba que debía reactivarla tras mi salida temporal, de modo que al arribar a Río de Janeiro aquella visa no tenía validez y las autoridades, lógicamente, determinaron que tenía que regresar a Cuba. El problema se resolvió cuando el encargado de Negocios de Cuba en Brasil se hizo responsable de mi estancia en el país hasta que se aclarara el asunto. El responsable de Inmigración que atendió el caso nos dijo con cierto enojo: «En los diecinueve años que llevo trabajando en este aeropuerto es la primera vez que llega aquí un pasajero sin visa de entrada».

Sin embargo, fue en los años 1962 y 1963 cuando tuve más contratiempos con los vuelos. En 1962 hice un recorrido por varias corresponsalías. Mi itinerario era Habana - México - Chile - Bolivia - Brasil. En México, que era el único país latinoamericano que mantenía relaciones con Cuba, tuve que esperar veinticuatro horas sin poder salir del aeropuerto, hasta abordar el avión en que continuaría hasta Santiago de Chile. En la embajada cubana en Río de Janeiro me dieron, para traer a Cuba, una maleta llena de periódicos y revistas con informaciones sobre los acontecimientos, un paquete de libros y ochenta dólares para facilitar en México el pase de ambas cosas.

El funcionario de Inmigración que me atendió quiso que abriera la maleta que venía dirigida al Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba, y yo me negué alegando que estaba en tránsito e iba a dejar la maleta en una taquilla del aeropuerto. Ante su insistencia le pedí que llamara a su jefe, y este decidió que la maleta no se abriera, fuera sellada y depositada en la taquilla. Pero inmediatamente me dijo: «El que sí va a tener dificultades para pasar es el paquete que lleva en la mano». «¿Cuántas dificultades?», le pregunté. Y me respondió: «Veinte dificultades». Le di los veinte dólares y todo quedó resuelto. Al día siguiente regresé a La Habana.

Poco después de alzar vuelo en un avión peruano, uno de los motores de la nave aérea se averió y tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia en Honduras, donde permanecimos más de doce horas hasta que fuera reparado. Honduras era entonces, y sigue siendo, uno de los países más pobres de América Latina. De ello dan fe dos de los incidentes que más recuerdo de mi accidentada permanencia en ese país centroamericano.

En relación con el primero debo decir que el aterrizaje en el aeropuerto de Tegucigalpa fue bastante preocupante, porque daba la impresión de que el avión se iba a posar en el pico de una loma. Superado el susto del descenso, ya en el modesto edificio, nos llevaron hasta una de las puertas de salida y, en grupos de a cinco, nos fueron ubicando en taxis con rumbo a un hotel de la ciudad, donde tendríamos que esperar hasta que el motor del aparato fuera reparado.

Pensé que era mudo el chofer del taxi que nos tocó: un mestizo aindiado de unos 35 años de edad, pues no dijo una sola palabra durante los primeros quince minutos, hasta que me atreví a hacerle una pregunta: «¿Cuánto cobrará por este viaje?».

—Deben pagarme veinte lempiras [unos diez dólares].

—¿Cuántos viajes da cada día?

—Generalmente uno. Nunca más de dos.

—¿Es suyo el carro?

—Sí, lo pago a plazos: cien dólares mensuales.

—¿Tiene familia?

—Mujer y dos hijos pequeños.

—¿Le alcanza con lo que gana?

—Podemos hacer una comida al día.

—¿No puede trabajar en la ciudad cuando sabe que no hay vuelos?

—Me quitarían la licencia.

—¿Y si no puede pagar la mensualidad del carro?

—Sencillamente me lo quitan.

Estábamos ya en los suburbios de Tegucigalpa, que me hicieron recordar la parte vieja de la barriada de Luyanó, en La Habana. Minutos después el auto se detenía frente al hotel Hilton, una construcción que, por su apariencia, aunque solo tenía cuatro plantas, se distinguía de los edificios colindantes, mucho más bajos.

El chofer nos indicó que debíamos descender del vehículo y nos advirtió que nos fijáramos en él, pues cuando regresáramos al aeropuerto para proseguir nuestro viaje, debíamos hacerlo en su carro.

Fue entonces que se me ocurrió hacerle una pregunta que motivó la respuesta que reflejaba de la manera más escueta y dramática la situación imperante en ese país del Tercer Mundo.

—Por favor —le dije—, no se cambie de ropa, porque podríamos no reconocerlo a la hora de regresar.

—Disculpe, señor —me respondió—, en este país es más fácil cambiar de mujer que de ropa.

De Chile viajé a Bolivia, penúltima etapa de aquel accidentado viaje. También allí me ocurrieron incidentes que vale la pena contar. Como se sabe, la ciudad boliviana de La Paz está a más de dos mil metros de altura y no es fácil para nosotros adaptarnos a esa situación. Alertado por un compañero de la embajada de Cuba que me advirtió que debía caminar despacio y no hacer esfuerzos bruscos, no tuve problemas durante los primeros seis días, pero al séptimo desperté muy temprano con tan terrible dolor de cabeza, que llamé a la embajada y pedí que me sacaran un pasaje en el primer avión que partiera para Brasil. Además, estaba alarmado por la cuenta que me pasaba el hotel, que era de un millón y medio de pesos. Había olvidado que entonces el peso boliviano se cotizaba a doce mil por dólar.

Al fin logré viajar a Brasil, adonde debía arribar por un pequeño puesto fronterizo en los límites con la ciudad boliviana de Santa Cruz. Esta última parte del viaje se demoró unas horas porque el avión en que viajaría estaba en reparación. Finalmente partió con destino a São Paulo, con una escala técnica en la pequeña ciudad de Baurú, donde nació el famoso futbolista Pelé.

Cuando íbamos a partir de Baurú, el capitán de la nave informó a los pasajeros que el vuelo a São Paulo demoraba una hora, pero uno de los motores del avión seguía con problemas; si estos se acentuaban en la primera media hora, había que regresar a Baurú. Preguntó quiénes se arriesgaban a seguir el vuelo. La mayoría, entre ellos yo, decidió arriesgarse. Afortunadamente no hubo problemas y llegamos a São Paulo felizmente.

Unas semanas más tarde tuve que hacer un viaje a Goiana, capital del estado brasileño de Goiás. Cuando el DC-6 en que Martín Mora y yo viajábamos a Río de Janeiro se deslizaba por la pista de despegue del aeropuerto de la ciudad de Goiana, mi compañero hizo un comentario tétrico: «Si este aparato no vuela mejor de lo que rueda la pasaremos muy mal». Y voló peor.

Martín era funcionario de la Embajada de Cuba en Brasil. Habíamos viajado a la capital del estado de Goiás para asistir a un acto de solidaridad con Cuba. Mucho tuvimos que luchar al regreso para que nos dieran

asientos en aquel vuelo, que estaba completo desde la víspera. Y finalmente, no de muy buena gana, nos cedieron sus asientos dos empleados de la empresa aérea que regresaban a sus hogares en Río.

Normalmente ese vuelo duraba cuatro horas y media, pero una hora después de la partida nos agarró una fuerte tormenta, y entre relámpagos y lluvias el avión bailaba en el aire como si se fuera a desplomar. Y en ese momento apareció en escena el «aeromozo» (sí: masculino, porque al contrario de lo que ocurre en la inmensa mayoría de los vuelos, era un hombre quien atendía a los pasajeros). Debía medir como dos metros y pesar más de doscientas libras. Salió de la cabina del avión, armó su ancha cara con la más amplia sonrisa, y con una voz tranquilizadora nos dijo: «No hay problema; es un mal tiempo que pasará enseguida».

Pero, lógicamente, los pasajeros estaban preocupados por aquellos vaivenes de la nave aérea. Creo que los únicos aparentemente tranquilos éramos Martín y yo, que seguíamos haciendo chistes con las incidencias del vuelo. Pero esa tranquilidad desapareció en un instante que resultó dramático para todos. Justo en el momento en que el aeromozo reaparecía para tratar de tranquilizarnos, el avión cayó bruscamente.

Fueron fracciones de segundo, pero nos parecieron una eternidad, y no pocos pensamos que era el fin. Enseguida la nave se estabilizó, pero el tirón fue tan brusco que la correa de seguridad de mi asiento se desprendió y por poco le abro un hueco en el techo al avión con mi cabeza. Entretanto, el aeromozo rodó como una gran pelota por todo el pasillo de la nave aérea y tuvimos que hacer grandes esfuerzos para sacarlo del lugar a donde fue a parar. Estaba tan atontado cuando por fin lo pusimos de pie que preguntó si ya habíamos aterrizado. Se repuso en unos minutos y, nuevamente con su ensayada sonrisa, nos aseguró que ahora sí no había problemas.

Cuando aterrizamos en Río de Janeiro el piloto nos dijo que el avión se había caído cien metros, pero afortunadamente no inclinó la nariz hacia la tierra. «De lo contrario —concluyó— no estaríamos conversando ahora».

Y para cerrar con broche de oro ese año, en el mes de diciembre, para regresar a Cuba, tuve el azaroso viaje al que me referí en una anécdota

anterior y que terminó con un vuelo Montreal - Habana en un avión de carga, en compañía de dieciséis vacas.

En 1979, en vuelo de Madrid a Roma, en un avión de Alitalia, me extraviaron la maleta y me dejaron solo con la ropa que tenía puesta. Aunque permanecí un mes en Italia, la maleta no apareció. Con la indemnización que me pagó la empresa pude reponer una parte del contenido.

Para finalizar esta extensa crónica les cuento que en 1983 viajé a Nueva York, adonde arribé poco después de la medianoche y nadie me estaba esperando en el aeropuerto, como estaba previsto. Tuve que alojarme en un hotel del cual alguien me había hablado y que me costó en solo una noche la dieta de tres días.

MI TRABAJO EN RADIO HABANA CUBA

Desde 1967 hasta 1985 trabajé en Radio Habana Cuba (RHC). Esos dieciocho años fueron los más fructíferos de mi labor periodística. Me desempeñé allí como jefe de Redacción, jefe de Información y subdirector general. Tuve que enfrentarme a no pocas tareas complejas, en el cumplimiento de las cuales mucho aprendí. Recuerdo especialmente de esa etapa los tres viajes en los que, como periodista, acompañé en el exterior a delegaciones presididas por Fidel; un viaje por Vietnam y Cambodia; y mis relaciones de trabajo con varios excelentes periodistas que trabajaban en RHC. Solo mencionaré a tres: Alfredo Viñas, Baldomero Álvarez Ríos y Orlando Castellanos, los tres ya fallecidos cuando esto escribo.

Poco después de comenzar a trabajar en RHC fue designado Viñas director de esa emisora de ondas cortas. Era un excelente periodista y un revolucionario de incommovibles principios. Tenía una gran capacidad de trabajo, una memoria extraordinaria y un carácter afable, no obstante su invariable exigencia como jefe. Estoy seguro de que si todos los que desempeñaron alguna jefatura hubieran procedido como Viñas no estaríamos afrontando ahora muchos de los problemas que nos aquejan. Durante su dirección alcanzó RHC su más alto prestigio dentro y fuera de Cuba.

Durante los trece años en que me desempeñé como subdirector general de RHC era una de mis responsabilidades seleccionar de entre los periodistas recién graduados que nos asignaban a los que se quedarían a trabajar con nosotros. Lo hacíamos así porque entonces no era tan rigurosa la selección de los que cursaban la carrera.

Uno de los graduados que nos asignaron un año, una joven muy atractiva, por cierto, al redactar una información tomando datos de unos despachos cablegráficos que le había entregado, se me acercó y con gran naturalidad me preguntó: «¿Mao Tse Tung era un hombre o una mujer?». Si a esas alturas no conocía a ese personaje no exhibía condiciones para ser periodista.

Otra recién graduada me dijo que ella no podía trabajar el turno de la noche porque en ese horario ella salía a pasear con su novio.

Un graduado, al redactar una información sobre la Unión Soviética, puso en boca de Jrushchov la siguiente expresión: «...porque nuestros pueblos esclavos...». Cuando le pedí una explicación me dijo tranquilamente: «El despacho cablegráfico decía pueblos esclavos, pero como esa palabra no existe yo supuse que quería decir esclavos».

A veces unos órganos de prensa me ofrecían, para trasladarnos, periodistas que mostraban talento, pero eran «conflictivos». Yo los aceptaba porque la conflictividad se puede resolver, pero el talento no se adquiere en el mercado.

Más de un aspirante me decía en qué quería trabajar, no dónde lo necesitábamos. Una joven me confesó que estaba dispuesta a trabajar en cualquiera de las secciones menos en deportes y cultura, porque odiaba esas disciplinas y nada sabía de ellas.

Afortunadamente, desde hace ya bastante tiempo la selección de los aspirantes a estudiar periodismo es rigurosa y eficiente. En varias ocasiones participé, junto con otros periodistas experimentados, en esa selección. Los jóvenes que se gradúan hoy demuestran talento. Solo les puedo recomendar que consideren inútil el día en que en que no aprenden algo. Hasta la muerte.

EN TRABAJADORES

En 1985, sorprendentemente, se decidió hacer cambios en la dirección de Radio Habana Cuba, aunque hasta ese entonces solo habíamos recibido elogios por los resultados de nuestro trabajo. A mí se me dijo que mi expediente era impecable y me propusieron pasar a cargos de dirección en el Instituto Cubano de Radio y Televisión (ICRT) o Prensa Latina. Yo decidí irme para el periódico *Trabajadores*, donde hacía falta un secretario de Redacción. Permanecí en ese cargo unos cuatro años, hasta que la dirección me pidió hacerme cargo de la llamada Página Ideológica.

Mucho había aprendido en RHC y mucho aprendí después en esta mi primera experiencia en la prensa impresa, no tan apremiante como la radial, pero más rigurosa. No solo elaboré muchos comentarios y artículos políticos, sino que también colaboré en Deportes y Humorismo.

De esta etapa final de mi vida profesional tengo muchos recuerdos, pero ninguno tan extraordinario como el de mi viaje a la URSS, en 1990, representando al periódico en un seminario titulado «El movimiento obrero y la perestroika». Era la octava vez que estaba en esa gran unión de naciones. Recorrimos varias ciudades y participamos en muchos actos políticos o culturales. Yo no salía de mi asombro al notar la involución ideológica que se estaba produciendo y escuchar criterios impensables de varios dirigentes partidistas.

Regresé de ese viaje con el corazón oprimido por la tristeza, pero aun así, no pensaba en que solo un año después la Unión Soviética se desintegraría. Todavía hoy, cuando pienso en ese acontecimiento, me parece que no es verdad. Pero siento el orgullo de ser cubano y de que contemos con dirigentes revolucionarios como Fidel, Raúl y tantos otros, que nos demuestran cada día la validez del socialismo y luchan sin descanso por su perfeccionamiento.

MARIO, EL HONDUREÑO

En 1962 el avión en que viajaba hacia Chile, un viejo DC-6 automotor, sufrió un desperfecto y tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia en Tegucigalpa, la capital de Honduras.

Como la reparación demoraría varias horas, la empresa aérea nos trasladó a la ciudad y nos hospedó en un hotel. Frente a la entrada de este, un grupo de diez o doce niños con cajoncitos de limpiabotas en ristre se disputaban la posibilidad de lustrarnos los zapatos. Sus rostros reflejaban ansiedad y los efectos de muchas carencias. Me llamó especialmente la atención que todos aquellos niños tenían unos cajoncitos con una calcomanía que decía «Alianza para el Progreso». También me llamó la atención uno que se mantenía tímidamente separado del grupo, cuyos ojos reflejaban una profunda tristeza, y le pedí que me limpiara los zapatos (aunque en realidad estaban limpios), dentro del lobby del hotel. Tuve que batallar duro para que el portero lo dejara pasar. Mientras realizaba su faena, con gran destreza, le hice varias preguntas y se estableció entre nosotros el siguiente diálogo:

—¿Cómo te llamas?

—Mario, pero todo el mundo me dice Mayito, señor.

—¿Qué edad tienes?

—Once años, señor.

—¿No vas a la escuela?

—No puedo, señor, tengo que trabajar para ayudar a mi mamá y mis tres hermanitos.

—¿Cuánto ganas en un día?

—Cuando más, un lempira, señor [medio dólar].

—No me digas más señor.

—Está bien, señor.

—¿Qué sabes de Cuba?

—Que es una isla donde gobierna un señor barbudo muy malo, que se llama Fidel, señor.

—¿Quién te dijo eso?

—El cura nos lo dice todos los domingos en la misa.

—¿Qué te gustaría estudiar?

—Mecánico de aviación.

—¿Por qué?

—Tengo un primo que hace ese trabajo y gana cien lempiras al mes.

—¿No te gustaría mejor estudiar para piloto de aviación?

—¿Pero dónde?

—¿No te gustaría vivir en un país donde pudieras estudiar lo que tú quisieras?

—A un país así yo me voy hasta caminando.

—Pues así es Cuba, la Cuba de Fidel Castro, en donde yo vivo y trabajo como periodista. Me llamo José Prado. ¿Quisieras irte para allá?

—Un momento, señor, voy a pedirle permiso a mi mamá.

—No es necesario. Algún día Honduras será como Cuba. Cuando seas mayorcito lucha porque así sea.

Le hablé algo sobre la Revolución Cubana. Le pagué una lempira y le dije que se quedara con el vuelto. Me miró con cara asombrada y me dijo con mal contenida emoción:

—Voy a comprar unas tortillas para mis hermanitos. Me gustaría volver a verlo.

—Quizás algún día volvamos a vernos.

Diez horas más tarde, arreglado el desperfecto del avión, continuamos el viaje.

Un día, veinticinco años después, laborando yo en el periódico *Trabajadores*, la recepcionista me avisó que un joven, al parecer extranjero, quería verme. Un minuto más tarde entraba en mi oficina un hombre de unos 35 años que, aunque estaba muy sonriente, yo no identificaba. Luego del saludo me preguntó a boca de jarro:

—¿No se acuerda de mí?

—Discúlpeme, le respondí un tanto apenado, pero uno ve a tantas personas...

—Soy Mayito, aquel niño que le lustró los zapatos en Tegucigalpa, hace mucho tiempo. Yo nunca lo olvidé, porque usted me dio un lempira, un consejo y una esperanza. Estoy trabajando desde los 16 años en una fábrica, soy dirigente sindical y me seleccionaron para tomar un curso aquí en Cuba. Por supuesto hice todo lo posible por localizarlo a usted.

Claro que sentí una gran alegría y nos fundimos en un fuerte abrazo. Conversamos mucho y me hizo un reproche:

—Aquella vez usted me dijo muchas cosas bonitas de Cuba, pero ahora veo que se quedó corto, es mucho mejor que lo que usted me dijo.

—Claro —le respondí—, han pasado veinticinco años.

EL SEÑOR TU

Mi visita a Vietnam tuvo lugar por una invitación de Radio Hanoi. Mi permanencia en ese heroico país transcurrió de asombro en asombro. Al ver los destrozos causados por la agresión norteamericana y las secuelas del subdesarrollo me admiraba de que el pueblo vietnamita hubiera derrotado decisivamente a las fuerzas militares de la más poderosa potencia imperialista, la cual empleó en esa guerra todo su arsenal bélico.

Mi asombro crecía cada vez que conversaba con jóvenes vietnamitas de uno u otro sexo que habían participado en numerosas batallas y ostentaban altos grados militares. Me contaban sus experiencias con la más conmovedora humildad.

Volando de Hanoi a Saigón (actual ciudad Ho Chi Minh) me llamó la atención los miles de huecos que se veían a ambos lados de la carretera que une a esas dos ciudades. Mi acompañante me explicó que eran las huellas de los siete millones de toneladas de bombas lanzadas durante la guerra por aviones estadounidenses.

En Saigón aún quedaban secuelas de la agresión yanqui. El entonces alcalde de la ciudad me contó que allí estuvieron asentados trescientos mil soldados norteamericanos y se habían registrado ciento veinte mil prostitutas. Las violaciones y crímenes de los invasores yanquis eran tan frecuentes que ya no asombraban a nadie.

En ese viaje me obsequiaron un anillo confeccionado con restos del fuselaje de uno de los aviones norteamericanos derribado por los patriotas vietnamitas.

El señor Tu era un combatiente vietnamita con el cual me encontré en varios países: Cuba, Bulgaria, Vietnam y Cambodia. Yo lo recuerdo especialmente de cuando coincidimos en Pnom Penh, la capital de Cambodia, porque allí me contó, con admirable humildad, gran parte de la impresionante historia de su vida.

Había combatido en China contra los japoneses, en Vietnam contra los franceses primero y los norteamericanos después, y ahora se encontraba en Cambodia como miembro de los combatientes internacionalistas vietnamitas que ayudaron a los camboyanos a liberarse del genocida régimen de Pol Pot. «De los casi 60 años que tengo —me dijo— me he pasado cuarenta combatiendo».

Tuve el honor de que me acompañara en mi visita a Cambodia poco después del derrocamiento de la tiranía polpotiana. Vi allí cosas espeluznantes.

No podía ser mayor mi asombro cuando llegué a la otrora bella ciudad de Pnom Phen (le decían el París del sudeste asiático) y vi más vacas que personas en el centro de la ciudad. Solo quedaban en la urbe diez mil habitantes del millón que tenía antes de Pol Pot. Los demás habían sido enviados a campos de concentración instalados en el centro del país, donde eran exterminados por miles. Estuve posteriormente en una de esas instalaciones. Alguien puso en mis manos un palo y me indicó que escarbaba en la tierra. Apenas comencé a hacerlo salían a la superficie huesos de personas que estaban enterradas superficialmente. Repetí la operación en varios lugares con iguales resultados. Me informaron que se calculaba que habían sido sepultadas allí trescientas mil personas.

Pero mi asombro, mi dolor y mi rabia llegaron a su máxima expresión durante una conversación que sostuve con una niña de once años sobreviviente de aquel infierno. Me contó que ella, sus tres hermanitos menores y los padres, todos residentes en la capital, habían sido trasladados a uno de esos campamentos de exterminio, y días después los mataron a palos en su presencia, hasta darlos por muertos. Solo ella y el menor de sus hermanos, de un año de edad, estaban vivos. Logró cargar a su hermano y huyó hacia un bosque cercano, donde permaneció tres días, siempre huyendo hasta que el cansancio, el hambre y el sueño la vencieron y quedó tendida en la tierra. Al contarme lo que ocurrió después, sus ojos reflejaban terror. «Cuando abrí los ojos lo primero que vi fueron unas botas y un uniforme militar. Casi me desmayo porque pensé que era un soldado del régimen. Por suerte para mi hermanito y para mí se trataba de un combatiente vietnamita». Ese combatiente los llevó a un hospital cercano

donde fueron atendidos y posteriormente llevados a uno de los albergues montados para atender a los sobrevivientes.

Han transcurrido más de treinta años desde entonces, pero aún me indigno cuando recuerdo las barbaridades cometidas por aquel régimen de oprobio que asesinó a millones de camboyanos.

VENECIA¹⁹

Septiembre de 1978. En misión de trabajo abordaba un tren en Boloña con destino a la ciudad de Venecia, tan romántica como absurda. Ocho horas de viaje. Mi compañero de asiento, un joven de buena apariencia y evidentemente tan tímido como yo, no se aventuraba a intentar un diálogo. Salí al pasillo lateral del coche para fumarme un cigarro. Él hizo otro tanto y, quizás animado por la belleza del paisaje, se arriesgó a hacerme una pregunta en un precario italiano. Cuando le respondí, en español, que no entendía ese idioma, abrió los ojos desmesuradamente y me dijo, ahora en español: «¡Coño, pero ese es también mi idioma, yo soy español! ¿De dónde eres?», me preguntó. «Soy cubano», le respondí, y como me pareció que hacía un gesto de desagrado, le añadí que estaba en funciones de trabajo y regresaría a Cuba dentro de un mes. Soltó otra palabrota, sonrió y me tendió la mano. Iniciamos así una conversación que duró varias horas, ahora sentados, hasta que el tren se detuvo en la estación central de Venecia, a solo unos metros del Puente de los Suspiros. Me cosió a preguntas: «¿Es verdad que ustedes tienen los alimentos racionados? ¿Cuánto pagan de renta por la casa en que viven, en la universidad, por ver un partido de fútbol y por el ingreso a un hospital?». Yo le respondí con absoluta sinceridad y, a la vez, le pregunté por la vida en su país.

Me contó que estudiaba Arquitectura, en lo que invertía más de cien dólares mensuales; que vivía en un modesto apartamento con su padre y una hermana y pagaban el equivalente a cuatrocientos dólares al mes. «Exactamente lo que gana mi hermana. Una operación de apendicitis me costó dos mil dólares que todavía estoy pagando, y ver un partido de fútbol me cuesta ocho dólares».

Dejó de hacerme preguntas y me dijo: «Hace tres años que estaba ahorrando para hacer este viaje, pues desde niño quería conocer a Venecia. Pero le confieso que lo mejor que me ha ocurrido en este viaje, hasta ahora, es haber conversado con usted. En la universidad en que estudio todos los días se forman discusiones sobre diversos temas, pero el más recurrente es Cuba, y yo carecía de argumentos para rebatir las barbaridades que dicen de su país; ahora sí los tengo».

El tren había llegado a su destino y, equipajes en mano, descendimos. Tomaríamos rumbos distintos. Entonces me dijo las siguientes palabras, que repito textualmente: «Los estudiantes reaccionarios dicen que ustedes están en la peor miseria, pero resulta que no tienen que pagar nada por el estudio en cualquier nivel, no pagan los servicios médicos y no pagan, o están en vías de no tener que pagar tampoco por la vivienda. ¡Coño! ¡Vosotros sois millonarios!».

Un fuerte apretón de manos puso fin a aquel encuentro inesperado.

Venecia es una ciudad absurda, pero muy interesante. A mí me apasionó, sobre todo, la Plaza de San Marcos. Cuando la visité de día me encantó verla tan llena de palomas, pero de noche me transportó a otro mundo. Estaba llena de mesitas con sus sillas para tomar helados o refrescos, y en un costado había una tarima donde un conjunto de músicos ofrecían un concierto de mandolinas fabuloso.

Después estuve quince días en la ciudad de Boloña, sin lugar a dudas la más encantadora ciudad que he visto en mi vida: estrechas callejuelas que parecen pasillos, hermosas plazas, torres y castillos de tantos siglos y, sobre todo, su gente. Nunca en mi vida caminé tanto. Mi trabajo allí comenzaba a las tres de la tarde. Tan pronto desayunaba, salía a caminar por cualquier rumbo hasta el mediodía. Me metía en el primer restaurante que veía, almorzaba, y regresaba al hotel. Casi todos los días me perdía, pero preguntando encontraba el camino. Fue tanto lo que caminé que desbaraté unos zapatos nuevos. Es una ciudad preciosa.

Terminé ese viaje en Roma, donde estuve diez días. Por donde quiera que caminaba me encontraba un pedazo de historia: el Coliseo, el Circo, el Panteón, los Arcos de Triunfo. Me pasaba horas contemplando como un bobo edificaciones que tenían casi dos mil años y sobre las cuales había estudiado cuando estaba en la escuela, o había visto en películas.

Pero si algo me impresionó en ese viaje fue la vista al Vaticano. Por cierto, cuando llegué a Italia no había Papa, y cuando me fui tampoco lo había. Vi la Plaza y la Basílica de San Pedro, esta última es fantástica. Las pinturas y esculturas de Miguel Ángel y de otros artistas de la antigüedad lo hacen sentir a uno muy pequeño cuando las contempla.

En esa oportunidad estuve durante cuatro horas en casa de la cantante Lucia Altieri, con ella y con Giani Morandi, ambos simpatiquísimos y sumamente amables.

LA JUBILACIÓN

Nunca antes de 1990 había pensado en mi jubilación. Siempre me imaginaba en mi trinchera hasta que no tuviera fuerzas ni para ponchar una tecla. Pero el mundo es cambiante, y como los hombres formamos parte de él, también cambiamos. Dos incidentes diversos me hicieron recapacitar. El primero, una pregunta que me hizo mi vecina Teté, una septuagenaria de bajo nivel cultural, pero fanática de la lectura de periódicos y de los noticieros de televisión. Una tarde Teté me preguntó: «¿Usted cree que nosotros dos veamos el fin del imperialismo?».

Yo, que entonces tendría unos sesenta años, le respondí un tanto asombrado: «Me conformaría con que lo vieran mis tataranietos». Ahora la asombrada era ella, y me confesó que leyendo las noticias de los miles de norteamericanos durmiendo a la intemperie, los miles de negros en concentraciones públicas condenando el racismo, los indios sublevados en sus reservaciones y otras por el estilo, pensaba que el final del imperialismo estaba cerca.

Comprendí que Teté era víctima de la magnificación de aquellos sucesos en parte de nuestra prensa y pensé que quizás millones de cubanos pensaban igual que ella. El otro incidente que me hizo pensar en la jubilación fue la diaria confirmación de que las nuevas generaciones de cubanos conocían muy poco de nuestra historia. Me pregunté: «¿Cómo se puede construir el presente y el futuro si no se conoce el pasado?».

Entonces decidí jubilarme para dedicar todo mi tiempo y mis capacidades a dos grandes temas: «El imperialismo está condenado a muerte, pero aún le queda mucha vida» y «Las heroicas luchas del pueblo cubano por su independencia y soberanía».

Elaborado mi plan solicité la jubilación. Recién jubilado se produjo la desaparición del campo socialista y la desintegración de la URSS, sucesos que nos sumieron en el llamado periodo especial y provocaron enormes privaciones. El periódico *Trabajadores* pasó a ser semanal y *Granma* redujo

sus páginas a la mitad. No habría espacio para la publicación de mis trabajos.

Ahora, cargado de años y con una salud disminuida, dedico las fuerzas que me restan para contar algunos episodios de mi vida personal y profesional.

EL DOCTOR CAIRO

Cierro este libro con una semblanza sobre el doctor Cairo, una de las personas que más he recordado en los últimos diez años. Era entonces un médico joven, típico de los galenos formados por la Revolución. Nunca lo había visto, no era mi médico, pero me salvó la vida.

Se dice que nada sucede por casualidad, que todo tiene una motivación. ¿Qué motivación habrá tenido el doctor Cairo aquella noche de febrero de 2002 para aparecerse en el hospital 10 de Octubre (antigua Clínica de Dependientes), donde yo estaba ingresado, que no fuera el de la ética médica? Era domingo y yo estaba allí desde el martes con una persistente hematuria (sangre en la orina), y debían haberme operado el miércoles de una neoplasia de vejiga. Pero no fue posible, pues el médico que me atendía consideraba riesgosa la operación si no se detenía el sangramiento. Antes de marcharse del hospital el viernes, me dijo el cirujano que el lunes me operaría aunque persistiera el sangrado.

Fue en el transcurso de esos días que conocí al doctor Cairo. Él atendía a mi compañero de cuarto, afectado de problemas en la próstata, y lo visitaba regularmente. Como mi caso se fue complicando durante esa semana, el doctor Cairo se interesó en mí e inclusive realizó algunas maniobras médicas para ayudar a aliviar los intensos dolores que me producían los coágulos provocados por la hematuria, que obstruían la sonda vesical que llevaba puesta. Me agradaban su seguridad profesional, disposición a ayudar con el caso y excelente humor.

Pero el sábado de esa semana mi estado de salud era deplorable. La hematuria no se controló y el domingo empeoré, al punto de estar prácticamente moribundo en la noche. El doctor Cairo —que, repito, no era el médico que me atendía— había llamado por teléfono para saber de su paciente e interesarse de paso por mí. Cuando la esposa de mi compañero de cuarto le describió las condiciones en que yo estaba, él le pidió que le dijera a mi hija que lo esperara, que pronto estaría en el hospital. Y así fue. Al poco rato entró en mi cuarto y, después de una de sus acostumbradas jocosidades («¡Coño, qué color más feo tiene este viejo!, ¡vamos a hacerte

un análisis de sangre!»), me realizó un examen físico y de inmediato ordenó un hemograma urgente, que arrojó como resultado que mi hemoglobina estaba en seis, por lo que me encontraba al borde de un colapso.

Rápidamente llamó al doctor Beyries (jefe de la sala de Urología) a su casa para comunicarle la gravedad de mi caso. Beyries le dio la orientación de mandar a preparar urgentemente el salón de operaciones para proceder a la intervención quirúrgica, que se inició en la madrugada del lunes. Todavía tuvieron que resolver otro grave problema: mi sangre es AB negativo y no había disponibilidad de la misma en el hospital. Ya habían comenzado la operación cuando, mediante llamadas telefónicas que se realizaron a otros hospitales, pudieron conseguir las tres transfusiones de sangre que se requerían. Según me contaron días después ambos médicos, estuve bien cerca de la muerte.

Un largo mes duró la recuperación postoperatoria y, por suerte, no tuve otras complicaciones. Ya han transcurrido diez años desde aquella noche.

Con esta semblanza rindo tributo de gratitud y admiración a ambos médicos.

EPÍLOGO

Como expresé en la presentación de este libro, papi fue un hombre muy organizado. Tal es así que entre sus muchos manuscritos hallé un listado de personas a las que nos solicitaba les avisáramos cuando él muriera, cada uno con los respectivos teléfonos y localizaciones. Figuran entre ellos desde antiguos compañeros de trabajo en la Escuela Pública no. 27, pasando por otros colegas de Radio Habana Cuba y el semanario *Trabajadores*, hasta concluir con compañeros del núcleo zonal del Partido en el que militaba y aquellos que desde la Upec le dieron una excelente atención en los últimos años de su vida. Quiero aprovechar esta oportunidad para agradecer muy especialmente a Tubal Páez y Bárbara Doval por las atenciones que le prestaron, al igual que a Débora Rodríguez y Eduardo Yasells, quienes, entre otras cosas, le proporcionaron la posibilidad de colaborar con el boletín *La Esponja*, que publica la Delegación de Jubilados de la Upec, tarea que lo entusiasmó al punto de que, pasado los 80 años, entre mi hermano y yo le dimos un rudimentario curso de computación, y muchas de sus colaboraciones con el boletín fueron tecleadas por él mismo.

A petición suya, papi fue cremado la noche del mismo día de su fallecimiento. Mi hermano José Luis, que actualmente vive muy cerca del Malecón habanero, se llevó la urna funeraria para cumplir su última voluntad. Yo me quedé en casa al cuidado de mi mamá, que estaba desconsolada. José compró dos cervezas y se sentó en el muro del malecón con mi cuñada Laura, no «a llorar la muerte de papi, sino a celebrar su vida», según sus propias palabras. Después de recordar anécdotas familiares, echó las cenizas al mar. Estoy segura de que a papi le hubiera gustado ese último homenaje.

Hurgando en su papelería encontré también reflexiones íntimas sobre la muerte, escritas una el 29 de abril de 2011 y la otra el 17 de noviembre del propio año, donde realiza un balance de su vida, de sus logros y deficiencias. Son su testamento sentimental.

Mi padre no nos dejó nada material, apenas la casa en que vivimos. Eso sí, nos legó una gran herencia espiritual que constituye nuestra mayor riqueza: su ejemplo de hombre decente y cabal en tiempos en que los valores que tanto inculcó durante su ejercicio magisterial se han perdido en buena parte de la sociedad. Nos dejó su ejemplo de hombre trabajador y dedicado, siempre dispuesto al sacrificio; su ejemplo de esposo fiel, de padre, abuelo y bisabuelo amantísimo; su ejemplo de revolucionario consecuente y convencido. Eso nos basta. No necesitamos más.

Y para los lectores que han llegado hasta el final de este libro, van sus últimos pensamientos. Decidí agrupar ambas versiones porque se complementan:

Siento que la vida se me va agotando. Trato de no demostrarlo, pero la procesión sigue por dentro. Cualquier esfuerzo me agita y este dolor de garganta de los últimos días no es un buen augurio. Pero no estoy triste. ¿Cómo estarlo si Laura me acaba de dar el alegrón de un bisnieto? Además, ¿cómo estarlo, si he vivido ya 87 años?

Miro hacia atrás y analizo si valió la pena vivir tanto. No tiene que ser muy profundo ese análisis para llegar a la respuesta: ¡claro que valió la pena!

Martí dijo que «la muerte no es verdad cuando se ha cumplido bien la obra de la vida». Me pregunto: ¿he cumplido bien la obra de la vida? Otros tendrán que analizarlo con más objetividad que yo, pero expreso mi versión.

Se dice que el hombre, para sentirse realizado, debe tener un hijo, sembrar un árbol y escribir un libro. Tengo dos hijos, he sembrado muchos árboles y, aunque no se ha publicado, escribí al menos un libro. En ese sentido tengo motivos para sentirme realizado, pero... ¿es así?

Al pasar revista a mi vida compruebo que no son pocos mis logros y mis recuerdos. Veamos:

- *Quise mucho a mi madre. Nunca olvidé su muerte.*

- *No obstante la pobreza, fui un niño feliz. Me conformaba con poco.*
- *Después de la muerte de mi madre aprendí a hacer todos los quehaceres de la casa.*
- *Gracias a mi padre pude estudiar hasta hacerme maestro.*
- *Me gané por oposición una plaza de maestro.*
- *Quise mucho a los tíos y primos con los cuales conviví por muchos años.*
- *Sufrí mucho la muerte de mi padre.*
- *Viví en la mayor miseria. Pasé hambre, pero nunca delinquí.*
- *En medio de esa situación amé apasionadamente.*
- *Por mi esfuerzo personal me gradué de periodista.*
- *En la profesión periodística obtuve muchas distinciones y siempre defendí la justicia.*
- *Tuve el privilegio de amar a Silvia y ser amado por ella. Es un amor que ha durado más de medio siglo. Los años adormecen la pasión, pero no la matan. Sigo queriendo a Silvia porque no creo que exista una mujer mejor que ella. Nunca la traicioné materialmente. Siento no haber podido hacerla más feliz, ella que tanto lo merecía, y no haber sabido proporcionarle una vejez placentera.*
- *Contribuí, aunque modestamente, al triunfo de la Revolución, y eso me enorgullece. Cumplí en la medida de mis posibilidades con las tareas revolucionarias que me asignaron.*
- *Tengo dos hijos, José Luis y María Victoria, a los que no solo quiero sino, que también admiro mucho, y de los que me siento orgulloso no solo por sus ejercicios profesionales, sino también por su independencia de criterios. No los quiero mejores. Son, junto a Silvia, Laura, José Alejandro y Dariel Alejandro, mi mayor tesoro.*
- *Quiero mucho a mis nietos, y veo que se van desarrollando como ciudadanos cabales, aunque el medio muchas veces no sea el más favorable para ese desarrollo.*
- *He tenido grandes amigos.*
- *Siempre recuerdo más los momentos buenos, felices, que las penurias y desengaños.*
- *Nunca perdí la fe en la Revolución. Me habría gustado vivir más para ver su resurgir.*
- *Debí haber sido más cuidadoso con mi salud.*
- *Debí haber sido más comprensivo con mis hermanas.*

- *No le hice daño a nadie de manera consciente.*
- *He mantenido mis criterios hasta las últimas consecuencias, al costo que fuera necesario.*
- *No claudiqué para mantener un puesto.*
- *Me habría gustado jugar con mi bisnieto ya mayorcito. Cuando crezca díganle que lo quise mucho.*

¡Qué más puedo pedir!

ANEXOS

NOTA BIOGRÁFICA

Fecha de nacimiento: 27 de febrero de 1924.

Fecha de fallecimiento: 13 de mayo de 2012.

Graduado de maestro normal: septiembre de 1942.

Graduado de periodista: septiembre de 1954.

LABOR MAGISTERIAL

De 1925 a 1936 vivió en Guantánamo, el resto del tiempo en La Habana.

Maestro en la escuela rural Rancho Ave María, en barrio Jobo, Guanajay, actual provincia de Artemisa, y maestro y director de la Escuela Pública no. 27 República de Bolivia, en La Habana.

En enero de 1959 fue elegido decano (secretario general) del Colegio (Sindicato) de Maestros Normales y Equiparados, cargo que desempeñó hasta junio de ese mismo año, al pasar al periodismo.

LABOR PERIODÍSTICA

A mediados de 1955 comenzó a trabajar como redactor en un noticiero de Radio Cadena Habana, al que, por sus posiciones políticas, tuvo que renunciar. No volvió a ejercer el periodismo hasta 1959. Lo hizo en la misma emisora, pero los anunciantes se quejaron de que el noticiero defendía demasiado a la Revolución y los dueños le ordenaron que bajara el tono. Renunció nuevamente y pasó a Unión Radio, y el 11 de mayo de 1959 comenzó en Prensa Latina (miembro fundador), aunque esta no fue inaugurada oficialmente hasta el 16 de junio.

PRENSA LATINA

Redactor (mayo - septiembre de 1959).
Jefe de turno (septiembre de 1959 - enero de 1960).
Jefe de Corresponsales en Brasil (febrero de 1960 - abril de 1961).
Jefe de Información y auxiliar de la Dirección en la Central de la Agencia en La Habana (hasta 1967).

VIAJES AL EXTERIOR

1960, febrero: Brasil (corresponsal de PL).
1961, enero: Brasil (corresponsal de PL).
1961, agosto: Brasil (misión periodística y de información).
1963, enero: Brasil (misión de información especial).
1963, abril: Uruguay y Chile (inspección de corresponsalías de PL).
1963, junio: Uruguay, Chile y Bolivia (inspección por PL).
1965, noviembre: RDA (invitado por ADN).
1965, noviembre: Checoslovaquia (invitado por CTK).
1967, junio: Canadá (Expo 67, en misión periodística).

RADIO HABANA CUBA

Secretario de Redacción (1967 - 1969).
Jefe de Información (1969 - 1972).
Subdirector general (1973 - 1985).

VIAJES AL EXTERIOR

1970, noviembre: Chile, con la delegación cubana que asistió a la toma de posesión de Salvador Allende.
1972: Viaje con la delegación que, encabezada por Fidel, estuvo en Guinea, Sierra Leona, Argelia, Bulgaria, Rumania, Hungría, Polonia, RDA y la Unión Soviética.
1972, octubre: Panamá, con delegación deportiva.
1974, mayo: URSS (delegado de la Upec a seminario de periodistas de países socialistas).
1975, octubre: México. Cobertura de los Juegos Panamericanos. Además, entrevistó a exiliados chilenos que residían en ese país.

1976, febrero: URSS (misión periodística, XXV Congreso del PCUS).
1978, marzo: Bulgaria (Conferencia de emisoras de onda corta de los países socialistas).
1978, agosto - septiembre: Italia (Campeonatos mundiales de béisbol y voleibol).
1979, julio: Nicaragua (misión periodística, cobertura del triunfo de la Revolución sandinista).
1979, agosto: Cinco semanas en Vietnam y Cambodia, invitado por Radio Hanoi.
1980, septiembre: Unión Soviética (cobertura al vuelo espacial conjunto Tamayo - Romanenko).
1981, febrero - marzo: URSS, con la delegación que, encabezada por Fidel Castro, asistió al XXVI Congreso del PCUS.
1983, julio: Venezuela, para informar de los actos con motivo del aniversario 150 de la muerte de Bolívar.
1983, octubre: Nueva York (Asamblea General de la ONU).
1984, abril: URSS (Conferencia de emisoras de onda corta de los países socialistas).

Participó en el adiestramiento en Cuba a periodistas vietnamitas y de otras nacionalidades.

Mientras trabajó en Radio Habana Cuba, además de su labor específica como jefe de Redacción y subdirector general, elaboró, y fueron transmitidos muchos de ellos en su voz, ocho mil ciento sesenta y tres comentarios: *Nuestra América* (sobre temas latinoamericanos), *Radio Habana Cuba Comenta* (sobre temas nacionales), *Cartas a la Redacción* (respondiendo preguntas de oyentes), *De Chile y para Chile* (después del golpe militar de 1973) y *Frente a la agresión Cuba responde* (temas cubanos).

En la evaluación del organismo superior, su trabajo en Radio Habana Cuba se califica de impecable.

TRABAJADORES

De 1985 a 1990 laboró en el periódico *Trabajadores*, primero como jefe de Redacción y después como responsable de la página ideológica. Fue su primera experiencia en la prensa impresa. En esta etapa elaboró, y fueron publicados, centenares de comentarios y artículos sobre política internacional y nacional, educación, historia y deportes.

Entre febrero y marzo de 1986 viaja a la URSS para informar sobre el XXVII Congreso del PCUS. La delegación cubana la presidió Fidel.

En 1990 representó al periódico en un seminario que se celebró en la URSS con el título «El movimiento obrero y la perestroika». En ese mismo año se jubiló. Tenía la intención de escribir para *Trabajadores* y *Granma* una serie de comentarios sobre el imperialismo norteamericano y otra serie sobre la historia de Cuba, que consideraba poco conocida por nuestra juventud. Tuvo que abandonar ese plan, porque comenzó el periodo especial y se redujo al mínimo el espacio en los periódicos.

OTRAS ACTIVIDADES

Delegado a cuatro congresos de la UPEC.

Representó a la UPEC en el congreso de periodistas de Brasil en 1963, así como en una reunión efectuada en Moscú de periodistas de los países socialistas.

Miembro y presidente de la Comisión Nacional de Evaluación Periodística.

Impartió docencia a estudiantes universitarios de la carrera de Periodismo.

Escribió y publicó los folletos *Cuba en el centro del Mediterráneo americano*, *Tras las huellas de Hemingway en La Habana* y *Modismos cubanos*, con destino al turismo internacional.

Colaboró con el blog de periodistas jubilados de la UPEC, a pesar de su quebrantada salud.

DISTINCIONES

Medalla Alejo Carpentier.

Medalla Raúl Gómez García.

Medalla Félix Elmuza.

Laureado de la CTC.

Periodista Internacionalista (UPEC, 1985).

Corresponsal de guerra (Vietnam).

Medalla 28 de Septiembre.

Varios premios en Comentario y Entrevista en concursos de la UPEC y del ICRT.

TESTIMONIO GRÁFICO



Familia Prado en 1927. De izquierda a derecha, José Prado, su hermana Esperanza, su madre Esperanza Laballós Hernández con su hermana Carmen en el regazo, su hermana Cristina y su tío y padrino José Prado Estrada. De pie, su padre, Pedro Prado Estrada.



Única foto que se conserva de su etapa como maestro. Escuela Platas, propiedad de sus primos, Durege no. 317, Santos Suárez, 1945.



Graduación como maestro, 1942.



Boda con Silvia Ramírez Vega, 1ro. de agosto de 1953.



República de Cuba
 Ministerio de Educación
El Director
 de la

Escuela Profesional de Periodismo

"Manuel Márquez Sterling"



en uso de las facultades que le están conferidas, y de acuerdo con el expediente académico, expide el presente

Título de **Periodista Profesional** a favor de **José Prado Laballós**

en consideración a los ejercicios que realizara ante los Tribunales de Examen, aprobando todas las asignaturas de esa carrera.

En testimonio de lo cual, y para que surta los efectos legales precedentes, autoriza y suscribe este Título, en la Habana, a doce de junio de mil novecientos cincuenta y cinco

Dicho:

H. A. Concheo
 Ministro de Educación

David Aizcorbe
 Director

Secretario:

Julio Lagomarcino
 Secretario



Registrado al tomo 45 número 223 del libro correspondiente de la Secretaría de la Escuela.
 Registrado al tomo 18 número 220 del libro correspondiente del Ministerio de Educación.

Título de periodista en la Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling, 1954.



Con la escritora brasileña Carolina María de Jesús y el periodista argentino - cubano Jorge Timossi en la corresponsalía de Prensa Latina en Río de Janeiro, en 1960.



En Pan de Azúcar, Río de Janeiro, con su esposa, su hijo José Luis y Ángel Augier, 1960.



En las Cataratas del Niágara, agosto de 1967.



Durmiendo en un avión, en uno de sus numerosos viajes.



En la redacción de Prensa Latina en La Habana, 1966.



En Radio Hanoi, en compañía del periodista belga Claude Hackin y un grupo de colegas de la emisora vietnamita, 1979.



Mesa en RHC. De izquierda a derecha: José Prado, Alfredo Viñas, Baldomero Álvarez, un desconocido y Ángel Augier.



Oficina en Brasil, 1960.



José Prado y Jorge Ricardo Massetti, director de Prensa Latina, 1961.



José Prado y Raulito Roa en el Instituto Brasil-Cuba, de Río de Janeiro, 1963.



José Prado, Ángel Augier y el presidente Osvaldo Dorticós en recepción ofrecida a este último en el hotel Copacabana Palace, 1960.



Con el Comandante Juan Almeida Bosque, en la recepción ofrecida al presidente Osvaldo Dorticós en el hotel Copacabana Palace, 1960.



Visita de Fidel a la agencia Prensa Latina el 21 de mayo de 1961.



Entrevista a Fidel en ocasión del XXVI Congreso del PCUS, febrero-marzo de 1981.
Aparecen, entre otros, Orlando Fundora y Daniel Diez.



En el Centro Nacional de Vuelos, Moscú, URSS, en ocasión del vuelo espacial conjunto de los cosmonautas Arnaldo Tamayo Méndez y Yuri Romanenko.



Décimo cumpleaños de su hija María Victoria, el 20 de abril de 1971.



Comida de graduación de su hija María Victoria. Julio de 1983, restaurante 1830. A la izquierda: Hilda Capó Ribalta, Clara Luz Vera Peña y María Victoria Prado Ramírez; a la derecha, Mercedes Granda Rodríguez, José Prado Laballós y Silvia Ramírez Vega.



Con su esposa Silvia y su nieto José Alejandro, 1983.



Bodas de Oro, 2003.



De derecha a izquierda, su hija María Victoria, su nuera Laura, su esposa Silvia, Prado y sus nietos Laura y José Alejandro. Detrás, su hijo José Luis. 2010.



Con su nieta Laura el 2 de enero de 2010.



En 2008.



Caricatura de Malagón ilustrando la crónica «Cómo me fumé una casa». *Trabajadores*, 21 de junio de 1986.



Dibujo de autor desconocido (1947)



Dibujo de Mario Sandoval González, 1946.



Dibujo de Mario Sandoval González, 1946.



Caricatura realizada por su amigo y colega de la agencia Prensa Latina, Francisco Blanco (Blanquito), en 1960.

Notas

«Anita no era maestra, ¡pero qué gran maestra era!», periódico *Trabajadores*, 16 de febrero de 1988.

«Los pichoncitos de Chela», *Trabajadores*, 21 de abril de 1988.

«Mis primeros pantalones largos», *Trabajadores*, 26 de septiembre de 1986.

«De cómo el cariño pudo más que el hambre», *Trabajadores*, 7 de mayo de 1988.

«La cuenta más larga del boxeo», *Trabajadores*, 16 de junio de 1986.

«Domingo: campeón nacional de quimbumbia», *Trabajadores*.

«¡Qué clase de resistencia!», *Trabajadores*, 14 de julio de 1986.

«El más corto jonrón de la historia», *Trabajadores*, 27 de febrero de 1988.

«Jugar con la muerte para ganarse la vida», *Trabajadores*, 30 de enero de 1988.

«Guantánamo, la oriental ciudad del Guaso», *Trabajadores*, 23 de julio de 1985.

«Hoy también soy feliz», *Trabajadores*, 16 de julio de 1988.

«El desahucio», *Trabajadores*, 23 de julio de 1987.

«El magisterio, una carrera para pobres», *Trabajadores*.

«Ya Noelia no odia el campo», *Trabajadores*, 18 de enero de 1989.

«Una ejemplar lección de los maestros», *Trabajadores*, 4 de septiembre de 1989.

«Fidel Castro en Prensa Latina», *Los años precursores. Memorias de Prensa Latina (1959-1962)*, Prensa Latina, 2009, pp. 106-107.

«Y todos nos fuimos tras los tanques, tras Fidel», *Trabajadores*, 18 de abril de 1990.

«Erratas horribles», *Trabajadores*, 7 de noviembre de 1987.

«Vosotros los cubanos sois ricos, millonarios», *Trabajadores*, 24 de junio de 1986.